SELECCION DE DISCURSOS



MINISTERIO DE EDUCACIÓN Y CULTURA

BIBLIOTECA ARTIGAS
Art. 14 de la Ley de 10 de agosto de 1950

COLECCIÓN DE CLÁSICOS URUGUAYOS

Vol. 142

FRANCISCO SOCA

SELECCION DE DISCURSOS
Tomo I

Preparación de la edición a cargo del Departamento de Investigaciones Históricas del Museo Histórico Nacional y cuidado del texto a cargo de los Profesores ELISA SILVA CAZET, MARÍA ANGÉLICA LISSARDY DE MONSERRAT, JOSÉ PEDRO BARRÁN y BENJAMIN NAHUM

FRANCISCO SOCA

SELECCION DE DISCURSOS

Prólogo de
HECTOR H MUIÑOS



TOMO I

MONTEVIDEO
1972



ESTUDIO PRELIMINAR

FRANCISCO SOCA

En la medicina española de este siglo hay una figura culminante que alcanza desde temprano, relieve internacional. Es la de Gregorio Marañón. Su personalidad de médico, está ligada al desenvolvimiento mundial de la endocrinología que, en los primeros veinte años del siglo, tuvo en él, como en Levi en Francia y Pende en Italia, el hombre que organizó y popularizó las primeras nociones de la ciencia que había de adquirir en pocos lustros su inmenso desarrollo actual. Marañón fue, además, fino hombre de letras, psicólogo, historiador. Su obra, vastísima, es conocida en todo el mundo. Al morir, dejo un mandato: que se colocara en la lápida de su tumba simplemente esta inscripción: Gregorio Marañón y Posadillo, médico. Era el inmenso homenaje que un inmenso espíritu rendía a la Medicina.

En Francisco Soca, cuya vida se intenta evocar, hay que señalar, desde el inicio, la misma dedicación sagrada. Se verá en él, un hombre político llegado a altos destinos, un orador, un filósofo, un escritor, pero no quiere ser sino médico, empujado por una vocación que no cede en su firmeza y que lo impulsa, soberana, hasta la ultima hora de su vida.

Se me ha concedido magnánimemente la oportunidad de escribir la vida de Soca, del que se ha hablado mucho y se ha dicho muy poco, porque el tono ditirámbico ha dado páginas elocuentes, tras las que

la personalidad de Soca se esconde en la ignorancia casi total de los datos indispensables Nuestros títulos son haber sido su alumno desde que ingresamos a la Clínica Medica, en 1912, su Jefe de Clínica, hasta 1922 y poseer una documentación hasta ahora desconocida, consistente en una colección de cartas autógrafas que se elevan a setenta y cinco, escritas desde Paris, en las que la vida completa mente ignorada de Soca aparece naturalmente narrada por él, adquiriendo, asi, se podria decir, caracteres de autobiografia Un tercer factor ha sido la generosidad de la Direccion del Museo Histórico Nacional, que ha enriquecido con documentación original los datos hasta ahora, en general periodisticos, sobre el personaje

I

Francisco Soca nació en Canelones, en campaña Se acepta como lugar de su nacimiento el pueblo que lleva su nombre sobre la ruta al Este otras versiones refieren que nació en Montevideo Quien indica con mayor precision el lugar es el doctor Solis Otero y Roca, autor —dentro de la pobreza biográfica de los apuntes que se han publicado hasta ahora— de la silueta mas detallada, basada sobre datos que, aunque no lo diga expresamente son de fuente visiblemente familiar Soca tenía una hermana, casada con el señor Cayafa, y de ahí provienen los informes que Otero y Roca ha recogido [1]

Soca es hermético respecto a sus orígenes, y a sus años de infancia y mocedad en la abundante colec-

1 **Solís Otero y Roca**, *Soca Humanista clínico insigne orador* **Montevideo 1938**

ción epistolar que obra en nuestro poder, totalmente desconocida hasta la fecha, no alude jamas a sus padres ni al lugar de su nacimiento, aunque lo hace sólo una vez respecto a su origen campesino Como ha de documentarse más adelante, menciona a su padre en una rápida alusión Según Solís Otero y Roca nació en una chacra, "La Cordobesa", sobre el camino de Los Cerrillos a la ciudad de Canelones Sus padres fueron Víctor Soca y María Barbara Barreto, oriundos de las Islas Canarias, y emigrados, por razones políticas, al Uruguay Por necesidad de prestar atención medica a su señora, don Víctor Soca, que tenía varios hijos, debió trasladarse a Montevideo, domiciliándose en una casa de la calle Ejido e Isla de Flores Allí habría comenzado la educación del futuro personaje Francisco Soca Hay divergencias sobre la fecha del nacimiento En las menciones que se han hecho en diccionarios biográficos o en documentos provenientes de la Facultad de Medicina figura la fecha de 24 de julio de 1858 Pero después de su fallecimiento, acaecido el 29 de marzo de 1922, empieza a aparecer una fecha muy distinta 24 de julio de 1862 Es la que figura en la lápida del sepulcro que guarda sus restos en el Panteón Nacional (1862-1922), y en el libro a él dedicado por el doctor José María Estapé [2] que, tras breves paginas biográficas, trae transcripciones mas o menos completas de los trabajos científicos del Maestro, de sus discursos y conferencias El autor, laureado con el primer Premio Soca instituido por la esposa, señala desde la primera página la invalorable colaboración que le ha pres-

2 José María Estapé *La obra científica oratoria y literaria del Profesor Doctor Francisco Soca* Montevideo, 1926

tado la señora viuda de Soca, "a quien debo gran parte del material contenido en este trabajo y además una multitud de datos, consejos, juicios y estímulos intelectuales" Y muchos años después, cuando la señora hace reimprimir, en una hermosa edición (1965) la célebre tesis sobre la enfermedad de Friedreich, con la que Soca culmina su carrera de médico en la Facultad de Medicina de París el profesor Alajouanine, eminente neurólogo, indica, en el prólogo con que presenta la reimpresión de la tesis, la edad de 26 años como edad del autor La fecha de la tesis es 1888

Costaba convencerse, especialmente a los que actuamos diariamente al lado del maestro en los ultimos diez años de su vida, que Soca no hubiera llegado a los sesenta años cuando fallecio Su estado físico, muy trabajado, acusaba indudable discordancia con la edad ahora atribuida Un documento de su puño y letra, fechado en París, aclara el problema en forma al parecer terminante Y otro documento da la probable explicación del surgimiento de la fecha 1862 como año de su nacimiento En carta autógrafa dirigida a su íntimo amigo y confidente el doctor Ramón López Lomba, fechada en Paris el 18 de julio de 1886, Soca dice categóricamente "Dentro de ocho días entro en los treinta años Funesta edad" etc "Si estoy de buen humor hablaremos un poco de este tema" Y esta declaración es seguida por otra sólidamente confirmatoria Dos años después establece la misma fecha, esta vez en forma muy visible y en letras de imprenta Cuando publica, en noviembre de 1888, su tesis sobre la Enfermedad de Friedreich, hace un primer tiraje cuya copia fotostática íntegra

existe en nuestra Facultad de Medicina y ha sido presentada en octubre de 1970 en la Sociedad de Historia de la Medicina por el profesor Washington Buño en un interesante estudio sobre las tesis de los médicos uruguayos en la Facultad de Medicina de París En ese primer tiraje, en la tapa interna y externa, figura el nombre de Soca, seguido de la mención. nacido el 24 de julio de 1856 Más todavía hay una gruesa falta de ortografía en las grandes letras del título "Maladie de Friedrich" Eso explica que, al completar el tiraje de su primera edicion, que ha apresurado para entregar los ejemplares indispensables para la Facultad francesa y para los miembros del Jurado de tesis Soca ha tenido tiempo de corregir la falta de la e en la última sílaba del nombre de Friedreich y ha eliminado, para los ejemplares destinados a Montevideo, la fecha de su nacimiento, al mismo tiempo que ha agregado algunas páginas que, como se vera a su tiempo no figuran en los primeros ejemplares La obtención de las fotografías del texto impreso conservado en la biblioteca parisiense, tan oportunamente comentada por Buño, permite confirmar la fecha de 1856, distante de la de 1858, aceptada comunmente y de la imposible de 1862, como fecha de nacimiento del doctor Francisco Soca

Al morir tenia 65 años y no 59 ¿Dónde puede estar el secreto de esta divergencia que la carta —en mi poder— aclara por primera vez, con la repetición de la cifra en la nueva prueba? Cuando Soca nace no existe aún en el Uruguay, que lleva apenas veintiseis años de vida independiente y constituída, el Registro Civil Los registros bautismales

conservados en las iglesias son las fuentes a que debe recurrirse No hemos podido lograr la fe de bautismo, dificultad ligada a la imprecisión del lugar rural donde fue bautizado No debe ser facil conseguirla, ya veremos cuando expongamos la marcha de sus estudios en París gracias a las invalorables cartas que López Lomba conservó con veneración, que Soca está muy agradecido al decano de la Facultad de Medicina de Paris que "ha querido permitirme que pase algunos examenes antes de que llegue mi carta de nacimiento' La carta de Soca, escrita desde París y redactada en francés, —cosa que hará muy a menudo—, no tiene fecha porque falta la primera pagina El hecho de que Soca, ya médico montevideano, haya llegado a Paris sin un documento indispensable y no lo tenga muchos meses después, atestigua la dificultad que debia existir respecto a su obtención Otro documento que posee el Museo Histórico Nacional aclara la reiterada atribucion del año 1862 como fecha de nacimiento El 5 de mayo de 1905 Soca contrae enlace La novia es una joven de gran belleza, hija del eminente doctor Juan Carlos Blanco, alto personaje de la época, y de doña Luisa Acevedo En el certificado de matrimonio figuran "Francisco Soca, nacido el 24 de julio de 1862 y Luisa María de las Mercedes Blanco Acevedo nacida el 1º de mayo de 1882" Soca, que lleva veintiseis años de edad a su novia, habría tenido la coquetería de modificar la fecha de su nacimiento

El doctor Otero y Roca señala la ubicación del domicilio montevideano del padre de Soca en la calle Ejido e Isla de Flores Aunque muy infor-

mado, ignora una razón concomitante que explica su radicación allí. Don Víctor Soca es, entonces, empleado de un establecimiento industrial vecino —una calera importante— perteneciente a un prominente caballero español, don Ambrosio Gómez, del que hemos de hablar con detención cuando su nombre o sus hechos aparezcan frecuentemente mencionados. La calera de Gómez —poseedor de yacimientos en Maldonado, junto a la Laguna del Sauce— existió y continuó funcionando largos años después de la desaparición del fundador, en la calle Durazno entre Ejido y Santiago de Chile, a escasa distancia del domicilio de los Soca. Este debe haber perdido a su madre durante la niñez. No la menciona jamás, pero habla más de una vez de las amarguras de su infancia. Y en cuanto al padre, de quien hace fugaz mención en una carta de 1883, también falleció joven: sólo sabemos, por testimonio de parientes de don Ambrosio Gómez, que el señor Soca, antes de morir, le recomendó a éste que no abandonara a su hijo, a quien había protegido desde el principio. De acuerdo con detalles que inserta sobre este instante de la infancia de Soca el doctor Otero y Roca, se educó en colegios privados, entre ellos uno de un maestro francés, M. Lemoine, y bajo la dirección y apoyo de un cuñado, el señor Francisco Cayafa, que contrajo matrimonio con una hermana de aquel niño precoz. Se atribuye al señor Cayafa influencia absoluta en la orientación del jovencito: italiano muy culto, sabio en latines, había dedicado largas horas a la enseñanza de aquel pariente que mostraba extraordinarias dotes intelectuales, y había conseguido lo más importante: vencer la resistencia de don Víc-

tor Soca, que prefería dedicar a su hijo a tareas agrícolas y no consentía sino con seria resistencia en verlo ingresar en la Universidad. No cuesta creer que los estudios secundarios de Soca fueron brillantes, aunque nada consta. Lo que es seguro, porque él mismo ha rozado el tema, es que cuando debió elegir carrera, el primer impulso fue ingresar a la Facultad de Derecho, pero fue fugaz: en el año 1877 Soca parte para España a estudiar medicina. Se dice que un tío materno, don Leandro Barreto, habría hecho posible este viaje. Lo auténtico es que Soca aparece en Barcelona, y aquí ya pisamos terreno firme, porque poseemos documentos probatorios. Soca escribe al que, desde entonces, será destinatario de una correspondencia íntima y copiosa, que descubre un Soca ignorado, de tal manera se mantuvo siempre impenetrable e inaccesible. Le escribe a Ramón López Lomba, desde Barcelona, el 15 de octubre de 1877. [3] La dirección de la carta reza: "Sor. D. Ramón López Lomba, calle Colonia Nº 41, cuarto número 33, tercer piso. Si no está aquí, en la Universidad, si no está en la Universidad, en la Dirección de Instrucción Pública". "Amigo López. No le haré una pintura de mi largo viaje, no le diré nada de las mil impresiones que he experimentado, nada de las peripecias que han entorpecido mi marcha, nada de los pocos gozos y de los grandes sinsabores que ha probado mi alma en este no sé si espantosamente largo o inapreciablemente pequeño mes y medio que ha rodado sobre mi existencia lejos de las encanta-

3 Este oficio así como los que se transcriben en este prólogo del archivo del Dr Ramón López Lomba existen originales, en poder del autor

doras riberas del turbulento Plata. No, amigo mío! mi situación es demasiado indefinida para que el alma goce de quietud y calma suficiente para retratar con fidelidad un pasado que presenta tan variados matices, tan encontradas, discordantes faces. Acaso algún día asuma tan difícil empresa. Sin duda, el día que el sangriento aguijón de la incertidumbre deje de atormentarme, el día en que vea levantarse... Pero perdone usted, amigo López, estoy de un humor insoportable y la pluma quiere escapárseme de la mano. Perdone, pues, que tan bruscamente termine mi carta. No puedo, no quiero, no puedo trazar una línea más. Bástele saber que hay grandes dificultades para obtener matrículas en este país eminentemente refractario. Que no la obtuve en Madrid, que acaso pueda obtenerla en Lisboa. Por fin, aliento, tengo esperanzas muy fundadas de obtenerla aquí gracias a los desinteresados esfuerzos de su amigo Bosch, que me ha recibido fraternalmente y se ha dedicado a conseguir para mí lo que a él le ha costado sacrificios inmensos. Con que adiós, y ya escribiré más largamente. *Francisco Soca.* Salude a Vázquez y Vega, Bastos, Lerena, Batlle, Gómez, Martínez, Barcia y a todos mis buenos, mis buenos amidos de esa. Diga a Gómez que no le escribo hoy porque estoy de mal talante. Que otro día lo haré. Por fin que don Tiburcio Rodríguez no hizo falta pero que no lo hallé en Madrid, que no está en España. No me olvido tampoco a pesar de mi mal humor, de las apreciables señoritas de Ortega y la no menos estimable señorita de Piris. Si esto cupiera decir que las salude Vd. en mi nombre, hágalo usted; si no, no. A usted solo, pues, la responsabilidad de

tal acto. Adiós. He estado en Río de Janeiro, Bahía, Pernambuco, San Vicente, Lisboa, etc. Madrid, Zaragoza, etc. y ahora estoy en Barcelona y firmo esta el día 15 de octubre de 1877." (Incluye su dirección en Barcelona).

Permanece allí hasta mediados de 1878. Cursó primer año de medicina —ya ha de hacerse mención a él cuando esté por terminar la carrera en Montevideo— y regresó inopinadamente, como lo manifestaba en una carta muy singular fechada en Montevideo el 2 de octubre de 1878. Comienza con la copia de una carta del doctor Carlos Gómez Palacios a López Lomba que dice: "Señor Don Ramón López Lomba. Estimado amigo: En este momento acabo de recibir la adjunta carta para usted de nuestro amigo Soca. Cumpliendo con la misión encargada, me repito su afectísimo seguro servidor *Carlos Gómez y Palacios*". Y a renglón seguido, de mano de Soca, prosigue: "Esto escribía a usted nuestro común amigo Gómez, al remitirle la adjunta carta, que yo le encargaba desde Europa. Por un fenómeno que tiene su natural explicación en mi modo de ser yo he llegado al mismo tiempo que mi carta y, como es lógico, yo me he encargado de su remisión. Mucho he vacilado antes de decidirme a enviarla, pues entiendo que las cartas tienen su razón de ser en el instante en que se escriben, no en otro. Pero como quiera que pinta una faz de mi vida europea, la dejo ir hasta sus manos, impulsado, bien entendido, por la misma corriente que la trajo de Europa. Amigo López: estoy nostálgico, inconsolablemente nostálgico. Y estoy en mi patria. Pero, tras de mí, allá al otro lado de los mares, dejo el reino de la luz, la

patria hermosa de la ciencia, el altar del pensamiento. Por eso la sombría oscuridad de este apartado destierro me abruma, me desola. Allí, la augusta, la serena faz del sabio; aquí, la cómica gravedad de nuestras nulidades serias. La modestia en la ciencia, la vanidad en la ignorancia. Sabios que ignoran su ciencia. Bestias que la ven en su vacío cerebro. ¡Qué antítesis! Yo no sé ya soportar a estos potentados de la ciencia que no tienen una sola idea propia, estos propagandistas sin convicciones cuya obra se reduce a matar la fe en el corazón de las nuevas generaciones, la fe que es el sello más augusto de nuestra naturaleza moral, la fe ciega es un recuerdo o una aspiración a la eternidad. La fe científica es el sello de la madurez del pensamiento. ¡Oh! estos deliciosos compatriotas me tienen curado del diablo. Pero... ¿exagero? ¡Bah! Soy reaccionario. Nuestros padres aplaudieron demasiado. Por eso, sin duda, nosotros debemos silbar mucho. La ley de la historia: un extremo en pos de otro extremo. Salud. *Francisco Soca*". Infortunadamente, la carta que le había confiado en España al señor Gómez Palacios y que él mismo, al llegar anticipadamente se ha encargado de enviar, se ha perdido. Soca afirma que "pinta una faz de mi vida europea". Tendremos que esperar unos años para que nos brinde, no una, sino docenas de impresiones de su vida de estudioso en París.

II

Cuando partió para España, nuestra Facultad de Medicina criolla llevaba sólo semanas de iniciación. Ahora, en 1878, comienza a afirmarse. Soca obtiene

2

la reválida de ese primer año honrosamente ganado allá con clasificación de "notablemente aprovechado" como reza el lujoso certificado que le han entregado.[4] Y en 1879 le permite ingresar a cursar segundo año en nuestra Facultad. Pronto lo destaca su calidad Se presenta a concurso, en 1881, para ganar la categoría de "alumno interno" de clínica e integra en tal forma el servicio del profesor Guillermo Leopold, alemán, uno de los médicos extranjeros, como la totalidad del profesorado inicial de la Facultad, que fue encargado en el primer instante de la clínica quirúrgica y es, ahora, profesor de clínica médica. El nombre de Leopold está ligado a un episodio en que el mal humor de Soca exacerba un incidente dictado por una sinceridad que no sabe callarse y por una inteligencia que lo hostiga y lo delata El 12 de diciembre de 1881 Soca es protagonista de un debate provocado por una actitud suya que lo lleva a la irrespetuosidad con el profesor. Leopold da clase al pie del lecho de un enfermo cardíaco En una carta al Decano eleva su queja, con embrollada sintaxis, afirmando que "el alumno interno Francisco Soca faltó a los deberes que le corresponden como practicante. Criticó públicamente el diagnóstico del que suscribe, designándole como incorrecto y erróneo Es preciso dar brevemente el informe de que este individuo conocido por su talento de entrar en disputa con todos los catedráticos con una fe ciega en todo lo que dicen los autores y su reproducción en la clínica de todo lo que ha leído el día anterior, repito que ya anteriormente

4 Archivo de la Facultad de Medicina Montevideo. Carpeta Nº 66

había faltado a sus deberes. Espec'almente. como alumno interno él debía dar el buen ejemplo y sobre todo debe auxiliar al catedrático y no ejercer una oposición sistemáticamente. censurando y criticando todo acto del profesor. El que suscribe ha prohibido por varias veces estas discusiones estériles que no son en armonía con las reglas de la urbanidad y no tiene el objeto apetecido de aclarar los puntos difíciles de la cátedra." Leopold detalla entonces lo sucedido: "El diagnóstico de una afección cardíaca en un enfermo parece no agradó al alumno Soca; desde el viernes pasado que estaba en discusión el asunto y el lunes el alumno Soca comunicó a otro alumno que no estaba conforme con el diagnóstico mío. El que suscribe replicó: el diagnóstico es seguro. Entonces, dijo Soca brutalmente: seguro no es, agregando algunas palabras más. El abajo firmado expresó después a sus alumnos que no podía tolerar la crítica, prohibiendo la discusión del alumno interno. Entonces contestó Soca: usted no puede condenarme al silencio". Leopold insiste en agregar frases del diálogo cortante y concluye que "el modo como Soca ha contestado a su maestro y catedrático ha sido altamente indecoroso y está muy poco en favor de la instrucción de este joven que debía reparar en la opinión de su profesor". "El alumno interno que, con su espíritu batallador y su intolerancia científica, su modo furibundo de discutir, parece ha olvidado completamente que la modestia es el adorno principal del hombre verdadero de la ciencia". El incidente ha tenido mayor magnitud porque otro alumno de la clínica, Florentino Felippone, tomó la defensa del profesor y el debate se hizo más violento y ruidoso.

El decano Crispo Brandis eleva el 15 de diciembre el asunto al Rectorado. El Rector responde de inmediato: "Comunica al señor Decano que el Consejo Universitario en sesión celebrada el 15 del corriente ha resuelto destituir al alumno interno Soca del cargo que desempeña, por haber faltado de una manera grave a las consideraciones y respeto debidos a su catedrático, ordenando que se amoneste al estudiante Felippone, por el desorden que produjo en la Sala, no obstante reconocer la sana intención que inspiró su proceder". Recomienda, además, "la lectura de esta nota en todas las aulas", y firma Alfredo Vásquez Acevedo.[5] El Consejo Universitario ha tenido que ocuparse, en cambio, pocos meses más tarde, de otro asunto referente al turbulento alumno ex-interno, en el que se evidencia la honradez intelectual del estudiante que, en el episodio narrado, no pudo acallar su prurito de verdad. El 10 de abril de 1882, Soca pide al Consejo aclaración sobre una resolución dictada tres años atrás respecto a su solicitud de reválida de estudios de primer año de medicina cursados en Barcelona. Encabeza el expediente la "certificación académica personal" proveniente de la Universidad de Barcelona. En un documento, que parece un diploma, se certifica que "a Don Francisco Soca Barreto, natural de Montevideo, con providencia de 25 de octubre último (año 1877) le concedió el señor Rector de esta escuela matrícula extraordinaria en las asignaturas de Anatomía y Disección, cursos primeros, en la Facultad de Medicina, y de Física, Química e Historia Natural en la de

5 Archivo y carpeta antes citados.

Ciencias, a condición de tener que acreditar durante el curso la incorporación de los estudios de segunda enseñanza que habilita para recibir el grado de bachiller y de haberle expedido este título antes del examen en las asignaturas matriculadas: que en treinta y uno de mayo, en virtud de no haber resuelto la superioridad la instancia de dicho alumno sobre incorporación de sus estudios de segunda enseñanza y título expedido en el extranjero, le concedió el señor Rector examen de las expresadas asignaturas, que lo sufrió con la calificación de "Notablemente aprovechado" de las cuatro primeras, no habiéndose examinado en Historia Natural. Y para que conste se le expide certificado en Barcelona el 17 de agosto de 1878". Dos meses después, en octubre 23 de 1878, Soca solicita en Montevideo la reválida de sus estudios y que se le permita matricularse en segundo año de nuestra Facultad de Medicina. El Rector, Alejandro Magariños Cervantes, lo pasa a informe del profesor Joaquín Miralpeix quien, en 3 de noviembre, dictamina: "Después de haber detenidamente estudiado el infrascripto la solicitud que antecede, informo lo siguiente: que siendo las asignaturas que con lucimiento ha cursado y aprobado el señor Soca en la Universidad de Barcelona, precisamente las mismas que, según el nuevo Reglamento de la Facultad de Medicina constituyen el primer año de la carrera en esta Facultad, debe concedérsele matrícula de segundo año de Medicina como se pide." Este informe es aprobado por el Consejo dos días después, el 18 de noviembre de 1878. Parece un asunto concluido. Pero cuando Soca, en abril de 1882, se presenta con una solicitud inesperada, hay que

revisarlo otra vez, a su exclusivo pedido. Explica en su nota, menudamente, la anomalía que ha descubierto: ha anotado que a los efectos del examen general final, figura, entre las materias que éste abraza, Botánica Médica, que él cursó en Barcelona aunque no rindió el examen correspondiente, como consta en el prolijo certificado que le extendió la Universidad catalana. El doctor Miralpeix, al aprobar su reválida, no hizo distingos y le permitió matricularse en segundo año sin obstáculo. Ahora, Soca se pregunta si debe rendir examen de Botánica Médica (que fue incorporada a primer año, como Física y Química, después del primer plan con que la Facultar pudo iniciar sus actividades en 1876). Si ha de rendirlo pregunta: "¿ha de ser examen libre o reglamentado? ¿Será en período especial o esperando el período ordinario?" El Rector es Justino Jiménez de Aréchaga. En fecha 25 de abril resuelve pasar el asunto a informe del Dr. Muñoz Romarate (el primer médico egresado de nuestra Facultad) y después de oír su opinión, el Consejo Universitario dictamina, en mayo 22 de 1882, que "el señor Soca está obligado a rendir examen libre de Botánica Médica, pudiendo hacerlo en cualquier tiempo." Soca solicita de inmediato que se le señale día para rendir la prueba y, puntilloso, añade "Usted comprenderá que esta demanda no tiene nada de insólito si recuerda que el Honorable Consejo Universitario, al obligarme a prestar examen de dicha asignatura, me concedió el derecho de elegir la época que me pareciera conveniente" Y en agosto 21 de 1882, el nuevo Rector, José Pedro Ramírez, accede a lo solicitado. [6] Pa-

6 Archivo y carpeta antes citados

recerá qué se le ha concedido a este par de asuntos de la vida estudiantil de Soca demasiado espacio. La finalidad ha sido el deseo, que ha de imperar en el diseño de esta figura del médico más grande que ha dado la Facultad de Medicina de Montevideo, de que sea el propio Soca el que vaya dibujando su autorretrato. Hay, en los dos episodios relatados, rasgos llamativos: el ímpetu y la suficiencia en uno, la honradez y la sinceridad en el otro. Paralelamente, con la continuación de los estudios de la carrera que ha de polarizar su vida, Soca satisface las ansias de su poderosa inteligencia dedicándose a la filosofía. Vive en un momento admirable, que Arturo Ardao ha estudiado, talentosamente, en sus diversos volúmenes sobre el movimiento filosófico en esas décadas del 70 y del 80 a los que hemos de recurrir más de una vez.

III

El Ateneo del Uruguay había sido fundado el 5 de setiembre de 1877 por la fusión de cuatro sociedades —la Universitaria a la cabeza— que habían florecido en la inquietud de una generación que dio al país algunas de sus figuras culminantes. Entre las diversas secciones de estudios especializados que se organizaron desde la iniciación ateneísta se creó la de filosofía con Prudencio Vázquez y Vega (1853-1883) como alma mater.[7] La actividad de la sección abarcó desde mayo de 1879 hasta febrero de 1881.

7 Arturo Ardao, *La sección de filosofía del Ateneo (1879-1888)* en *Revista de la Facultad de Humanidades y Ciencias* Año IV, Núm. 5. Montevideo, 1950.

Se discutieron, en las sucesivas sesiones semanales, temas fundamentales de metafísica y moral. La primera comisión directiva (mayo 24 de 1879) la preside, naturalmente, Vázquez y Vega. José Batlle y Ordóñez es el vice-presidente y el secretario es Francisco Soca, autor de las prolijas actas. Las sesiones se suceden sin descanso. A Soca le corresponde hablar, un día de junio, sobre el "origen y naturaleza de las ideas". Soca no ha tenido tiempo de preparar debidamente su conferencia y así lo expresa; Vázquez y Vega, para que no fracase la reunión, propone que el propio secretario desarrolle el tema: "La espiritualidad del alma", pero Soca, amigo de estudiar los asuntos a fondo, rehusa librarse a la improvisación que se le demanda. Una semana más tarde, el 29 de junio, expone su pensamiento sobre el tema aplazado. Se discute, con objeciones de Batlle y Antonio María Rodríguez, que han de renovarse en la próxima sesión, colmada por la exposición de Vázquez y Vega sobre "la naturaleza del pensamiento". Soca discute con Gómez Palacios y Batlle. Y como a este último —cuyas ideas espiritualistas ha demostrado categóricamente Ardao, destruyendo el viejo mito de su positivismo— le toca hablar sobre "La doctrina materialista", de la que es adversario, Soca polemiza con el conferencista. Polémica que, entre estos jóvenes efervescentes ha de reproducirse porque, como Soca es el redactor de las actas, Batlle protesta contra pequeñas inexactitudes que se le atribuyen. Soca lo ha acusado, en el acta, de contradicción, tal como lo hizo en la sesión respectiva y ahora, ante la rectificación de Batlle, protesta vivamente y dice que no puede "ceder sin indignidad o,

por lo menos, sin hacer una desdorosa declaración de ligereza que no cuadraba bien al puesto que ocupaba". Que era exacto cuanto en el acta se declaraba y que se limitaría a consignar en el acta siguiente las rectificaciones de Batlle. Por fin, el 1º de agosto de 1879, pudo Soca hacer una disertación sobre "la naturaleza de la sensación", seguida de vivaz debate con su contrincante clásico, que es Batlle y Ordóñez. En diciembre de 1879 se realiza renovación de autoridades: Carlos Gómez Palacios, Antonio María Rodríguez y Marcelino Izcua Barbat asumen los cargos principales. Soca deja de ser secretario. Seguramente los estudios de medicina —año 1880— con la iniciación en las clínicas, han empezado a absorberlo. No aparece más en la Sección filosófica del Ateneo, cuya labor Ardao nos ha presentado de mano maestra en el artículo del que extraemos todos estos detalles.

En esa misma época —noviembre de 1878 - noviembre de 1879—, en aquellos momentos de inquietud intelectual asombrosa, surge una revista "El Espíritu Nuevo", semanario de ciencias y literatura, que vive más o menos un año.[6]

Administrada por Angel Solla, ostenta una lujosísima lista de colaboradores, que engrosa en cada número, y en la que figuran decenas de futuros personajes de larga resonancia universitaria, parlamentaria o profesional, como Eduardo Acevedo, Vázquez y Vega, Francisco Soca, Camilo Williams, José Batlle y Ordóñez, Luis Melián Lafinur, Carlos Gómez Palacios, Nicolás N. Piaggio, Martín C. Martínez, An-

6 Biblioteca Nacional Montevideo Legado del Dr. Luis Melián Lafinur

tonio María Rodríguez, Manuel B. Otero, Abel J. Pérez, Mariano Pereira Núñez.

"Será un periódico exclusivamente literario y científico. En literatura y en ciencias haremos especial preferencia de todas aquellas producciones que sean, por decirlo así, más americanas." En el primer número, mientras Gómez Palacios escribe "Consideraciones sobre las guerras de religión en Francia durante los reinados de Catalina de Médicis y Enrique IV" nada menos, José Batlle y Ordóñez lo hace sobre "Pluralidad de los mundos habitados", Pedro Hormaeche ilustra "Elementos de botánica, colección de Sachs", figura una traducción de Thiercelin sobre "El orden social" y el número se cierra con un trabajo sin firma sobre "La felicidad... es la ausencia del deseo", artículo que ha de prolongarse en dos números más y en el que el tono grandilocuente hace pensar en Soca como posible autor, sin nada concreto que autorice tal hipótesis: "El ideal tiende la mira en derredor mío y sólo veo lágrimas y sólo oigo imprecaciones sangrientas. El odio, la ambición, el orgullo, el cortejo inmenso de las pasiones humanas se desliza ante mis ojos como un ejército de sombríos fantasmas. A todos alcanza la mano del infortunio. El llanto en todos los ojos, el dolor en todos los corazones". Soca tiene, en sus cartas de años venideros, estallidos de amargura como éste. Y, como en toda la breve colección de "El Espíritu Nuevo", no figura ningún artículo que lleve su firma, hemos pensado si esa triste meditación sobre la felicidad pudiera atribuírsele. Ese mismo primer número, tan variado en la elección de los temas, incluye una poesía: "El desengaño y la fe" con las inconfundibles iniciales J. B. O. al pie.

IV

Es imposible seguir hurgando en estas revistas juveniles que contribuyen a dibujar el ambiente lleno de aspiraciones y de ensueños. Nuestro personaje no ocupa ya planos visibles. Se ha dado entero a su vocación y a la búsqueda tenaz de todo lo que pueda exaltarle.

Prudencio Vázquez y Vega, el formidable animador, le ha conservado claro afecto: herido de muerte por la enfermedad pulmonar que ha de arrebatarlo, escribe a Soca una carta que el doctor Otero y Roca reproduce fotográficamente en su esbozo biográfico, tan fértil en intimidades del Maestro. Vázquez le escribe, ya en los postreros años de su vida, desde Minas, a donde lo han mandado en busca de salud.

El 12 de diciembre de 1881 traza, en una misiva que es un pequeño prodigio de gracia y de elegancia verbal, una silueta de Soca realmente afectuosa: "Sr. Dr. Don Francisco Soca y Barreto. Querido Soca: Tengo un amigo tan etiquetero y tan farsante como usted, que me ha exigido como condición *sine qua non* para escribirme, que yo le escriba primero. ¿Lo conoce usted? Tiene un aspecto híbrido de gaucho y de filósofo cínico, larga y desordenada melena, bigote así como quiera, levita arrugada y desprendida, botines nuevos, corbata atada medio a un costado y como que quisiera rotar, *tipo de salón,* tan despreocupado como Diógenes y tan escéptico como empírico. ¿Lo conoce usted? Le diré a usted como a otro amigo: el honor se ha salvado, la etiqueta ha sido satisfecha y usted queda habilitado para escribir largo y tendido. Soy su afectísimo amigo. *Prudencio Vázquez*

y Vega." Cuarenta años después se comprueban aún algunas de las características de aquel muchacho que —se ve claro— seduce con sus rarezas y sus simpatías a cualquiera que intima con él. Vázquez y Vega, apenas un año después, muere en Minas. Ha dejado una huella que explica todas las ilusiones que sus pocos años de actividad despertaron en el círculo de los que lo rodearon como a un jefe.

Soca, consagrado a la ciencia, ha explicado en carta escrita desde París, a fines de 1384, a su fiel amigo López Lomba, la evolución de sus ideas, su alejamiento de las actividades puramente intelectuales y su dedicación a la ciencia: "Hace pocos años comenzaba esta larga peregrinación que hoy busca la coronación en las luces potentes y generosas de la ciencia francesa. Entonces, sin obedecer a inspiraciones propias y seducido tal vez por el falso brillo de nuestras inconsistentes personalidades políticas, tenía el deseo y la decisión de vestir la toga del letrado. La ciencia a que me he consagrado apenas la sostenía en mi memoria el arrullo de algunos sueños de la infancia. Hirióme en lo vivo este hecho que domina una gran parte de mi existencia: la vaciedad insalvable de nuestros eternos ergotistas que, sin preparación y sin alientos, escalaban las más altas posiciones". Por eso la ciencia lo conquista y aunque, al regreso de Barcelona la atracción del grupo del Ateneo lo fascina, el día que se aproxima a la verdadera medicina, que sólo se conoce cuando los estudios permiten el ingreso al hospital, Soca se entrega a la carrera que ha de ser el porqué de su vida. Acelera con el impulso de su inteligencia, la finalización de la carrera; se recibe en abril de 1883, en colación

privada, sin esperar a sus compañeros de aula que han de recibir el título en colación pública al final de ese año, y que son: Elías Regules, Jacinto de León, Florentino Felippone, Santos Errandonea, Angel Brian, Ernesto Fernández Espiro, Pedro Hormaeche, José Parietti. De más de uno de ellos podrían trazarse siluetas que mostrarían valores desconocidos. Como prueba precoz de la excepcionalidad de la figura de Soca, la culminación de su carrera va acompañada de un acontecimiento inusitado y emocionante. Un grupo de estudiantes de medicina —recuérdese que son muy pocos en 1883— integrado por José Scoseria, Rodolfo Fonseca, Luis Pedro Lenguas, Enrique Pouey, Juan Risso Herrera, Arturo Ferrer, Federico Velazco, Eduardo Lamas, Francisco Coste, Juan P. de Freitas, G. González Revel, Juan Servetti y Larraya, Joaquín de Salterain, estudiantes, todos, de años posteriores al de Soca, se presentan ante el Honorable Consejo Universitario el 27 de abril de 1883: "Los abajo firmados, estudiantes de medicina de esta Facultad, con el debido respeto nos presentamos y decimos: que habiendo tenido lugar por primera vez entre nosotros la colación de un alumno ciudadano de la República, que goza, por sus condiciones de idoneidad, amor al estudio e ilustración de todas las simpatías de los que fueron sus profesores y compañeros, y siendo costumbre que la práctica ha regulado, eximir del pago de los derechos correspondientes al primer graduado que se [recibe] en una Facultad, por todas estas consideraciones y muchas otras que no escaparán a la penetración del Honorable Consejo Universitario, venimos a solicitar la exoneración del pago de los derechos de diploma del señor don Francisco

Soca, persuadido el H. Consejo que esta petición no es sugerida sino por sentimientos de equidad y justicia." La resolución del H. Consejo Universitario, tomada el mismo día de la presentación de la nota, dice que "En uso el Consejo, de la facultad que le concede el artículo 55 del Reglamento general de la Universidad, concédece al señor Francisco Soca, por los motivos alegados, que reconoce el Consejo, el derecho de recibir gratuitamente el grado de doctor en medicina y cirugía." Firman: el Rector José Pedro Ramírez, y el secretario Enrique Azarola, que durante muy largos años, desempeñó ejemplarmente sus funciones al lado de aquella notable galería de grandes Rectores. [9]

Soca es el cuarto médico que se gradúa en nuestra Facultad: el primero es José María Muñoz Romarate, español, en 1881; en 1882 Atanasio Zabala Carriquiri, vasco y Luis Barattini, italiano. Soca, ya lo hemos consignado, se adelanta a toda la generación que concluye en 1883. El Consejo no ha vacilado en premiar al mismo estudiante, a quien aplicó. dos años atrás, una severa sanción disciplinaria. Esta conducta y la de los estudiantes firmantes del pedido —entre los que hay figuras ilustres del futuro como Salterain. Scoseria, Lenguas, Eduardo Lamas, Pouey— son dignas de la época en que los rectores se llaman Vásquez Acevedo, Jiménez de Aréchaga, José Pedro Ramírez, Alejandro Magariños Cervantes. Al concluir su carrera Soca ha debido presentar la tesis reglamentaria. Es un caso de tabes. [10] Se queja, en las

9 Archivo de la Facultad de Medicina Montevideo Carpeta Nº 66.

10 Francisco Soca, *Historia de un caso de ataxia locomotriz sifilítica*. Montevideo, 1883

líneas iniciales, amargamente, de su falta de medios de diagnóstico, de la falta de libros científicos, de la imposibilidad de conseguirlos. Sus quejas son cruelmente sentidas, han de repercutir eternamente en sus recuerdos y van a explicar los increíbles esfuerzos a que se entrega cuando se sumerja en la Facultad de Medicina de París. No dedica su tesis a nadie. Se limita a estampar, en su primera página, la nómina de profesores de la Facultad en que se ha formado, encabezada por el Decano, Dr. José Pugnalini, catedrático de Clínica Quirúrgica. Y dirigiéndose al "Sr. Decano y señores catedráticos", teniendo como padrino de tesis al Dr. Julio Jurkowski, profesor de anatomía, dice: "Hubiera querido presentaros un trabajo de aliento y os presento una observación clínica vulgar, recogida con toda la torpeza de la inexperiencia y elaborada con un apresuramiento vertiginoso. No se culpe a mi buena voluntad. Un trabajo importante, siquiera sea solamente de vasta y profunda erudición, requiere datos amplísimos. Yo he ensayado tratar diversos temas y he hecho esfuerzos sobrehumanos para obtener todas las noticias que necesitaba: tiempo, dinero, nada he ahorrado y nada he conseguido. En Montevideo no hay bibliotecas y no es posible hacer venir sino los libros sintéticos, que no agotan el detalle, como lo exigiría un trabajo *seguro* y profundo. Una tesis *buena,* paréceme ser una obra de romanos en el medio en que vivimos. Es por eso que no he creído deber retardar el momento de pronunciar en este claustro mi última palabra. ¿Qué hubiera podido ofreceros más tarde? Una mediocridad miserable. El trabajo que os presento no es mediocre, es humilde, pero es un ensayo de observación

personal, único título con que aspiro a merecer vuestra benevolencia. Es una historia que hice en la clínica del doctor Leopold". En el desarrollo de la exposición, analiza con sutileza, con morosa delectación, todos los síntomas. Cuando habla del estado de las funciones cerebrales traza una página que sale ciertamente de los límites de las tímidas tesis de los egresados en los años de formación de la Facultad. "No obstante, es fácil notar en su rostro (el del enfermo que presenta), grave y concentrado, la expresión de la tristeza que lo devora, hija tal vez de las decepciones o del presentimiento siniestro de males mucho mayores. La tristeza, la melancolía, el pesimismo, el desconsuelo sin límites, tal es, en efecto, el sello de su personalidad moral. Habladle: en vano pretenderéis torcer el curso de sus ideas; siempre irá a parar al objeto sombrío de sus perdurables meditaciones: aquí, la cárcel del lecho y el suplicio de un dolor intolerable, más allá, la muerte. Y no se resigna al infortunio ni acoge a la esperanza: llora, he ahí todo." Alcanza la lectura de estas reflexiones de un estudiante que va a obtener el título de médico para comprender la justicia de la iniciativa de los estudiantes al pedir el alto honor que el Consejo supo, ecuánime, discernir. Conviene reparar en algunos de los párrafos del prólogo genial de esta tesis: "este trabajo que os presento no es mediocre, es humilde"; "es un ensayo de observación personal"; "no puede lograrse (en Montevideo) sino los libros sintéticos que no agotan los detalles". Servirán de apuntes para la comprensión de la psicología del joven médico que sale a luchar. Hay hondura en la observación, hay un intenso sentido humano de la profesión a

que se va a entregar, hay profundidad en el enfoque moral del pobre enfermo, minado por una enfermedad incurable y de larguísima evolución. Todo, expuesto con una belleza de estilo llamativa.

V

Soca pinta en dos trazos la indigencia de la Facultad nacida ayer. No tenemos tiempo para describir lo que era la Facultad en 1883. Es un tema enorme que está esperando que alguien lo aborde seriamente después de los capítulos excelentes que le ha dedicado Eliseo Cantón en su magnífica "Historia de la Medicina en el Río de la Plata", que no está al alcance de la mano del lector común. Pero para comprender la desesperación de Soca y estimar sus actitudes futuras hay que decir unas breves palabras sobre el medio científico en que se desarrolló su formación de médico. La Facultad de Medicina de Montevideo fue el triunfo admirable del tesón y la buena volunta de un grupo de médicos extranjeros que la pusieron de pie, tras el célebre decreto que, firmado el 15 de diciembre de 1875 por Pedro Varela y Tristán Narvaja, creó la cátedra de Anatomía y Fisiología que fueron el embrión de la Facultad, cuya fundación se esperó durante tantos años. Los médicos extranjeros que ejercían en Montevideo la mantuvieron y la tonificaron en esos tremendos años de la iniciación. Habría que dedicar largas páginas para mostrar cosas inverosímiles como la resistencia que los médicos uruguayos opusieron a la formación y desarrollo de la Facultad. La totalidad del profesorado, sin una sola excepción, fue integrada por

médicos españoles, polacos, italianos, alemanes, que se improvisaron profesores —algunos ya lo habían sido— pasando sus pruebas de concurso para poder ser designados por un Consejo Universitario que se mantuvo inflexible contra la designación por nombramiento directo. Los criollos, con sus títulos provenientes de Facultades europeas o argentina, persistieron con sorprendente obstinación —de Visca para abajo— en su oposición a la doctrina del Consejo y prefirieron asistir a la declinación de la Facultad recién nacida, una vez que, por mil razones, empezaron a retirarse algunos de los fundadores, como Francisco Suñer y Capdevila, primer decano, Kemmerick y Jurkowski.

Se llegó así, a los cuatro años de fundada y cuando aún no había egresado ningún alumno con el título de médico, a provocar críticas que tuvieron eco en el Parlamento, como lo testimonia la inverosímil afirmación de un diputado en plena Cámara de Representantes de que "En cuanto a la Facultad de Medicina, exceptuando también unos cuantos catedráticos notables, debo manifestar que, a mi entender, no se halla a la altura de la menos adelantada de las Facultades europeas; y esto me había sugerido la idea de proponer a la Honorable Cámara una medida radical, como la de emplear todo el presupuesto de gastos de la Facultad de Medicina en enviar directamente a nuestros estudiantes de medicina a continuar sus estudios en universidades europeas." [11]

El autor de este feroz ataque fue don José Cándido Bustamante (1834-1885) que, al fin de su vida, con-

11 Juan A. Oddone y Blanca París de Oddone, *Historia de la Universidad de Montevideo*, pág. 291 Montevideo, 1963.

servaba la impetuosidad que animó toda su carrera de legislador y de periodista. Y esto lo decía a fines de 1880, ¡cuando la Facultad estaba en su cuarto año de vida! Con la designación del doctor Alfredo Vásquez Acevedo para el Rectorado, en 1885, este horizonte habría de cambiar por completo. Pero esta disgresión tiene como única justificación la pintura de la Facultad pobrísima en que Soca se ha desenvuelto. Hay, fuera de las dificultades en la provisión de las cátedras y de las penurias presupuestales, otro factor de seria gravitación en el dificultoso desarrollo. La Facultad tiene un poderoso enemigo en la Comisión de Caridad y Beneficencia Pública. Otro caso curioso sobre el que tampoco es dado explayarse libremente aquí. La Comisión de Caridad es la dueña del Hospital de Caridad, denominado más tarde Hospital Maciel. Integrada por hombres de real valía, de gran significación social, entre los que predominan señores de vieja raigambre católica, ha sostenido y mejorado constantemente el gran Hospital de Montevideo, que viene desde los primeros años del siglo. Pero ahora la Comisión está enfrentada a un hecho nuevo. Es la entrada de la Facultad de Medicina, cuya existencia sin hospital de clínicas es imposible; la entrada de la Facultad con sus profesores y su juventud estudiosa al recinto hasta entonces pacíficamente destinado al cuidado de enfermos. La Comisión trata de obstaculizar lo que reputa una invasión y cierra prácticamente casi todas sus salas a los estudiantes que comienzan a poblarlas. Sólo tras una lucha ardua y permanente el Consejo Universitario va logrando la apertura de salas indispensables. No es porque haya desembocado en el hospital un río

de alumnos: la Facultad tiene en sus filas, en 1882, 12 alumnos en primer año, 7 en segundo, 7 en tercero, 11 en cuarto y 1 en quinto. Y de éstos, a los alumnos de los dos primeros años no les corresponde concurrir al hospital.[12] Es que la antipatía de la Comisión de Caridad se ha revelado desde los primeros pasos. Cuando en los meses iniciales de 1876 tiene lugar el concurso para la cátedra de Anatomía —una de las dos, se recuerda, que ha creado Narvaja en su célebre decreto de diciembre de 1875— se presentan tres aspirantes: los doctores Jurkowski, Masriera y Aguirre. Se necesitan, para los inevitables ejercicios de disección, tres cadáveres. La Comisión de Caridad se opone a concederlos. "Hubo necesidad de librar tres batallas para conseguirlos". Y todavía agravó el problema negando en absoluto el uso de su anfiteatro para los trabajos de disección.[13] Pocos años más adelante, el Rector Vásquez Acevedo podrá afirmar en su informe anual a la Sala de Doctores de 1887. "Clínica Médica sólo dispone de una sala de 40 camas; Quirúrgica de 20 ó 30; Clínica Obstétrica está rodeada de trabas de todo género. La Clínica Médica sólo abarca realmente la sala de hombres, porque el estudiante lucha con grandes dificultades para entrar en las salas de mujeres.[14] Y aun los estudiantes pedían inútilmente que las autoridades del hospital les encomendaran la curación de los enfermos, que sólo realizaban los "practicantes", modestos empleados que desempeñaban esas delicadas tareas.

12 Eduardo Acevedo, *Anales Históricos del Uruguay* Tomo V, pág. 347 Montevideo, 1934

13 Eduardo Acevedo, obra antes citada, pág 121

14 Eduardo Acevedo, obra citada, pág 347

No se puede seguir exponiendo el problema de las dificultades del nacimiento de la Facultad, pero debe mencionarse, por lo menos, el origen de tales arbitrariedades. Tienen su raíz en la exaltación de las discusiones filosóficas que en esos años alcanzaron una intensidad nunca, ni antes ni después, igualada. Julio Jurkowski, sin ir más lejos, catedrático, vencedor en el célebre concurso de Anatomía, segundo decano de la Facultad, de quien ha afirmado el profesor Scoseria, con su incomparable autoridad, que era "un sabio profesor de anatomía de la Facultad de Montpellier, que, con un profundo conocimiento de su asignatura, sabía hacer atrayente su materia y dictaba siempre su curso sobre el cadáver, pinza y bisturí en mano"; [15] Jurkowski, pues, era uno de los campeones, combativo y sagaz, de la ola de positivismo filosófico que había dividido a las clases intelectuales en luchas que Arturo Ardao ha expuesto con serenidad y justeza en sus ilustrativos estudios. Los miembros de la Comisión de Caridad tenían ideas contrarias a las que dominaban en la enseñanza universitaria en este momento y defendían celosamente sus ambientes, en que dominaba una severidad religiosa, de la invasión de ideas para ellos inaceptables. Esta disgresión, que apenas rasguña el tema de la insuficiencia de la Facultad donde se educó médicamente Soca, es necesaria para evocar, de pasada, el estado de desaliento en que finaliza la carrera.

15 José Scoseria, *La Facultad de Medicina. Libro del Centenario 1825-1925*

VI

Soca es pobre. No cuesta adivinar qué ambición de ciencia quema su espíritu que, se ve claramente, desborda los límites exiguos en que se ha visto encerrado. Resuelve irse a campaña, y elige Tacuarembó, a 400 kilómetros de Montevideo, con las comunicaciones precarias que, en 1883, la vinculaban a la capital. Ya se ha visto, tras su regreso de España, el silencio con que sella sus impresiones de un año en Europa. Tampoco habla mayormente de su estada en aquella insignificante ciudad, no lejana de la frontera riograndense. Es un hombre reservado, que no evoca recuerdos de familia, de los primeros años de su educación. Aunque tenemos la pretensión, puesto que nuestra documentación lo permite, que sea él quien vaya trazando los rasgos de su personalidad, puede afirmarse desde ya que, habiendo escrito mucho, es impenetrable. No alude jamás a sus padres o hermanos, ni a su vida infantil, ni a su mocedad, ni a los éxitos o contrastes que lo acompañaron en su formación. En una carta, que ha de leerse más adelante, del 11 de octubre de 1883, a los ocho meses de ser médico, deja escapar alguna de esas confidencias que matizan su correspondencia con Ramón López Lomba y atribuye a su "altivez morbosa todos mis dolores de veinte años que yacen en el silencio de mi vida, inalterablemente solitaria". Sólo una vez, en la documentación autógrafa que obra en nuestras manos, habla de su padre. Lo menciona en un ensayo filosófico —no puede calificarse de otra manera— que escribe, desde Tacuarembó, probablemente. No hay seguridad respecto a la fecha y

al lugar de donde proviene porque falta la página final: abarca dos grandes hojas de papel, con letra muy menuda. Es algo muy distinto a todo lo que ha escrito. Opulento, recargado en la forma, tiene, en su vuelo romántico, tal optimismo, tal fervor, que lo hace caer insensiblemente en la ingenuidad Es la revelación de un fondo que no vuelve a exteriorizarse con semejante candidez. Es un himno al amor y a la amistad. Dirigido a su querido López Lomba arranca diciendo: "¡Qué bella, qué necesaria, qué sabia es la benevolencia! La humanidad es menos mala de lo que se la cree... Si no mis observaciones (no podría tenerlas) mis ideas teóricas me han hecho pensar a veces que el crimen era una desgracia y el mal una enfermedad tan insoportable como un ataque de apoplejía o un acceso de fiebre palúdica" Sigue una gran tirada lírica sobre el amor, que "resplandece en todo, lo penetra, lo invade todo, lo domina todo". Explica a su amigo el porqué de este estallido apasionado, narrándole una escena casera; él y su padre van a comer a las cinco de la tarde. Están esperando la comida, pero la persona de servicio que los atiende ha recibido la visita de una amiga que la retiene dos horas. "Mi padre no se atreve a interrumpir la amistosa plática, tiene cierta delicadeza y teme avergonzar a las pobres jóvenes". Alguien que lo acompaña —"no él, de lo que me alegro"— ha dicho: "Hay gentes que no saben cuándo aburren". "¡Cruel, dura, horrible frase!" Soca desarrolla otra larga tirada sobre la injusticia de interrumpir el largo coloquio de las jóvenes. La ha escrito en este momento inusitado, beatífico, mientras se prolongaba la espera de la comida. Cuando "la sirvienta medrosa,

vacilante, inocente, convencida tal vez de un crimen imaginario, trae por fin la comida, yo, que soy grave, severo, duro con cierta clase de gente", ..."le dije, mostrándole este papel: ¿ves? he comenzado tu defensa. La muchacha no me entendió probablemente, pero me miró; yo estaba hermoso, hermoso de bondad, de compasión, de amable benevolencia. Se retiró radiante de alegría. ¿Me había comprendido?" Este episodio, desarrollado con exceso de palabras y repeticiones, le trae otra reflexión, en la que se deslizan observaciones finísimas. "Usted me decía en una carta a Europa: ¿por qué creéis que el amigo busca al amigo? Por la feliz necesidad de expansión que eternamente lo tiraniza. Esta aseveración si quiere ser exclusiva es radicalmente falsa. La amistad es una armonía; la armonía de dos almas. Buscar al amigo es buscar a la amistad, es *realizar* la armonía y libar el goce divino que brinda al corazón del hombre. No tengamos ideas, sentimientos que comunicar: ¿qué importa? Nuestro amigo es nuestro placer, el más puro, el más santo"... "La amistad es, al fin, una forma de amor". Desarrolla esta idea con otra explosión de exacerbado romanticismo. Después, concluye: "Ved la lógica de mi doctrina sobre las cartas entre amigos: no es necesario que tenga ideas, nuevos sentimientos que comunicar: la carta es la continuación de la amistad al través del espacio, una explosión de la necesidad encantadora de combinar ideas, palabras, ¿qué importa?, con el amigo". Viene luego una segunda parte que comienza así: "He pensado esto: las variedades del amor son variedades del egoísmo. Amor es amarse, es amarse en otro". Y cuando empieza a desenvolver su tema, concluye la

página. Nos falta la tercera. El ensayo queda, para nosotros, trunco. Pero frente a estas confesiones a ratos declamatorias, a ratos candorosas, de las que, expresamente, hemos podado los pasajes más exuberantes, tenemos una carta del 11 de octubre de 1883, íntegra, poderosa, honda. Queríamos saber algo de su estada en el villorrio que podía ser entonces San Fructuoso, capital del departamento de Tacuarembó. Soca trabaja allá en el hospital, que debe ser elemental, pero que va a darle un caso clínico que, publicado más adelante en Francia, tendrá inesperada importancia en su vida científica. Será el modesto caso del hospital de San Francisco, como lo denominará la errata del tipógrafo que compuso la tesis parisiense, una prueba-testigo de la sagacidad clínica y la honradez de observación de este recién egresado de la tambaleante Facultad de Montevideo. En esta carta, Soca no le dice a su amigo López Lomba, nada concreto de lo que éste seguramente desea saber, inquieto por conocer detalles de la iniciación profesional del entrañable compañero perdido allá en el norte y que no da señales de vida.

La carta es larga. Se le podrá suprimir muy pocos párrafos porque destila interés, aunque sólo en el lírico final se tenga noticia lejanamente aproximada del punto de donde irradia. "Sr. D. Ramón López Lomba, Montevideo". Ya no es el amigo López simplemente. Aquí hay otro empaque, de entrada. "Mi estimado amigo: Hace ya tres o cuatro meses que estoy en este pueblo y aún no he escrito a usted una carta. No debe extrañarle: una carta es un movimiento del alma proyectado sobre el papel, una carta digo, extraña a las banalidades de la vida común e

hija de una de esas felices explosiones del sentimiento que anulan el espacio con la virtud expansiva, que es su más acentuado rasgo... Pero la expansibilidad tiene limitaciones crueles en los vicios o virtudes del carácter. La altivez morbosa que señorea a veces nuestro espíritu, tiene, más que otro alguno, el triste poder de ahogar los gritos más hondos, los acentos más íntimos del corazón desgarrado. Cuántas veces la más noble amargura muere ignorada en el fondo del alma, sólo porque no se vea correr una lágrima por nuestra mejilla, o no sentir vibrar en nuestros labios una queja, esa dulce debilidad de las almas tiernas, cuya eficacia consoladora no alcanzará nunca a comprender el que ha vivido siempre en la eterna soledad del espíritu, más salvaje aun que la soledad del desierto. Y tal es la historia de mis dolores. Nacen en las fibras más íntimas del corazón como el estallido de una cuerda rota, se dilatan, ascienden hasta los labios, hasta los ojos, buscando una queja, una lágrima... ¡Pero en vano! El dolor romperá el corazón, al expandirse pero mi rostro no habrá perdido la calma despiadada, la animación implacable de mis días más serenos. Y no es una vana declamación literaria: una queja íntima, sincera, explosiva, ingenua, de un dolor verdadero y profundo. Nadie la ha sorprendido jamás en mis labios; una lágrima verdadera, espontánea, empujada por el dolor desde las profundidades del alma desgarrada, nadie la ha sorprendido jamás en mis ojos. Todos mis dolores de veinte años yacen en el silencio de mi vida, inalterablemente solitaria. Y si alguno ha franqueado una vez mis labios lo ha hecho tarde y deformado, roto, destrozado por la mano del tiempo.

Pero ¿es esto razonable o es sólo el desvarío de una naturaleza desarreglada? Lo ignoro. Sólo sé que es un hecho brutal, inconmovible, y me inclino. Sufro: tengo necesidad suprema, necesidad de hablar: callo. Es aburrido, monstruoso si queréis, pero es así, es irremediable, fatal; es mi carácter. A veces me revuelvo contra este despotismo interior de mi soberbia desbordada. ¡Esfuerzo inútil, absurdo! El carácter es una roca de granito, inmóvil, eterna, que en vano azotan las oleadas de este inmenso mar del mundo. Siempre igual, humilde o altivo, áspero o suave, débil o fuerte, siempre igual, desde que nace hasta que muere. Todo se modifica: las ideas, los gustos, las formas, pero ese algo íntimo y profundo, esa cosa acentuada, caliente, brutal, que tiene el imperio del alma y acaso el secreto de nuestras acciones, ese yo avasallador, tiránico, fatal, el carácter, no cambia, no se inclina, no se adapta, escapa a la atmósfera que lo envuelve y a la luz que lo alumbra... Yo renuncio a modificarme: nunca he podido quejarme, no puedo hacerlo ni aun en el íntimo coloquio de una amistad sincera y probada que no han vencido los años ni ha sufrido las debilidades humanas. No podré hacerlo jamás. Ya puede Ud. comprender mi largo silencio. ¡Si hubiera tenido dicha que referirle, dichas grandes, grandes promesas, grandes esperanzas... pero sólo he tenido dolores, dolores grandes, es cierto, pero dolores al fin! ¡Que mueran ignorados en el mismo rincón del alma donde han nacido! ¡Perdón por esta reserva! Es indigna, pero es irremediable, se me impone con toda la fuerza de la fatalidad. ¿Perdón he dicho? Es necesario que lo merezca y sufra heroicamente algo de lo que el dolor me había dic-

tado, lo menos candente". Es con su lujo de fraseo, una confesión. Proyecta luces sobre su carácter, definitivas. Está desesperado y era de imaginarlo. Su voluntario destierro, al concluir su carrera, en un pobre pueblo remoto, representaba la antítesis de todo lo que su talento podía ambicionar. Poseía demasiada conciencia de sus dotes para no sentir, trágicamente, que San Fructuoso era la asfixia, sentirse maniatado, Siberia. Todo aquel himno sentimental que hemos mencionado antes, es un relámpago de ternura que rompe, excepcionalmente, esta cáscara de pena inexpresable que cubre sus rasgos. Necesitaba sacudir las alas. La carta toma un tinte confidencial, desgarrador. Soca tiene amigos en Montevideo a quienes ha recordado en su misiva de Barcelona: Martín C. Martínez, José Batlle y Ordóñez, Andrés Lerena, Julio Bastos, pero López Lomba es un hermano para él —¡no lo tutea, como no tutea a Batlle ni a nadie!— y, dentro de su hermetismo le confía lo que su carácter de roca deja escapar. "Estaba triste, muy triste —continúa diciendo— y su carta noblemente amarga me anonada. Mis ideales se alejan, las bellas imágenes de mi cerebro pierden la nitidez de sus contornos. Quiero marchar y una muralla insalvable me detiene. Quiero sacudir esta inmensa pesadumbre de ignorancia que me abruma y el mundo se derrumba sobre mí para aplastarme. Tengo sed de luz, sed infinita, y me hundo cada vez más en la sombra. No tengo sino ambiciones viriles. No hay en las severas regiones de mi fantasía rostros de huríes ni rumor de besos. Saber, imponer por la autoridad de la ciencia y la virtud del trabajo; luchar con el dolor humano, luchar con desinterés heroico, sin miras

estrechas, sin móviles cobardemente personales: tal es mi ambición, mi ambición única. Para realizarla habré aceptado el martirio de la vida en estos villorrrios infames, en los que el corazón se empequeñece con las miasmas que se respiran en el aire y la inteligencia se muere en la inacción fatal a que la condena la falta de todo estímulo capaz de expulsar vigorosamente nuestra nativa pereza. ¡Vano esfuerzo, inútil sacrificio! Pero, dirá usted, las cartas para ser interesantes, no han de ser necesariamente subjetivas, no han de pintar por fuerza, un movimiento del alma, las febriles ansiedades del deseo o las dulces fruiciones de la esperanza ¿Queréis hablar? Pintad lo que tenéis a la vista. He ahí la naturaleza que os brinda espectáculos suntuosos. ¡Cómo! ¿Vivís en medio de la salvaje poesía de una naturaleza virgen, entregada a su exuberancia desbordada y ciega, no bastardeada aún por la mano del hombre, y no halláis un bosque ni una pradera que os dé asunto para ocupar un instante la atención del amigo lejano? Es que la vida subjetiva domina por completo a la objetiva. Para pintar la naturaleza con arte verdadero, para ofrecerla en la palabra viva y palpitante, es necesario contemplarla con atención religiosa, sentirla, amarla, abismarse en sus maravillosas creaciones. Y no siempre es dado ajustarse a tan difíciles condiciones. Así, cuando una idea suprema, una suprema aspiración domina nuestro espíritu desde sus más ocultas profundidades nos tiraniza, nos absorbe; todos los esplendores del arte y de la naturaleza no sabrían arrancar un latido a nuestro corazón o una mirada a nuestros ojos. La luz interior que nos inunda diluye, ahoga toda otra luz extraña. En vano chocan las olas,



braman los vientos y enciende el rayo las sombras del cielo: nuestro espíritu, dormido en el éxtasis de sus contemplaciones interiores sólo siente el choque de las pasiones desatadas que se revuelven en el fondo del alma. El deseo que se yergue, la ambición audaz que se abandona a todos los delirios de una fantasía enferma, la rabia de una inferioridad cruel, injusta, el dolor agudo, infinito de las grandes esperanzas abortadas: ¡helo ahí todo! ¡Ah, si latiera mi corazón si palpitaran mis arterias, si no sintiera en el alma la laxitud, la atonía, la parálisis del desencanto, la apatía infinita que dejan tras de sí los infortunios irremediables; si pudiera hallar para mi palabra la juventud, la frescura y la lozanía del sentimiento, con qué placer le describiría estas regiones encantadas en las que empieza a respirarse el aire caldeado y los perfumes lascivos de los trópicos; en que el cielo se viste con colores nuevos, enérgicos, brutales y en cuya vegetación empieza a vislumbrarse el lujo febril, la gracia salvaje de la selva americana! Pero es necesario que calle y calle hasta la próxima".

En esta carta hay cosas magníficas y cosas superfluas. La primera mitad es magistral. Formula revelaciones sobre sus sentimientos íntimos que, aunque alguna vez ha de reiterarlas, nunca serán más espontáneas y veraces. Todo arranca de su infancia. Tiene veintisiete años cuando escribe estas confesiones y ya habla de "todos mis dolores de veinte años". Defiende su reserva recalcitrante: "Yo renuncio a modificarme". Tiene instantes patéticos, de auténtica elocuencia. La segunda mitad de la carta, en lugar de suministrar al amigo pormenores de sus meses de trabajo le sirve de pretexto para una disertación ar-

tificiosa, en la que, haciendo juegos malabares con las palabras, rememora los tiempos del Ateneo y de Vázquez y Vega o parece que escribe un artículo para *El Espíritu Nuevo*. Soca no mira la naturaleza. Su vida es profundamente subjetiva. En las líneas terminales se lanza a una descripción fantasista de la naturaleza de la región en que ahora vive y forja un ambiente tropical que allí no existe, y mucho menos en octubre; abstraído en sus meditaciones, señala, irónicamente la imposibilidad de arrancarse a su desaliento. Se diría que ha estado esperando algo que lo saque de su marasmo involuntario. "Su carta me anonada. Mis ideales se alejan..." Parece haber un secreto. Lo hay. El secreto radica en que López Lomba es amigo del general Máximo Santos, Presidente de la República. Soca llega a entrever la liberación por ese lado y logra que su amigo le consiga una audiencia con el Presidente, que se renueva más adelante, como él consigna en una carta —ya triunfante— al General Santos, del 16 de abril de 1884. La misiva de López Lomba lo ha desanimado, seguramente, porque todavía no ha madurado la posibilidad de la entrevista, que él aguarda con profunda ansiedad. Máximo Santos es un hombre inteligente, militar, que ha hecho una carrera relampagueante y ha llegado, utilizando todos los medios, aun los más censurables, al poder, que desempeña despóticamente. Soca plantea, en sus visitas al Presidente, el problema vital de ir a instruirse a Europa. Santos lo ha oído y se ha convencido de la utilidad de secundar la obra naciente de la Facultad de Medicina, de la que ya ha egresado un selecto grupo de médicos, entre los que hay verdaderos valores; a los

que ya hemos citado, se unen, en 1884, José Scosería, Luis G. Murguía, Benito del Campo, Enrique Pouey. Oriol Solé y Rodríguez, Joaquín de Salterain, Juan Alzamora.

El 20 de febrero de 1884 ya puede Soca escribir alegremente desde Tacuarembó al gran amigo: "Sus noticias no pueden ser más halagadoras. pero como necesito mayores aclaraciones, decido ir a Montevideo y al fin del corriente mes espero que podré estrecharle la mano". Claro que estos conceptos esperanzados han sido precedidos por una de esas tiradas filosóficas que traducen el afán de exteriorizar las meditaciones que reserva para el amigo incomparable. "He recibido sus dos cartas simultáneamente y tomo cuenta de los reproches de la primera y de las noticias de la segunda. En primer lugar me sería fácil justificarme sin invocar el enervamiento; la eterna somnolencia en que se vive en estos pequeños desiertos poblados. sin la majestad de los verdaderos. La amistad honda, como todos los afectos que han echado raíces profundas en nuestro corazón, no puede dejar de palpitar alta y fuerte mientras se viva la vida del espíritu, cualesquiera que sean los tristes desmayos y sus irremediables languideces. Pero es necesario distinguir muy cuidadosamente el sentimiento y la expresión. Puede el alma sentir con inusitada violencia y el labio permanecer mudo, o la pluma ociosa. Es que el espíritu no alcanza siempre aquella poderosa tensión que demanda el propósito de dar forma escrita a lo que palpita en el corazón o luce en la mente; es que escribir. escribir bien, es siempre tarea que exige intensa concentración intelectual, y no son vanas fórmulas sociales las que lograrán siempre sacudir nuestra viciada pereza"

Cuando va, en cumplimiento del anuncio formulado en esta misiva del 20 de febrero, a Montevideo, ya está mordido por la impaciencia. Y por eso escribe, con su franqueza de hombre solitario y poco experto en fórmulas sociales, al Presidente de la República. Es una carta recordatoria, casi apremiante, con fecha 26 de abril de 1884. La ha hecho conocer al señor Ricardo Martínez Munúa y proviene del archivo de su padre, el Dr. José Luciano Martínez, sobrino del Presidente Santos. "Señor: Hace algún tiempo fui presentado a V.E. por el doctor López Lomba y tuve ocasión de comunicarle el vivo deseo que abrigaba hacía ya mucho tiempo, de emprender un viaje a Europa con el fin de profundizar y extender mi instrucción en los grandes centros científicos de Europa. V.E. comprendió todo lo que tenían de laudable mis aspiraciones y. teniendo en cuenta sin duda que la cultura científica es una de las grandes necesidades de nuestro país en la época presente, ofrecióme favorecer mi viaje con su poderoso concurso. Más tarde tuve ocasión de visitar nuevamente al señor Presidente y me permití manifestarle que estaba completamente a sus órdenes, pronto para partir y deseosísimo de hacerlo desde luego, si ello era posible. V.E. me prometió entonces arreglar mi asunto en un breve espacio de tiempo y comunicó a mi amigo el doctor López Lomba las condiciones en que yo, como los señores Salterain y Pouey, deberíamos hacer el viaje. Después, sobrevinieron sucesos que debieron ocupar, con justo título, la atención del señor Presidente, y yo por mi parte creí discreto no molestarlo por el momento con inoportunas demandas. Ahora me atrevo a insistir nuevamente, animado por

la sencillez y buena voluntad que he creído observar en el Jefe del Estado; único motivo, por otra parte, que explica que un humilde estudiante quiera hablar tan directamente al primer magistrado de la República. Señor Presidente: el viaje a Europa de que vengo hablando no es en mí un sencillo deseo, una ambición, una esperanza: es una desesperación. Es la protesta de toda mi naturaleza activísima, irritada contra las oscuridades y la ignorancia; es una exigencia apremiante, severa, inevitable de mis sueños de ciencia y de gloria. Pues bien, a pesar de esa inmensa importancia sobre la cual insistiré en mi carta de acción de gracias, es tal y tan singular el concurso de circunstancias que me rodean, que me vería en la terrible necesidad de renunciar, acaso para siempre, a ese viaje que es la suma de todas mis ambiciones, si tuviera necesidad de esperar por mucho tiempo la realización de las promesas que he recibido del señor Presidente. Si, pues, no fuera cosa difícil o si V.E., por cualquier motivo que respeto no hubiera decidido retirarme su promesa, yo me atrevo a suplicarle que añada al beneficio inmenso que importa el hecho de favorecer mi viaje a Europa, el beneficio aún mayor de apresurarlo. Pido otra vez disculpa a V.E. por mi descomedimiento y puedo asegurarle, desde el fondo de mi alma agradecida, que sabré hacerme digno de su benevolencia y merecer al menos la protección que me dispensa el Jefe del Estado. Saluda al señor Presidente atentamente y respetuosamente, *Francisco Soca.* Hotel Español, cuarto Nº 29". [16] La carta, opaca, cargosa e ingenua, tiene

16 Ricardo Martínez Munúa, *El Presidente Santos y la Facultad de Medicina de la República* Montevideo, 1941, pág. 21.

el mérito, para nosotros, de revelar el origen del decreto que, antes de un mes, va a emitir el General Santos, que siempre se ha elogiado, justificadamente, como rasgo laulable de un mandatario con el que la crítica histórica ha sido severa e implacable. Si se piensa en este gesto y en que durante su presidencia se desenvuelve sin obstáculos el Rectorado de la Universidad en manos del Dr. Alfredo Vásquez Acevedo, se recuerda con simpatía estos rasgos, como se señalarán siempre en los gobiernos militaristas predecesores de Santos, entre otras cosas meritorias, la aprobación del decreto de Varela-Narvaja respecto a la creación de la Facultad de Medicina y la designación de José Pedro Varela para la Inspección de Instrucción Primaria, de tan definitiva repercusión en la vida educacional de nuestro país. Santos se ha mostrado rumboso, cosa que tanto ha contribuido a dar motivos de censura al juzgar su actuación pública y privada. Ha sido Soca, con sus visitas, quien ha despertado el fondo generoso del mandatario. Crea tres becas y elige magistralmente los candidatos. Antes de un mes, tras la suplicante carta de Soca, que es el motor de este asunto, el 12 de mayo de 1884, el prometido decreto aparece refrendado por el ministro Dr. Carlos de Castro. Dice en sus considerandos: "1º Que el Gobierno debe procurar por todos los medios a su alcance el desarrollo científico del país. 2º Que es una necesidad palpable propender a la formación de un plantel de profesores y médicos nacionales, como es la práctica de los países más adelantados. 3º Que es un hecho, a pesar del celo inquebrantable del Gobierno por el adelanto y perfeccionamiento de las ramas de la Ins-

trucción Superior, que la Facultad de Medicina de la República no ofrece acabadamente los medios de perfeccionar los estudios que comprenden sus cursos, no obstante los esfuerzos decididos del Gobierno a su respecto. 4º Que las aptitudes intelectuales y la contracción al estudio de los doctores Don Francisco Soca, Don Joaquín de Salterain y Don Enrique Pouey los hacen acreedores a la protección del Gobierno, el Presidente de la República acuerda: Art. 1º Concédese a los señores doctores Don Francisco Soca, Don Joaquín de Salterain y Don Enrique Pouey una pensión de doscientos pesos mensuales a cada uno, con el fin de que puedan perfeccionar sus estudios médicos en las universidades de Europa. Art. 2º Concédesele conjuntamente un viático de mil pesos a cada uno. Art. 3º Impútense dichas sumas al rubro de eventuales de este ministerio Art. 4º Dése cuenta de esta resolución al Cuerpo Legislativo. Art. 5º Comuníquese, publíquese y dése al R. N." [17]

El decreto lleva fecha del 12 de mayo de 1884, como se ha dicho. El 17 Soca le escribe a su amigo López Lomba que se ausenta para San Fructuoso por diez o doce días. Va, naturalmente, a ocuparse de sus intereses, pero ha de volver "aunque no reciba carta suya comunicándome que los pájaros están enjaulados". Se refiere a los primeros aportes del Gobierno. Le envía su tesis al General: "Siento verdadero agradecimiento y no es difícil que le envíe también espontáneamente la carta que le tenía escrita u otra análoga", le dice a López Lomba. Se embarca para

17 *Memoria presentada a la Honorable Asamblea General en el 1er. período de la 16ª Legislatura por el Ministerio de Justicia, Culto e Instrucción Pública correspondiente a los Ejercicios de 1885-86, 1886-87 y 1887-88.* Montevideo, 1888

Europa en cuanto puede. Lo quema la impaciencia. A mediados de julio de 1884 está en París. Hay una carta al eterno amigo firmada a los tres días de su arribo. Como es su costumbre, no dice una palabra del viaje ni de sus compañeros: "ya que hacen solamente 3 días que he llegado a París y de ellos he pasado dos en la cama. No puedo siquiera pintarle la fuerte impresión del primer momento, porque apenas falta una media hora para que se cierre el correo del 18 y además estoy todavía tan fastidiado que escribo en la cama. Esta no tiene otro objeto que hacer conocer mi feliz arribo a París después de no escasas peripecias y emociones gratas o ingratas, pero siempre nuevas y llenas de enseñanzas". Trae esta carta el indispensable desahogo subjetivo que ya adelantaba desde Río de Janeiro a su amigo López, a Antonio María Rodríguez y a Batlle: "A todos les comunicaba el principio de la saludable evolución que empezaba a operarse en mis sentimientos y mis ideas y la esperanza que empezaba a colorear un porvenir antes tan oscuro y triste. Esa evolución perseguida se ha hecho sumamente compleja y elementos nuevos e inesperados la han precipitado de tal manera que han bastado dos meses para que me sienta transformado *de fond en comble.* Las etapas distintas por que ha pasado esta regeneración que hoy llega a su mayor altura y se consolida con el espectáculo que tengo casi a la vista, es hacer la historia de mi viaje y pintar la impresión que han hecho en mi espíritu la ciencia y la vida francesa. Lo primero es muy largo y será materia de una carta que he comenzado a escribir en el lazareto de Paulliac, donde he estado encerrado 14 días —lo segundo sería

demasiado prematuro". Desde ahora comienza, a través del epistolario que la amistad sin par de Ramón López Lomba supo conservar y que, más o menos completo, como corresponde a los frágiles papeles guardados largas decenas de años, permite seguir el lento y totalmente desconocido desenvolvimiento de la vida increíble de este increíble estudioso en París.

VII

El esfuerzo de Soca, ha de verse, es desaforado. Es él quien lo dice, pero las pruebas cantan. No es, evidentemente, el momento de diseñar su personalidad. Ha empezado a vivir, pero ya hay un rasgo prominente que surge solo, enorme, de toda su actuación. Es la existencia de una voluntad de roca que encuentra el campo donde ejercitarse. Pronto se orienta, porque ya ha resuelto tentar lo que desea. París no lo distrae ni un minuto. No ve obstáculos para su ambición. La ciencia lo traga, y es inútil buscar en su vida parisiense, que va a durar cinco años, otra cosa que la dedicación ciega, apasionada y devorante a la medicina. Soca deja años de su vida en París. Nadie tiene menos noticias de la ciudad que él. Las horas no le alcanzan para el estudio y los hospitales. Cualquiera puede imaginar, más o menos ilusoriamente, la actividad mental de un hombre de su categoría, trasplantado a un medio incomparable; nadie por mucho que suponga, acertará a evaluar la intensidad de esta adoración por la ciencia y la firmeza de su condición de médico.

Soca inaugura una segunda etapa de su vida. La primera fue la conquista, desde la oscuridad, de su

título. Ahora, desde la penumbra, se lanza al deslumbramiento de París. Ya veremos si lo conquista. El, y no nuestra imaginación, nos irá describiendo las fases. Hay una carta de más de cuarenta páginas que ha llegado amputada parcialmente. Son muchos más los pliegos conservados que los perdidos; no tienen fecha, pero no es difícil colegir que corresponden a los últimos meses de 1884, a pocas semanas o meses de su llegada a París. Son fragmentos, difíciles de unir, de una gran carta a la que ya ha aludido, comenzada probablemente en el Lazareto. Habla, con mayor ardor que nunca, de sus sueños, de sus fantasías, de sus penas, todo sin precisiones, sin nada de concreto. Vuelve a recordar al amigo la evolución de sus ideas, ya esbozada desde Río de Janeiro. "Sentía encender en mí la ola de una vida nueva y adivinaba detrás de mi extraña tristeza la suprema alegría de la luz surgiendo del fondo mismo de la sombra. Desde entonces han pasado por mí cosas extraordinarias y he perdido el hilo de esa historia. Pero he aquí que el alma quebrada y mustia de ayer se levanta hoy lozana y floreciente y se apercibe vibrante de entusiasmo a las grandes luchas del pensamiento. Como Lázaro vengo de una tumba y aún me envuelven jirones de sudario; pero estoy vivo: mi cerebro arde, mi corazón palpita, el aire llena mis pulmones". París lo ha enceguecido. Venía preparado para adorarlo, pero ahora "es un delirio, un fantasma, una visión que no ha cesado un instante de brillar". Continúa el himno a París, con ese estilo rutilante que concluye por fatigar, desbordante de inflado romanticismo. Y es que "he sido siempre un soñador, un soñador incansable; lo

soy aún, aunque la saeta audaz de mi pensamiento, vencido por la realidad haya herido de muerte a la ilusión, antes señora de mi ardoroso espíritu". Y abandonando estas disquisiciones. de las que suprimimos tanto como lo que extractamos, dice, pisando la tierra: "Mañana comenzaré a hacer algo para ingresar en la Facultad y comenzar mis estudios de los cuales por los datos recogidos me prometo muchísimo El teatro es inmenso y extremadamente a propósito para la especialidad que he elegido. Tengo la esperanza de ganarme la consideración de mis maestros, ya que la tienen y grande, jóvenes a quienes me siento muy superior por la *voluntad* y la cabeza, por la *voluntad* sobre todo, que abunda aquí menos de lo que se piensa, entre los estudiantes sobre todo y de éstos entre los americanos. París es un *gouffre* en que se abisman los mejores o por lo menos gastan la mitad de sus fuerzas". Sus trabajos de exploración le han permitido llegar a conclusiones osadas, pero él ya sabe lo que quiere. Ha elegido el primer rumbo, que es el de dedicarse a la medicina de niños: "¡Me he decidido! Pero de un lado el mundo —del otro lado mi hospital y mi gabinete de trabajo—. No oigo más que ruido de hojas que se deslizan y gritos de dolor de enfermos o moribundos. Mis hijos, mis hermanos, mis amigos, mis amores, son esas pobres flores humanas que se doblan heridas por la muerte antes de haber abierto su seno a la luz del sol de la vida. Los niños son el porvenir y detenerlos al borde de la tumba es salvar la esperanza. Pues bien, yo me consagro a la esperanza"... Vuelve a pisar la tierra siempre en esta carta del otoño de 1884 —que ha abandonado momentánea-

mente en este final de párrafo ilusionado— y habla de las exigencias de su vida local, que va descubriendo: "El retiro absoluto y la inalterable calma en que vivo tienen aún otra razón muy poderosa. París es una cosa abrumadora: se trabaja aquí de una manera bestial y el talento tiene que rayar muy alto para abrirse paso por medio de esta inmensa muchedumbre de poderosos luchadores que guardan fervorosamente todas las posiciones de la ciencia y de la gloria. Al hallarme en este teatro tan nuevo y tan vasto, en frente de espíritus tan fuertes y trabajadores, tan pertinaces, he tenido un momento de desaliento. Pero no he tardado en recobrarme". Soca tiene un Credo y lo entona sin vacilación: "La razón es ésta: creo en el trabajo intenso y sostenido y no quiero reconocer superiores en los dones de la voluntad. El brillo que deslumbra es hijo del trabajo y del genio, pero el trabajo puede elevar a cierta altura, aun en París, a la cabeza medianamente organizada. Lo verá todos los días el que sepa observar a los hombres". Entregado a la religión del trabajo, que no ha de conocer en él claudicaciones, Soca concreta sus planes: "Por mi parte para disminuir las dificultades de la empresa he concentrado todos mis esfuerzos en una especialidad (enfermedades de los niños). He hablado con Dieulafoy, profesor distinguidísimo de la Escuela de París. Me ha dicho que en dos o tres años mi instrucción práctica sería inmensa. Pero es preciso *decidirse*, añadió recalcando la frase y trabajar con intensidad y constancia". Soca novato en París, ya se permite pedir consejo a hombres de alto coturno: Dieulafoy está haciendo una carrera espléndida. Profesor, ya, de patología

interna, ha de escalar la clínica médica en la que se formó, al lado de un hombre eminente que fue Trousseau. Y será autor de un tratado de patología que conocerá una difusión no superada en el mundo entero. Su servicio en el Hotel Dieu, el hospital que flanquea Notre Dame, será famoso en el ámbito de la clínica. Soca consolida, con la opinión de Dieulafoy, la elección de su especialidad, pero su evangelio de trabajo tiene exigencias mayores. Se da cuenta perfecta de algo que ya sabía, pero que ahora mide en toda su intensidad, y es la insuficiencia de su formación en la Facultad niña de Montevideo, con su profesorado heroico, con su presupuesto anémico y con la hostilidad despiadada e incomprensible de la Comisión de Caridad. Soca es soberbio, y resuelve rehacer totalmente su carrera y obtener el título de médico de la Facultad de Medicina de París, culminante en el mundo. Cuando uno se detiene a analizar esta decisión, apenas percibe el coraje que implica Hay uruguayos que se han recibido en París, pero han ido como estudiantes y, como tales, han seguido los cursos reglamentarios. Pero lo que es enorme, para un médico que ya ha terminado su carrera, es empezar —sin posibilidades de reválida— a dar los exámenes desde el primero al último en un país extraño, en lengua extraña: ¡volver a prepararse en las llamadas materias básicas que ya están tan lejos y tan archivadas en el recuerdo, y tan distantes de utilidad en el ejercicio proteico de la profesión! ¡Volver a dar Física Médica, Química, Botánica; volver a la absorbente preparación, con prácticas intensas, de Anatomía y de Fisiología!

Pero Soca —lo ha proclamado sin ambages en su tesis— mide sus insuficiencias, conoce sus capaci-

dades y acaricia el deseo categórico de perfeccionar su instrucción y su ambición no disimulada de moldear su personalidad de profesor en el futuro.

Ya tiene tarea doble para llenar sus horas devorantes. Para complicarle más esas horas repartidas salomónicamente entre los hospitales, los laboratorios y los anfiteatros, el gobierno de Santos dicta, el 15 de enero de 1885, un decreto complementario del que otorgó, ocho meses antes, las becas, incubado por un hombre enérgico, exigente y suspicaz que ha llegado al ministerio de Justicia, Culto e Instrucción Pública, Don Juan Lindolfo Cuestas, llamado en la década siguiente a los más altos destinos. El decreto establece que "Consecuente el Gobierno con el propósito que motivó la pensión concedida a los ciudadanos doctores en medicina y cirugía don Joaquín de Salterain, don Francisco Soca y don Enrique Pouey, a objeto del perfeccionamiento de sus estudios científicos en Europa y de que el cuerpo médico oriental adquiera mayor representación con ilustrados miembros de la Facultad que hayan ocurrido a los grandes centros en demanda de conocimientos más amplios; y teniendo el Estado derecho a exigir pruebas periódicas de la dedicación y laboriosidad de dichos señores, proporcionándoles, a la vez, la ocasión y satisfacción de demostrar el progreso de sus estudios y rendir un servicio eficiente a la ciencia misma, el Presidente de la República acuerda y decreta: Art. 1º A contar desde el 1º de enero de 1885, los señores doctores nombrados remitirán al Ministerio del ramo, a fin de cada trimestre, un trabajo y estudio científico sobre materia determinada a su elección, de la profesión y carrera a que se dedican. Art. 2º Los trabajos serán

pasados al señor Rector de la Universidad para que proceda a ordenar su impresión y publicación, si así lo dispusiera el Gobierno, mandando archivar los originales. Art. 3º Al terminar la estadía en Europa de los doctores Salterain, Soca y Pouey, deberán estos señores presentar cada uno al Gobierno material científico organizado en un libro no menor de 200 páginas, que trate de la especialidad a que se hayan dedicado preferentemente, de manera que quede evidenciado el caudal de ciencias y conocimientos adquiridos y pueda servir de consulta a los estudiantes de la Facultad de Medicina y Cirugía, si el Gobierno ordenara su impresión a ese objeto". Este decreto ha de ser ampliado más adelante, en setiembre 4 de 1885, por otro más general en sus alcances y menos esclavizante en sus exigencias, aunque especificando sanciones severas para los pensionados. El Presidente Santos decreta, con la firma de Cuestas que "art. 1º Vencido el corriente año, todo estudiante pensionado por la Nación para continuar sus estudios en Europa, deberá enviar dentro de los dos primeros meses del siguiente (enero y febrero)... un trabajo de los estudios que efectúa, ya sea de ciencia o de arte...". Y en artículos sucesivos consigna que "el pensionado que no cumpla con ese deber, lo que importará haber descuidado sus estudios, se expondrá a que el Gobierno solicite de la Honorable Asamblea Legislativa el retiro de la pensión. En el mismo caso se colocará el pensionado cuyos trabajos acusen incapacidad, negligencia o abandono y, al efecto, los que envíe serán pasados a una Comisión que informará sobre ellos [18]

(18) *Memoria* antes citada.

Si hay alguno a quien no ha de acobardar la exigencia del trabajo trimestral es a Soca. Embarcado ya en la dedicación de su esfuerzo a la pediatría, decidido a reiniciar desde el principio la totalidad de su carrera médica, no tarda en empezar a soñar con otra tarea más intensa y más grave. Se le ocurre presentarse al concurso del internato. Hay que saber lo que significa llegar a ser interno de los hospitales de París. Con razón, el que ha escalado esa posición —aun en nuestros días— en aquel medio tan respetuoso de las jerarquías y tan ostentatorio de los títulos o de los honores, se firma a menudo: Fulano de Tal, ancien interne des Hopitaux de Paris. Es una categoría de dificilísimo acceso, tras severos concursos, recompensada por la intensidad de la preparación que alcanza el interno, que vive, materialmente, consagrado en absoluto a su servicio de hospital, en una dedicación auténtica —no verbal—, y absorbente, en contacto diario con el "patrón", como se designa al jefe del servicio, respetado como un dios.

Soca, asimilando todo lo que ve, se ha deslumbrado con las posibilidades de los internos. Y como ya ha resuelto conquistarlas, insensible a la intensidad de la lucha que va a sumar a su vasto programa de trabajo, encuentra un obstáculo inesperado. Es la edad. Tiene 28 años. "*Creo* —le dice en carta a López del 15 de diciembre de 1884— *que podré arreglar* (*dádivas quebrantan peñas*) la cuestión de *edad* que es la mayor dificultad con que yo, que *sé querer de veras*, tropezaba para llegar al internato. Si esto se realiza heme aquí embarcado en una empresa que puede prolongar considerablemente mi permanencia

en París. Si me es posible obtener una dispensa de edad haré al fin de este año escolar, oposición al externato y saldré sin duda (externos, son hasta los perros en París) y dentro de dos años justos libraré la gran batalla del internato, de la cual también espero salir bien (*espero* y nada más) porque sé trabajar como el primero y el trabajo esté usted seguro, es el gran medio de *réussir* en París. Los muchachos de talento (entre los médicos) son aquí tan raros como en todas partes y apenas comprendo los temores que se apoderaron de su ánimo durante su permanencia en París. Apenas si he hallado dos o tres espíritus potentes de veras entre el gran número de estudiantes, internos, externos, etc., a quienes he tratado Las vulgaridades. los *brutos* constituyen la inmensa masa de los estudiantes de medicina. Hav sobre todo una familia de estudiantes que son verdaderamente inferiores, la de los externos que no han hecho jamás oposición seria al internato. Entre los externos que *n' ont échoué* hav muchachos de algún mérito. Si entre los médicos he hallado pocos espíritus fuertes, he conocido, en cambio, entre los abogados algunos jóvenes de un verdadero talento". Y remata esta carta tan equilibrada con dos notas de modestia, achaque muy raro en él: "Reserva sobre estos detalles que podrían acusar, para otro que no fuera usted, pretensiones que no tengo." Y concluye pidiendo perdón "al buen gusto literario, escandalizado, sin duda, de esta carta desastrosa. ¡Qué quiere Ud., el tiempo me ahorca y basta!".

La carta, contra su opinión, es interesantísima, sin asomo de esas pompas filosóficas que lo seducen y de las que, frecuentemente, abusa. Esta es una

carta concreta, optimista, espontánea. Claro que, acostumbrado a verter en las cartas a López Lomba, todas sus reflexiones y divagaciones, se sorprende de haber escrito unas páginas con un tema directo como el del internato y por eso protesta por su redacción, que no le concede pretexto a sus gallardías de estilo. Le gusta escribir y hacer su propia disección. Casi todas sus cartas tienen alguna posdata. Las suyas son cartas íntimas y ésa es su ventaja, destinadas a un solo lector, y como en general diserta sobre sus estados espirituales, cuando ya se ha desahogado y firma, se acuerda de algo concreto que ha dejado de lado. Y en ésta del 15 de diciembre se le ocurre, al final, pedirle consejo a López Lomba, que es abogado y que, naturalmente no sabe nada sobre lo que le consulta, qué piensa sobre ese problema del internato que ha empezado a roerlo, a los cinco meses de vivir en París. "¿Qué me aconseja usted sobre la cuestión del internato? ¿Me preparo? ¿No me preparo? Lo único que me hace hesitar es que esto perjudicará un poco mi especialidad en la que de otro modo podría llegar muy hondo en algunos años". "La carta del General va abierta. Léala y ciérrela después." Comentario obligado: la única vacilación en el proyecto de presentarse al temible concurso de internos (del de externos, que no es una simpleza como él afirma con desdén, y es casi equivalente al de internos en nuestro medio, Soca se ríe) la única vacilación es, pues, la posibilidad de que perjudique su dedicación a la especialidad que ya ha comenzado a ahondar en el servicio de Jules Simon en Enfants Malades. El esfuerzo desproporcionado que significaría llevar de frente tareas tan serias como la de su

especialidad de niños, sus exámenes de carrera y la preparación de sus concursos de externos y de internos, no lo preocupa un instante. Dos meses después recibirá el decreto que le exigirá los trabajos científicos trimestrales que representarán un robo enorme de tiempo y de labor; menos mal que no logra vencer el obstáculo del límite de edad para optar al internato y el azar lo libera, del grave compromiso que iba alegremente, a afrontar. Cuando esté en la mitad de sus labores, abrazadas con tanto fervor, dándose entero, como él estila, acusará la crueldad del esfuerzo agotador, del que sólo la voluntad prodigiosa le permitirá triunfar. El final de esa carta del 15 de diciembre alude a otras: es la carta de acción de gracias, como él la bautizó antes de redactarla. Está conmovido por el gesto del General Santos al enviarlo a Europa y se la dirige en la misma fecha de 15 de diciembre de 1884 a López Lomba para que la haga llegar a manos del Presidente. "Señor: He leído la carta que me ha hecho usted el honor de dirigirme, conjuntamente con mis compañeros Salterain y Pouey, y en la cual se digna usted comunicarme la resolución de nuestra Cámara por la cual se nos acuerda una pensión para continuar nuestros estudios médicos en Europa. Señor: no es la palabra demasiado dócil a las sugestiones del arte quien debe traducir los sentimientos y los propósitos con que he respondido en el fondo de mi alma, a la altísima distinción recibida. Es tarea que corresponde al tiempo y a los hechos. He comenzado a trabajar y he vuelto a hallar en mí la fibra de mis mejores tiempos. Seguiré trabajando y estoy seguro de conservarme superior a la fatiga y al desfalleci-

miento. ¿A dónde llegaré? Lo ignoro. Pero mi esfuerzo viril y sostenido probará al menos que tengo en el corazón el sentimiento de mis grandes deberes y el deseo vivo y sincero de hacer honor a la generosa protección del Estado y al que, sirviéndole de intérprete, ha puesto del lado de mis anhelos de saber su poderosa influencia. Es ésta la única manera de probar nuestro agradecimiento. No obstante hay algo que quiero y debo dejar consignado en esta carta. «Al decretarles una pensión, nos dijo usted un cierto día, guíame un sentimiento patriótico, no una mira de favoritismo personal.» Está bien. Es el único criterio que convenga a un hombre de Estado. Yo comprendo, por mi parte, repito, los gravísimos deberes que impone. Pero el acto de utilidad pública, no por obedecer a una mira elevada, deja de afectarme personalmente de una manera íntima y vivísima. Me explicaré. En el fondo, y a pesar de todas mis aparentes contradicciones, yo no he tenido nunca más que una ambición verdadera, constante, inconmensurable: saber. Y no hay términos medios en mi naturaleza extremada. Mi ambición no es una ambición: es un amor, es una desesperación. Y bien, el sueño se evapora y la ambición, náufraga impotente, se resigna al dolor extremo de la oscuridad y de la ignorancia. Usted me ha salvado. Tal el hecho en lo que tiene para mí de personal: la palabra no podría sino desvirtuarlo. He dicho, pues, todo lo que quería decir. Entre tanto, debo a usted cuenta del tiempo transcurrido y me apresuro a rendirla. Desde mi llegada a París y después de echar la primer mirada sobre la escena, me he trazado un plan de estudios cuyas grandes

líneas debo a los consejos de hombres eminentes. Ejecutándolo rigurosamente llegaré a conseguir un cuerpo de ciencia vigorosamente sistematizada y bastante intensa y profunda para poder enseñar con autoridad y competencia. Me consagro, como tuve ocasión de manifestárselo en Montevideo, al estudio del niño enfermo y procuro dar a mi instrucción el doble carácter práctico y científico que es una imperiosa necesidad de toda enseñanza seria. Los hospitales desbordantes, de un material de trabajo inestimable, los cursos tan ricos y tan minuciosos en este centro colosal de ciencia, único tal vez en el mundo; tales son los objetos que ocupan mi actividad cerebral en este instante. Con los grandes medios de estudio de que aquí se dispone y con la amplitud de medios pecuniarios con que contamos, lo que facilita el trabajo de una manera increíble, me parece que mi preparación será completa en dos o tres años, aunque estoy dispuesto a permanecer en Europa por más tiempo aun. si me fuera posible. Pienso hacer algo más. Si la ciencia es necesaria para enseñar con fruto, la autoridad no es menos provechosa. Así es que me propongo, una vez echadas las bases de mis estudios especiales, retocar toda mi instrucción médica y tomar título de la Facultad de París· crea usted en mi reconocimiento y en la sinceridad de mis propósitos. Entre tanto, lo saluda con la expresión de su mayor respeto, *Francisco Soca.*"[19] La carta respira sinceridad y ha sido ya analizada por nosotros en otra ocasión.[20] Pero conviene se-

19 Jose Luciano Martínez, *El General Máximo Santos ante la Historia* Montevideo, 1952

20 Hector H Muñoz, *Homenaje al Dr Francisco Soca en el Ministerio de Salud Pública,* abril de 1953 Montevideo, 1954, pág. 11.

ñalar que es difícil que Santos haya recibido, en su calidad de Presidente de la República, epístola más singular: debe haber sonreído ante la familiaridad de un "está bien" con tono protector y ante el tinte confidencial, sorprendente en una carta de este carácter. Y es posible, además, que haya confrontado las ideas de Soca con las contenidas en otra carta de otro becado, que ha de recibir pocos meses más tarde. El 3 de abril de 1885, el Dr. Salterain le escribe igualmente desde París, dando cuenta también de sus actividades y afirmando que "la perspectiva de pasar nuestro examen de doctorado en una Facultad tan encumbrada como ésta; el prestigio que el público nuestro acuerda, casi siempre, a todo el que posee un título extranjero, nos halagó por un instante. Pero ¿acaso importaba esa satisfacción de exagerado amor propio el cumplimiento de un compromiso severo? Por otro lado, salvo los halagos pueriles de un prestigio más o menos positivo ¿qué ventajas reales podría acarrearnos repasar asignatura por asignatura y perder un año entero, en estudios puramente teóricos? Por más que nos halagara, renunciamos a ese propósito."[21] En el curso de toda la carta, de la que sólo hacemos breve referencia, menciona varias veces a Pouey, y nunca a Soca, con el cual no ha tenido ningún distanciamiento. Y es que Soca, pequeño salvaje, vive totalmente aislado de sus compañeros, hundido en su dedicación total. Y, sin embargo, el espíritu de Soca está agitándose, subterráneamente, debajo de todos los párrafos de la carta de Salterain a Santos. Sin

21 Ricardo Martínez Munúa, obra antes citada, pág. 37.

duda, el autor de la misiva tiene razón desde su punto de vista personal. El se dedica a una especialidad restringida. que es la oftalmología, ciertamente muy distinta de la clínica de niños o de la clínica médica. pero, a pesar de todo. la fábula del zorro y las uvas acude subrepticiamente a la memoria. De ese enclaustramiento de Soca da cuenta acabada otra carta que presumimos de mediados de 1885, pues lleva la firma pero no la fecha. Le trasmite al confidente esas reflexiones pesimistas tan frecuentes que informan sobre su auténtico fondo anímico: "Querido amigo López: Levanto un instante los ojos del libro para ir a respirar las brisas del Plata. Si el trabajo intelectual no ocupara todos los momentos de mi existencia, tendría, sin duda, días de cruel nostalgia. Es que vivo en la soledad y el aislamiento más absoluto y estoy condenado a esa vida por largo tiempo todavía. Me he visto en la necesidad de abandonar toda, absolutamente toda la colonia uruguaya. de suerte que hace ya muchos meses que no hablo una palabra en castellano. Las razones que han determinado esa resolución son terribles. No puede usted figurarse el profundo desprecio que voy sintiendo por los hombres a medida que avanzo en el camino de la vida. El corazón humano ha sido, sin duda, amasado por un Dios rencoroso con el último barro que pudo hallar en el mundo. El hombre no tiene más que un amor, el amor de sí mismo. En el fondo, todo sentimiento. toda aspiración, toda religión, se resume en esta palabra: yo. ¡Ay del que quiera desconocerlo! ¡Ay del que quiera erigir un altar en frente de nuestro altar! El que trabaja, el que se levanta, el que despliega en la lucha de la

vida cualidades superiores, es el enemigo natural de todo el mundo. Yo nada he hecho todavía en París, pero preparo mi suceso con encarnizamiento y he tenido el coraje de renunciar a todo y vivir como un anacoreta en esta ciudad del placer, sobre todo, he aquí la *béte noire* de estos seres inferiores que aman la dicha con ardor y no tienen la fuerza suficiente para perseguirla y alcanzarla: he decidido recibirme en París y cavar hondo en una especialidad aunque todo esto me cueste largos años de penoso trabajo y acaso la existencia." "¡Ah! En este siglo todo el mundo nace viejo y hasta los niños son hombres!" Y para acentuar más su sensación de soledad, tras algunas líneas de las que no salen bien parados algunos uruguayos que residen en París, hace observaciones sobre la psicología del parisién, de cuya indiscutible verdad, cualquiera que haya residido en la ciudad incomparable y no haya pasado sobre ella como un pájaro puede certificar: "Usted habrá notado durante su estadía en París que el francés no es capaz de amistades íntimas y sinceras para con el extranjero. Tiene en el fondo y a pesar de toda su apariencia de generosidad un fondo de egoísmo patrio que vicia todo otro sentimiento. Yo he procurado trabar amistades con varios estudiantes franceses y desde luego no he encontrado en ellos la suficiente elevación de espíritu y, *par dessus le marché*, me ha parecido que su amistad por mí no era otra cosa que el culto por el que tiene más dinero". Sigue una larga filípica para las mujeres; hay un recuerdo afectuosísimo para don Ambrosio Gómez: "Mi amigo Gómez me ha dado una vez más una prueba de la firmeza de su afecto y la grandeza

de su alma". Y antes de concluir, recomienda a López Lomba: "Reserva para ésta, que es un desahogo de mi corazón que sólo puede ser leído por usted solo, absolutamente solo. Perdón para esta carta terrible. Le juro que me desespera escribir mal, pero no tengo tiempo para nada." Y cuando ya ha estampado su firma en esta misiva tan fecunda para la silueta psicológica que empieza a diseñarse con sus confidencias, se acuerda de algo importante, olvidado en la explosión de los secretos de su celosa intimidad, y agrega una larga postdata con dätos personales de valor. "¿Recuerda Ud. los dolores de cabeza y el abatimiento cerebral de que me quejaba a menudo en Montevideo? Pues bien, estoy completamente curado y he vuelto a los tiempos de mi mayor vigor intelectual" Soca tiene muy mediocre opinión sobre su salud e, imaginativo y reconcentrado, no deja de alarmarse cuando su auto-observación le revela algún síntoma llamativo. Es un estoico, como se ve y se verá por su serenidad ante el esfuerzo, pero frente a las deficiencias de la salud acude, como un sediento, a la clínica: no en balde tiene esa fe irreductible en la ciencia médica. Cuando se enferma no vacila en recurrir a las más altas cumbres. El episodio referido a sus dolores de cabeza lo pone en evidencia. Para exponer el proceso de su curación, explica: "al principio Dieaulafoy me había atemorizado con un diagnóstico equivocado de sífilis cerebral. Vi a Fournier (el gran sifilógrafo) y saludó con una carcajada al diagnóstico de Dieulafoy. Vi en seguida al profesor Jaccoud, al profesor Potain, a Charcot, y todos estos eminentes clínicos estuvieron de acuerdo en que se trataba de un poco de

anemia cerebral por exceso de trabajo, ligada a una dispepsia. En efecto, con un poco de hierro, quina y nuez vómica estuve sano en veinte días. Era mi propio diagnóstico y sólo por desidia no me curé ya en Montevideo". Y remacha su postdata con una nota afectuosa: "Hoy he oído una magnífica lección del profesor Potain (el gran clínico) y me complazco en comunicarle, para que se lo diga a Piaggio que el sabio profesor, que trataba de la disnea, ha citado su tesis con elogio". Eugenio Piaggio es un compatriota que ha hecho su carrera en París, donde ha podido verse con Soca recién llegado y se ha marchado a Montevideo, donde se le ha designado casi de inmediato, en 1885, profesor de Anatomía de la Facultad, a la que Vásquez Acevedo, rector y Carafí decano, han comenzado a inyectar sangre nueva. Y este rasgo de amistad hacia Piaggio, emanado de este aparente ogro, pone digno remate a una carta fértil en alternativas, en confesiones, en observaciones sagaces y en la enunciación de los hombres a quienes ha consultado por sus dolores de cabeza, en los que están reunidas las más altas figuras de la medicina del mundo: Dieulafoy (1839-1911), Fournier (1832-1914), Jaccoud (1830-1913), Potain (1825-1901), Charcot (1825-1893).

VIII

Nuestro hombre ha empuñado ya el timón en el mar de sus ocupaciones. Su único contacto con el mundo es la correspondencia con López Lomba, que a veces le provoca accesos de coquetería literaria, que lo obligan a dolerse de las cartas informes que

se ve forzado a dirigirle, siendo para nosotros las más fecundas porque nos traen datos de su figura hermética, impenetrable. En este período de seis meses después de su arribo menudean sus misivas informativas, aunque sea con la sobriedad que las distingue. Y así, en una de esas cuya fecha no existe o se ha perdido, pide "perdón por el desbarajuste literario", señalando que "comienza la época de la fiebre intelectual en París, la época en que todo el mundo trabaja y no puedo gastar mi tiempo en vanos acicalamientos de forma. Algún día le indemnizaré con una carta larga, cuidada, romántica, disparatada". Y para justificar la carencia de datos sobre su vida en París advierte: "mi vida de anacoreta es tan simple que apenas si tendría nada que añadir a lo dicho aunque el tiempo me sobrara."

Ya ha encontrado en sus ávidas pesquisas, otro gran servicio clínico, además del de Jules Simon, que lo irá atrayendo progresivamente, mostrándole nuevos horizontes reveladores En el hospital Necker, que es contiguo al de Enfants Malades en la larga rue de Rennes que también alinea el Hospital Laennec, actúa un maestro que, por ahora lo atrae porque a su lado ha de perfeccionar su aptitud y su técnica para el examen de sus pequeños enfermos. Es M. Potain, profesor de Clínica Médica, a cuyo lado va a perfeccionarse en "el estudio solamente de la auscultación y percusión" mientras no ensancha su aprendizaje, obedeciendo a su apetito insaciable y su curiosidad tenaz "Aunque el tiempo me sobrara", ha dicho. El tiempo no puede sobrarle porque, fuera de la inmersión a fondo en sus estudios ha recibido la notificación del decreto con que el mi-

nistro Cuestas ha resuelto la fiscalización de la labor de los pensionados en el extranjero. La noticia, en el primer choque, no le ha desagradado. En carta del 1º de marzo de 1885 le dice al infalible amigo: "ya estaba en mi poder el decreto del gobierno a que hace usted referencia. La nueva obligación me ofrece la oportunidad de ser autor sin duda, y sobre todo tiene la ventaja de concentrar todos mis esfuerzos sobre mi especialidad; pero desbarata el plan de estudios vasto y sólido que me había trazado. En adelante si quiero responder dignamente a las esperanzas del gobierno, sólo estoy seguro de llegar a ser un consumado médico de niños, nada más. He recibido tarde la noticia. No obstante, al fin de marzo presentaré mi primer trabajo. Es un estudio esencialmente práctico sobre los últimos adelantos de la ciencia, concernientes a una de las enfermedades que no hace mucho tiempo era considerada como mortal y que en el día es casi inofensiva. Mi trabajo tendrá la ventaja de introducir los nuevos métodos en nuestro país, donde no son conocidos, con lo cual espero prestar un gran servicio a la humanidad doliente." "Si obtengo datos suficientes haré uno de mis trabajos sobre la mortalidad de niños en el Plata." "Mi trabajo final lo preparo ya hace largo tiempo. Espero que tendrá nuevas vistas originales." "Versará sobre el calor febril en el niño". Y cumpliendo con lo anunciado, el 31 de marzo de 1885 pone fecha a su primer trabajo y lo envía al Ministerio. Versa sobre *La pleuresía purulenta en el niño.* Hace resaltar que "tarde, a fines de febrero, ha tenido conocimiento del decreto del Gobierno por el que estoy obligado a presentar al Ministerio de V.E.

un trabajo trimestral sobre un asunto cualquiera de los que forman el programa de mis estudios médicos. Aunque hace ya algunos meses que estoy en Europa, no estaba preparado para un trabajo de esta naturaleza, pues no había aún descendido a las cuestiones particulares de la especialidad a que me consagro y me ocupaba de trazar las bases y las grandes líneas de la patología y la clínica infantiles". Es un trabajo nutrido, llegado a Montevideo a principios de junio y que fue pasado por el Decano de Medicina a informe de una comisión integrada por los Profesores Serratosa, Testasecca y Piaggio, que se expiden en setiembre de 1895. No pueden ser más benévolos en el juicio. Opinan que "el trabajo está escrito concienzuda y razonadamente, exponiendo las últimas palabras de la ciencia... El Dr. Soca expone según un plan propio y personal los hechos que ha visto y los que ha estudiado en los periódicos, tesis y demás publicaciones, los analiza para fundar sobre ellos sus conclusiones y deduce, por la fuerza de su propio razonamiento, la enseñanza que de ellos se desprende. Para escribir de esta manera es necesario estudiar cuidadosamente el asunto de que se trata, conocerlo acabadamente en sus mismas bases, en sus propias raíces. Después de haber asimilado aquellas ideas hay que exponerlas metódicamente, con independencia completa de espíritu y sin dejarse imponer por autoridades de ningún género. Tal es la tarea que se ha impuesto el Dr. Soca. Su trabajo demuestra... que el autor se instruye sólidamente, que sabe formar por sí mismo sus propias convicciones, que examina con crítica severa los trabajos ajenos, que hace pasar por el crisol del pensamiento las obser-

vaciones propias y la de otros autores". "La utilidad del estudio del Dr. Soca es evidente. A todos interesa hallar en un trabajo sintético, claro y suficientemente extenso la exposición completa del estado actual de la ciencia respecto a una enfermedad grave y frecuente...". "El trabajo del Dr. Soca merece una palabra de aliento porque revela su amor al estudio, su contracción y laboriosidad." Y todavía prodigan elogios a la impecable redacción.[22] Como la voluntad de Soca no conoce imposibles, el 30 de junio de 1885 envía un segundo trabajo, que el Ministro Cuestas pasa al Rector Vásquez Acevedo, quien en agosto 31, resuelve: "Pase al Decano de la Facultad de Medicina, para que cometa a dos señores catedráticos de la misma el estudio de la Memoria que precede. Fecho, informen al infrascrito sobre el valor científico que encierre".

El decano Carafí designa al doctor Pedro Visca, catedrático de la Clínica Médica, y al doctor Enrique Figari, Jefe de Clínica de la misma cátedra. No se expiden hasta el 7 de noviembre. El tema del estudio es "De algunos progresos de la semeyótica cardíaca" (semeyótica es sinónimo de semiología). Soca muestra, desde la primera línea, su visión de la clínica: "Desde que abordé el estudio de la clínica infantil comprendí que no hay en ella progreso serio si no se posee una sutileza de sentido y una habilidad en la exploración física del enfermo que no puede hallarse sino en el adulto, en el cual los fenómenos se presentan en todo su esplendor... Es por eso que, una vez iniciado en el estu-

22 Dr. Francisco Soca, *Estudios Médicos*. Montevideo, 1888, págs. 7-111.

no. con la firma de Santos y Cuestas, resuelve: "Considerando la alta conveniencia científica y social que existe de que uno de los médicos orientales pensionados por el Estado para perfeccionar en Europa sus conocimientos profesionales se traslade a España a objeto de estudiar detenida y acabadamente las experiencias del doctor Ferrán sobre preservación del cólera morbus, dando cuenta enseguida en una memoria detallada del resultado obtenido y de las observaciones hechas con tal motivo, el Presidente de la República acuerda: Art. 1º Comisiónase al Dr. Francisco Soca para trasladarse a España con el objeto indicado. Art 2º Señálase la suma de mil pesos para gastos de viaje en el desempeño de dicha comisión con cargo a eventuales de este Ministerio. Art 3º Comuníquese esta resolución a la Legación Oriental en París por telégrafo remitiéndosele los fondos asignados. [25]

Don Juan Lindolfo Cuestas es un ministro activo. trabajador, al que alguien ha alertado en forma terminante y urgente sobre la obra científica que en esos momentos desarrolla en Barcelona el Dr. Jaime Ferrán. Aunque su obra de investigador gozó de una ruidosa notoriedad que los años posteriores no confirmaron, había iniciado una campaña de profilaxis del cólera, flagelo importante que amenazaba, desde su foco imbatible de la India, a todos los países orientales y a toda Europa, principalmente: campaña en la que había originalidad, inteligencia y audacia de toda evidencia. Koch acababa de descubrir, en Egipto, donde reinaba el cólera en el año 1883, el

25 *Memoria presentada a la Honorable Asamblea General,* antes citada

bacilus vírgula, identificado como causante de la enfermedad tan extendida y mortífera. A Ferrán se le ocurrió, al conocer el descubrimiento genial de Koch, preparar una vacuna a base de gérmenes vivos. atenuados en su virulencia, e inyectarla con la pretención de impedir el desarrollo de la enfermedad. Y en ese año, 1885, sin esperar más, tuvo el coraje de aplicarla a cinco mil personas, como afirman Ruffer y Grendicopoulo, de Alejandría, verdaderos especialistas [26], cifra que el Dr. Métin [27] hace elevar a más de cincuenta mil personas, con trescientos médicos, entre ellos. La propaganda fue clamorosa. El gobierno quiso aprovechar la presencia de un valor como Soca para adelantarse en una obra de profilaxis fundamental. La marcha atrás, inmediata, no se sabe a qué se debió. Deben haber pesado informaciones prudentes. Y Soca se vio libre de una nueva labor que, confiada a él, hubiera sido muy interesante, pero que lo hubiera arrancado de sus tareas en un momento en el que comenzaba a desarrollar la cadena de sus exámenes: el decreto del gobierno es de agosto, y el 4 de noviembre de 1885 Soca puede escribir que acaba de rendir su primer examen, con nota de distinción. "La gran muralla está escalada. Lo que queda, *c'est de mon métier.*" La vacuna de Ferrán, muy discutida —particularmente sus estadísticas, muy criticadas— no respondió a las esperanzas de algo que había comenzado con carac-

26 A. Ruffer et A. Crendicopoulo, *Le choléra Nouveau Traité de Médecine Roger-Widal, Teissier* Tome III, pág. 382. París, 1921.

27 Dr. Métin, *Traité Pratique de Pathologie exotique Grall et Clarat.* París, 1912.

tesco no me ha matado moral o físicamente trataré de que mi vida sea útil a la humanidad y a mis amigos. En cuanto a mí, soy una entidad que no entra para nada en mis cálculos. Yo no entro para nada en mis cálculos. Yo no contaré para nada en el desenvolvimiento de mi extraña existencia. Europa me ha sublimado y me ha aniquilado." Admirable misiva que, en cualquier otro, pasaría por un ensueño, que la realidad debía pulverizar. Quizás no pueda cumplir los plazos angustiosos y aparentemente disparatados que se ha fijado, pero no va a alejarse mucho de lo que la voluntad acerada le ha sugerido. La voluntad y la prodigiosa inteligencia. Días antes de este mensaje de mayo, le ha escrito a López Lomba, el 2 de abril del mismo 1886: "No le mando el certificado del pequeño examen que he pasado hace días porque es la primera parte de otro cuya segunda no he podido dar a causa de mi enfermedad y que despacharé en noviembre. Si me decido a pasar *para pasar y nada más,* no le enviaré más certificados. Un buen día le escribiré: Ya está y después, todo concluido. El deseo de brillar me ha hecho perder mucho tiempo y mucha paciencia, porque ¡ay! no conozco ocupación más aplastante, que la del estudiante dando exámenes." "¡Hasta la vista! (noviembre 1887)." En esta misiva del 2 de abril habla de "mi enfermedad". Con su férreo carácter, es muy impresionable, como ya hemos afirmado: pequeña prueba, la serie de consultas por sus viejos dolores de cabeza. Aunque él proclama con fruición su impavidez habitual, nunca habla con entusiasmo de su fortaleza física. De vez en cuando comenta sus males orgánicos con pesimismo, que luego felizmente

rectifica. Pero esta vez ha tenido un accidente realmente serio. Si uno no conociera el temple de su carácter, quedaría estupefacto frente al programa que ha descripto con tal sangre fría. En un par de cartas firmadas pero sin fecha, atribuibles al otoño de 1885, hace conocer a su amigo un episodio hemorrágico muy importante que acaba de sufrir. "Querido López: Le escribo bajo una impresión dolorosísima. Juzgue por este dato: es más que probable que antes del fin del año esté en Montevideo. Me explicaré. El exceso, la brutalidad del trabajo intelectual a que me he entregado ha producido sus frutos contra mis esperanzas. Hace cinco días he tenido un copioso vómito de sangre. He visto a mi maestro Potain y me ha dicho que él no cree que el fenómeno tenga en sí mismo una importancia decisiva pero que constituye una amenaza gravísima y que perderé la vida si no tomo precauciones muy serias. Me ha aconsejado netamente que me vaya a habitar al mediodía de Francia o que me vuelva a mi país a la entrada del verano, con lo cual él piensa que todo peligro concluirá por desaparecer sobre todo si habito la campaña. Me ha impedido por el momento todo trabajo intelectual que no sea muy moderado y he reducido casi mis trabajos al estudio práctico de las enfermedades en el hospital. Sin embargo, dentro de algunos días volveré a comenzar a trabajar fuerte". "Ya he tenido otras pequeñas hemoptisis en otras épocas de mi vida si bien jamás es cierto una tan considerable como la presente. Pero si el fenómeno se repite mi resolución está hecha: permaneceré algunos meses más en París haciendo práctica pura y enseguida me iré a Montevideo, la vida del mediodía

de Francia, es incompatible con mi situación y mis recursos. Sin embargo deseo oír su voz sinceramente amiga en esta cruel emergencia. ¿Qué hacer en estas circunstancias? Mis vastos planes de estudios parecen condenados irremediablemente, pero algún tiempo más de práctica hospitalaria aún seré un médico *fini*, y si la ciencia tiene todavía mucho que ganar conmigo la práctica no está en las mismas condiciones No puede usted figurarse el aplastamiento moral en que me encuentro. Escríbame. Nunca me ha sido más necesaria ni más querida la palabra de mis verdaderos amigos." El accidente es en verdad alarmante, pero no tarda en entonar el resurrexit. En una carta inmediata dice: "Querido López: estoy definitivamente fijado sobre la enfermedad que me ha hecho escribirle hace unos diez días las cartas desolantes que usted habrá recibido. Sintiéndome más fuerte y más sólido que nunca he vuelto a ver ayer a Potain y enseguida a Jaccoud" Ha consultado de nuevo, a lo más grande que tiene la medicina francesa de la época, que está en su asombroso apogeo. Jaccoud es otro clínico de gran envergadura, autor de textos de clínica en los que todavía se encuentran páginas realmente valederas. "Los dos eminentes profesores están ahora de acuerdo con mi primitiva opinión. Lo que yo he tenido es una hemoptisis por exceso de trabajo sin ninguna significación bajo el punto de vista de la tuberculosis. Vuelvo pues a emprender mi camino, si con menos violencia, no con menos fe, ni con menos entrañable amor por la ciencia. He creído un instante renunciar a mi Dios, a mi religión, y sólo entonces he podido apreciar sus inestimables bellezas. ¡Ah! mi amigo López, sus pasiones

son más humanas que las mías, pero mis placeres son más intensos, más profundos e infinitamente más durables. No puede figurarse el encanto, el goce continuo y en cierto modo sensual que la ciencia, la ciencia médica, el comercio del dolor, la lucha por la vida de los otros, guarda para sus sacerdotes sinceros y conmovidos. Ser médico *verdadero médico* fuerte, superior por la ciencia y por la práctica, denunciar, exponer a la luz del sol y por oficio las insidias de la muerte, resolver todos los días, todas las horas, el candente problema de la vida humana, decirle a los cadáveres como Dios: levántate y anda, ser el objeto cuasi divino del inmenso amor y la inmensa gratitud de los Lázaros reconocidos: ¿hay vida más intensa, más llena, más desbordante?" Hace pocos meses ha hecho un himno al trabajo. Ahora es la proclamación exaltada, con raptos líricos y con fulgores de misticismo, de la profesión de médico; piénsese que esta delirante confesión está contenida en una carta íntima, sin otro lector probable que López Lomba y se apreciará la sinceridad que aleja toda presunción de retórica. No es casual que cuando habla de la medicina la llame "mi religión". Treinta años después de esta carta, cuando ha ejercido sin respiro, en intensidad y profundidad, la profesión, en una conferencia sobre el médico, incluida en el volumen que prologamos, las ideas y el lenguaje son los mismos. De tal manera está compenetrado hasta la raíz de ese amor a la ciencia médica que la llama su existencia. Termina el himno diciendo que su vida será "un éxtasis que podrá terminarse en la tumba, pero no en la muerte anticipada que se llama tedio y desencanto". Y en uno de esos momentos de orgu-

llo característicos, remata su epístola: "He empezado a entrever la gloria: soy un tipo conocido en esta inmensa Facultad de París. Es algo. Ella hará mucho más, y si el pan no me falta he de hacer al Uruguay una plaza honrosa en la memoria de mis maestros". No es una baladronada la aseveración de que es "un tipo conocido" en la Facultad. Ha tenido algunas pruebas que lo atestiguan. A raíz de su examen de anatomía, en una de esas cartas sin fecha pero fácil de situar en el tiempo, escribe: "Después de esperar mi turno un mes y días, he pasado al fin mi tercer examen. He obtenido una nota extraordinaria en las condiciones en que yo he pasado. Sappey presidió el jury. "Je vous en fais mes compliments. me dijo y me dio una nota, *trés satisfais*". "Puede preguntarle a los que han estudiado aquí lo que esa nota significa". Y tras este grito de victoria, la nota amarga: "Pero un suceso que es un triunfo me desanima. Me ha costado un esfuerzo violento y mucho tiempo. Es muy probable que eche al diablo toda pretensión de triunfos ulteriores y dé todos mis exámenes *coup sur coup. Réussir* simplemente es muy fácil. Lo que me hace acariciar esta resolución es la persistencia del Gobierno en no pagar y la necesidad en que me veré de recurrir a Gómez para completar mis estudios." Las palabras elogiosas de Sappey valen mucho: no es simplemente un gran profesor, sino un anatomista de calibre, legítimo maestro, como lo es, en clínica, Grancher, profesor que ha dejado huellas aún persistentes. En carta del 5 de julio de 1885, no cumplido aún un año de su llegada a París, Soca le pide a López Lomba noticias sobre su primer trabajo enviado al Ministerio (el de pleuresía purulen-

ta en el niño) y añade: "Una segunda vez he tenido ocasión de poner a prueba el valor de los principios allí establecidos. El otro día fui al servicio del profesor Grancher y me dio un niño para examinar. Doy al instante el diagnóstico de pleuresía purulenta y al hablar del tratamiento hice un resumen de mi trabajo. Grancher, hombre muy benévolo por otro lado, se expresó en términos flatteur pour moi. *Silencio*". Con ese cariño a López Lomba, a quien hace confidente de las raras cosas que deja traslucir, le dice aún en una nueva carta en que reanuda el tema de la hemoptisis: "Le he escrito hace un mes una carta de la que me he arrepentido infinitamente. Había tenido un vómito de sangre y Mr. Potain sin examinarme (lo ví en el Hospital) y fundándose sobre todo en mis antecedentes hereditarios, nada *rassurants*, me hizo un pronóstico gravísimo". "Algunos días después, ví a Potain en su casa. Me examinó minuciosamente y se apresuró a modificar por completo esa opinión. Me afirmó que no tenía nada absolutamente, *ni aún nada que temer* a condición de llevar una vida moderada. Creo que le he comunicado también *cette volte face de l'éminent professeur*". "Me hallo mejor que nunca". Debe observarse que la enmienda honorable del pronóstico de Potain tiene una explicación igualmente honorable: Potain no podía examinarlo a fondo dos días después de la hemorragia y se conformó con los antecedentes personales y hereditarios sobrepuestos al accidente en sí. Debe, en cambio, admirarse la exactitud del pronóstico cuando el examen clínico puro lo tranquilizó. Había entonces alguna diferencia en hacer afirmaciones categóricas con lo que haría ahora con una ra-

diografía por delante. Estas cartas referidas a su brusca hemoptisis le arrancan a Soca una confesión, de las tantas que ha guardado en el misterio, la desaparición precoz de sus padres, de la madre especialmente, empieza a comprenderse cuando menciona "sus antecedentes hereditarios" y su propia historia de accidentes hemorrágicos de menor entidad, y afirma la presunción de que es la desolación precoz de su hogar la que explica las amarguras que le han ensombrecido los primeros veinte años de la vida. Todas las cartas ligadas a su hemoptisis, tan admirablemente defendida por su organismo —¡y tan velozmente!— son anteriores a la del 6 de diciembre de 1885, fecha de una nueva misiva al General Santos, a la que hemos de aludir. Con esa rudeza que él mismo reconoce más de una vez, inicia una carta al Presidente de la República con esta suavidad: "Señor: Hace nueve meses que no recibo mi pensión y empiezo a vivir en la estrechez. La estrechez sería poco, nada: sóbrame temple para desdeñarla Pero algo más sombrío me amenaza en tiempo no lejano, algo que me obligará a volver a la patria. Y señor, tengo todavía por delante la mitad de mi empresa. Estudio con un plan vastísimo, cuya ejecución requiere al menos tres años. Y no hace más que uno y medio que estoy en Europa. He puesto apenas las bases de un edificio que está todo por construir. He adquirido una gran suma de conocimientos prácticos y podría ejercer ampliamente la medicina. Pero aspiro a ser maestro y un maestro no es sólo un práctico, un práctico consumado, sino ante todo, un consumado científico. Mi instrucción está pues todavía lejos, muy lejos de ser completa y si me viese obligado a

abandonar la Europa en las condiciones en que me hallo, creería haber perdido mi tiempo y malgastado el dinero del Estado." "Esta carta es tal vez impertinente. Después de tantos beneficios dispensados, uno más todavía". Sigue aún justificándose por otra nueva molestia. El orgullo le dicta ese tono familiar y decreta la necesidad de permanencia en Europa por varios años para satisfacer las exigencias de su hambre de saber, sin pensar si el Estado puede contemplar indefinidamente sus aspiraciones inexhaustas. En el epistolario a López Lomba figura este breve mensaje escrito con un esmero caligráfico que demuestra que era el texto a presentar al Presidente, valiéndose de la amistad de López Lomba. No debe haber llegado a poder del General Santos. López Lomba tuvo tiempo, en aquella época de comunicaciones lentas, para escuchar las reiteradas consultas y órdenes de Soca pidiendo que no se la entregase. Esta carta imperiosa está fechada el 6 de diciembre; al día siguiente, el 7, ya se ha arrepentido de su rasgo de impaciencia y le escribe a López Lomba: "Ayer o anteayer le he escrito enviándole una carta para Santos. Estoy casi arrepentido. Si ésta llega a tiempo le suplico que vea a mi amigo don Ambrosio Gómez y le pregunte el dinero que me queda en su poder. Si tengo todavía *unos mil doscientos pesos,* no presente la carta ni se ocupe más de mi pensión, que yo tampoco me ocuparé... La razón de esta resolución es la profunda repugnancia que tengo para escribirle al General Santos, no por estúpidas majaderías políticas, sino porque he recibido de él tantos favores que de veras me parece una impertinencia pedirle aún uno nuevo, sobre todo en las condiciones en que el país se encuentra". Y

en la clásica postdata tardía, porque ha estado levemente enfermo algunos días, confirma: "Me inclino cada vez más a callarme Vea antes de todo, si ésta llega a tiempo, a mi amigo Gómez." Nosotros también lo hemos censurado, al correr de la pluma, por la inconsciencia con que articula sus reclamaciones; injusticia, porque se le ve perfectamente comprensivo y noblemente agradecido. No será la única vez que se arrepienta en poco tiempo de uno de los estallidos de su carácter impaciente y arrollador: el fondo noble aparece en cuanto la reflexión le indica la intemperancia de sus reacciones. En otra carta consecutiva vuelve a anunciarle, desanimado, a López Lomba: "le he escrito hace días a Santos. No sé cuál será el resultado, pero si me pagan todo lo que me deben ni una sola línea de mi antiguo programa será modificada. Cuento otra vez con mi salud y, aunque mi entusiasmo se ha entibiado un poco, espero llegar hasta el fin del camino que he empezado a recorrer. La razón de mi enfriamiento es, en gran parte, que cada día me convenzo más del poco valor del título de París (la Facultad del mundo que diploma más cretinos) y la poca razón de los esfuerzos que he hecho para conseguirlo. Si la uruguayada me pasa por la cabeza, daré todos mis exámenes en noviembre (cosa muy fácil) sin preocuparme para nada de las notas que puedan darme". Pasan breves días y ya está persiguiéndolo la angustia de quedarse sin fondos y de tener que amputar sus grandes proyectos: "No me iré de aquí sin recibirme, a menos que el dinero llegue a faltarme por completo", repite en otra carta inmediata (diciembre de 1885): "La carta a Santos, ¿será o no eficaz? Si es eficaz, ¿me hará pagar todo? Si la carta no ha de dar resulta-

do sino la prolongación de mis deudas o aún desengaño cruel... preferiría no presentarla, aceptando valerosamente la situación tal cual se me presenta y dedicándome, no a la ciencia médica sino al *métier de médicin*, para el que estoy preparado, o al profesorado farsaico, como los enciclopedistas de Montevideo, que aceptan la primer cátedra que se les ofrece". En los días sucesivos, la inquietud de haberle escrito al Presidente, que lo muerde, se apacigua y lo vuelve a morder, lo mortifica más que nunca, porque no son ya sus escrúpulos vivaces o adormecidos los que guían sus reflexiones, sino porque se entera de que se ha equivocado totalmente en la notificación de sus reclamos: los trimestres habían sido pagos y sus cálculos respecto a los recursos depositados en Montevideo son erróneos. Tras varias cartas en diluvio le escribe, serenado por fin, a López Lomba: "Me creía casi sin recursos gracias a un cálculo desatinado. Yo no he nacido para comerciante, decididamente. Resulta de un estado que me envía Gómez que tengo todavía en su casa cerca de *dos mil pesos*. Sumé mal; pero una carta de Gómez que se había perdido y me anunciaba el cobro de un trimestre en agosto tiene su parte en el error", "he sido pagado como los otros exactamente." "Mi carta a Santos es pues por toda especie de razones una suprema impertinencia: yo castigo mi torpeza condenándome a no escribirle más sobre cuestiones económicas."

IX

Todo 1886 se lo absorben los exámenes, de los que va liberándose con asombrosa regularidad, sin dejar un día la vida hospitalaria que lo magnetiza: bien

vale la pena anticipar una carta que, a los tres años de estar en París, escribe en respuesta a una de López Lomba que incluye una alusión que lo ha molestado muchísimo. Soca se encrespa ante la idea de que haya alguien capaz de decir lo que López Lomba le trasmite: "Dice usted en su última carta: me han dicho no sé con qué fundamento, que usted descuida la parte práctica de la medicina." "¿Se acuerda usted de unos párrafos —es la rápida respuesta de Soca— que yo le leía a veces en el libro de Joulin sobre partos? Valpeau, en una carta, le decía a su discípulo Joulin: se hablaba de vuestro libro y, cosa singular, todos hablaban, ¡hasta fulano! Solamente que este último añadió: "¡Pero Joulin no es práctico! ¿Cómo, interrumpíle, puede no ser práctico el autor de la obra más práctica que tenemos sobre partos? Yo no lo sé, respondió el falso necio pero *lo he oído decir.*" "Lo he oído decir, comenta Valpeau. Ya lo sabéis, cada vez que la ocasión se presenta, fulano lanzará un pequeño proyectil, y si alguien no lo recoge añadirá, candorosamente: yo lo he oído decir." "Y bien, amigo López, al que le diga que yo descuido la parte práctica pregúntele si lo ha oído decir o si lo ha visto. Si lo ha oído decir, por quién, y si lo ha olvidado, no se lo diga, pero piénselo: miente como un miserable, es un calumniador del peor género, un calumniador a mansalva. ¿La importancia que puedan tener esos díceres sobre mi porvenir? No lo sé ni me importa mucho. Yo no aspiro a absorberlo todo. Todo lo que yo anhelo es un rincón tranquilo en que pueda esperar la muerte estudiando para mi placer y para el bien de esos necios e ingratos hombres. Cubrirlos de bien y despreciarlos: no haré más

que eso toda mi vida. Con poco pues, me bastaría y por mucho que la calumnia se encarnice, siempre me deja bastante para la dicha de filósofo a que aspiro. Casi no pido más que el tonel de Diógenes. Estas ideas un poco negras son la impresión sintética de las enseñanzas que han dejado en mi espíritu estos tres años de mi vida en París, los más dolorosos, los más alegres, los más palpitantes o los más decisivos de mi existencia. Algún día le contaré esta historia horrible y hechicera..." Y el final de esta carta que se ha perdido en la preciosa colección de López Lomba nos deja con la curiosidad de esa historia tan paradógicamente bautizada: horrible y hechicera...

La reacción de Soca frente a la disparatada versión respecto de sus actividades que le ha trasmitido el entrañable amigo, ha sido violenta, como son sus respuestas inmediatas. Si hay algo de que Soca se ha preocupado en París es de la práctica hospitalaria, que no ha abandonado un día. Si se repasan las citas que hemos ido escalonando, respetando en lo posible la cronología, la palabra *práctica* martillea en casi todas las cartas. Hay una razón que tal vez explica esa exacerbación: Soca se ha recibido en los primeros años de vida de la Facultad de Montevideo, y hemos insistido sobre la carencia de enfermos que la Comisión de Caridad ha escamoteado con dura intransigencia para el funcionamiento de los servicios clínicos. Niños, sin ir más lejos, no han sido vistos por los estudiantes, porque la Clínica no existe y porque el minúsculo servicio que les dedica el Hospital de Caridad pertenece a los terrenos inviolables, vedados a los estudiantes de medicina, mirados casi como

delincuentes. Soca se ha embriagado con la superpoblación de las Salas que los hospitales Necker y Enfants Malades brindan opulentamente. Se consagra a la práctica, que disfruta y pregona. El rumor que le denuncia López Lomba lo lesiona en el punto más sensible. Soca no tolera la crítica. Sus dos trabajos primeros han merecido, como hemos hecho notar, informes benévolos (uno, muy comprensivo). Pero el orgullo le ha dictado frases rebeldes, que no queremos reproducir en toda su actitud y menos en la designación del blanco elegido. Pero debemos mostrar su reacción. El informe sobre el segundo trabajo —el de junio de 1885— lo irrita, al punto de decir en carta de los primeros meses de 1886, que es "la obra más estúpida e inepta que he visto en mi vida". Y en otra carta redactada después de pasar su segundo examen, a mediados de 1886, le ruega a López Lomba que le envíe los dos informes, uno especialmente: "Estoy absolutamente dispuesto a aplastarlo si ha dado un paso en falso". "Es triste y cruel ser juzgado por hombres absolutamente incompetentes". "Si estuviera cerca podría todavía devolverle la pelota ¡pero a 2.000 leguas!" Y menciona la afirmación de alguien muy autorizado para hacerlo, que lo informa "sobre la ignorancia y estupidez de los jueces que formaron con él parte del jury de mi primer trabajo". El 20 de abril de 1885, tras remitir a Montevideo precisamente ese primer trabajo sobre pleuresías, muy extenso y escrito con gran prisa, porque hace un mes que ha aparecido el decreto que se lo exige, le ha informado a su amigo, refiriéndose al texto: "Va en gran parte en borrador, pero tiene la mejor de las cualidades: una claridad de expre-

sión absoluta. Mis memorias sucesivas serán mucho más cortas aunque más trabajadas en el fondo y en la forma. Escribiendo libros cada dos o tres meses me expondría a volver a América tan ignorante como he salido de ella". No pueden comentarse sus frases una por una, pero esa observación sobre la claridad, virtud dominante de sus exposiciones de no importa qué índole, es estupenda. Nadie, si lo analiza, podrá decir que eso es pedantería. Le incomoda ahora decididamente la cadena de sus memorias trimestrales. Les ha descubierto otro defecto inesperado: "tienen un inconveniente terrible: me obliga a cultivar el castellano y a olvidar el francés. Hablo el francés mucho peor que hace un mes y medio, época en que comencé a trazar las primeras notas de mi trabajo. Y digo esto porque he querido acabar esta carta en francés y no he podido". (La carta es la del 29 de abril). Tiene que enviar dos trabajos más para completar los trimestres de 1885. Con data de 15 de noviembre, con retraso ya explicado, el decano Carafí lo asigna a una comisión integrada por los doctores A. Serratosa, G. Leopold y E. Figari: Serratosa y Figari ya han opinado sobre alguno de los dos trabajos anteriores; Leopold es el profesor de Clínica Médica, al que Soca, estudiante, no guardó el respeto debido en el incidente ya recordado. Llegada la nueva obra de Soca, en diciembre 21 de 1885, entra a la Facultad el 3 de enero de 1886; sólo el 13 de mayo de 1886 los informes están prontos. ¿Los informes? Sí, porque la Comisión no ha logrado uniformar opiniones, y mientras Serratosa y Figari presentan uno, el profesor Leopold lo hace, con la misma fecha, individualmente. El tema que Soca ha tomado

para su exposición es, como fue el segundo y como será el cuarto, sobre cardiología: "Auscultación del corazón. El ruido de galope". [49] Desde la entrada dice: "El ruido de galope ha sido creado por Bouillaud: la frase era feliz y ha hecho fortuna". Con su sinceridad de siempre, declara que "este trabajo es la exposición de lo que he aprendido a la cabecera del enfermo, principalmente en la clínica de Mr. Potain. Aunque inspirándome en el maestro, he tratado de pintar los hechos tal como los he visto Para las teorías, las notas tomadas en Necker me han servido más que nada... Los trabajos hechos sobre este asunto, o casi todo, sale de Mr. Potain y a él vuelve... Cada autor ha tratado de imprimir su nota personal. Además, casi todos han elegido un punto de vista particular. Es lo que yo hago en este trabajo... Trato la cuestión del ruido de galope en su conjunto. Creo que es el primer trabajo de este género que se intenta". El informe de Serratosa y Enrique Figari dedica muy escaso comentario a la memoria que se ha sometido a su juicio y, cuando lo hace, es severo. Dicen desde el principio "que el tema escogido es bien oportuno, dadas las elevadas esferas en que se mueve hoy la ciencia médica". De inmediato los autores se lanzan a una disertación, por su cuenta, sobre el ruido de galope, sin siquiera mencionar la de Soca. Al cabo de cuarenta y cuatro líneas dedicadas a repetir sintéticamente la significación del ruido de galope, al que Soca ha dedicado casi cincuenta páginas con lujo de bibliografía útil, el informe formula un juicio, en escasas líneas, diciendo "que hubiera

49 Dr. Francisco Soca, Estudios Médicos. El ruido de galope, págs. 146-192. Año 1898

sido muy útil establecer una exposición y un diagnóstico más precisos que la simple enunciación teórica que de ellos hemos hallado... Esta reserva únicamente debemos hacer en nuestro informe, sintiendo tener que poner esta nota en un trabajo en que se han resumido con tanta claridad todos los trabajos relativos al ruido de galope y que muestra la constancia con que su autor ha llevado a término esta exposición de las doctrinas del eminente profesor del Hospital Necker". Se explica que Leopold no haya querido asociarse a este fallo injusto y deplorable. Fuera de la reiteración del olvido de que quien redacta una monografía sobre un punto no trillado es un médico que sólo lleva un año en París, adonde llegó con todas las carencias científicas que demasiado conocemos, hay presunción en la re-exposición que nadie les pide y que tampoco tiene la profundidad que sus autores imaginan. Leopold, pues, no ha querido asociarse a esta falta de contemplación de la situación del novel autor, y en una exposición un tanto verbosa, en la que entremezcla referencias a los distintos ruidos cardíacos y, en particular, al tema elegido por Soca, con la consideración histórica de la escuela de Bouillaud, cuyo nombre está ligado a puntos fundamentales de patología, cuando se resuelve a juzgar la obra de Soca, dice francamente: "Admitimos que el trabajo del joven doctor Soca es un trabajo científico muy bien escrito y de mérito indisputable y felicitamos a su autor por su bien inspirada composición, aunque científicamente no estemos perfectamente de acuerdo en muchas ideas, acentuando que falta la base rigurosa para definir el ruido de galope. El tema está muy bien desarro-

llado, la forma del lenguaje elegante, las ideas precisas y la obra, indudablemente recomendable". Soca no tiene tiempo, en su correspondencia privada, de ocuparse de este juicio ecuánime de su ex-profesor, porque no le alcanza para exponer su enojo contra la opinión de la mayoría de la comisión informante. Redacta una refutación de las críticas que le han prodigado y se la envía al doctor Eugenio Piaggio, incorporado al profesorado de Montevideo en la materia de Jurkowski, el docto polaco de la iniciación. Le pide a Piaggio que difunda su comunicación entre los integrantes de la Facultad y el estudiantado. Le ha anunciado a López Lomba en la importante carta de 18 de julio de 1886, que ya mencionáramos en las primeras páginas de esta biografía: "Adjuntas le remito unas páginas que he escrito con motivo del informe sobre mi reciente trabajo. Usted no las comprenderá bien, pero hágaselas explicar por Piaggio, a quien van destinadas. Procure hacérselas leer a los estudiantes para que aprendan a conocer a sus maestros, y a algunos médicos inteligentes y superficiales, pero deseo que no se publique ni una palabra. Están escritas con una brutalidad de forma que hace toda publicación imposible. Pero como es un golpe de maza que bastaría para hundir a los autores del informe, espero que me aconseje sobre este punto. Si usted cree que sería conveniente publicar algo, remítame ese borrador y yo escribiré entonces un artículo decente, pero por mi parte no creo que pueda publicarse nada". Todavía agrega algunas estocadas y, en la postdata, donde hemos señalado que incluye siempre cosas concretas, anuncia "dentro de ocho días entro en los treinta años". De la

tonalidad de la réplica de Soca pueden dar idea, por un lado, la calificación de López Lomba que, descontento, alude a su respuesta al "panfleto" y, por otro, de la propia opinión del irritado autor, que califica rudamente su incontenible desahogo, diciendo, en carta escrita después de la del 18 de julio: "Vea lo que he escrito a Piaggio hace pocos días: Le agradezco singularmente todo lo que ha hecho para hacer conocer mi panfleto, se lo agradezco *aunque lo lamento*. Su buena voluntad prueba que sabe usted servir a sus amigos hasta en sus excesos y en sus cóleras, ineptas como todas las cóleras. Es ésta una prueba delicada de estima que debo añadir a las tantas que de usted he recibido. Pero, por Dios, queme ese triste documento apenas reciba esta carta y entregue sus cenizas al más furioso pampero. No es digno, no, de un ánimo elevado ni de un hombre que tiene la conciencia de su fuerza. Es el arrebato, la explosión refleja e inconsciente de no sé qué extrema feminilidad que vicia y ha viciado siempre los lados viriles de mi carácter. No quiere esto decir que no sea justo en el fondo y que haya dejado de pensar desde la primera hasta la última palabra, todo lo que digo en mi trabajo, como usted lo llama. Pero un informe tan inepto como el de Serratosa sólo merecía el desdén más profundo y es una verdadera falta de entereza el haberle consagrado una sola palabra. Por lo demás, ¿soy yo un hombre del presente? No sin duda y en tal caso el presente ¿qué puede importarme? Yo estoy empeñado en una obra inmensa, usted lo sabe. Si llego a coronarla ¿qué pueden importarme los ataques desautorizados y necesariamente efímeros de un pobre diablo que tiene nece-

sidad de empequeñecer a los otros para elevar su propia talla? Al fuego pues y al duro pampero esas hojas coléricas que nunca debieron salir de mi pluma" No ha llegado hasta nosotros, afortunadamente, el panfleto enviado al profesor Piaggio. Es notable ver cómo reacciona Soca, apesadumbrado como otras veces por haberse dejado arrastrar por la pasión, siendo el mejor juez de su desmesura, que él analiza y califica admirablemente. Menos mal que de vez en cuando una nota agradable pone un poco de alegría en la naturaleza amargada de este gran solitario. En otra de sus cartas de 1886, firmada pero no datada, raciocina otra vez sobre si vale la pena esmerarse en obtener notas espectaculares en sus exámenes con las que "podría *épater* literalmente a estos franceses y hacer la carrera más brillante que haya jamás hecho ningún oriental en París, con sólo tomarme el tiempo necesario". "Hasta ahora he sacado mis notas *un peu par dessous la jambe* No he preparado hasta ahora un solo examen para *épater* de veras. Y sin embargo, creo que *j'ai épaté sans le vouloir.* Le refiero un incidente que ha contribuido no poco a encender mis ambiciones. Buscando la tranquilidad voy por hábito a beber un café al Voltaire (café de los sabios y los literatos como Ud. sabrá). Un buen día me encuentro a Mr. Mathias Duval, profesor de Histología, que me había examinado hacía al menos dos meses. Con gran sorpresa mía observé que me miraba de una manera tenaz Quería, sin duda, que lo saludara. Esto ya era mucho, puesto que me probaba que Mr. Duval no me había olvidado, cosa extraordinaria en un hombre que examina centenas de muchachos al mes. Hizo más. Desesperando sin duda de vencer

mi altivez criolla —eso se llama aquí *impolittesse innée*— me saludó cortésmente. Le contesté, no sin embarazo (inflexibilidad) criolla, salvajismo indomable de gaucho refinao y que contrasta estrepitosamente con esta admirable elasticidad del carácter francés, tan sabio, es decir, tan mundano en su ilimitada cortesía. Y, entonces, me dijo que tenía de mí un buen recuerdo, me interrogó sobre mi plan de estudios, etc. En resumen, me convencí de que no me había olvidado y esto, créamelo, es ya *excessivement flatteur pour un élève de l'Ecole de Paris (il y en a 5.000)*". La fama de vanidoso que Soca ha dejado es registrada por todos los que han escrito algunas líneas sobre él: no podrá decirse que esta narración de su encuentro inusitado con Mr. Duval responde a la vanidad. Es un dato estupendo el que brinda la escueta anécdota. Duval era una autoridad, un profesor en plena culminación. El hecho sorprendente de que le haya quedado grabada la estampa de Soca, vista en el desfile interminable de examinandos y de que haya amablemente descendido del sitial que los grandes profesores franceses ocupan, es algo que bien puede enorgullecer a alguien con mayores ínfulas que este muchacho de Canelones que está jugándose una partida arriesgada y severa.

Le falta a Soca enviar un cuarto trabajo científico al Ministerio. Más breve que los anteriores, publicado conjuntamente con los otros ocupa doce páginas del volumen ya citado, versa sobre *Los soplos anorgánicos de la punta del corazón en el niño*. En julio de 1886 llega el trabajo a la Facultad y se designa para redactar el informe usual a los Dres. Pedro Visca y Enrique Figari, pero habiendo manifestado éstos "el deseo de no informar sobre este asunto",

nómbrase, en su lugar, a los profesores Leopold y Serratosa. El informe redactado por Leopold, que Serratosa se limita a firmar, es elevado el 1º de octubre. Soca ha dicho, como proemio, que su finalidad es esbozar la cuestión de los soplos de la punta en el niño, "tan oscura hasta ahora y tan interesante" y "presentar la solución que creo haber hallado al través de algunas de las numerosas observaciones que he recogido en los hospitales". Piensa tratar el tema en el futuro "de una manera más completa, en un trabajo de más largo aliento, mi tesis de París, probablemente". Y añade, con visible petulancia: "si las personas a manos de quienes vaya a parar esta nota están al corriente de las cuestiones de auscultación fina, sabrán, lo espero, estimar el interés, la importancia y, sobre todo, la novedad que encierra en su forma modesta. Soy, en efecto, el primero en presentar una solución que parecía casi insoluble, una solución seria y profunda". Y aquí continúa con afirmaciones detonantes por la forma imperiosa con que las presenta. Es el autor que se ha sentido herido en los juicios sobre sus anteriores envíos trimestrales y que se lanza a conclusiones que sorprenden por su exagerada presunción. No es éste el sitio de juzgarlo médicamente. Leopold ha sabido, benevolente y equilibrado, ignorar las palabras que pueden lesionar a los informantes, y afirmando que "de acuerdo en general con las ideas emitidas en este trabajo científico" da libre curso a su opinión sobre el punto crucial de la memoria que le toca juzgar "como he tenido ocasión de explorar en trabajos anteriores". Sigue exponiendo concordancias y discordancias fundadas y dice, finalmente, que "analizando el trabajo

del Dr. Soca, el miembro informante admite en general todas las principales deducciones científicas". Estos envíos comprobatorios de su actividad y aprovechamiento en el uso de las becas que ha inventado el afán fiscalizador de Cuestas, no le han dado a Soca más que desagrados. Este último informe escrito en primera persona por Leopold y meramente firmado por Serratosa, no provoca el exaltado respingo de costumbre. La bondad del profesor germano se transparenta en la suavidad con que articula sus divergencias científicas y su comprensibilidad en la cordura con que saluda los esfuerzos de aquel estudiante excepcional que alguna vez le ocasionó desagrados. Soca admite que esta exigencia ministerial tiene, a pesar de todo, algún fondo que las legitima: "comprendo ahora que aunque nunca les he dado importancia. llamen la atención pública y es necesario ocuparse de ellas seriamente. Todo lo que yo envíe en adelante tendrá estas tres condiciones: nutridos en el fondo, esculturales en la forma, personales en tanto que sea posible y, a veces, originales. Mi tercer trabajo llenaría esas tres condiciones si no lo hubiera hecho con un humor endiablado y en algunos días. Es, probablemente, el mejor". Fue, infortunadamente, al que le cupo el juicio menos comprensivo: de ahí la violencia del libelo enviado al profesor Piaggio. Pero las quejas que le provocan los trabajos son independientes de sus accesos momentáneos de ira. Sus tareas lo acosan. Por el 4 de febrero de 1886 ya había escrito a López Lomba: "la redacción de estos estudios forzados me obliga a abandonar mis exámenes que son por ahora mi manía". Y entonces protesta contra la obligación interpuesta

en sus planes: "la época de la producción madura, sólida, seria, no ha llegado todavía: supone una preparación muy extendida, que no creo poseer aún suficientemente. ¿Y cómo tener el valor de fabricar trabajos que no sirven para nada cuando se está en tren de rendir exámenes?" "Tengo materiales para una docena; lo único que necesito es tiempo para ordenarlos". Y todavía, en cartas de estos meses invernales de 1886, le anuncia al amigo su cuarto trabajo: "será el mejor de todos (original, personal hasta la medula). No obstante los muchos sabios gritarán todavía. ¡Ay de ellos, el día que yo ponga el pie en Montevideo! Sabrán lo que es un médico instruido y un batallador incansable. Perdone el desatino, pero estoy muy cansado y la pluma se resiste". Repárese en el desdén por los trabajos científicos de ocasión, que constituyen la epidemia de nuestros días, en el afán de sumar lo que se conviene en llamar méritos. Y en medio de esas argumentaciones sutiles con que desarrolla sus puntos de vista, salta una nota de alegría. "Una buena, una excelente noticia: para trabajar, hasta ahora, he tenido que evidenciar una voluntad sobrehumana. En efecto, estaba constantemente asaltado por una neuralgia de las más crueles, que me ha puesto más de una vez el revólver en la mano. Era solamente dolor, un dolor terrible, verdaderamente intolerable. Pues bien, estoy curado, radicalmente curado y he empezado a trabajar, por primera vez, con buen humor. Esta curación será fecunda. Siento ya que todo en mí renace, y sobre todo el amor a la ciencia, que vacilaba un tanto por mis crueles sufrimientos, que me parecían definitivos y destinados a acompañarme hasta el sepulcro". Y en

postdata, muy breve esta vez: "*¡Encore*, dirá usted! ¡Algún día le he de contar la cómica historia de mis mudanzas de domicilio!" Esta carta, singular por el buen humor que transpira a través de su fraseología ágil, tiene una nota curiosa: comenzada en castellano, veinte líneas después, en mitad de una frase, "y si a nada conducen si ce n'est à gaspiller notre temps", sigue en francés, que no abandona más hasta la última línea. Ha escrito ya con frecuencia cartas totalmente en francés. Las hemos traducido por razones fáciles de comprender y hemos expuesto su protesta contra las largas disertaciones en castellano, acompañada de la resolución de no escribir más que en francés en adelante. Amenaza no cumplida sino parsimoniosamente: no olvidar que pasa los meses sin hablar castellano. En la alusión a la curación de su neuralgia, que lo tortura de años atrás y de la que su silencio sistemático no ha dejado escapar la más leve alusión, se comprueba una vez más, cuán impresionable es respecto a su salud, como ya hemos entrevisto. Por eso se sorprenden contradicciones capaces de llevarlo, afortunadamente, a afirmar, en una misiva del verano de 1886, respondiendo a una probablemente muy afectiva de López Lomba: "¿Si envejezco? No tengo tiempo de observarlo. Pero creo que no. Me siento a las mil maravillas. En la fecha en que le escribí la carta a que usted se refiere, pasaba por una crisis que ha terminado". Pero, el año siguiente, el 2 de abril de 1887, dice: "Le avanzo este dato: no he tenido una sola hora de salud desde que he llegado a París. He necesitado para trabajar una voluntad sobrehumana". La exageración, como tantas veces. Su sensibilidad, que él trata de ocultar tras

su máscara de impasibilidad aparente, es finísima. Lo tortura una decepción de la vida que raramente deja vislumbrar pero que es el secreto de las desigualdades de su carácter. Es un hombre que ha sufrido y sufre intensamente. Se acoraza, se presenta ante los demás con una rigidez que en manera alguna corresponde a la fineza de sus sentimientos. Estas cartas están gritando cosas que nadie, fuera de los que hayan gozado de su intimidad total, ha podido adivinar. Tal ha sido su vida, en defensa perpetua. En algún instante se persuade que su aislamiento es excesivo. En carta muy incompleta, porque muchos pasajes no existen, habla a López Lomba de la posibilidad de publicar "en algún diario serio que usted me señale algunos artículos científicos. Le había escrito desde la campaña (francesa) una carta en la que le explicaba la evolución que mi espíritu ha sufrido desde que vivo en Europa. Pero no está acabada y por lo demás, desde que me aproximo a la ciencia y al enfermo tomo un horror sagrado a toda esa hueca palabrería que formaba, en otro tiempo, mi encanto. Así es que la guardo para tiempos peores. En realidad, todo lo que en ella le digo, se puede resumir en una palabra: la verdadera filosofía consiste en esto: *renunciar sinceramente a la dicha*. Es lo que yo he hecho desde hace dos años y lo que seguiré haciendo el resto de mi vida. Si esa realidad cruel no resultara de la experiencia y de las dolorosas enseñanzas de la vida, si pudiera trasmitirse a los que suben apenas la dura pendiente, el mundo sería tal vez más monótono, pero al menos el hombre llegaría al tedio —resumen de toda la existencia— sin pasar por el dolor, y esta incomprensible

bestia humana sería, al menos, lógica y razonable. Pero caigo en el abuso de las palabras...". Soca cambia, a esta altura de la carta, de tinta y de letra, mostrando que lo que sigue lo ha escrito en otro momento: además, cambia de idioma, porque desde aquí, escribe en francés. Reanuda, en tono menor, ya lejos de sus sombrías meditaciones, y concluye: "Escribo esta carta no sé bien por qué. No he vertido sino simplezas y, sin embargo, estoy contento de haberla escrito. Hace tiempo que yo le he explicado la razón de este interesante fenómeno psicológico. Tendría infinidad de cosas que decirle pero, no sé por qué, tengo invencible pereza para escribir. El pensamiento surge fácilmente en mi cerebro pero el molde de expresión se me ha hecho singularmente trabajoso. Es, sin duda, porque sin saber muy bien mi francés he olvidado muchísimo mi español y la palabra y la frase me fallan constantemente".

X

En su biografía de Nicolás Avellaneda ha dicho Paul Groussac: "¡Cuán poco se aprende en los años en materia de estilo y cómo sabe de instinto el oficio quien ha nacido escritor!" En Soca se ve la confirmación perfecta del aserto. Hay en él un escritor que se revela en cuanto su severa vida de hombre de ciencia le deja un resquicio para borronear algunas líneas. Confirma su vocación de artista de la palabra ese descontento que lo asalta respecto a todo lo que escribe, siempre insuficiente y desmañado para él que, al correr de la pluma y en esta permanente efusión que es su correspondencia íntima

con López Lomba, escribe páginas de increíble calidad, exentas de toda teatralidad y exhibicionismo, y con un fondo de pensamiento que no conoce la vulgaridad. En estas confidencias que van narrando, casi diariamente, las alternativas de sus entusiasmos y de sus depresiones, hay algo que empieza a llamar la atención. Habla menos de la medicina de niños a la que ha consagrado sus dos primeros años de París y que ha constituido su claro centro de interés. Verdad es que la cadena de exámenes y la redacción de sus trabajos obligatorios le han devorado muchas horas. Mas en su vida de estudioso ha surgido algo nuevo, que comenzó insidiosamente por ser útil para perfeccionarse en las técnicas más sutiles de examen en sus pequeños enfermos pero ha ido transformándose en una atracción que ha desplazado toda otra influencia fundamental. Es el magnetismo de Potain, que ya ha citado docenas de veces, que ha inspirado en forma absorbente sus monografías, pero que ahora ha de revelarse en todo su poderío y en forma emocionante. Potain es profesor de Clínica Médica, la materia cumbre en la enseñanza de la medicina. Soca va sumergiéndose en esta clínica que desborda todo otro conocimiento. Y ha de decírnoslo en una carta que, aunque muy larga, hemos de retacear escasamente, et pour cause! diría el propio Soca. La admirable epístola es del 4 de diciembre de 1887. La motiva una carta del gran confidente que de vez en cuando lo espolea y que hoy provoca, con un interrogatorio ceñido, una especie de confesión general. Desde la entrada da comienzo al resumen de su actividad en París. "Me pregunta usted lo que he hecho y qué pienso hacer en Europa. ¿Lo que he hecho? Al llegar

a París mi primer pensamiento fue consagrarme al estudio del niño enfermo de una manera exclusiva. Comencé este estudio y lo llevé mismo muy adelante. Si lo hubiera continuado con el mismo exclusivismo y con la misma consagración sería ya un práctico consumado, dado que cuando lo abandoné era ya un práctico muy pasable (al cabo de seis meses). Pero yo creo que pagaría mal a mi país los beneficios que le debo si me limitara a ser un práctico. Debo ser un científico y un práctico, condición sin la cual no sería nunca un maestro y es un maestro lo que quiero dar a nuestra juventud estudiosa. Así pues no tardé en apercibirme que para poseer *en maître* la clínica de niños me hacían falta varias cosas, entre ellas la insuperable habilidad en la exploración física del enfermo (auscultación y percusión). Para llenar este *desulerátum*, abandoné los niños y pasé un año entero al lado del maestro de auscultación por excelencia, Mr. Potain. El resultado ha sido éste: hablo en familia y puedo decir la verdad sin falsa modestia: la *auscultación* tiene para mí pocos secretos. No puedo decir otro tanto de la *percusión*, aunque creo que llegaré a dominarla completamente antes de mucho tiempo. La razón es simple: la auscultación a mi juicio es toda hecha de atención y de juicio; la percusión depende, sobre todo de las cualidades musicales del oído. Así —ría a carcajadas— he tomado algunas lecciones de música para afinar mi oído en la percepción de los tonos. Además, y al mismo tiempo que me consagraba al estudio de la exploración física del enfermo, estudiaba a fondo las grandes cuestiones de patología médica. Pero no tardé en apercibirme de los vacíos lamentables de mi instrucción en las cien-

cias fundamentales, como la anatomía, la fisiología, etc. Desde entonces tomé el partido de revisar todos mis conocimientos médicos". "Abandoné los niños y la auscultación y empecé la serie de mis cien exámenes, cuyo último he pasado en julio como se lo he comunicado. He hecho sin quererlo muchas cosas que no hubiera hecho nunca, sin la obligación del examen: tal como cirugía, partos, etc." "¿Qué haré? Lo que hago desde hace unos tres o cuatro meses. De éstos he consagrado dos exclusivamente a las enfermedades de la piel y las he abandonado en seguida porque creía mi instrucción práctica en esa materia bien suficiente. Espántese y juzgue de la prodigiosa riqueza de este medio científico: *sin exagerar nada he visto en dos meses diez mil enfermos de la piel*". Soca hace aquí una descripción prolija del Hospital Saint Louis, donde funcionan los incomparables servicios de piel y lo exalta hasta considerarlo "por mil razones único en el mundo". Vuelve a tomar el hilo de sus respuestas al sagaz interrogatorio de López Lomba y se explaya diciendo: "Haré ahora lo que haré el resto de mi vida, clínica médica, práctica médica. ¿Cómo la hago y con quién?" Se entrega aquí a una disquisición, cuya extensión no permite transcribirla, sobre lo que es la clínica, sobre las dificultades del examen del enfermo o del diagnóstico, sobre la necesidad del trabajo personal y, por encima de todo, de la existencia del maestro indiscutido. Y una vez sentados estos principios detalla lo que él hace al aplicarlos: "Todo mi método se reduce a esto: hacer clínica, por mí mismo, hacer corregir mis diagnósticos por los maestros más eminentes de la escuela de París. ¿Cómo llego a este

doble resultado, pues es cosa entendida, que estos príncipes de la ciencia no se prestarían a servirme directamente? Aquí entra la parte maquiavélica de mi proceder. Sigo cinco días de la semana (por la mañana) el servicio de Mr. Potain y dos días el de Charcot. En todos los servicios de Medicina de París cada jefe recibe enfermos nuevos un día a la semana, el día de su consulta pública en el hospital Mr. Potain recibe enfermos el miércoles por la mañana. Al día siguiente el jefe examina minuciosamente sus enfermos y hace los diagnósticos delante de los discípulos. Mr. Potain examina pues sus enfermos el jueves por la mañana. Y bien, el miércoles a las 3 de la tarde me voy al hospital, examino minuciosamente todos los enfermos entrados, y hago mis diagnósticos, lo que me absorbe unas dos horas. A las cinco viene el jefe de Clínica (Mr. Sapelier). Le expongo mis constataciones y mis diagnósticos y me dice si los primeros son conformes a la realidad y los segundos bien deducidos. Si me los contesta los discutimos y en todo caso suspendemos el juicio definitivo sobre nuestros enfermos hasta el día siguiente. Al día siguiente viene Potain y Vd. comprende con qué atención y qué vivo interés le escucharemos. Dos horas después sabemos con la última seguridad si estábamos en la verdad o en el error. Vd. comprende sin que yo insista el valor de esta gimnástica médica. Yo añado que los otros días de la semana Mr. Potain nos sirve las más exquisitas finezas clínicas sobre enfermos de los cuales no nos ha hecho ver en la primera sesión sino los rasgos fundamentales. Siento que me falta el tiempo y el humor para entrar al detalle de esta enseñanza maravillosa y mal com-

prendida y dibujarle la silueta de Mr. Potain, tal vez el clínico más eminente de Europa y, a la vez, el más sencillo, el más honesto y el más bondadoso de los hombres Resumo mi pensamiento y mi sentimiento por una frase que algún día espero poder explicar largamente: no aspiro más que a una dicha en este mundo: copiar a este hombre respetable en su sencillez, en su honestidad, en su bondad exquisita y seguirlo desde lejos en sus procederes clínicos. Yo no sé si sufro una mistificación pero creo que basta a la dicha de un hombre ser médico, ser bueno y ser honrado como lo es el ilustre profesor a quien no me atrevo a llamar mi maestro aunque he aprendido de él todo lo que hay en mi instrucción de límpido y de fuerte. Pero por admirable que sea la enseñanza de Potain el número de enfermos que él recibe cada semana es relativamente reducido (8 ó 10) y sería necesario un tiempo muy largo para llegar a adquirir una experiencia un poco considerable. Así es que voy por la tarde. dos otros días de la semana a dos otros servicios, los del profesor Saloulbene et Mr. Desnos. Me he entendido con los internos. los cuales me muestran los enfermos al día siguiente de la consultación y cuando el jefe los ha ya examinado minuciosamente. Voy como al servicio de Mr. Potain a las 3 de la tarde (martes y viernes) examino los enfermos entrados. A las cinco viene el interno y yo he generalmente terminado. Entonces le expongo mis diagnósticos y él me dice si están o no de acuerdo con los del jefe del servicio y me comunica al mismo tiempo las observaciones más interesantes que éste hubiera hecho sobre nuestros enfermos. Vd. comprende que las ventajas de este pro-

ceder son casi las mismas que las de los miércoles del servicio de Potain y sobre todo que llego a hacer unos treinta o cuarenta diagnósticos por semana, diagnósticos que si son erróneos son inmediatamente corregidos, y si son exactos son inmediatamente confirmados, y esto sin réplica, pues no hay ninguna presunción de error en los hombres eminentes que nos sirven indirectamente de maestros. Los martes y los viernes por la mañana los consagro a las interesantísimas clínicas de Charcot, de lo cual le hablaré en alguna otra carta".

En una carta de los primeros meses de 1883, se desliza una alusión que, ahora, a esta altura de la permanencia de Soca en París, puede recogerse. Hemos vacilado antes de incluirla, pero nos parece necesaria para no dejar la sospecha de que hubiera la más lejana anormalidad en su vida íntima. Soca ha hablado de una famosa aventura de amor. En la austeridad de su vida de estudioso ha prescindido de las mujeres. Cuando llega de regreso a Montevideo, uno de sus amigos íntimos le pregunta por ellas: "No les hice caso. No tenía tiempo". Cuando le toca hablar de lo que significan las mujeres en la vida del hombre de estudios, muestra la razón de su desdén. En una carta, sin fecha, de los primeros meses de París, cuando apenas comienza a ocuparse de la obtención del título, se pregunta: "¿Una mujer? Está absolutamente fuera de mis planes, por el momento. Dentro de dos o tres años, puede ser. He notado que, de los estudiantes de medicina que tienen queridas y dinero, son raros los que llegan a internos. Yo creo por otro lado, incompatibles el amor y el trabajo intelectual amplio y sostenido. La francesa es una mujer terrible. Hay que

ocuparse de ella; de otro modo, *elle s'ennuira et malheur à celui que laisse ennuir sa maîtresse!* Por consiguiente. soltero y solitario por largo tiempo todavía". Y en carta del 19 de abril de 1885, tras dolerse de que su "estado moral va como el diablo", explica por qué cuando se entrega al trabajo renuncia a todos los placeres: "Vuelvo a sentir ese efecto terrible del exceso de trabajo intelectual de que tantas veces le he hablado en Montevideo. Mi alma se condensa en mi pensamiento. La vida del cerebro absorbe todas las actividades de mi ser. El amor, el deseo, la amistad, todos los afectos que calientan el alma, decaen de una manera pasmosa. No hay para mí más que un fin lógico de la existencia: la medicina; no hay más que un hombre que logre sacudir la inmovilidad de mi alma congelada: Potain. No puede Vd. figurarse el desdén inmenso e inmensamente absurdo con que miro a las mujeres. Algunas se han interesado por mi tristeza misteriosa, mi gravedad imperturbable, mi eterna soledad; se me han acercado movidas por la compasión, compasión verdadera e hija de la delicadeza exquisita que es propia de su sexo: las he rechazado con aspereza. Pocas, muy pocas veces, les he hecho el homenaje de la bestia. Podrían contarse y hace 10 meses que estoy en París. Este verano me tomaré un mes de vacaciones. Tengo la necesidad de sentir la vida circular de nuevo por mis arterias ...". "Dígame algo de su vida de corazón. Yo vivo en las regiones polares del pensamiento y será para mí una agradable tregua asistir un instante al espectáculo del sentimiento que se expande, amor, amistad, ambición, odio, cualquiera de esas grandes palabras sin sentido que mueven nuestra triste máquina humana y la enca-

denan como realidades. ¡Palabras sin sentido! dirá Vd. ¿Y por qué os interesáis por tan poca cosa? Yo soy un pobre ser humano y en vano mi pensamiento habrá desenmascarado a la ilusión, yo seguiré siendo su juguete hasta que caiga en la tumba. ¡Prodigiosa y feliz contradicción! Este verano le escribiré una carta íntima en la que le contaré las ideas que me voy formando sobre la vida humana a medida que sacudo la tiranía de los sentimientos y sube más alto y camina más libre y más solo mi cerebro. Adiós amigo López. Esta carta lánguida traduce bien el estado de mi ánimo". Cuando consigue evadirse de esa tiranía de sus ideas encuentra tiempo para dedicar al otro sexo. Ya se conoce su voluntad de roca, pero su enemistad a la mujer es oportunista. Al principio y al fin de su estada, cuando no está asfixiado por la labor acaparadora, tiene sus aventuras: ésa a que alude ya la ha mencionado menos escuetamente en su carta del 4 de abril de 1888: "Acabo de salir de una aventura amorosa estupenda, incomparable, única en mi vida. Así me cuesta uno o dos meses en que no he hecho nada, absolutamente nada! Dígame si quiere que se la cuente. Es una novela. De todos modos está acabada". Se diría que es Friedreich, que lo va a absorber hasta noviembre, quien concluye el romance. Ya había comentado otra pasión fugaz, que lo había deslumbrado, en una de las primeras cartas de París, en 1884. Tras uno de esos transportes en que, por un lado, habla de la tristeza de su vida: "He pasado toda mi vida sobre los libros y el mundo se me ocultaba bajo un manto de sombras", por otro lado, tras una exaltación lírica del amor y su éxtasis ante unos ojos azules, le dice al grande amigo: "Quiero

sin embargo antes de cerrar esta carta darle un consejo: ríase de todos mis arrebatos de pasión y crea que la continuación de la historia del Congo no tendrá sino escaso interés ya que el principal de sus episodios es cosa terminada. Ella se fue por un lado; yo por otro. Ha pasado un mes y no me acuerdo ni de su nombre! Un juguete de la imaginación como todos mis amores". Fugaces sus aventuras pasionales en Francia: nos ha parecido que revelaban rincones sentimentales indispensables para formar criterio sobre este ser hermético, tan ricamente dotado y tan contradictorio. No es sorprendente —se ve claramente— que rehuya en París las posibilidades de enredos amorosos. Ya, en otra de sus cartas iniciales de 1884, cuando empieza a estudiar todo lo que lo rodea, tan nuevo y tan revelador, ha señalado agudamente la diferencia de su carácter y el de los franceses: "el carácter francés, ligero, alegre y burlón, mientras que yo soy reposado, triste y dulce. Nada hay más contrario a mis gustos que la mujer francesa: tiene su chic y su *charme* especial, sin duda, pero el fondo de su encanto es la risa. Yo amo la gracia triste de nuestras americanas". La sensibilidad de Soca, ariscamente escondida es, cuando logra traslucirse, capaz de delicadezas y ternuras. "Dulce": nadie que lo haya tratado ni nadie que contemple su vida, se atrevería a creerlo. Hay en sus cartas divagaciones sobre el amor que no terminan. Es la contracorriente salvadora que lo saca de la tétrica amargura habitualmente enseñoreada de su espíritu. Quien lo saca a menudo de sus lobregueces es López Lomba. Lo hace hablar de cosas inmediatas, le plantea problemas y le sugiere actitudes. En una carta de Soca —¡qué maravilloso

libro se hubiera compuesto si tuviéramos las respuestas de López Lomba!— contesta a otra sobre temas positivos, inteligentemente propuestos. La respuesta, toda en francés, reconoce de entrada cómo aprecia el interés del amigo al proponerle orientaciones factibles mientras permanezca en Francia: "Su carta está llena de buen sentido y respira esa dedicación tan emocionante de que usted me ha prodigado tantas pruebas". "El viaje a través de Europa. Me falta —negligencia culpable que he de corregir— una cosa fundamental: no sé alemán ni inglés Y, seguramente, usted no me aconseja un viaje de turista por la bella Italia o la romántica España. La ciencia no tiene nada que ver con esas dos naciones. Ese viaje requiere otra cosa que no tengo: dinero". "Los Congresos: yo no sabría concurrir a un congreso sin tomar una parte activa. Tendría algunas ideas que revelar: en una parte de mi tesis habría material para una hermosa comunicación sin tomar en cuenta que tengo algunas otras investigaciones inéditas no exentas de interés. Pero no tendré el tiempo para ocuparme de esas cosas". Y aprovecha la coyuntura de explicarle in extenso su distanciamiento con Gilles de la Tourete. "Esto no ha de sorprenderlo a usted. ¿No soy acaso y siempre el eterno *gaucho*, el invariable puerco-espín que usted conoce? Lo que ha de sorprenderlo más es que he tardado un año antes de llegar a esa ruptura. ¡Ah! querido amigo, ¡qué maravillas de habilidad he realizado! Estoy orgulloso de mí mismo. Pero ¡qué angustias supremas, qué luchas, qué desgarramientos, qué sudores internos para ocultar la injuria, la cólera que quería vomitar íntegra! Por fin, un día que yo llevaba sin saberlo *el lazo*, *las boleadoras*, *el chiripá*, todos

los utensilios camperos que fueron el encanto de mi infancia, un buen día, pues, en que me sentía más *gaucho* que de costumbre..." Se produjo la riña, que describe, con comentarios ácidos: en el fondo de ella hay una cuestión de venalidad y de celos por parte del jefe de clínica. Lo deplorable para el gaucho es que le trajo como corolario la imposibilidad de frecuentar las Salas de la Salpetrière Pero López Lomba, fértil en sugerencias, le propone un tercer renglón para sus actividades: que se ocupe de higiene pública. Y Soca se le ha adelantado, infatigable en el trabajo y avizor en las cuestiones que. fuera del imán científico, lo seducen por su aplicabilidad al ambiente criollo al que, un día u otro, ha de reintegrarse con todos los títulos que le da su consagración heroica a la medicina y a la enseñanza, y ha reunido materiales para más de un trabajo abusivo, por ejemplo, sobre vacunación o sobre mortalidad infantil. No puede imaginar que, a los pocos años, el tema de la vacunación antivariólica va a darle ocasión para mostrar, en su espléndido informe de 1891 —que integra este libro— la profundidad de sus conocimientos y la riqueza de su documentación. Ha insertado en su carta alusiones a su fondo de muchacho nacido en el campo. Los criollismos, siendo como es tan cuidadoso de la esbeltez de sus párrafos, no escasean en sus epístolas. Entre tantos, hay una anécdota con tinte humorístico, y tal vez escarbemos alguna otra, trasunto del niño grande que, alguna vez, se escapa de la gravedad habitual. En la carta del 18 de julio de 1836, recordada dos o tres veces en estas páginas. le ha contado socarronamente a su amigo: "La salud va viento en popa y todo no ha pasado de un susto.

Trabajo como antes sin inconveniente, aunque observo una mayor mesura y he dejado de *atropellar la giene* (la higiene) como decía un gaucho que conocí en Tacuarembó y que tenía la manía de servirse del verbo atropellar à tout propos. Un día venía un hombre montado en una yegua: me lo señala y me dice: «Vea, vea, dotor a ese hombre lo ha a tropeyao la crisis». Yo me río hasta ahora de la ocurrencia de una espiritualidad local insuperable". Probablemente, no está demás advertirle al lector desprevenido que la gracia "local" está en que para un gaucho de hace noventa años —esto pasaba en 1883— montar una yegua era poco menos que una deshonra. Y en materia de giros criollos, en la carta del 4 de diciembre de 1887, grande, profunda y cuidada, habla de la imposibilidad de publicarla, como desea López Lomba, salvo que se seleccionen "algunos párrafos, los menos zonzos y pretenciosos". En la de 19 de julio de 1887, expresa: "le escribiré, con mejor humor y mejor salud, de Italia o de España o de la loma del diablo". Lo mismo que en la carta que acompaña otra para el Dr. Eugenio Piaggio, aludiendo al panfleto cuya difusión le había encomendado, le dice, al pedirle que lo queme: "Fuego, pues, y al duro pampero esas hojas coléricas". Y ya hemos mencionado que el día en que el profesor Mr. Duval lo saluda en el Café Voltaire, en la sabrosa descripción del episodio dice, no olvidemos, para explicar su tardanza en devolver la cortesía: "Le contesté no sin embarazo (inflexibilidad) criollo, salvajismo indomable de gaucho refinao". Es el gaucho intimidado el que lo hace escapar, cuando narra su encuentro final con Jules Simon, en cuyo servicio pasó, contentísimo,

la primera etapa de su permanencia, cuando las enfermedades de niños eran su terminante preocupación En carta de diciembre de 1888 le cuenta a López Lomba, en su francés elegante, otro de esos episodios que, si halagan su orgullo, muestran la huella que ha sido capaz de marcar en los servicios que frecuentó: "Acabo de ver a mi primero y sabio maestro en su servicio de Enfants Malades. Hace casi cuatro años que no lo veía y fui a ofrecerle mi tesis. Y pasó algo que durará en mi recuerdo durante toda mi vida. Quiero que usted comparta mi alegría. Mr. Simon acababa en ese momento su lección y estaba rodeado de un grupo de alumnos, casi todos, cosa curiosa, médicos argentinos (Carrillo, del Viso, etc) y hasta un brasileño. Cepa, muy amigo del Dr. Pereira, que debe estar actualmente en Montevideo. Apenas me vio entre la gente me llamó y me presentó a la asistencia con estas palabras textuales: «Señores, el más fuerte de los más fuertes. Ha seguido largo tiempo mi servicio y he podido apreciar la rectitud de su sentido clínico, la extensión, la seguridad de su instrucción. Difícilmente se encontrará un médico más preparado. Tengo el orgullo, realmente, de haber sido su profesor». Sorprendido por el elogio un poco brutal, no atiné más que a escaparme, después de haberle estrechado cordialmente la mano. Pero el golpe estaba dado, y mi popularidad entre los argentinos ha aumentado aún. Un detalle curioso: los argentinos me llaman *maestro, querido maestro*". Y de inmediato se pone a pensar si, con su prestigio entre los vecinos del otro lado del Plata, no podrá formarse clientela en Buenos Aires. En su inflexible autocrítica censura su "abominable carácter" e insiste en

hacer resaltar "el respeto y las distinciones con que los argentinos me colman. ¡Qué diferencia con mis compatriotas, por lo menos aquí! Le advierto que todas las generaciones médicas que han pasado por aquí en los últimos cuatro años, me conocen y me estiman, que sus maestros son mis maestros y que elogios como el de Mr. Simon han escuchado mil veces. Cuidado con dejar escapar estas confidencias". Ahí está la vanidad, para el lector sorprendido; piénsese a quién le escribe y si se tiene derecho a pretender que oculte como un delito algo tan honroso. Pero ya estamos en 1889. Ya ha concluido, y gloriosamente, su carrera en la Facultad de Medicina de París. Ya ha dejado una tesis que ha de recordarse. Aunque le cueste, después de casi cinco años, arrancar, tiene que resolver el retorno. El 4 de abril de 1889, le dice al "Querido amigo: siguiendo la idea de que ya lo he informado, me iré dentro de un mes. En realidad, ya debía haberme ido. Si no lo he hecho es a causa de mi enfermedad: he querido dentro de lo posible, llegar en buena salud a Montevideo Cuento poder embarcarme en el Havre el 30 de abril y hasta es posible que parta antes de esa fecha. El 30 de abril enviaré al Gobierno mi renuncia a la pensión, por intermedio de la Legación; esta dimisión antes de abandonar París me parece una medida de corrección necesaria". "Las razones que han determinado mi partida usted las conoce. Además, ya me aburría atrozmente aquí. Añada usted otras razones que he de comunicarle verbalmente. Dejo París sin pena. *Yo quería ser el primer médico en Sud-América por la ciencia y por la experiencia.* No sé si hay muchos superiores en esos países, pero sé que no soy to-

davía un verdadero maestro. Gran práctico, pero a mi saber le falta la agilidad y la solidez armoniosa de la ciencia verdadera. ¿Qué hacer? ¿Qué puedo esperar del país en el que florece Muñoz Romarate?" No hay, en la colección de López Lomba, cartas posteriores. Debe haberse embarcado en la fecha proyectada. Ya en carta de noviembre de 1888, ocho o diez días antes de la presentación de la tesis, hablaba de regresar, a más tardar, en junio o julio: "Estoy convencido que mi instrucción no tiene ya nada que ganar, absolutamente nada, por lo menos del punto de vista práctico, y eso es lo importante. Le enviaré dentro de pocos días mi tesis". Y sólo por ironía puede explicarse que remacha el párrafo, preguntándole a López Lomba, con aparente ingenuidad: "¿Convendría enviar mi tesis en español al Gobierno?" Todavía, al mes siguiente, en diciembre, expresa sus vacilaciones: "¿Me voy dentro de un mes? ¿Me quedo hasta junio o julio? ¿Hasta noviembre? ¡Veremos, gran Dios! Lo que más me fastidia es que no tengo mucho que hacer. Debo advertirle que he cambiado absolutamente de método de trabajo. No soy ya el bibliómano que usted ha conocido. *No estudio nunca nada sino después de haberlo observado minuciosamente en la realidad.* Sigo, pues, en la elaboración de mi instrucción, *el azar de la clínica.* Esto asegura a mi saber una gran solidez y valor práctico, pero alarga irregularmente mis estudios. La razón de que no tenga mucho que hacer es que lo he visto ya casi todo, y aunque veo una gran cantidad de enfermos encuentro pocas cosas que me sean desconocidas. El año de que yo le hablaba en cartas anteriores, lo destinaría, tal vez, a sistematizar, a organizar en mi cabeza los hechos inmensos que he observado".

XI

A mediados de 1889 está en Montevideo. No puede quejarse del gobierno de su patria. Le ha guardado un agradecimiento eterno a Santos, que acaba de fallecer en el destierro, en Buenos Aires, antes de cumplir los cuarenta y tres años. Soca ha estado cinco años en París, pensionado. El Estado ha hecho, en su obsequio, un inusual sacrificio. El tiene, ahora, que indemnizarlo. Inicia la tercera etapa de su vida. Ya ha realizado, espléndidamente, dos: la primera, su formación intelectual y médica, desde la iniciación universitaria hasta el título profesional, al egresar de la Facultad de Montevideo en 1883, a los siete años de fundada. La segunda, acabamos de verla: es la conquista de París. Ha sido un triunfador. Ahora tiene que conquistar a Montevideo. Le sobran aptitudes y posibilidades. Tiene vocación irresistible al profesorado. Ya se lo manifestó, inicialmente, al General Santos. Ahora tiene que conseguirlo, porque lo considera indispensable. En carta del 2 de abril de 1887, ya establece "que siempre habrá larga plaza para el hombre de verdadero y sólido saber práctico, y, si no, las circunstancias, el tiempo, concluirán por darme la plaza exacta que yo merezca en la sociedad. Mi medio, medio que yo creo infalible, será la cátedra". Un profesor de la Facultad montevideana, Arechavaleta, le ha escrito noticias esperanzadas. Don José Arechavaleta (1838-1912) es hombre de altas condiciones reconocidas. Es profesor de Historia Natural Médica, botánico ilustre, químico, Director del Museo de Historia Natural; le ha dejado entrever la posibilidad de que le confieran un servicio en el

manicomio. Es ya un principio de solución: él ve ahí la posibilidad de inciar su enseñanza neurológica Ante tal perspectiva posible, refuerza, en los últimos meses, su asiduidad al servicio de Charcot con la frecuentación de Sainte Anne y de Villejuif, establecimientos hospitalarios dedicados a enfermos mentales. Tiene que obtener la jefatura de un servicio de hospital. Los méritos son claros, radiantes, tajantes, definitivos. La etapa de París, realmente desconocida hasta la fecha, nos la ha ilustrado, día por día, él mismo. Desde ahora, careceremos del incomparable narrador. De toda la actuación futura, que abarca tres grandes sectores: el profesional, el docente y el político, sólo dispondremos de lo que nos digan las actas universitarias, las colecciones parlamentarias o los periódicos. Natural y desdichadamente, cesa la autobiografía y aparecerá a menudo toda la finalidad, la inseguridad o la relativa veracidad de los documentos. Soca se ha retratado en su correspondencia íntima. Se ha retratado sin saberlo y sin pensarlo. No es el redactor de Memorias que escribe para la posteridad con toda la insinceridad que necesariamente surge de semejante propósito. Soca ha ido dejando elementos dispersos en esas cartas a un amigo excepcional y ha ido dibujando su propia silueta con trazos indelebles. Pensábamos sintetizar su figura más adelante, cuando es ya un personaje en cualquiera de los terrenos en que actuó y cuando diez años de contacto diario con él, como alumno de la clínica o como colaborador inmediato nos dieron datos vívidos sobre su personalidad, observada de cerca. Pero tal vez, antes que el lector encuentre más lejanas y borrosas las evocaciones que surgen en su vida en

París, sea ventajoso señalar aquí, antes de que Montevideo se lo trague, la sorprendente figura que lo invade. Es, prácticamente, un desconocido. Su juventud de muchacho modesto y adusto, lo explica. Es raro, hasta en el físico. Un hombre alto, dominante, naturalmente echado hacia atrás, pecho saliente, piernas largas y tiesas. Calmo en los movimientos; rostro inconfundible, de tinte cetrino, con ojos no grandes, negros, levemente oblicuos, con un mirar profundo que no puede olvidarse y que se pierde, cuando algo lo preocupa, en el infinito, en un asombrante mirar sin ver; nariz aguileña, labios caídos, finos, bigote lacio, como el cabello, negro, reluciente, que cae sobre la nuca y que ha de ensanchar con su caída, la amplia frente. Voz fina, algo sorda, clara. Un hombre que llama la atención: pregúntesele al profesor Mathias Duval, su examinador. Un hombre triste y amante de la soledad, arisco; aún en el pináculo de sus éxitos estudiantiles, su hosquedad le dicta líneas en las que incluye quejas como ésta (carta de París del 2 de abril de 1887): "Experimento una verdadera necesidad de sustraerme a la opinión por algún tiempo. Se ocupan demasiado de mí, al menos en París, y esto me fastidia enormemente. Quisiera que me abandonaran de una manera absoluta, al menos por algún tiempo. Todo lo que me obliga a exhibirme supone para mí una tortura." Las declaraciones de su hambre de soledad estallan a cada instante y los actos las confirman. Su aislamiento huraño de todos los uruguayos y de cualquiera lo lleva hasta pasarse larguísimos meses sin pronunciar una palabra en castellano, hasta llegar, afirma, a tener dificultad para escribirlo fluidamente, lo que explica la

frecuencia de sus cartas en francés desde el encabezamiento o, peor, que continúa en francés un texto comenzado en español. De salvaje para abajo, acumula, él mismo, los adjetivos sobre su inmenso desdén por el mundo. Cuando se pinta a sí mismo, dice, un día de melancolía: yo soy reposado, triste y dulce. En la forma en que rehuye el contacto con los demás, le cuadran exactamente sus adjetivos. En la realidad, este hombre amargado desde la primera infancia, no resiste choques sin reacciones violentas. Su irritación, frecuente a los informes sobre sus trabajos científicos, alguna vez con escasa razón, lo muestra abandonado a una cólera desmesurada, de la que él mismo se arrepiente. Porque es bueno. No es un indiferente, no es un egoísta, como lo parece. El hombre que habla de Potain como él lo hace, el que es capaz de agradecer como lo hace con López Lomba, con Gómez, con Santos: el que es capaz de enviarle a Piaggio la mención del recuerdo que Potain hizo de él en el curso de una lección, es un sensitivo. Es su tendencia a cerrarse, a bloquearse inexpugnablemente, que lo hace aparecer al revés de su real temperamento. La ternura con los niños se le escapa en el menor comentario: su compasión por los enfermos deja traslucir sin ninguna duda la riqueza de su sensibilidad tan obstinadamente escondida.

Tiene una amargura que ya arrastra de veinte años, y apenas ha pasado la treintena. Debe haber perdido sus padres muy jóvenes: hemos dicho, la madre sobre todo. De su calidad afectiva hablan claramente su devoción por Potain o su respeto por D. Ambrosio Gómez. Su amor por la filosofía lo lleva a veces,

probablemente, a exagerar la tendencia a expresar un excepticismo sentimental exacerbado. En una carta dirigida a un amigo, Luis, de Tacuarembó, que no sabemos quién es, extrema la pintura de su enemistad a la mujer. El borrador de la carta está en uno de los cuadernos de apuntes que el director del Museo Histórico Nacional ha sabido salvar, milagrosamente, de la dispersión de los papeles y libros de Soca, inevitable, tras la desaparición, reciente, de la señora viuda, que había guardado todo celosamente.[30] El cuaderno aludido, de 91 páginas, que contiene predominantemente apuntes de química; apuntes de bibliografía pura: de las lecciones de Potain, sobre ruido de galope (De Le Gendre, D'Espina, Morel, Regnard, Barié); apuntes para la tesis final, aparece, sin transición, el borrador de su misiva a Luis, en que inicia pidiendo disculpa por su tardanza en responder a la que Luis le ha dirigido: "No quiero dilatar más esta carta y, aunque reducida a algunas líneas, quiero que vaya enseguida a buscarlo a mi inolvidable Tacuarembó." "Singular aventura, mi querido Don Luis, la que a usted le ha pasado. Le juro que cuando recibí su carta estuve tres días meditándola sin lograr hallar la clave... En todo caso... lo felicito vivamente. El matrimonio es la más insensata y la menos humana de las formas del amor. Es la dulzura de un día y el hastío de toda la existencia. Es por eso tal vez que siempre que sé que uno de mis enemigos se casa experimento no sé qué placer y, al contrario, cuando la víctima es uno de mis amigos el dolor que me invade llega

30 Museo Histórico Nacional, Montevideo. Colección de Manuscritos. Tomo 1861

difícilmente a mis labios, y casi siempre lo compadezco. Yo he escrito en alguna parte estas palabras: Desear, poseer, he ahí toda la vida. Y el deseo es dolor, la posesión es tedio, dolor todavía. Así sólo el dolor es verdad; la dicha no es más que una (...) palabra. Es el estudio del amor el que . . estas palabras en mi boca. La mujer es bella en el deseo y miserable en la realidad. Mientras que es sólo una promesa nos deslumbra; cuando es un presente nos empalaga desde luego y nos fastidia más tarde." "La suprema habilidad en el amor es saber hacerse un presente y una esperanza: un presente para que el deseo no se canse y se entregue antes de la victoria; una esperanza para que el deseo se renueve y no muera en su primera satisfacción. El matrimonio mutila la naturaleza humana porque hace eterno un lazo que no puede ni debe durar más que el amor, que sólo vive un día y se resuelve en un beso. El hombre que va a casarse tiene una fe profunda en la dicha y cree en la eternidad de la ventura, pero cae el telón y todo su paraíso se resuelve en una función y en un beso. Al día siguiente se mezclará a sus suspiros de amor imperceptibles bostezos. Los suspiros de amor disminuyen y los bostezos aumentan y al fin éstos quedan dueños de la plaza. Desde entonces qué es la vida para esos dos pobres seres destinados a marchar unidos por la senda de la existencia. ¿Dónde va a buscar el alma este inmenso deseo de amar que es el fondo de nuestra existencia? Es tal vez por eso y en todo caso por la degradación que impone al hombre la pérdida de su libertad y el aumento de las necesidades, que yo he mirado siempre con un placer siniestro el matrimonio de un amigo y no veía

sin disgusto que un hombre como usted, tan sano y tan entero, se entregara al amor y se robara a la amistad". Es un hombre que tiene plena conciencia de su talento. Sabe que, donde se presenta, se impone, y no lo oculta. Es soberbio. Tiene un orgullo de sus facultades, que sabe capaces de cualquier hazaña, que muchos han llamado vanidad. Vanidad tiene cualquier pobre diablo. En Soca, el sentimiento es más alto, de mayor categoría y más recóndito. Un hombre vanidoso se hace preceder de bombo y platillos: él, en cambio, quiere a veces ocultar las cosas honrosas. Un día (carta de abril o mayo de 1885) es protagonista de un episodio feliz para él en la clínica infantil de Jules Simon: no lo hemos mencionado porque la carta que lo registra está incompleta y se interrumpe la anécdota por la mitad. Al trasmitírsela a López Lomba la hace preceder de un decreto: "*para usted solo, para usted solo, para usted solo.* Insisto sobre esto porque al hablarle a usted soy casi siempre tan franco como cuando me hablo a mí mismo, y lo que usted puede hallar natural, cualquiera otro puede juzgarlo el efecto de una pedantería desgraciada. Le cuento a usted mis sueños, mis esperanzas, mis audacias de ambición, pero no quiero que lo trasmita a nadie, y si lo hago es por proporcionarme la dulce satisfacción de hacer participar a mis amigos de mi alegría, amén de (a veces), hacerles partícipes de mis dolores." Y en carta del 15 de diciembre de 1884, al descubrir, entre los estudiantes de medicina, los escasos hombres de valer, remata así su carta: "Reserva para estos detalles que podrían acusar, para otro que no fuera usted, pretensiones que no tengo." Esto no es, en manera al-

guna, el lenguaje de un vanidoso. Se dirá de él, y mucho más en tiempos futuros, que es un avaro: su vida de París no lo demuestra. Ha vivido decorosamente, ha invertido todo el dinero exigido por su amistad utilitaria con los internos o con los jefes de clínica que le han facilitado sus trabajos, y en alguna de sus cartas últimas comunica al amigo cómo ha preparado su regreso, munido de la biblioteca científica que tanto deseó, y de los aparatos que juzga indispensables para el ejercicio profesional. Es noble. Metido como un caracol dentro de su caparazón, recuerda a sus amigos de Montevideo y, fuera de ese gran doctor López Lomba en quien descarga las preocupaciones que quiere dejar traslucir, habla afectuosamente de Martín C. Martínez, de Antonio María Rodríguez y, con mayor frecuencia, de José Batlle y Ordóñez, cuya reconciliación con López Lomba celebra alegremente. Son sus compañeros de los tiempos de debates filosóficos del Ateneo, los tiempos de Prudencio Vázquez y Vega. Es impaciente. Antes que Santos firme el decreto de las becas, le dirige una carta apremiante; cuando pasan algunos meses sin percibir sus pensiones, otra carta reclamándolas. Y como su fondo noble le dicta su reprobación en cuanto reflexiona, no acaba de auto-flagelarse por sus imprudencias Es exagerado. Cuando habla de sus exámenes, son cien. Cuando menciona los elogios de sus maestros, son mil. Cuando habla de sus enfermedades o de su salud, las unas son desvastadoras y la otra es de granito En medicina, en París, son externos hasta los perros. En la impresión de su tesis, cuyo número de hojas ha debido disminuir reduciendo el tamaño de letra de imprenta, "habrá que leer algunas

partes con lente de aumento." Y en una de tantas explosiones de su pesimismo, dirá: "yo era un muerto que atravesaba la tierra con la apariencia de la vida, un cadáver que andaba movido por no sé qué formidable galvanismo."

Su educación, su don de gentes, son muy relativos. Su vida de recluso le ha retaceado el contacto con las gentes: de ahí sus inconvenientes en las cartas al Presidente de la República o sus actitudes con Charcot, con Duval o con Simon. Ha nacido profesor. A cada instante insiste en su necesidad de enseñar. Su ensueño permanente es la cátedra. Cuando escribe, la vocación lo traiciona. Dice, en muchas cartas, cuando hace una afirmación: "Me explicaré." El profesor no se improvisa. Lo común es que se erija maestro un hombre laborioso, ambicioso, voluntarioso. Así se pueblan las aulas de hombres, a veces inteligentes, que fracasan deplorablemente. Profesores de calidad, como Ernesto Quintela o Luis Morquio, o Piaggio Blanco son raros. Soca se siente maestro. Viene a Montevideo pidiendo campo para desarrollar su don innato. Este es el hombre al que intentamos dibujar. No sabemos nada de su vida futura. Creemos que, tras esta etapa fructuosa de París, Soca se perfila con todas sus calidades y todos sus defectos. Y ahora, al hablar de su versatilidad, tendremos que invocar una aseveración formulada muchos años después. Lo hacemos, porque se refiere a este período parisién que es el que nos está dando elementos para este retrato provisorio.

El Dr. José María Delgado, escritor brillante que publicó páginas elocuentes sobre Soca, de quien fue discípulo, ha señalado su versatilidad, revelada en

las alternativas de su aprendizaje en las clínicas francesas. Ha señalado, ya en la iniciación, su tránsito de los estudios de Derecho a Medicina y, ya en París, de la especialidad de niños a las enfermedades del corazón y luego a la neurología. Es un error de óptica. La alusión que Soca ha hecho a que pudo empujársele a estudiar leyes, es fugacísima. Su vocación médica no conoció vacilaciones. Y la transformación gradual de sus estudios en Francia no significa vacilación, sino ensanchamiento de visión y de campo. Su vocación de médico, de internista, iluminada por Potain, es intocable.

Y es que domina en Soca una cualidad máxima, eje de todo su carácter, que orienta sus pensamientos y preside todas sus realizaciones. Es la voluntad, la enorme voluntad, la incomparable. Así ha podido ejecutar todos los proyectos que su inquietud científica le ha inspirado, sin cuidarse de su físico, a ratos claudicante, sin prestar atención al desborde de trabajo a que se somete. Su voluntad no sabe qué quiere decir cansancio. Sabe, en cambio muy bien, que hay que ser médico práctico, como insiste con énfasis, y ser profesor y ser hombre de ciencia. Esa voluntad tiene un enemigo al que logra, inexorablemente, sobreponerse. Es su escepticismo, que lo precipita en un pesimismo inclemente, el que lo hace proclamar como ideal el tonel de Diógenes, que le hace decir que el tedio es el resumen de toda la existencia o que le arranca, y no es la única vez, gritos como éste: "soy un escéptico profundo y profeso por la vida el más absoluto desprecio. Yo soy un viajero para el país de la muerte," rasgos todos que no hacemos sino reiterar. En frente está la voluntad, que se ha forjado un modelo real que se llama Potain.

Su entregamiento sin restricciones a la profesión debe ser marcado y remarcado, y eso vale la pena señalarlo a los que lo califican de egoísta. Lo que él quiere hacer no es la dedicación, —esa sí egoísta muchas veces— a la ciencia: es su sueño, pero debe ir detrás del ejercicio profesional, de la necesidad que le dicta con imperio su amor al enfermo y su afán de tratarlo y de curarlo. Y esto no es lírico. La práctica médica lo acapara hasta la víspera de su muerte. Quiere hacer bien y lo proclama.

En las transcripciones hechas, hay gritos íntimos que distan de las declaraciones mentirosas y fraguadas. Hemos acumulado las pruebas. Soca vive una intensa y absoluta vida espiritual. Y es tan absorbente que, para terminar la silueta del hombre que abandona París, es útil señalar una característica demasiado marcada para no perfilarla: su vida objetiva es casi nula. La naturaleza no existe para él. La Medicina lo ha devorado. Soca es un hombre ilustrado, que ha vivido, según su confesión, sobre los libros, y no sólo de ciencia. Pero en París no habla más que de medicina y de hospitales. La ciudad no existe para él. Llama profundamente la atención que ni una vez, por casualidad, habla de París, de sus grandezas, de su arte, de su teatro, de sus hombres de letras: él, que cuando escribe no hace más que pedir disculpas por sus presuntas incorrecciones de estilo o por el desbarajuste de los párrafos. Se diría que jamás ha cruzado el Sena sino para ir al servicio de Hanot en Saint Antoine o al de dermatología en Saint Louis. Lo subordina todo a su medicina: Todo o nada, dice en febrero de 1885, que era su divisa en la mocedad. "Todo", es medicina. Nunca se ha quejado de París. Maravilla

su adaptación instantánea. Tiene que haber cultivado amorosamente su francés en la patria lejana, porque no extraña un minuto el idioma, ni para comprenderlo, que es lo más espinoso para el novicio, ni para escribirlo. Y aunque cambie de domicilio con frecuencia, no ha dicho unas palabras de sus incomodidades presumibles, como jamás ha aludido a la excelencia o a las calamidades de su alimentación. Como tampoco se ha tomado el trabajo de comentar el clima, con aquellos inviernos de seis meses que matemáticamente crean en el criollo afincado junto al Sena la nostalgia del sol, que no alcanza a compensar la belleza de la primavera. Este es el médico por los cuatro costados que llega a Montevideo. Este es el hombre "extraño" —el calificativo es de él— que va a conquistar Montevideo.

XII

Ya está en el campo de lucha. Esto significa, naturalmente, la iniciación en la vida profesional y el escalamiento de las dignidades docentes, con las que sueña desde el primer día que obtuvo el título y que, mordiéndolo con la inquietud de una vocación invencible, lo ha hecho capaz del esfuerzo estupendo de sus tremendos años de París. La Facultad ha ido llenando sus claros desde el decanato de Carafí y ha de utilizar los servicios de este hombre, al que le sobran aptitudes, títulos, tesón y bríos. Abre consultorio en la calle Florida y su reputación se extiende rápidamente. Yo tengo entre mis clientes una enferma que lleva sus 86 años con brillantez, que recuerda perfectamente la asistencia que Soca le prestó en la infancia: entonces, 1890, la vacunación anti-

variólica obligatoria no se había implantado; la viruela hacía sus empujes periódicos, y esta dama recuerda con nitidez que Soca iba a darle diariamente, en persona, un baño desinfectante que ningún profano se atrevía a darle. Fue largos años médico de la familia y ella fue testigo de la difusión del renombre rápidamente conquistado. Desde el punto de vista profesional, no hay ninguna incertidumbre. Pero necesita clamorosamente la cátedra. La única clínica posible es la Médica, que Visca desempeña con brillo desde hace cuatro años y él, ya lo ha dicho, no consiente en aceptar la enseñanza de cualquier materia que le permita integrar los cuadros docentes de la Facultad. En el Rectorado hay un hombre que, con admirable inteligencia, encara los problemas de la Universidad, a la que consagra una actividad fructuosa, que no ha conocido igual. Es el Dr. Alfredo Vásquez Acevedo. El decano es Elías Regules. En el Ministerio de Instrucción Pública hay un hombre de altas condiciones morales, que es el Dr. Martín Berinduague. Vásquez Acevedo, que preside el Consejo Universitario con real autoridad, se dirige en setiembre 6 de 1889 al ministro y le dice: "Preocupado el Consejo de Enseñanza Secundaria y Superior que presido con la mejor organización de la Facultad de Medicina, cuya insuficiencia es notoria, ha pensado, en ocasiones diversas, en la conveniencia de confiar a dos profesores la materia conocida en la ciencia con el nombre de Patología Interna, que se halla actualmente a cargo de uno solo. La considerable extensión que abraza la asignatura, el interés directo que tienen los alumnos para conocerla en todos sus detalles, su relación íntima con las otras ramas de la

medicina y especialmente la necesidad de obviar el inconveniente que se nota en la existencia de un solo catedrático que explica el mismo curso a estudiantes de distintos años, muchos de los cuales no se hallan preparados suficientemente para empezarlo por donde sus compañeros de aula lo terminan, son motivos bastantes para justificar la atención que el Consejo ha prestado a este asunto en obsequio de la regularidad metódica de la enseñanza. En este estado, el doctor don Francisco Soca, cuya competencia no es desconocida a V.E. ha ofrecido sus servicios profesionales para desempeñar gratuita y desinteresadamente por ahora y hasta tanto que el Cuerpo Legislativo determine lo más conveniente al respecto, uno de los cursos en que se encuentra dividida la asignatura de Patología Interna El Consejo los ha aceptado desde luego y pide a V.E. por mi intermedio se sirva confirmar el nombramiento que ha hecho en la persona del doctor Soca para catedrático en propiedad de la clase mencionada." El 9 de setiembre —¡tres días después!— "en virtud de las consideraciones aducidas en la presente nota, apruébase el nombramiento del doctor Don Francisco Soca para catedrático en propiedad de uno de los cursos del aula de Patología Interna, que se ofrece a desempeñar gratuita y desinteresadamente hasta tanto que esa división de cursos en el aula referida sea votada por el Cuerpo Legislativo." Firman el Presidente Tajes y Berinduague.

La división de la cátedra de Patología Interna es una auténtica necesidad. La materia se estudia en tercero y cuarto año, abarca toda la patología médica y exige al profesor un esfuerzo que el titular, Dr. J. Crispo Brandis, ha afrontado sin flaqueza. Tres días

después de su designación, Soca acepta con una nota que dice: "Señor: He recibido la nota de V.S. en la cual se me comunica el nombramiento de profesor de patología médica que el H. Consejo Universitario, que usted preside ha hecho recaer sobre mi persona. No puedo sino contestar, señor, que acepto lleno de reconocimiento el honor que se me dispensa y estoy dispuesto a dar principio a mi curso cuando el señor Rector quiera comunicármelo. Entre tanto, crea el señor Rector que trataré de hallar de nuevo, para ponerlo al servicio de la tarea que se me confía, todo el entusiasmo de los años más fuertes de mi vida, los que he pasado en las aulas de esa universidad de donde vengo, a quien le debo todo y que por una suprema largueza me brinda hoy el título de maestro que ha sido como el móvil interior de toda mi instrucción. Saludo al señor Rector con la expresión de mi mayor consideración. *Francisco Soca.*" [31] Asume la dirección de la cátedra. Necesariamente ha debido pronunciar un discurso inaugural. No poseemos el original, pero tenemos algo mejor. En una de las libretas a que hemos aludido, abigarradas, llenas de sorpresas, están los borradores de ese discurso. Los borradores, en plural. Con el afán de perfección estilística que lo persiguió siempre, el discurso comienza dos o tres veces y es abandonado a las pocas páginas. Cuando consigue la vía que busca y puede superar el tono quejumbroso de los primeros esbozos, tomó un vuelo que hará comprender al lector, por qué, tras la forzada selección de la introducción, es inevitable transcribir largamente una obra maestra.

31 Museo Histórico Nacional. Montevideo. Colección de Manuscritos. Tomo 1881

Se queja, inicialmente, en las páginas que le ha dictado un desánimo, sin duda momentáneo, porque en manera alguna concuerda con los ímpetus que han dirigido su actividad hasta hace pocos meses. En el tercer esbozo halla tonos más templados: "Estoy tranquilo porque no puedo estar inquieto, habiéndome dado la experiencia de la vida una filosofía serena que me resguarda de todos los excesos de la dicha o del dolor. Es, pues, bajo estos auspicios que inauguro esta cátedra. Sin embargo, si el exceso de esfuerzo ha fatigado mi antiguo entusiasmo, todos los ardores desbordados de mi temperamento se han templado, mi espíritu habita regiones serenas desde donde es dado mirar sin vértigos a la naturaleza. El espíritu a solas con la verdad puede mirarla de frente, sin que lo interrumpa el rugido de las pasiones que todo lo deforman. En suma, si mi viejo ardor me ha abandonado, tengo en cambio la tranquilidad imperturbable, la serenidad sonriente... la tranquilidad apática que cumple a la ciencia serena que profesamos. No hallaréis acaso vivos colores en mi paleta, pero, estad seguros, que mi palabra no hará jamás traición a mi pensamiento y si os ofrezco una imagen insuficiente en su lánguido abandono, jamás ofreceré una imagen deforme en la brutalidad de sus colores meridionales. Señores: en este momento veo realizado uno de los sueños más ardientes y más tenaces de mi juventud. La cátedra ha sido acaso la más honda aspiración de mi alma: hubo un tiempo en que yo no veía acaso otro motivo de vivir. Es en esta Facultad en que he aprendido a amar la ciencia y la naturaleza, que yo he sentido nacer en mí ese vivo deseo de enseñar, de ser maestro que ha resu-

mido por tanto tiempo mi existencia. Era yo joven, muy joven, y lo ignoraba todo, pero tenía la cabeza llena de luz, el alma llena de amor y de esperanza, la voluntad templada por todas las energías sin límite de nuestra juvenil inconciencia. La cátedra me aparecía entonces como una verdadera apoteosis. Nuestra palabra sagrada de ciencia, como la del viejo Pitágoras, coloreada con todos los matices de una imaginación meridional desbordada, rica, encrespada como el mar embravecido, debía llevar a las nuevas generaciones la buena nueva y mecer nuestros nombres con todos los arrullos, con todos los clamores de nuestro joven entusiasmo. Y ¡qué esfuerzo heroico, violento, enfermizo, para perseguir este extraño fantasma de nuestra mente, qué bellos, qué fuertes años de trabajo y de lucha!" Diluye el tema de la juventud que lo escucha, y el cansancio que a ratos lo desanima, hablando de los años como si hubieran pasado muchos desde su llegada de París, que se remonta a escasos meses, y en momento de optimismo, que cambia felizmente el rumbo triste, les dice a sus alumnos: "Soy yo, es el antiguo estudiante que renace, mi viejo ardor que vuelve. ¡Ah, sí, mis jóvenes, yo renaceré en medio de vosotros, de mis antiguas cenizas y el renovado ardor de mi naturaleza bien templada por la larga y dolorosa experiencia! Es por eso que abordo sin temores esa cátedra. Lo que me falta de calor y de entusiasmo yo lo tomaré a vosotros. Yo tendré la sangre fría que me han dado los años y el aplomo, la serenidad que es el gaje de una larga vida consagrada a la ciencia; os enseñaré a mirar sin vértigos y a analizar con la calma de los años los fenómenos de la naturaleza. Además, la lucha me

conoce y de la lucha saldré grande." Sólo ahora, escapando a la inflación que alienta a través de estas y otras páginas, que quién sabe cómo fueron seleccionadas o sustituidas en el discurso pulido y completo, cambia el tono, que es nuevo y es cálido y traduce sinceridad acendrada: "Señores, antes de ir más lejos quiero solventar ciertas deudas de gratitud y cierto deber de cortesía que me ha creado esta cátedra Tres nombres quiero recordar aquí, sobre todo el Dr. Regules, nuestro joven y digno Decano, el señor Rector Dr. Vásquez Acevedo, y la persona que me ha precedido en esta cátedra, el Dr. Crispo Brandis. Hace algunos años era yo un modesto alumno de esta escuela y empezaba apenas a descifrar las primeras inscripciones teóricas de la naturaleza. Al entreve solamente la belleza del cuadro que tenía delante de mis ojos, un ardor extraño, tenaz y profundo se apoderó de mi espíritu. Quería saber, saber mucho, saberlo todo, y lo quería con energía, casi con violencia. Trabajaba, pues, con una intensidad de atención, con una tenacidad de esfuerzo, con una constancia sostenida, tales como no he vuelto jamás a hallarlas en el resto de mi vida. Esos bellos años de entusiasmo son, sin duda, los más nobles, los más fuertes de mi vida. He podido obtener más tarde mayores sucesos: nunca los he merecido. Nunca me he sentido más fiero, más altivo en la indomable energía de mi voluntad de acero. Mi orgullo en aquella época era inmenso y toleraba apenas las comparaciones. Precisamente entonces se levantó frente a mí otro joven alumno de nuestra escuela que, con una voluntad y una potencia de trabajo igual a las mías, fue dotado por la naturaleza de mayores y más bri-

llantes cualidades. Pronto nos hallamos frente a frente, fuimos rivales. Eramos amigos, camaradas, pero con cierta reserva, cierto dejo de frialdad que atravesaba nuestras relaciones. Se adivina la miseria humana trabajando nuestro corazón. Eramos niños, pero éramos ya hombres, demasiado hombres. ¡Quién no ha sentido pasar por el corazón como el zumbido de un viento del polo ese escalofrío punzante, miseria la más dolorosa de todas, que despiertan los triunfos de nuestros émulos, de nuestros adversarios! Aquel de vosotros que haya escapado a ese miserable dolor en todas veces, que tire la primera piedra. Fuimos, pues rivales, rivales respetuosos, pero rivales. Y bien, hace seis meses, después de un nuevo y violentísimo esfuerzo por la ciencia, volví a mi patria tras largos años de voluntario destierro. Había probado al menos que tenía la fibra de los grandes trabajadores, había ganado lauros sin fin y merecido al menos que mi patria recogiera el beneficio de mi largo esfuerzo. Pero entonces se levantó, yo no sé de qué bajos fondos una lengua de víbora con sus saetas armadas para morderme. La envidia más vil, menos generosa, quiso cerrarme el paso a toda costa: era preciso que yo no llegara a la Facultad. Todas las armas eran buenas, todo se explotaba contra mí. Mi antigua fuerza juvenil, mi excesiva liberalidad, mi supuesta intolerancia, mi salvajismo, todo se invocó contra mí y todo parecía salir a la medida del deseo de mis pequeños enemigos. Un día, cuando ya casi desesperaba de la cátedra y me decidía a morir moralmente, entonces una mano buscó la mía y oí esta promesa de labios que no acostumbraban a mentir: yo tomo en mis manos vuestra causa, seréis profesor. Y algunos

días después, el sueño de toda mi vida se había realizado. Señores, esa promesa venía de mi antiguo rival, que los años y su... persona habían transformado en decano de nuestra Facultad. Así, pues, vuelvo triunfante a mi patria, después de una nueva y feliz carrera, y la primera mano que busca la mía y el hombre que me ofrece los medios de brillar, de triunfar aún, es el doctor Regules. Decid, señores, si no véis erguirse en mi antiguo rival, su talla, y si no creéis estar en frente de una de esas figuras caballerescas de otros tiempos, de esos tiempos en que la lealtad era una religión y la generosidad la marca más alta de la dignidad humana. ¿Después de esto, necesito añadir una banalidad cualquiera? No tengo odios. Por una cierta filosofía escéptica que me es habitual y cuyo fondo es un cierto desdén de las formas, apenas si creo en las ofensas. Pero hay algo que yo no perdono nunca: el que me roben mi sol. Los que se me han puesto en el camino para impedirme ascender hacia la luz, esos, yo los recuerdo y los marco en la frente y les consagro, yo no diré un odio, pero sí una cólera inmortal. Hubo un tiempo en que después de un largo esfuerzo para apoderarme de la ciencia de los libros, aspiraba a rectificar mis errores de teorías, viviendo al lado del lecho del enfermo. Pero yo no sé qué extraña fatalidad se levantó en mi camino y debí renunciar a lo que era entonces mi sola, mi grande aspiración. El Dr. Vásquez Acevedo fue el instrumento de ese conciliábulo. Desde entonces le he guardado un rencor implacable y nada ha despertado, jamás en mi alma, una cólera más recia y vibrante. Y bien, el Dr. Vásquez Acevedo ha sido uno de mis activos y potentes sostenedores. Esto hace

justicia a la rectitud de su carácter y, por mi parte, casi le perdono las ofensas recibidas y casi olvido mis antiguas querellas. El Dr. Crispo Brandis es el primero que haya ocupado esta cátedra en nuestra Facultad. Todo lo que puede decirse en su elogio se resume en esta frase: cuando vino a enseñar en la patología era un desconocido, y, un año más tarde, era una de las figuras más respetables del cuerpo médico uruguayo. Y se sabe. si los pequeños pueden engrandecerse a la sombra. no hay más que los fuertes que crecen a la luz La cátedra es peligrosa y decisiva. ¡Ay de las nulidades audaces que osan robar, siquiera sea por un momento, el título de maestros! Pronto rodarán a las últimas y más despreciables escalas de la ciencia. Por el contrario, los fuertes no pueden sino ganar en esta prueba suprema. Las cualidades del Dr. Crispo, que le han granjeado la estima de los alumnos y los enfermos, son todas de gran fondo. Es un hombre sólido, a quien la palabra suele traicionar a veces pero a quien [...] el robusto buen sentido no abandona jamás. El Dr. Crispo recibió, sin duda, una instrucción médica amplia, esmerada, sólida, rara entre nosotros. Es esto lo que hace su fuerza. Por mucho que haga su saber hacen más aún sus raras dotes intelectuales y morales. Es una inteligencia clara, rápida, segura... Su sistema está todo hecho de buen sentido. Sabe una enormidad, pero se guia y se entrega ante todo a su intuición, que es poderosa. Es por eso que el Dr. Crispo es, ante todo, un clínico, un excelente clínico; la patología se aviene menos con la cualidad de su talento, aunque ha podido profesarla con una perfecta distinción. A su instinto clínico, a su grande instruc-

ción, mi antiguo maestro añade una preciosa experiencia que en un hombre de sus raras dotes de observador es una garantía preciosa. Por el carácter, el Dr. Crespo es un simple, modesto, corazón delicado, capaz de [...] de compasión sincera aun después de su larga vida común con el dolor y con la muerte. Perfecta rectitud de carácter, incapaz de una indelicadeza. Este hombre rudo, un tanto iliterato, no carece de fineza en el trato de las gentes. Lo he visto hablar a los niños con habilidad, con toques verdaderamente maternales. Tal es el hombre que me ha precedido en la cátedra, y no es la menor de mis razones de embarazo...

En fin, he de recordar aquí a los dos hombres ilustres con quienes he aprendido todo lo que sé de límpido y de fuerte: Potain, Charcot, el incomparable clínico de la Charité, el ilustre maestro de la Salpêtrière. ¡Ah señores, de todos los bienes que se reciben en este mundo, ninguno deja una gratitud más dulce, más tenaz y más profunda que los bienes de la inteligencia! Mi afecto, mi admiración sin condiciones por estos dos grandes maestros a quienes les debo todo, tiene algo de la fruición del amor filial, con cierto tinte de nobleza, en más, que le da a este afecto un carácter casi sagrado. Aunque mi voz se quede en el camino, saludo desde aquí a mis dos ilustres maestros de la ciencia francesa. Señores: un discurso inaugural no debe ser otra cosa, en mi concepto, que la primera salutación del profesor a sus discípulos y la congratulación de hallarse reunidos. La ciencia propiamente dicha debe estar casi desterrada de él... Sin embargo, por no romper completamente con una costumbre tan antigua yo os pre-

sentaré aquí algunas breves proposiciones que os darán la síntesis de mi pensamiento. Mis principios científicos propiamente dicho quedarán expuestos en tres palabras: no tengo ninguno. En medicina, al menos, soy un positivista resuelto y extremado. No tengo doctrinas, abordo los hechos brutal y sinceramente, los miro de frente, los estudio, los peso, los mido sin prejuicios de ningún género, con una entera independencia, con una libertad de espíritu que igual habrá pero que no la hay mayor. Hechos que procuraré siempre que pueda, reducir a leyes he allí lo único que yo reconozco en la ciencia. No estudio jamás los hechos con la ley en la mano; después de estudiado el hecho, trato de buscar la ley a que obedece, si esto es posible. Pero ésta será una de mis últimas preocupaciones y las teorías tendrán una parte muy mediocre en mi curso. Agotaré a menudo todas las fases de la realidad; me ocuparé muy poco en explicarlas. Hay en la instrucción y en la vida intelectual de cada médico una tendencia personal, un sello particular que lo hace tender a uno u otro de los fines fundamentales de la medicina. Por mi parte, toda mi instrucción tiende al diagnóstico, y para el diagnóstico sólo sirven los hechos. La teoría es, a menudo, un inútil recreamiento del espíritu para hacer más ávidas las realidades. Es por eso que yo no he hecho otra cosa en mi vida que amontonar hechos claros, precisos, y ni he tenido tiempo ni gusto para correr detrás de explicaciones más o menos ingeniosas, casi siempre inútiles. Esta será la característica de mi enseñanza: ninguna doctrina general y, por decirlo así, anterior a la observación: en la propia observación de los hechos, todo para los hechos, nada o casi nada

para las teorías. Esta tendencia profunda de mi espíritu a desdeñar un poco las bellas explicaciones y resumir mi saber a los hechos tiene una historia que no será inútil conocerla. En los primeros tiempos de mis estudios de patología me apasioné por un libro que, a pesar de muchas cualidades de primer orden, tiene defectos capitales y revela. precisamente, un hombre que a pesar de sus vastas lecturas posee una instrucción relativamente superficial: Jaccoud. Este libro [32] magistralmente escrito, con un arte de exposición y con una elegancia de lenguaje insuperables, es el libro de la teoría. Yo desafío a cualquier joven a que lea este libro atrayente como una novela de Julio Verne sin dejarse engañar por la escultural belleza de la forma y esa apariencia de ciencia que le dan las soberbias teorías (la mayor parte falsas) que su autor halla para todos los hechos. Se cree tener en la mano la suma ciencia y se aborda la clínica con una firmeza, con una seguridad, con una inconciencia de los escollos de la práctica que son una fuente inagotable de gruesos errores. Yo he pasado por esa faz y he sufrido la más cruel decepción. Mi primer verdadero maestro fue Jaccoud y durante mucho tiempo el espíritu más falso, más fantasista que pueda imaginarse. Impregnado de Jaccoud me fui a la clínica con sus bellas teorías en la mano y cada diagnóstico era un error grosero y probaba la falta absoluta de ese profundo sentido de las realidades que debe ser la primera condición del médico. Desde entonces comprendí que las teorías no sirven para nada y que cuando se tiene en vista la práctica debe diri-

32 S Jaccoud, *Tratado de Patología Interna* Madrid, 1881

girse y agotarse nuestro esfuerzo sobre los hechos, sobre los hechos claros, precisos, utilizables. Señores: no es a Jaccoud solamente a quien yo debo los escollos hallados en mis primeros pasos en la medicina clínica. Lo debo sobre todo a un error de método y a una imperfecta inteligencia de la patología. Yo no pienso que un joven debe entregarse a profundos estudios de patología antes de abordar la clínica. Si lo hace, se creará defectos de visión y poblará su cerebro de imágenes falsas que le impedirán a menudo conocer los hechos más simples. Es que, señores, hay una infinita diferencia como potencia de enseñanza entre las descripciones y las realidades Y es sobre todo exacto para los libros de patología. Una descripción, aún la más fuerte, os deja siempre en el cerebro una imagen imperfecta de las realidades. Y es que entre la realidad y vuestro cerebro está un hombre que ve con visión personal, que pinta con una lengua siempre insuficiente y que no puede humanamente agotar todos los detalles y estáis vosotros que ois con vuestro temperamento, que no comprendéis acaso todos los detalles del relato y toda esta dificultad ¿podrían no deformar la fisonomía de las más simples realidades? Es seguro que a menudo una sola mirada os dirá más que todo un capítulo o todo un libro. Os pongo un ejemplo: suponed la más perfecta descripción de una fisonomía, la vuestra o la mía: ¿no es cierto que esa descripción os dirá menos que una sola mirada y que me reconoceréis mucho mejor habiéndome visto una vez que por todas las descripciones imaginables? Es que una fisonomía es un conjunto compuesto de un inmenso número de detalles que no es posible transfigurar en una descripción

de conjunto necesariamente demasiado concisa. Y esto se agrava tratándose de libros de patología. La patología es una serie de abstracciones y no corresponde a nada concreto en la realidad. Es, en suma, la generalización de un cierto número de rasgos comunes a un cierto número de fenómenos que tienen y guardan, a pesar de todo, su originalidad individual. ¿Cómo, pues, armado de esas vagas generalidades no hallarse embarazado al abordar la realidad? ¿Y cómo no equivocarse si por una ilusión óptica tan profunda como humana se han tomado esas bellas abstracciones por toda la realidad, por toda la ciencia? Así pues, el que comienza sus estudios médicos por agotar todo su ardor en la patología comete un profundo y lamentable error y deberá pasar una parte de su vida empeñado en rectificarlo. La enseñanza que debéis deducir de cuanto acabo de deciros, es ésta: estudiad si queréis la patología; estudiad aun a fondo, si os place, los hechos claros y utilizables, pero no olvidéis que la imagen que tenéis en el cerebro es necesariamente falsa, conservadla condicionalmente y nada más, hasta que hayáis pasado por la clínica y hayáis descifrado el sentido exacto y las justas proporciones de cada uno de los conocimientos que habéis atesorado. Cuando yo os haya enseñado una enfermedad, guardad todo lo que historie, pero sabed, que lo ignoráis aún todo y que sólo la clínica podrá precisar la imagen flotante, indecisa, que mi palabra habrá dejado en vuestro cerebro. En otros términos, toda la patología en sí misma es necesariamente falsa y no es verdadera sino para el que la ha hecho traduciendo su experiencia o para el que ha recordado la suya propia. Esto quiere decir que no hay más

que una sólida base de instrucción en medicina: la clínica. Es por eso, señores, que decía Trousseau que cada cual debe formar su patología reuniendo, aproximando y generalizando los hechos que han pasado por delante de nuestros ojos. Es seguro que es ésta la sola patología fecunda y digna de un médico que merezca este nombre. Esta breve reflexión, que hallaréis oscura por el momento pero que un día comprenderéis hasta qué punto es exacta, os dará las bases del método constante a que obedecerá mi enseñanza." "En el dominio de la clínica médica hay poca cosa que yo no haya visto y analizado de cerca un gran número de veces. Y es por eso que he creído poder aceptar esta cátedra. Así pues, el primer carácter de mi enseñanza será éste: traduciré directamente la realidad, os pintaré enfermos, nunca os pintaré libros. Cuando la experiencia me haga traición, podéis creerlo, no os diré nada y no lo hallaréis en vuestro cerebro sino después de largos estudios clínicos Esta manera de proceder quita a la patología su vaguedad, su falta de interés y le da la importancia, el movimiento, la vida atrayente de la clínica. Y para que mi palabra tenga mayor autoridad, estas unidades clínicas no serán hijas de mi fantasía sino meros buenos recuerdos tomados en las grandes clínicas de París y sobre los cuales maestros eminentes han derramado la luz de su vasta ciencia. Así procuraré dar a mi enseñanza de la patología, la vida, el movimiento palpitante de la clínica y si llegan a faltar rasgos a mis cuadros (no podrán nunca ser completos pues las realidades individuales que os presentaré serán simples hechos concretos que no agotarán las condiciones posibles del proceso); os dejaré algunas imágenes lumi-

nosas que podréis [confirmar] casi inmediatamente. en la clínica y sin tener que pasar por la larga narración que os he dejado entrever varias veces y que es la verdadera introducción al estudio de la patología. Dos puntos fundamentales ocuparán constantemente mi atención en mi enseñanza: la etiología y la sintomatología. De la ciencia pura me agrada aceptar las partes hechas definitivamente y de una incontestable solidez. Salir de los hechos, que son la realidad para entrar en las explicaciones, que son la ciencia: lo hago con placer con tal que pueda invadir el campo de las teorías con planta firme y segura. Y bien, la etiología comienza a ser una de las partes más sólidas de nuestra ciencia, de las más fecundas, de las que tienen un mayor alcance práctico, sea para la terapéutica, sea para la higiene. esta ciencia del porvenir Cuatro asuntos principales llamarán nuestra atención: las diatesis, las intoxicaciones, las infecciones, la herencia. Puede decirse que casi todas las etiologías seguras están comprendidas en alguno de estos capítulos. Todo lo demás es banal y majadera enumeración de puras condiciones exteriores con que la enfermedad aparece y no verdadera etiología; son estos los hechos de los cuales partiremos y a los cuales volveremos a cada instante."

Aquí Soca inunda su borrador, contra lo que pensaba de datos científicos; diserta sobre la herencia en patología, sobre las intoxicaciones, sobre los temperamentos: hace pronósticos osados sobre el porvenir de nuestra raza, que considera en pendiente de degeneración, tema que desarrolla en largos párrafos pesimistas; se extiende sobre el diagnóstico y muestra la importancia del error en él, debidamente contro-

lado por un maestro, como sólido factor de enseñanza: "os haré parte de los infinitos recursos que ha puesto a mi disposición una larga experiencia y una serie de errores que, por haber sido comprobados y rectificados por los grandes maestros, han dejado en mi espíritu las más bellas, las más útiles, las más tenaces enseñanzas que yo posea." En las líneas finales apunta temas a incorporar a su discurso: "Estudiar los hechos hasta agotamiento. Peligros de los manuales. La claridad, ha dicho Mathías Duval es la cortesía del profesor hacia sus alumnos. Por respeto, pues, por vosotros trataré de dar a mi lenguaje las formas más simples y agotar las formas de expresión antes que dejar una sombra en vuestro cerebro. Pero la claridad es una de las bases fundamentales de mi método de enseñanza." "Creedlo, por si algún día acaso mi lenguaje sea insuficiente, pero siempre reconoceréis que la claridad es una virtud de raza en el maestro que el azar os depara. Os invito a leer todo lo que he escrito: hallaréis la insuficiencia, reconoceréis que todo allí es trasparente Os he dicho que la patología se compone en realidad de un maridaje de abstracciones y que sólo la clínica puede enseñaros las realidades médicas. Y bien, señores, este principio inspirará constantemente mi enseñanza." [33] Soca, tan pulcro, tan exigente en el lenguaje, no hubiera consentido jamás la publicación de este borrador informe, lleno de repeticiones y de imperfecciones que, seguramente, habrían desaparecido en el texto final, que no conocemos. Sólo poseemos respecto del mismo, el breve testimonio del Dr. Alfredo

33 Museo Histórico Nacional, Colección de Manuscritos. Tomo 1801.

Vásquez Acevedo en esos "*Apuntes sobre mi vida*" que María Julia Ardao, en el admirable monumento que ha dedicado a la memoria del Rector máximo, ha transcrito con su criterioso don de selección [34] Allí se ve que la lima suavizó algún comentario demasiado vivaz en la emocionante evocación de los hombres a quienes consideró imperdonable no tributar homenaje. Dice el Rector: "El Dr. Francisco Soca, a quien con toda razón había penitenciado, cuando era estudiante, en dos ocasiones por falta de respeto a sus superiores, en discurso que pronunció el año 1890 decía lo siguiente: "Desde entonces, (refiriéndose a mis castigos) he guardado un rencor terrible al Dr. Vásquez Acevedo. Nunca puse en duda su buena fe pero desde aquel día creí que carecía de grandeza. Y bien, el Dr. Vásquez Acevedo ha sido uno de mis más constantes y tenaces sostenedores Sin él, nunca hubiera, probablemente, llegado a la cátedra Este espíritu de amplia y serena justicia superior en todos los momentos a las consideraciones personales, su preocupación superior de los intereses de la enseñanza, es sin duda una grandeza Por mi parte, me siento desarmado". El discurso de Soca se comenta solo. Su claridad, de la que él se enorgullece, ilumina realmente todos los párrafos. Sin mucho análisis salta la idea fundamental: Soca tiene, y se lo hemos visto pregonar sin descanso, la pasión de la clínica. Va a enseñar patología, que acaba de repasar en esa admirable segunda edición de su carrera que ha desarrollado asombrosa-

---

34 María Julia Ardao, *Alfredo Vásquez Acevedo. Contribución al estudio de su vida y obra* en *Revista Histórica* Tomo XXXVI, Montevideo, 1966.

mente en París, con una visión personal, esencialmente práctica de su enseñanza, que define con implacable precisión. El discurso es un clamor por la clínica. Los hombres que han sabido llevarlo a integrar la docencia de la Facultad oyen ese clamor. La Facultad no tiene clínica de niños. En sus primeros años de formación, al profesor de clínica obstétrica le correspondía la asistencia de lactantes y al de clínica médica de niños más crecidos. Pero no tiene donde asilarlos, gracias a la "amistosa" cooperación de la Comisión de Caridad, y eso explica que Morquio, que va a ser en años futuros la gran figura de la pediatría nacional, haya podido decir que cuando llegó, en 1892 a París, para dedicarse a la medicina infantil no había visto nunca un niño enfermo. Soca, antes de embarcarse para Europa, ya le ha dicho al Presidente Santos que el objetivo central de su ansia de perfeccionar sus estudios es dedicarse a la medicina de niños. No se ha quedado en proyectos y de ello nos ha informado diez, veinte, treinta veces en esa frondosa correspondencia que hemos condensado. Se dedica a niños en 1884, en el servicio de Jules Simon, que lo ha distinguido en forma consagratoria, y en 1885 y 1886, porque su inmersión en el servicio de Potain responde a la misma vocación, de la que da pruebas abrumadoras con los cuatro trabajos de 1885 que, publicados con el título de *Estudios Médicos* en 1888, responden a su actuación con claro rumbo pediátrico en el gran servicio de Necker. Más tarde, el genio de Potain lo fascina y le señala la Clínica Médica como objetivo superior, que la influencia irresistible de Charcot remacha, pero su preparación en clínica infantil fue de indiscutible hondura.

XIII

Todo hace pensar que Soca, que se ha visto tan noblemente comprendido por los hombres que dirigen la Universidad, debe haber pugnado por la creación de la clínica que, a los quince años de fundada la Facultad en pleno ascenso desde el decanato ejemplar de Carafí, es de una impostergable necesidad. El extraordinario Rector dirige el 22 de octubre de 1892 al Ministro de Fomento, Ingeniero Juan A. Capurro —el Presidente es un brillante universitario, Julio Herrera y Obes— una comunicación que, lacónicamente, como cosa indiscutible, dice: "Señor Ministro: Convencido el Consejo de Enseñanza Secundaria y Superior que presido, de la necesidad de establecer la Clínica de Niños, indispensablemente sentida bajo el doble aspecto de lo humanitario y de lo científico y tan estrechamente vinculada a las más altas enseñanzas de la Facultad de Medicina, resolvió proceder a su inmediata fundación, confiando su regencia interina y gratuita al señor catedrático de Patología Interna Don Francisco Soca, de cuya competencia e ilustración tiene el Consejo los mejores informes. Me dirijo, pues, solicitando se digne aprobar los procedimientos requeridos por la corporación en este asunto y nombrar al profesor Dr. Soca para dirigir la clínica susodicha con el carácter indicado". Firman Vásquez Acevedo y el veterano secretario Azarola. Soca va a tener la clínica soñada. Pero antes de verlo transformado en el motor de ese servicio totalmente nuevo, debemos señalar algún detalle sobre su actuación docente en la cátedra de Patología interna, a la que se ha entregado en

cuerpo y alma. Han quedado curiosas pruebas de su dedicación. El 16 de febrero de 1891, Soca formula un pedido al Rectorado. "Señor: Esperando como espero de Europa documentos que me permitan hacer mi curso del presente año con el lucimiento necesario, no me será posible comenzar mis explicaciones dentro de algunos días. Pido, pues, a V.S. si quiere concederme una licencia de siete días a contar de esta fecha, al cabo de la cual comenzaré mi curso de Patología". Repárese la fecha: 16 de febrero. El Rector la concede. Y el 21 de marzo de 1891 vuelve a pedir siete días de licencia "que me son necesarios para consagrarlos a tareas públicas de otro orden e incompatibles con la cátedra". Vásquez Acevedo igualmente la concede: a Soca le parece un pecado faltar a dos o tres clases sin licencia. Pero todavía ha de dar, en estos esfuerzos cada vez más severos para perfeccionar su enseñanza, otro rasgo de laboriosidad: presenta, casi al fin del año escolar, el 16 de octubre de 1891, otra solicitud que no es necesario comentar: "Señor: El incremento extraordinario que han tomado ciertos capítulos de la patología interna en estos últimos años han hecho que la división en dos cursos adoptada por los reglamentos universitarios para la enseñanza de esta materia no está, acaso, conforme con el estado actual de la ciencia y, sobre todo, no consulta los límites infranqueables de una síntesis didáctica más allá de la cual todo sería oscuridad o insuficiencia. En verdad puede decirse que si es posible al alumno apoderarse en dos años de la patología médica por la lectura de manuales o volúmenes más o menos suficientes, no lo es para el profesor el desenvolver la

masa enorme de hechos que hoy abraza la patología interna en dos cursos de ocho meses cada uno. En ningún país en que haya profesores de una instrucción médica amplia sucede semejante cosa y la explicación completa de la patología comprende un período que no baja de 4 a 6 años o más. Puede citarse como ejemplo la Facultad de París. Pero para el curso que me ha tocado explicar este año la dificultad sube de punto. El curso que estoy dando en este momento comprende, con otros capítulos muy considerables. las enfermedades infecciosas y las de la nutrición. enfermedades en las que, como se sabe. se han hecho extraordinarios progresos en estos últimos años. y las cuales podrían. ellas solas, llenar sin ninguna dificultad el curso entero. Es por esas razones que no me será posible terminar mi curso para la época fijada por los reglamentos y pido a V. S quiera acordarme la prórroga prevista por el artículo .. del reglamento. Esta prórroga no creo que haya necesidad absoluta de repetirla en todos los cursos, pero entiendo, por la experiencia adquirida en la cátedra, que me será más fácil ordenar los cursos en los años sucesivos, de tal modo que sólo sean objeto de un estudio amplio, verdaderamente profesoral, algunos de los puntos del programa, mientras que otros menos importantes o más conocidos ocupen en mis lecciones un sitio oscuro y secundario. Esperando que quiera usted acordarme lo que es, por otro lado, una necesidad inevitable, lo saludo con la expresión de mi más distinguida consideración y aprecio. Francisco Soca". [35] "Se concede, el 16 de noviembre. la prórroga

35 Archivo de la Universidad. Tomo VI Copiador 1892-1894

por un mes del curso de Patología Médica en mérito a los motivos aducidos por el señor catedrático de la asignatura", comunica a la Facultad el infatigable Rector.[36] El doctor Vásquez Acevedo, tan alerta siempre a todo lo que pasa en la Universidad, ha de haberse maravillado de este profesor que atiende su cátedra con un fervor tan distinto del que movía a aquellos profesores de la propia Facultad de Medicina, que él mismo había señalado en el año 1884. Hay además, en la magra documentación que ha logrado reunir el archivo en formación de la Facultad de Medicina, una serie de solicitudes, resueltas todas favorablemente, presentadas por Soca al Consejo Universitario por una cuestión secundaria que no justifica la concesión de mucho espacio, pero a la que hay que referirse porque continúa mostrando, en forma terminante, su ciego amor por la enseñanza, que se superpone a cualquier otro interés y que no claudicará jamás. En solicitudes curiosas para quien no conozca la causa verdadera, que no se menciona, de que *no* se le pague el sueldo que, por retiro del Dr. Crispo Brandis, titular de la otra cátedra de Patología Interna, se le empieza a entregar: su cátedra, en propiedad, se recordará, es desempeñada "gratuita y desinteresadamente". Soca presenta renuncia ante el Consejo cuando se le empieza a verter el sueldo de la cátedra rentada vacante y pide ser designado de nuevo con carácter honorario. El trámite administrativo acumula algunos papeles que arriban a esa conclusión, y más adelante, cuando es presupuestada su nueva cátedra —porque el Consejo que dirige el Rector no espera, para crear los puestos,

36 Archivo de la Facultad de Medicina. Montevideo. Carpeta Nº 66.

que se consume el enfadoso trámite legislativo, sino que crea el cargo, lo llena y espera que las Cámaras lo incorporen un día al presupuesto universitario— se verá entonces, otro pedido de Soca de que el sueldo que le corresponde se utilice en rentar un puesto de bedel y otro empleo subalterno. Soca no quiere en ninguna forma, aparecer recibiendo recompensa material por sus "importantes servicios" docentes. Vásquez Acevedo y el Consejo aceptan. Esto tiene una explicación muy clara, aunque no se alude, naturalmente a ella, en la profusa serie de documentos. Soca, el infatigable, como si no le alcanzara con la atención de su clientela que crece todos los días y como si no le bastara con la enseñanza entendida y atendida, en la realidad diaria, con la intensidad que pensó consagrarle en la ambiciosa espera de su ensueño, ha resuelto complicar su vida con otra actividad totalmente dispar. Se reproduce el cuadro de París, cuando embarcado en la lucha por la especialidad de niños y por la conquista audaz del título, intentó afrontar la lucha por el internato de los hospitales. Las horas del día se estiran para él inverosímilmente. Soca es colorado, como sus amigos Batlle y Ordóñez, López Lomba, Antonio María Rodríguez. Y resuelve entrar en la actividad política, presentándose como candidato a la diputación por Durazno. La Constitución de la República es la única que ha regido el país desde el 18 de julio de 1830. Y en su artículo 25, al especificar los impedimentos para ser electo legislador establece, entre otras causas, que no pueden ser electos representantes, "los empleados civiles o militares dependientes del Poder Ejecutivo, por servicio a sueldo, a excepción de retirados o jubilados".

XIV

El 7 de febrero de 1891 se había incorporado a la Cámara de Representantes. Inició su carrera legislativa, que habría de transcurrir durante veinte años paralela a la del médico. En su oportunidad haremos la puntualización que corresponda a Soca legislador. Como era natural, no fueron los temas de carácter político sino los relacionados con la medicina y su estudio, los que atrajeron su atención. En marzo de 1891 se discutió en la Cámara de Representantes el petitorio de un grupo de estudiantes de Medicina, que había solicitado del Cuerpo Legislativo que se les exonerara del examen general y de la tesis a que quedarían obligados por las disposiciones vigentes. Invocaron para ello la ley de 12 de julio de 1890, que exoneró de rendir esos exámenes a los estudiantes que, libre o reglamentariamente, terminaran sus estudios en el período de julio de aquel año.

Soca abogó decididamente por la abolición del examen general, por considerarlo "absolutamente inútil", y por la supresión de la tesis porque no existían en el medio los recursos para que pudieran realizarse estudios con el menor rasgo de actualidad u originalidad. "Yo no sé cómo se hace un ingeniero ni un abogado. — dijo — pero sé cómo se hace un médico. La instrucción de un médico, de un verdadero médico, es la resultante compleja de todas las enseñanzas que ha recibido, de todos los hechos que han pasado delante de sus ojos en los largos años que ha concurrido a los Hospitales o a la escuela. En realidad — agregó — no aprendemos nada en los libros, nada en los hechos, nada debemos tampoco a la palabra de los maestros; pero todo, todo, a esas tres fuentes del saber, reunidas,

iluminándose recíprocamente. ¡Ay de los que sólo se atienen a los hechos! ¡Ay de los que sólo escuchan la palabra de los maestros! ¡Ay de los que se entregan sin medida a la ciencia fácil de los libros!". Fue ésta su primera lección parlamentaria sobre la formación del Médico.

El 27 de junio de 1891 sostuvo con el Dr. Carlos Berro un extenso dialogado que por su desordenado desarrollo no revistió los caracteres de debate parlamentario, al discutirse el proyecto de ley sobre los derechos de importación de los alcoholes extranjeros. Soca había proyectado decir un discurso sobre el tema, sobre los alcoholes de granos, en especial. El Dr. Berro se anticipó a desarrollar aspectos del proyecto en estudio. "El ha convenido — expresó Soca — en que el origen de los alcoholes no significa absolutamente nada para su pureza y valor higiénico. Todo depende de la preparación simplemente, etc. El alcohol de granos — agregó — puede ser tan perfecto como el del vino, con tal de que se tomen los productos medios. En cuanto a que una policía severa podría perfectamente hacer que no se pusieran en venta los alcoholes cuando tuviesen productos de cabeza y cola, nada más fácil basta encargar a los laboratorios químicos de estas tareas. Y no me parece que, a lo menos, si se procede con cierta escrupulosidad, en ningún caso podrían escapar a la Ley los que procediesen de mala fe"

Al tratarse de las impurezas que conservaba el alcohol de granos, Soca sostuvo que ellas podían ser separadas del alcohol etílico para lograr la pureza de éste: que no era una tarea difícil como afirmaba el Dr Berro; "es muy fácil, aseveró, con los aparatos modernos que se poseen, con la mayor facilidad se separan". Mediante esos procedimientos y la ac-

ción de una policía severa se podría evitar el expendio del alcohol de granos, el alcohol de cabeza y el de cola. "Es una cosa evidentísima — dijo — que el alcohol, sea cualquiera su origen, con tal que sea bueno, se puede poner al igual de los alcoholes de vino... (no se le oye)... Pero la cuestión no es ésa; porque la uva no da los alcoholes superiores, da los aldehídos, que son precisamente los alcoholes de granos, pero que se separan por medio de los aparatos modernos". Insistió luego con otras consideraciones sobre el tema. "Yo sostengo, — manifestó — que la caña es la bebida más abominable que se conoce. creo que los negros del Africa solamente pueden tomarla... (Hilaridad en la Cámara y aplausos en la barra) .. Y bien: examinemos cómo se produce la caña. Es un producto de primera destilación. Ese sólo hecho basta para demostrar a la Cámara, que no debe servir. ¿Por qué?... porque están todos los éteres, están los aldehídos, están los distintos alcoholes... (no se le oye)... Por consiguiente, ese solo elemento ya nos conduciría a creer que es malísima; los negros la toman por ese tufo especial que tiene, y al que están acostumbrados por su naturaleza, pero la química lo prueba. Tome el señor Diputado un tubo y examine los aldehídos y los éteres esenciales... Se ha demostrado de una manera acabada, por Laborde, que el tufo que despide la caña, es un veneno; se ha demostrado que los aldehídos con uno de ellos, y que los alcoholes amílicos también admiten esas sustancias".

Adujo el Dr. Berro, a quien Soca en su vehemente alegato científico no concedía interrupciones, cómo era posible que la Oficina de Análisis permitiera la entrada de estos productos sometidos a su examen. Berro insistió en la existencia de análisis, cuyas con-

clusiones no coincidían con los practicados por José Arechavaleta, en los que respaldaba Soca su opinión. Señaló el Dr. Berro que "hay cañas de La Habana buenas y malas, como lo hay en todo". Soca fue tajante en su posición.

"Entonces será por una gran casualidad, que todas las muestras que ha examinado el señor Arechavaleta, son malas... Pero estoy de acuerdo con el razonamiento, porque privado un producto de las flegmas, de los aldehídos. y demás materias fermentadas, no sirve para nada. Mientras tanto, el razonamiento fisiológico, la experiencia y la química, demuestran, que ese producto, conteniendo todas esas materias, es malo, malísimo. Yo veo en el Manicomio la cantidad enorme de atacados de delirium tremens que hay allí; consecuencia de la caña; lo sé directamente...".

Después de un precipitado dialogado con el Dr. Berro, que los taquígrafos no pudieron registrar, Soca prosiguió: "Como decía, pues, lo fundamental es esto· «la prueba que quieren ponernos, no tiene ningún fundamento: se afirma, sin razón ninguna, ninguna razón química ni terapéutica, ni razones de otro orden, que la caña es un veneno horroroso!».. Y al afirmar esto, el señor Diputado dice: ¡porque sí; porque el pueblo lo dice!... Pero perdone el señor Diputado: eso no lo dicen los hombres de ciencia. No se puede reaccionar de esta manera sin tener la prueba patente. Es preciso aducir hechos: yo jamás me atrevo a afirmar nada sin tener cómo demostrarlo". "Se dice que la caña es... (no se le oye) .. Está bien: vox populi, vox Dei; pero no siempre, indudablemente

Por consiguiente, el argumento más grande que tengo que hacer al señor Diputado, es· que no tiene razón para decir que la caña es inofensiva".

El dialogado prosiguió: "No nos hallamos en una Academia de Medicina, dijo el Dr. Berro, no puedo estar trayendo una infinidad de datos que harían interminable este debate". En resumen, expresó Soca después de exponer otras consideraciones sobre el carácter tóxico de la caña: "hay muchas razones serias, científicas, para probar que la caña es una bebida malísima, y no hay ninguna razón seria para demostrar que es buena".

"Yo preguntaría: ¿el gin y la horrible ginebra, que son bebidas naturales, son por eso buenas?... Al contrario: ésas son venenos; sabe el señor Diputado que son una de las causas formidables del alcoholismo... (no se le oye)... Es solamente de ochenta años atrás, que se notan esos efectos del alcoholismo. Los viejos observadores, los grandes hombres de los siglos anteriores, jamás nos han hablado de semejante cosa: es después de la aparición de las bebidas naturales, como la ginebra, como el gin, como la caña, que han venido a notarse los efectos formidables y desastrosos del alcoholismo".

"He dicho por ahora, señor Presidente, y vuelvo a repetir, que con más datos volveré a abordar esta cuestión en oportunidad, en toda plenitud".

El tercer tema vinculado con la medicina y con los problemas de la salud, al que prestó especial atención en el período inicial de su actividad legislativa, fue el de la vacuna obligatoria, que ingresó en el ambiente parlamentario con motivo del proyecto sobre la materia, presentado por el Dr. Abel J. Pérez. El Dr. Francisco Soca fue el miembro informante. Produjo un extenso y luminoso estudio, considerado hasta el presente como un modelo, en su género, en nuestros anales parlamentarios.

XV

Hemos incluido en el texto y la hemos dejado abandonada la resolución del Consejo Universitario designando, el 22 de octubre de 1892, al Dr. Francisco Soca, profesor de la Clínica de Niños, que en el mismo acto fue creada. Ahora puede desarrollarse el tema de la Clínica de Niños, que ha de obligarnos a incluir documentación que revoluciona la opinión equivocada que hasta hoy reina sobre Soca, profesor de Clínica de Niños. Debe empezarse por la nota de aceptación, que el Dr. Gorlero Bacigalupi ha publicado en su nutrida información sobre la clínica infantil. Soca se dirige al Rector con una larga comunicación que hemos de trasladar íntegramente, a pesar de su longitud. Se nos está perfilando con una nueva faz, que la actuación política y parlamentaria ha de poner en máximo relieve. No lo conocíamos orador, y esta nota de aceptación es como un discurso abogando por una causa que le parece imprescindible. Vale la pena dedicarle unos minutos. Se asiste al prodigio de verlo desenvolver una idea, cómo la toma, la encara, la explava, la analiza, la diseca y cuando ya parece exhausta, descubre un flanco inexplotado y destila un razonamiento nuevo, sutil, avanzado siempre, no elevándose en el sitio a puro palabrerío o cargoseando el argumento, porque va a sacar de debajo del manto, como un prestidigitador, otra idea palpitante. La nota de aceptación muestra que esto no es un elogio retórico: "He tenido el honor de recibir la nota en la cual se sirve comunicarme mi nombramiento de profesor de la Clínica de Niños. La distinción de que se me hace objeto es demasiado grande y representa el cum-

plimiento de una aspiración demasiado tenaz de mi vida científica para que yo rechace este nuevo favor de la Facultad en la que he dado mis primeros pasos en la medicina. Pero es el caso, señor Rector, que tratándose de una asignatura esencialmente práctica, el honor que se me hace es puramente nominal hasta tanto la Facultad no ponga en mis manos los medios de hacer verdadera y fecunda la clínica, hasta que no se ponga a mi disposición una sala, un gabinete de consulta, un asilo cualquiera en que pueda mostrarse el niño enfermo a nuestros jóvenes alumnos. La Facultad, es cierto, no posee asilos, hospitales o gabinetes de consulta pero puede y debe pedirlos a la administración de la Asistencia Pública, como se hace en todos los países civilizados del globo. Lo que procede, pues, señor Rector, es que V. S. si quiere llevar a la práctica el fecundo pensamiento de dotar a nuestra Facultad de Medicina de una clínica infantil solicite oficialmente los medios prácticos de realizarla del señor Ministro de Fomento, quien gestionará su obtención de la Comisión Nacional de Caridad por los medios que crea convenientes. Una vez obtenida la sala correspondiente, yo no tendría ningún inconveniente y, al contrario, me sentiría muy satisfecho y honrado poniéndome al frente de la enseñanza de la pediatría en nuestra Facultad de Medicina. Acaso, preguntaría el señor Rector, y no sin cierta apariencia de razón, cómo podría hacerse una clínica infantil en un país en que no hay hospitales de niños. Debo ocurrir a esta dificultad explicando la manera como yo concibo que la Asistencia podría prestarnos su valioso concurso para la instalación de una muy preciosa Clínica de Niños. Hay tres fuentes

a las cuales podría recurrirse para este objeto. Tiene la Comisión de Caridad a su cargo el Asilo de Expósitos, una consulta externa en el Hospital de Caridad, a la cual concurren muchos niños pobres y, en fin, una pequeña sala destinada a niños en el mismo hospital. En un país en el que las corporaciones públicas se dieran cabal cuenta de su estrecha solidaridad y la inevitable economía de sus fines, podría pedirse al Asilo de Expósitos, el que daría sin ninguna duda los materiales de una enseñanza fecunda en clínica infantil, podría pedirse, y se obtendría sin dilación, porque en todo país serio la Dirección de la Asistencia Pública tiene especial empeño en abrir ampliamente las puertas de los hospitales a la Facultad de Medicina, no sólo porque va en ello un gran interés público sino porque esos cuerpos facultativos no pueden sino ganar con la asimilación del elemento siempre distinguido y siempre especialmente competente de las corporaciones médicas consagradas a la enseñanza. Pero dadas las tenaces resistencias que nuestra Comisión de Caridad opone a la Facultad de Medicina cada vez que se le ha solicitado salas para su enseñanza práctica, yo pienso que pedir al Asilo de Expósitos sería ir con toda seguridad al encuentro de una negativa o a un conflicto que debemos evitar en el interés de la Asistencia Pública como de la Facultad de Medicina. En efecto, la Comisión de Caridad podría encastillarse detrás de sentimientos indudablemente generosos y de prácticas justicieras, detrás de los derechos adquiridos del actual director del Asilo, Dr. Castro. Es evidente que éstas son razones bien mediocres cuando están de por medio los más vitales intereses públicos: es cierto que todo clama

por la división del trabajo en un asilo para el cual no basta de ningún modo un solo médico: es cierto que, sin comprometer para nada la situación del doctor Castro, se podría dar a la Facultad, al menos, la enfermería, pero además de que todo esto supone por parte de la Comisión de Caridad una buena voluntad decidida en favor de nuestra escuela de medicina no tenemos tampoco una necesidad absoluta del Asilo de Expósitos, y con la pequeña salita de niños y la consulta externa del Hospital de Caridad tendremos cuanto nos hace falta para la instalación de una excelente clínica de niños. Así, pues, lo que yo creo necesario solicitar del señor Ministro de Fomento es que se le dé a la Facultad de Medicina la pequeña sala indicada del Hospital de Caridad y se encargue exclusivamente la consulta externa del mismo y en cuanto se refiere al niño, al profesor de Clínica de la Facultad de Medicina. La Comisión de Caridad y Beneficencia no podría de ningún modo negar estos dos servicios a la Facultad de Medicina, porque no podría invocar en su favor ni la sombra de un motivo verdaderamente respetable. En efecto, ni con eso se perjudican los intereses de la Asistencia Pública ni se lesionan los derechos adquiridos de nadie. La salita de niños está dirigida por el doctor Castro, pero este señor, en quien la Comisión de Caridad ha creído deber concentrar la tercera parte de los servicios del Hospital, no recibe nada por ese servicio, como no recibe nada por la sala de oftalmología y por la sala de pudientes, todas las cuales regentea. En cuanto a la Comisión de Caridad en nada puede perjudicarse por la innovación solicitada, pues los gastos que le ocasione la sala de niños no

serían mayores ni menores con el profesor de clínica que con el actual jefe de servicio. Por el contrario, sacaría del cambio una ventaja positiva; por competente que sea el Dr. Castro no puede desempeñar de una manera impecable los innumerables servicios de que está encargado. Si pues, el principio de la división del trabajo no deja de ser aquí verdadero, no puede ganarse más con el cambio si la Comisión Nacional de Caridad, como lo creo sinceramente, identifica sus intereses con los de los desventurados que van a pedirle asilo y alivio a sus males. En cuanto a la consulta externa tampoco puede haber inconveniente serio para nadie en que sea desempeñada por el profesor de clínica de la Facultad de Medicina. En efecto, los dispendios por remedios serán los mismos que actualmente, ni más ni menos; es verdad que una clínica especial podría concitar el aumento de los concurrentes a la consulta externa, pero esto sólo probaría que hay un número mayor de desventurados a quienes socorrer, descubrirlos y protegerlos. No podrá ser sino un placer para personas tan humanitarias como los señores de la Comisión de Caridad. En cuanto a los médicos que hacen actualmente la consulta del hospital, es seguramente con placer que abandonarán semejante servicio, teniendo ya sobrada ocupación con los adultos, sin contar con que, siendo médicos de entrada y de sala, tienen sueldo por el empleo principal y nada perciben por la consulta externa. No hay aquí, pues, ni la menor duda de que puedan desconocerse los derechos adquiridos de nadie. Por lo demás, si no hay ningún inconveniente en que la Facultad se ocupe de la consulta de niños, habrá probablemente algunas ventajas sobre la espe-

cialización y el cuidado que son imprescindibles en toda enseñanza clínica. ¿Qué razones, pues, podrá invocar la Comisión de Caridad para negar a la Facultad los medios modestos que solicita para establecer la enseñanza práctica de la medicina infantil? Ninguno, sin duda, pero la Comisión de Caridad ha opuesto a los más legítimos llamados de la Facultad, obstáculos tales, negativas tan tenaces, que por mi parte he llegado a pensar, aun antes de saberlo, que esa oposición respondía a principios más o menos justos pero vivamente arraigados en la mente de la mayoría de los que constituyen la Comisión de Caridad. Decía la Comisión Nacional en una carta célebre para los que seguimos desde hace quince años la triste y sorda lucha que sostienen el Hospital de Caridad y la Facultad de Medicina: "Las distintas Comisiones de Caridad y Beneficencia que se han sucedido y que por falta de un hospital clínico han prestado sin retribución sus servicios y algunas de sus salas del Hospital de Caridad para que en ellas practiquen los estudiantes la medicina, bien lejos estaban de creer que de esa concesión temporal hecha con sacrificio de la caridad y mientras no se establezca el hospital clínico para la enseñanza, porque un hospital de caridad, por muchas razones que se alcanzaran no puede servir de escuela, pudiera pretenderse deducir un derecho"... La idea nuestra, la idea que palpita en todas las líneas de este párrafo singular es ésta: que la caridad pierde una parte importante de su valor moral cuando se hace servir al enfermo y a la enfermedad a los fines de la ciencia. De todos modos, hay en esas líneas varios errores. En primer lugar, ese lenguaje no es propio

de una institución pública, puesta en frente a otra institución pública. Si la Comisión Nacional de Caridad y Beneficencia fuera una comisión privada, todo estaría bien y sus miembros entenderían la caridad como quisieran. Pero la Comisión de Caridad ejerce una función pública por delegación del Poder Ejecutivo, es simplemente un conjunto especial de empleados nacionales y nada más. Es el poder público, es el Estado quien da los recursos y el que debe dar también la inspiración primera y determinar las condiciones de las obras de beneficencia que han de llevarse a cabo. Es el Estado el que ha de decidir si las salas del hospital han de servir o no a la enseñanza de la medicina o a otros fines, más o menos utilitarios. Dicen, es verdad, algunos miembros de la Comisión de Caridad: "Los dineros que administramos no pertenecen al Estado, proceden de la caridad pública y, en todo caso, se trata de rentas propias que nos dan una independencia completa con respecto al Gobierno". Lo que no quiero discutir yo es todas estas afirmaciones desde el punto de vista legal; es evidente que, bajo este concepto, la dependencia absoluta de la Comisión de Caridad en relación al Estado es completamente indisputable. ¿Cuál es la fuente principal, única, puede decirse, de los recursos que distribuye la Comisión Nacional? La lotería, sin duda alguna; pero las loterías son en todas partes privilegios exclusivos de los gobiernos; ellos solos pueden utilizarlas y no se sabe de ningún particular que las haya explotado sin expresa autorización y la intervención activa y vigilada del poder público. Así, pues, el hospital y hospicios de caridad, viven, como las demás oficinas del Estado, de las rentas públicas y la

caridad que en ellas se dispensa es caridad pública y es asistencia del Estado a los menesterosos. Resulta, pues, que por ningún concepto, de ningún modo, los establecimientos de asistencia son establecimientos particulares: son establecimientos públicos como las escuelas y universidades, ni más ni menos. Y tratándose de una institución de caridad del Estado ¿quién sino el Estado tiene el derecho de determinar la forma, y la extensión de la caridad que en él ha de dispensarse? ¿Quién sino el Estado debe resolver si la caridad ha de ser absolutamente desinteresada o si ha de exigirse retribución en alguna forma a los favorecidos? ¿Cómo, pues, la Comisión de Caridad puede discutir si una parte de los servicios del hospital debe o no ser atribuida a la Facultad de Medicina? Dicen los señores de la Comisión de Caridad que ésta pierde su elevación y toda su sinceridad si comienza por exigir de los desventurados enfermos un servicio cualquiera, por insignificante que él sea. A primera vista la idea parece justa. Pero a poco que se analice no tarda en comprobarse el error que entraña: el criterio religioso aplicado a una cuestión pública es, sin contestación posible, singularmente estrecho. Y sin embargo, aun desde ese punto de vista, de la más generosa, de la más ideal de las morales religiosas, de la moral cristiana, la idea de la Comisión Nacional es inexacta. En efecto, la caridad cristiana, en el orden de las ideas de que me ocupo en este momento es la que tiende a realizar el sumo bien del enfermo, es decir, devolverle la salud de la manera más rápida, más segura, más exenta de sufrimientos. Y bien, ¿se oponen a esto los exámenes discretamente exigidos por un profesor que

venes alumnos pueden abordar la práctica con esperanzas de suceso sin haber examinado jamás un niño enfermo? ¿No es verdaderamente cruel poner la vida de los niños, es decir, las esperanzas del porvenir en manos de jóvenes inexpertos que poco pueden hacer por sus enfermos? ¿Se ignora acaso que la clínica es una ciencia eminentemente práctica? Una Facultad de Medicina sin clínica de niños es sencillamente imposible. Y después de esto ¿la Facultad podrá seguir funcionando sin clínica de niños? Y después de esto ¿habrá hombres verdaderamente caritativos que se entretengan en poner obstáculos a las justísimas reclamaciones de la Facultad cuando pide un modesto local en que dar a sus alumnos la instrucción práctica que es indispensable, vital, si se quiere aspirar al honor de autorizar el ejercicio delicado de la medicina infantil? Y después de esto ¿los poderes públicos pueden vacilar un solo minuto en dotar a la Facultad de Medicina de un local para la clínica de niños? Confiando en que esto no sucederá y que el señor ministro de Fomento pondrá toda su buena voluntad y toda su influencia en favor de una causa tan noble, saludo al señor Rector con mi consideración más distinguida. Francisco Soca". [37]

Si no se ha leído apresuradamente este alegato, ha de confesarse que sorprende por su construcción. No es la forma sola la que llama la atención. Es la marcha ascencional de la argumentación. No hay floreos. Comienza como un asunto simple, discutiendo las circunstancias, las necesidades y las posibilidades.

37 Extractado de la *Historia de la Medicina Infantil en el Uruguay* por el Dr. Ruben Gorlero Bacigalupi Montevideo, 1966

mostrando los elementos que se pueden ir salvando sin lesión de los intereses de nadie; se demuestran las ventajas del personal que sería llamado a actuar; la parcialidad de la Comisión, que no es la dueña sino la administradora de las rentas que el Estado le cede... Los anillos se van cerrando, ya está agotado el tema. Pero no es así. Soca desenvuelve el gran argumento final: el niño, la necesidad de su asistencia y de su cuidado. Ahora sí no hay por qué discutir más. Pero Soca demuestra que para asistir al niño hacen falta médicos preparados, que la Facultad es quien los forma y clama por los servicios infantiles de que carece en absoluto. ¿El alegato está terminado? Falta el golpe de maza. Ahora es el sociólogo el que interviene, el que evidencia que el país está despoblado, que la mortalidad infantil alcanza cifras alarmantes, todo dicho en un movimiento oratorio que sube como una marea. Quien niegue que de este alegato nace la clínica de niños y quien es su creador, no ha querido reparar en la fuerza arrolladora de esta nota que parecería que hay que leer de pie y en alta voz.

XVI

El efecto de la nota de Soca se puede comprobar y seguir en la serie de documentos administrativos que la Dirección del Museo Histórico Nacional, cada vez más empeñada en la conservación de documentaciones dispersas referentes a la cultura nacional, nos ha permitido conocer. Son los testimonios sobre la creación de la cátedra. En octubre 22 de 1892, el Rector Vásquez Acevedo eleva al Ministerio de Fomento la nota que ya conocemos, que consagra la

creación de la clínica y la designación de Soca como titular. En enero 4 de 1893, el presidente, que es Julio Herrera y Obes y el ministro Capurro aprueban el nombramiento. Y en abril 19 de 1893, la Universidad "eleva a V. E. una comunicación del Sr. Catedrático de la Clínica de Niños, Dr. D. Francisco Soca, relativa a la misma, a su planteamiento y debida organización, opinando la Universidad que son dignas de tenerse en cuenta las indicaciones formuladas por el Dr. Soca". La resolución del ministro Juan A. Capurro, inmediata, dice: Pase "al Ministerio de Gobierno para que se sirva recabar informe de la Comisión Nacional de Caridad y Beneficencia". Tarda en llegar la respuesta, pero el 25 de febrero de 1894, vuelve al Ministerio de Gobierno informada por la Comisión de Caridad, que manifiesta que esa Comisión "no tiene inconveniente en ceder a la Facultad de Medicina las salas de niños del Hospital y la policlínica infantil, y debiendo el Profesor que se designe someterse a los reglamentos que dicte esa Comisión". Inmediatamente, Julio Herrera y Obes y su ministro de Fomento, resuelven "téngase por resolución el precedente informe y hágase saber". [38] Como coronación, Soca, nombrado catedrático interino en octubre de 1892, es "catedrático titular del aula de Clínica de Niños" como reza la resolución de marzo 6 de 1894 que establece que "habiendo cesado en su cargo de diputado, por expiración del término legal" el Dr. Soca, "solicita de V. E. ordene se le liquide a dicho Sr. el sueldo correspondiente a la segunda quincena de febrero, por no habérsele incluido en el presu-

38 Museo Histórico Nacional. Montevideo Colección de Manuscritos Tomo 2022

puesto respectivo. Hace notar a V. E. que si bien no funciona actualmente la Clínica de Niños. el Dr. Soca ha desempeñado y desempeña todavía la clase de Patología Interna". Naturalmente, la resolución ministerial es favorable.[39]

Soca no tarda en hacer constar que no le es posible asumir la dirección de la Clínica de Niños y desempeñar sus funciones de catedrático de Patología Interna. El Rector Pablo De María, en abril 25 de 1894, en nota al Ministro, propone, en nombre del Consejo de Enseñanza Secundaria y Superior, la designación interina del doctor Jacinto de León para la cátedra de Patología Interna. El presidente Idiarte Borda y su Ministro de Fomento Juan José Castro aprueban la resolución. Pero el problema se resuelve realmente a raíz de la nota que el Rector De María eleva dos meses después, en junio 22 de 1894: "Señor Ministro: Nombrado por V. E. el doctor D Francisco Soca catedrático en propiedad del aula de Patología Interna a solicitud del Consejo de Enseñanza Secundaria y Superior, para desempeñar el cargo de catedrático de la Clínica de Niños, ha manifestado el mencionado facultativo el deseo de permutar la dirección de la primera asignatura por la de la segunda, hacia la cual ha sentido siempre una verdadera vocación: en conocimiento el Consejo de los sentimientos del doctor Soca, teniendo en cuenta, por otra parte, su vasta preparación para la enseñanza de la clínica a la que aspira a consagrarse y penetrado de que no existe ninguna disposición legal o reglamentaria que se oponga al cambio apetecido por el profesor

39 Museo Histórico Nacional. Montevideo Colección de Manuscritos. Tomo 2022.

nombrado, sanciona en sesión celebrada el 16 del corriente la resolución que tengo el honor de transcribir a V. E. a los efectos consignados en su última parte: Dada la correlación que existe entre la Patología Interna y la Clínica de Niños, y teniendo en cuenta las ventajas que reportará a la enseñanza, atentas las notorias aptitudes del candidato, el Consejo cree que puede permutarse la propiedad de la segunda de las dos cátedras referidas por la primera que tiene el Dr. Francisco Soca y en tal virtud resuelve que se solicite del Poder Ejecutivo el nombramiento en propiedad del Dr Soca para catedrático de Clínica de Niños, quedando vacante la regencia de la cátedra de Patología Interna". Firma el Rector Pablo De María. El Presidente Idiarte Borda y el ministro J. J. Castro la aprueban tres días después. Soca culmina su carrera al lograr el doble deseo de ser profesor y de ser profesor de clínica y, en su tesón, ha conquistado el servicio correspondiente. No es superfluo evocar, hojeando estas páginas hacia atrás, las múltiples manifestaciones de su ambición; sus cartas reiteran su vocación por la clínica infantil. Hasta en las cartas al Presidente Santos figura como motivo obligado. En julio de 1885 comunica que "todo este año y 1886 será ocupado por la sucesión implacable de mis exámenes y, una vez doctor, volveré a los estudios de mi especialidad". En mayo de 1886 escribe: "Pasado mi último examen me encerraré en el Hospital de Niños y allí permaneceré no sé cuánto tiempo, tal vez dos años, haciendo mi especialidad y trabajando mi tesis (trabajo de aliento)". La tesis es la de tema infantil proyectada. El 4 de diciembre de 1887 dice: "No tardé en apercibirme que

para poseer *en maître* la clínica de niños me hacían falta varias cosas, entre ellas, la indispensable habilidad en la exploración física del enfermo (auscultación y percusión). Para llenar este desiderátum abandoné los niños y pasé un año entero al lado del maestro de auscultación por excelencia, Mr. Potain. El resultado ha sido éste (hablo en familia) y puedo decir la verdad sin falsa modestia: la auscultación tiene para mí pocos secretos". En la carta de las primeras semanas de París, en 1884, expresa: "Me he decidido. De un lado el mundo, del otro el hospital y mi gabinete de trabajo". Y hablando de sus enfermos, los llama "esas pobres flores humanas que se doblan heridas por la muerte antes de haber abierto su seno a la luz del sol de la vida". "Los niños son el porvenir y detenerlos al borde de la tumba es valorar la esperanza". "He concentrado todas mis fuerzas en una especialidad, enfermedades de los niños". En la carta al General Santos, de 15 de diciembre de 1884: "Me consagro, como tuve ocasión de manifestárselo en Montevideo, al estudio del niño enfermo y procuro dar a mi instrucción el doble carácter práctico y científico, que es una imperiosa necesidad para [el ejercicio] de toda enseñanza seria". En carta del 15 de marzo de 1885 "... haré uno de mis trabajos sobre la mortalidad de niños en el Plata... Mi trabajo final lo preparo hace ya largo tiempo, tendrá nuevas vistas originales, versará sobre el calor febril en el niño". En otra carta del 1º de marzo de 1885: "En adelante si quiero responder dignamente a las esperanzas del Gobierno, sólo estoy seguro de llegar a ser un consumado médico de niños..." En la expresiva carta del 4 de diciembre

de 1887, afirma, al final: "Dentro de tres o cuatro meses", repárese que esta afirmación es para 1888, "volveré a ocuparme de niños, no con el objeto de consagrarme a ellos de una manera exclusiva y como especialidad, sino para complementar mi instrucción sobre la clínica interna, porque Vd. como lo ha comprendido es ésta la parte de la medicina a que me consagraré por completo. Sin embargo, ¿quién sabe? Si los niños vuelven a tomarme por su cuenta no estov seguro de no ir a fondo en ese estudio". En una carta, a la que no puede ponerse fecha, con hojas muy desperdigadas, dice: "Quiero triunfar, quiero llegar, quiero reivindicarme, y para conseguirlo he renunciado a todo. Mi ambición es bien modesta: no aspiro a deslumbrar a nadie, quiero sólo saber realmente la patología y clínica infantil". En otra carta sin fecha, de principios de 1885, época en que está escribiendo su primer trabajo trimestral sobre pleuresía purulenta, afirma: "He comenzado a estudiar una cuestión práctica en el hospital que me dará creo, ocasión para un trabajo largo y original sobre niños, que aparecerá dentro de uno y medio o dos años. Podría hacerlo antes, pero tengo aversión a publicaciones prematuras" No deje de valorarse la importancia de esta frase final. En otra carta igualmente sin fecha: "Por el momento pues no estudio otra cosa que Patología y Clínica, especialmente infantiles. Por la mañana paso tres horas en el hospital, una hora en el hospital Necker y dos horas en Enfants-Malades" (recordar que son contiguos). "En el primero estudio solamente auscultación y percusión según Mr. Potain". "Hasta ahora he seguido el servicio de Julio Simon, un clínico práctico distinguido con quien he llegado a unirme

por un verdadero afecto. En adelante seguiré el servicio de la clínica mucho más variado y bien provisto que el de hospital, si bien *le chef* no tiene la autoridad y la experiencia de Jules Simon..." De la total preferencia que Soca tuvo por Jules Simon sobre Grancher, que era el profesor, ha quedado el recuerdo de la forma en que Simon lo recibió cuando, antes del regreso a Montevideo, fue a entregarle la tesis sobre la enfermedad de Friedreich. Morquio, ocho o nueve años después, siguió, en la especialidad, el camino trazado por Soca. Siempre hojeando cartas, en una de diciembre de 1885, aproximadamente, le dice a su amigo: "por los exámenes, salvo la práctica, mi especialidad será momentáneamente abandonada. Una vez doctor, yo volveré a emprender el estudio de los niños, que continuaré aun durante dos años, tras los cuales mi preparación será completa". En otra carta escrita a mediados de 1885, después de rendir su tercer examen, puntualiza, para evidenciar su vocación por la pediatría: "Después de todo mi fin no es ser doctor de París sino médico de niños y a eso sí le consagraré toda mi actividad y hasta el último cartucho, como Ud. dice". Y ya finalizada la carrera, el 19 de julio de 1887 "la tarea de *devenir* médico en toda la extensión de la palabra, tarea fácil por otra parte con las sólidas bases que poseo. Creo que llegaré a ser muy fuerte en niños, clínica interna".

XVII

Esta fatigante serie de citas de textos de Soca en relación con la clínica infantil, en las que más de una es simple repetición de páginas anteriores, tiene que

ofrecer alguna justificación porque no puede creerse que es una mera distracción del autor. Es el prólogo documental para tratar un problema que surge de la puesta en marcha de la clínica de niños. Según lo que se sabe hasta la fecha, la actuación que le cupo a Soca es igual a cero. Nadie habla de ella y cuando su nombre figura en la evocación de los comienzos de la cátedra, en la copiosa bibliografía que le concierne, es para consignar una actividad fugaz, prácticamente inexistente. Probablemente el primer causante de este nulo reconocimiento de un profesorado de niños que se diría ilusorio es el propio Soca, el "vanidoso" Soca. No ha dejado una constancia de su iniciación ni una alusión a su desempeño al frente de la cátedra durante nada menos que cinco años —1894-1899—, con ese desdén por la publicidad y por la figuración, que es su característica. Es necesario investigar la causa de este desconocimiento o comprobar la razón de este aparente o real abandono de la clínica que, esperanzadamente, se le ha confiado. Apenas inaugurada la clínica, en cuya creación ha tenido parte dominante en forma tan categórica, regresa Luis Morquio que, recibido de médico en Montevideo, en abril de 1892, ha permanecido menos de dos años en París perfeccionándose en clínica de niños, principalmente, como Soca, en el servicio de Jules Simon, preferido por los dos al catedrático titular, que es Grancher. Morquio es designado de inmediato jefe de clínica de Soca. Nótese bien, jefe de clínica, no jefe de la clínica, que es Soca. El jefe de clínica es el ayudante del jefe de la cátedra, que es el profesor. Morquio, en años futuros va a desenvolver, dentro de la especialidad, una labor que supera todas las espe-

ranzas, desde 1900 en adelante. Ha sido tan notable, que no hay una opinión discorde ni reticente. Lo conocimos como alumnos directos del servicio y si algo puede mostrar nuestra admiración es la afirmación que hemos hecho en una conferencia pronunciada hace diez años en la Sociedad de Pediatría.[40] Aludiendo a un discurso nuestro en la celebración de los cuarenta años de fundación del Sindicato Médico del Uruguay, afirmamos que "Morquio es el mejor profesor que ha tenido la Facultad". Dedicado a Clínica Médica desde el primer día, el que esto escribe ha tenido como maestro absoluto a Soca, pero eso no impide inclinarse ante la eficacia de la enseñanza maravillosamente organizada que Morquio, en el esplendor de sus 48 años, nos dispensó. Y esta cita no se hace por vanidad, sino porque el autor quiere alejar toda sospecha de parcialidad en la exposición de este asunto del profesorado de enfermedades de los niños, sobre el que gravita un error persistentemente repetido, que pide, si es posible, rectificación.

---

40 Héctor H. Muiños, *Morquio de frente y de perfil*. Conferencia pronunciada en el "Instituto de Pediatría", el 24 de setiembre de 1960 (*Archivos de Pediatría del Uruguay*, Tomo XXXI, pág. 577. Montevideo, 1960.) Scremini, en el discurso pronunciado en representación de la Universidad y de la Facultad de Medicina, en ocasión de la inauguración del monumento a Morquio, en enero de 1933, expresó: "Yo formé parte del primer grupo de alumnos (1891) que en nuestra escuela cursaron la especialidad pediátrica, tengo un recuerdo imborrable del entusiasmo con que el Profesor y su Jefe de Clínica cumplieron sus deberes docentes" (*Homenaje Nacional a la Memoria del Dr. Morquio*. Montevideo, 1933.) En otro discurso del Decano Scremini en homenaje a Soca, manifestó: "Fui uno de sus discípulos en Clínica Infantil. A él se debe la creación. Yo pertenecí al primer grupo de alumnos que en nuestra Facultad cursaron Clínica Infantil. No fue solamente Clínica Infantil lo que aprendimos, se nos enseñó clínica en el más elevado sentido de la palabra" (Museo Histórico Nacional. Montevideo. Colección de Manuscritos. Tomo 1964.)

Hay que señalar algo evidente, que es la supresión de Soca de la historia de la pediatría en el Uruguay. Nadie, en nuestra Facultad, ha tenido la fortuna de que la posteridad se ocupe con igual tesón como el que ha despertado la gran figura de Morquio. Nadie ha empezado por escribir la historia de la cátedra que desempeña como Morquio lo ha hecho y nadie ha motivado tantos trabajos que han iluminado los menores detalles de su actuación. Hay largos estudios, múltiples. Entre todos, un par de cuidadosos investigadores han condensado en sendas Historias de la clínica de niños en el Uruguay y en biografías nutridas de Morquio, el fruto de minuciosas búsquedas. Miguel A. Jaureguy y Rubén Gorlero Bacigalupi han condensado todos los datos imaginables para resaltar la ascensión del maestro. Hemos de ver a qué queda reducida la actuación de Soca en clínica de niños en estudios tan prolijos. Pero, a tout seigneur tout honneur, hay que comenzar por ver lo que Morquio dice del Profesor titular de la Clínica de Niños a la que se incorpora al empezar los cursos de 1894, apenas llegado de París, en la Revista Médica del Uruguay. [41] No omitimos una palabra desde el comienzo. "Si se analiza el movimiento de nuestros últimos años se verá que nada ha beneficiado tanto de los progresos y de los adelantos científicos como el estudio y la asistencia de las enfermedades de los niños. No podíamos nosotros detenernos; hemos marchado en este movimiento en la medida de nuestras fuerzas y de nuestros medios, pugnando por mejorar cada vez más, a

41 Luis Morquio, *La Clínica Infantil de la Facultad de Medicina. Revista Médica del Uruguay*. Año XIII. Años 1908-1909, Montevideo, 3 de marzo de 1910.

fin de responder a la exigencia de una materia que, como ninguna otra, interesa a la humanidad y a la ciencia por sus proyecciones clínicas y profilácticas. Nos hicimos cargo de la dirección de esta clínica el 15 de mayo de 1899. Durante casi 10 años hemos actuado en un ambiente deficiente como material y como recursos; no obstante hemos conseguido hacer sentir nuestra existencia dentro y fuera del país". Soca no existe en el recuerdo y los años de jefatura de clínica a su lado, que serían cinco según lo que se sabe hasta hoy, tampoco son evocados como comienzo de su tesonera tarea enseñante. Es un hecho raro. El Dr. Víctor Escardó Anaya, demasiado conocido y estimado por su amplia actuación en los medios pediátricos nacionales e internacionales, escribió el prólogo del libro de homenaje a Morquio en sus 25 años de profesorado. La biografía que le dedicó, escrita en 1921 que, con algunas páginas agregadas, volvió a publicar a la muerte del maestro, del que había sido ejemplar colaborador en los Archivos de Pediatría del Uruguay de julio de 1935, se limita a citar la designación de Morquio como jefe de Clínica de Niños en la cátedra recién inaugurada y añade que, en 1899, Morquio asume la cátedra. Soca, en pediatría, no existe para un hombre tan ecuánime y tan informado como el Dr. Escardó Anaya.

La exaltación de la obra de Morquio, la carencia total de información respecto a la actuación de Soca en pediatría, la distracción al no dar el verdadero valor a su gestión esencial en la creación de la clínica y su habilitación hospitalaria explican el reiterado silencio —en verdad desconocimiento— del papel de Soca en su clínica, auguralmente asumida en junio de

1894. No es así sorprendente que un alto y noble espíritu como el Dr. Miguel A. Jaureguy, en publicaciones sucesivas, haya mencionado el nombre de Soca a la pasada, únicamente. En su *Historia de la Medicina Infantil en el Uruguay en el Siglo XIX* señala, al mencionar la incorporación, en 1892, de la Clínica de Niños al plan de estudios, "la notable exposición de Soca pidiendo los medios prácticos para ejercer la enseñanza". "Soca se impuso y se hizo clínica infantil en el Hospital de Caridad". [42] Jaureguy ha descubierto, y lo valoriza, el formidable alegato y, sin embargo, como no ha hallado más datos, en otra de las múltiples publicaciones con que iluminó muchos puntos de nuestros comienzos médicos, en la *Reseña Histórica de la Medicina Infantil en el Uruguay en el siglo pasado, Epoca pre-Morquiana, 1825-1899,* cuando menciona los médicos de niños, después de referirse a los españoles que actuaron desde principios del siglo XIX, cita a los Dres. Luis Morquio y José R. Amargós. "Soca, designado catedrático en 1892 asume realmente la clínica en 1894 y la conserva hasta 1899". Nada más. La falta de información es patente.

Más modernamente, otro estudioso de la evolución de la pediatría en nuestro medio ha tratado con mayor extensión y documentación abundante los mismos asuntos esquemáticamente abordados por los autores precedentes. El Dr. Rubén Gorlero Bacigalupi, en su Biografía de Morquio, laureada, y publicada en 1967, nutrida y minuciosa, dedica a Soca comentarios que figuran igualmente en su importante *Historia de la*

42 *Anales de la Facultad de Medicina* Tomo XXIV pág 923 Montevideo, 1939

Medicina Infantil en el Uruguay, 1965, y en su *Historia de la cátedra de clínica pediátrica en Montevideo*, 1965. En este último trabajo [43] afirma, al tratar la entrada de Morquio al servicio de Soca: "Desde el primer momento el joven jefe de clínica hizo sentir el peso de su entusiasmo y de su preparación en la marcha de la enseñanza y de la asistencia. En efecto, éstas siguieron el impulso y el ritmo impuestos por Morquio, el cual, al año siguiente, iba a tener su primera consagración universitaria al ser designado, luego del concurso respectivo, profesor titular de Patología Interna, cargo que desempeñó hasta 1900". Y páginas adelante, al describir la llegada de Morquio a la posesión de la Clínica de Niños, consigna: "Sus condiciones de clínico eminente y su especial preparación en las enfermedades de la infancia de las que ya había dado pruebas terminantes en los seis años en que, prácticamente, la cátedra había estado en sus manos, presagiaba sin lugar a dudas su destino luminoso". Conceptos confirmados textualmente en la extensa *Biografía de Morquio* publicada en el *Boletín Panamericano del Niño:* al mencionar la designación de Soca para la cátedra, recalca que "este nombramiento, recaído en el Dr. Soca, no hacía más que confirmar lo que hemos expresado acerca de los conceptos propios de la época sobre la forma en que debía encararse la asistencia y la enseñanza de las enfermedades de los niños. En efecto, El recién nacido y el lactante se consideraban dentro de la órbita de influencia del especialista obstétrico y de ahí que la elemental preparación que podía adquirirse de la pa-

---

43 *Archivos de Pediatría del Uruguay*. Año XXVI Montevideo, pág. 13.

tología de este período de la vida se efectuase en las clínicas destinadas a las mujeres y partos. Cuando el niño crecía se le consideraba desde el punto de vista de sus afecciones como un pequeño adulto y es quizás esa manera de encarar las cosas la que debió haber impulsado a las autoridades de nuestra casa de estudios al nombrar al Dr. Soca, cuyas condiciones de clínico eminente eran ya reconocidas en ese tiempo, para que dictara los cursos de medicina infantil". El Dr. Gorlero, al señalar la entrada de Morquio inmediata a la instalación de la clínica de niños en calidad de jefe de clínica, agrega: "a este respecto y como dato muy poco divulgado y de enorme valor en la historia de la medicina infantil en nuestro país, es digno de reproducirse un breve artículo periodístico publicado en *La Razón* del día 5 de abril de 1891, en el que, al mismo tiempo que se anuncia el regreso de Morquio a nuestra ciudad, se daba por descontado que la actuación del profesor Soca al frente de la cátedra de Niños iba a ser muy fugaz. Decía el mencionado comentario: "Próximamente se inaugurará en el hospital de caridad una clínica de niños que será confiada por el momento al Dr. Soca, pero que en efectividad dirigirá después el compatriota Luis Morquio, a quien nos complacemos en saludar a su regreso del viejo mundo". El autor del suelto, escrito en abril de 1894, resuelve nombrar inmediatamente, profesor de clínica de niños a un médico recibido en marzo de 1892 que, ha de confesar, como lo recuerda el Dr. Gorlero Bacigalupi en la página 32 de su Biografía, que "Durante mis estudios médicos no había tenido ocasión de ver un solo niño enfermo ni nada sabía de particular a ese respecto,

fuera de las enseñanzas generales". Evidentemente, el autor del artículo era un optimista. Surge de todo esto una conclusión unánime· entre los trabajos que, comenzando por el autobiográfico, han sido consagrados religiosamente a Morquio, Soca emerge como un vago fantasma que pasó ignorando la clínica que se le había conferido o, peor, abandonándola por completo a su jefe de clínica, que era un modesto novicio. Antes de conocer todo lo que hemos aprendido al responder al pedido de redactar un prólogo para la obra que reunirá una selección de escritos del Dr. Francisco Soca, nos habíamos preguntado qué habría pasado para justificar la displicencia con que Soca habría cumplido sus tareas profesionales en clínica infantil, —nosotros, que lo veíamos deslumbrante en clínica médica—, y por qué la había retenido tantos años —cinco—, aún después de ser electo profesor de la clínica máxima. La fortuna que puso en nuestras manos los datos desconocidos de su formación médica y todo lo que fue apareciendo en una búsqueda febril acrecentaron aun nuestras interrogaciones secretas.

Ha de confesarse que Morquio tuvo suerte, bien ganada, en la serie de colaboradores, alumnos y admiradores que hurgaron en el abundante semillero de su actuación, que él fue el primero en documentar, confirmándolo con la inapreciable fundación de los *Archivos de Pediatría del Uruguay*. No hay, en cambio, hasta la fecha, una biografía organizada de Soca. Discursos y conferencias con el estudiado desorden que la imaginación del autor ha querido imprimirles, hay algunas docenas (nosotros somos culpables por lo menos de tres o cuatro). La única biografía con algunos datos serios es la del Dr. Solís

Otero y Roca, muy limitada en sus fuentes, sobre todo familiares, y que luego se diluye en los juicios elogiosos que todos hemos articulado sin darles sino raramente la solidez y la arquitectura de cosas probadas y fríamente expuestas. Todos hemos hecho panegíricos: algunos, como los del Dr. José María Delgado, brillantes. Con lo que ahora sabemos de los años de formación de Soca, de sus estudios en París, de su intensa dedicación a la clínica de niños, todo eso que por primera vez se devela, hemos recapacitado en el afán de aclarar este lunar en la carrera profesoral de Soca, que aparece fracasando en su primer avance hacia la clínica soñada. Ya conocíamos, de largos años atrás, los cuatro trabajos trimestrales enviados desde París en cumplimiento del decreto del ministro Cuestas, tres con temas de clínica infantil y el cuarto —el del ruido de galope— vinculado a los temas cardiológicos abordados. Nadie se ha ocupado de ellos; de cuando en cuando aparece, trasmitida como un eco, una vaga alusión al primer trabajo, de enero de 1885, sobre pleuresía purulenta en el niño. Ahora, las preguntas nos atragantan en un verdadero tropel. Los admiradores de Morquio no tenían por qué escarbar, para dibujar la figura de Don Luis, en la vida de Soca. Los admiradores de Soca, que somos todos también, porque aquí no se trata de rivalidades ni mucho menos, teníamos la obligación de iluminar la figura del maestro que ofrecía otras fases más accesibles que esa oscura actuación en clínica de niños, allá en el preámbulo de su carrera docente. ¿Cómo pensar, ahora, que Soca pudo renunciar al ejercicio de la clínica infantil, conservándola sólo a título honorífico, según aparece en las referencias que

no carecen de aparente lógica? Soca, que sueña desde que se recibe en 1883 con el profesorado en la Facultad y, dentro del profesorado, adonde lo empuja tumultuosamente su vocación, con el de clínica, porque para él la medicina sin clínica es una cosa de tercer orden; Soca, que tiene una inclinación a la medicina de niños torrentosamente probada en su correspondencia, no diluida en vagas afirmaciones oratorias; Soca, que tiene una capacidad de trabajo que le ha permitido consumar los mayores alardes, a veces disparatados, de capacidad y de energía, culminados triunfalmente; Soca, poseedor de una voluntad para la que la palabra obstáculo no tiene casi sentido; Soca, en fin, que tiene una mentalidad para juzgar, la cual la palabra talento no alcanza... Ese Soca, juvenil que está en el comienzo de su espléndida madurez, que ahora sabemos que no lo encaramos así por simple entusiasmo lírico sino con pruebas cantantes en la mano, ¿se concibe que el día que reemplaza por una clínica virgen la cátedra de patología interna que le hemos visto abrazar con fervor inusual, va a entregarse a tareas legislativas, va a desperdiciar el servicio de niños que ha arrancado a martillazos a la Comisión de Caridad y lo va a confiar desdeñosamente a un muchacho que hace dos años salió de la Facultad con su título flamante y fue a perfeccionarse en las clínicas francesas durante algo más de año y medio? Se ha pensado que su cargo simultáneo de diputado lo haya desviado de las exigencias de su clínica: baste saber que durante sus veintiséis años de ejercicio de la clínica médica, que no tienen equivalente en la historia de la Facultad, Soca fue diputado, senador y miembro del Consejo N. de

Administración de la República, instalado en 1919: jamás faltó a la clínica y jamás delegó la enseñanza, habiendo tenido, como ha de verse, colaboradores de alta categoría.

XVIII

El turbión de preguntas que uno se formula para explicar el inmenso equívoco que ha cubierto durante setenta años la figura de Soca como fundador de la pediatría nacional suscita una serie de respuestas coincidentes, que convergen en atribuir el desconocimiento, al escepticismo incurable, impregnado de desdén, que le impidió preocuparse de informar sobre la marcha y la evolución de una clínica que lo ponía a la vanguardia de la incipiente pediatría nacional. Esto, se dirá, no pasa de hipótesis y no prueba que Soca desempeñó útilmente su tarea esencial de profesor de clínica de niños. Eso podía decirse hasta ahora, aunque los argumentos se acumulen, pero ya puede afirmarse que el hombre que llena lo que Jaureguy llamó la época pre-morquiana —antes de 1900— fue Soca, que desempeñó la clínica durante el quinquenio 1894-1899. Soca la desempeñó en efectivo, no la decoró con su nombre. Es hora de concluir esta demostración, fatigante para el lector. La conclusión del tremendo intríngulis es que Soca fue el fundador de la clínica de niños de la Facultad de Medicina de Montevideo y la desempeñó en persona hasta que se vio en la necesidad de renunciarla. La actuación de Morquio como jefe de clínica infantil no pasó de escasos meses. He aquí la prueba: "Montevideo, marzo 1º, 1895. Señor Rector de la Universidad Mayor de la República, Dr. Don Pablo De María. Señor Rector:

Por las razones expuestas en mi nota de 5 de febrero y considerando que cualquiera que sea la solución que se le dé al conflicto que el Dr. Soca ha provocado en la Clínica de Niños, la coexistencia de este Señor con el que suscribe es absolutamente imposible, vengo a pedir al Sr. Rector se sirva aceptar mi renuncia del puesto de Jefe de dicha clínica. Tengo el honor de saludar al señor Rector atentamente, a quien Dios guarde muchos años. *Luis Morquio*". Dadas las razones en que se fundaba esta renuncia, el Consejo de Enseñanza Secundaria y Superior resolvió, el 1º de marzo de 1895: 1º Pedir al Poder Ejecutivo que se sirva aceptarla. 2º Agradecer al señor Dr. Morquio los buenos y desinteresados servicios prestados a la Universidad como Jefe de Clínica de Niños. [44] La clínica había sido inaugurada en junio de 1894. Lo que sorprendía era que Soca y Morquio se hubieran entendido. Tenían caracteres comunes: amor a la enseñanza, pasión por la clínica, voluntad acerada, capacidad infinita de trabajo, entusiasmo por la especialidad, posesión de sí mismos, carácter inflamable, brusquedad, seguridad de sus actos, orgullo, ambición, ruda sinceridad. Respecto a Soca, el mal genio ha sido señalado por él mismo quien, en su franqueza indominable, ha aludido a sus crisis de mal humor, a sus rudezas, incluso, a su "salvajismo". Obra en nuestro poder una prueba entre mil: es un cuaderno de apuntes de clase de uno de sus alumnos de Patología de 1892, que resume las lecciones de marzo y abril de ese año. Temas muy variados sobre enfermedades cardiovasculares y bronquiales. Hay, en la página 35

44 Museo Histórico Nacional Montevideo. Colección de Manuscritos. Tomo 2023.

del cuaderno, una nota curiosa al pie de la clase del 19 de marzo: las lecciones del 22 y 24 de marzo no recogidas por enfermedad. "El 26 faltó el profesor. El 29 nos insultó" El autor de los apuntes tuvo el rasgo de obsequiárnoslos en 1938: "No tienen, probablemente, más que un valor sentimental" y firma Augusto Turenne, uno de los profesores de clínica obstétrica que dejó el recuerdo de un maestro de gran fuste, que llegó al decanato en 1908 y mostró una inteligencia y una actividad realzadas por una de las culturas más extensas y más intensas que médico alguno haya podido poseer.

La Universidad, felizmente, supo aprovechar los servicios de los dos grandes violentos. Se ve que el joven Morquio tiene altas influencias. Se le dan gracias efusivas por seis meses de actuación y a poco se le dará, tras una prueba de suficiencia, la cátedra que Soca ha dejado de Patología Interna.

Todo este dilatado análisis se ha hecho en perjuicio de la armonía de esta biografía, pero era necesario por dos razones. primero, porque sin lesionar en lo más mínimo la personalidad estelar de Morquio coloca en su sitio, ignorado, al creador de la clínica de Niños en el Uruguay y, segundo, la nota insólita de un abandono y delegación de la clínica que nunca existió Soca, mucho menos disciplinado que Morquio en el trabajo, no ha dejado huellas materiales de sus largos cursos de medicina infantil. Un par de trabajos redactados durante su actuación al frente de la cátedra los publica, con su indiferencia por la publicidad criolla, en París, en revistas que nadie recibe aquí y que, por ende, todo el mundo desconoce. *La albuminuria en la fiebre ganglionar*, en

la revista que dirigía el ilustre Comby; *Laringitis estridulosa con tiraje continuo,* en los Archivos de enfermedades de los niños, [45] con toques originales que él mismo señala veinte años después.

Soca se ha constituido ya en lo que debía ser, una figura de excepcional gravitación en la enseñanza de la medicina. Así se comprende que, apenas dos años después de la inauguración de su primera cátedra de clínica, una nueva elección lo lleva a la categoría máxima, que es la Clínica Médica, que conservará, porque no hay nada más alto, hasta su muerte. El 15 de febrero de 1896, el Rector, que es otra vez el irremplazable doctor Vásquez Acevedo, se dirige en nombre del Consejo Universitario al Ministro de Fomento del gobierno de Idiarte Borda, que es el Ing. Juan José Castro: "Habiendo conseguido la Universidad, por intermedio del Gobierno, que el Hospital de Caridad ponga a disposición de la Facultad de Medicina dos nuevas salas para las clínicas médica y quirúrgica, el Consejo de Enseñanza Secundaria y Superior que presido, en sesión celebrada el 14 del corriente, ha creado dos puestos de catedráticos para las clínicas mencionadas como lo hizo en otra época con las Clínicas Médica y Quirúrgica que regentean, respectivamente, los doctores don Pedro Visca y don José Pugnalini. En su virtud, el Consejo ha nombrado al Dr. Don Francisco Soca catedrático de la nueva Clínica Médica y al Dr. Don Alfonso Lamas catedrático de la nueva Clínica Quirúrgica,

---

45 F Soca, *L'albuminurie dans la fièvre ganglionnaire. Revue de Médecine enfantile, Dr. Comby,* 1894, *Laryngite striduleuse avec tirage continu. Archives des Maladies des enfants,* pág 13 Año 1898

ambos en calidad de interinos, siendo entendido que el Dr. Lamas percibirá el sueldo que actualmente goza como catedrático de Patología Externa, mientras no sean creadas por el H. Cuerpo Legislativo e incluidas en el Presupuesto General de Gastos las clínicas últimamente constituidas. Esperando que V. E. se servirá aprobar los nombramientos de la referencia, me es grato, etc. Alfredo Vásquez Acevedo, E. Azarola". El 27 de febrero de 1896 Idiarte Borda y Juan José Castro firman el "Aprobado y comuníquese". [46] El 14 de marzo de 1896 la Universidad, con la firma de Vásquez Acevedo, comunica a Soca que: "El Consejo de Enseñanza Secundaria y Superior que presido, en sesión de ayer, tomando en consideración las observaciones contenidas en su nota de fecha 5 del corriente, ha resuelto confiar a usted la dirección interina de la cátedra de Clínica Médica hasta nueva resolución, sin perjuicio de que continúe usted al frente de la Clínica de Niños". [47]

La nota de Soca del 5 de marzo de 1896 es la de aceptación condicional de la nueva cátedra, llena de exigencias, que no toman de sorpresa al Rector que, por encima de todo, mira el interés de la Universidad, de la que no se le escapa un detalle y a cuyo progreso dedica una actividad que no tiene parangón posible.

La nota dice: "Señor Rector de la Universidad, Dr. Alfredo Vásquez Acevedo: He recibido la nota de V. S. en la cual se digna comunicarme mi nom-

46 Museo Histórico Nacional Montevideo. Colección de Manuscritos. Tomo 2023.

47 Archivo de la Universidad. Montevideo Copiador de notas correspondiente a los años 1896-1897. Tomo 9

bramiento de profesor interino de Clínica Médica. Agradezco, señor Rector, y acepto calurosamente el nuevo honor de que me hace objeto el H. Consejo Universitario, pidiendo al señor Rector quiera ponerme en posesión de la sala respectiva y hacer nombrar un jefe de clínica, para cuyo puesto propongo al Dr. Martín Gastesi. Con esto quedaría cumplido el fin de esta comunicación si el silencio de la nota de V. S. sobre puntos conexos y muy interesantes no me obligara a entrar en ciertas aclaraciones que creo indispensables. ¿En qué situación me deja mi nueva cátedra como profesor de Clínica de Niños? Al aceptar la Clínica Médica en el carácter de profesor interino no entiendo por mi parte renunciar ni a la propiedad ni al desempeño de la Clínica de Niños. Sobre la propiedad no puede haber y no habrá más que una opinión: la aceptación de una cátedra cualquiera en el carácter de interino no implica el abandono de mi derecho sobre la clínica de niños. Por lo que toca al desempeño de la clínica de niños no me parece ni oportuno ni justo ni conveniente nombrarme un reemplazante hasta que la cátedra de Clínica Médica me haya sido dada de una manera definitiva, figure en el presupuesto general de gastos y haya sido completada en las condiciones que indicaré más abajo. La razón capital es ésta: ya porque la cátedra que se acuerda es interina, ya porque la sala de hospital que se nos ha señalado no sea suficiente para hacer una clínica concienzuda, estoy expuesto a tener que volver un día u otro a la clase que tengo en propiedad. ¿Y qué pasaría entonces si se me hubiera nombrado reemplazante? Que el nuevo profesor aplicaría con justicia sus ideas personales sobre enseñanza, me ha-

bría desorganizado (según mi entender) un servicio que he empleado dos años en poner en orden y dispuesto de tal modo que dé la mayor suma posible de materiales positivos a la clínica. Y tendría que empezar de nuevo la obra lenta y penosa en la que he gastado tantos esfuerzos. Y no añado, señor Rector, que acaso no hallaría en mí, energía ni entusiasmo para acometer de nuevo una empresa de cuya magnitud no se habrían dado cuenta exacta las autoridades universitarias. Además, mi nueva cátedra no tiene sueldo. Es verdad que la Facultad no me paga en la actualidad pero podrá tener que pagarme uno u otro día. Es, al menos, permitido suponerlo. Y en tal caso, ¿cómo compensará la Facultad mis servicios? ¡Quitando a otro profesor el sueldo que él había ganado con su trabajo y al que renunciaría generosamente! Yo sé que eso se hace en la actualidad; respetando profundamente la opinión de los colegas que han aceptado esa situación, declaro que me costaría una gran violencia dejarme vencer en generosidad por ninguno de los profesores de la Escuela. De todos modos, el señor Rector, hombre de leyes y, sobre todo, de verdad y de justicia ¿no siente la anormalidad de una situación semejante? Yo comprendo que se pase por encima de estas pequeñas consideraciones cuando los grandes intereses de la enseñanza lo exigen. Pero no es el caso y lo mostraré en seguida. Entonces ¿por qué no esperar a que la clínica médica esté debidamente presupuestada para proceder a los reemplazos proyectados? Hasta entonces, si el señor Rector cree útil reemplazarme procedería sólo hacerlo por un sustituto natural y previsto, es decir, por mi jefe de clínica, persona en extremo competente y que tiene ya com-

pensación pecuniaria, y que siendo el depositario de mis ideas será el proseguidor de mi enseñanza, estando así seguro de que si me veo obligado a volver a la clínica de niños, encontraré mi servicio en el pie de organización con que lo hubiera abandonado. Pero ¿a qué necesidad premiosa podrá responder mi reemplazo en la clínica de niños, sea temprano, sea definitivo? Sin duda alguna. no hay aquí otra cosa que presunción poco conforme a la realidad en la circunstancia. Se supone, con una cierta apariencia de razón. que un solo profesor no podrá hacer frente a las exigencias de las cátedras. Esto es verdad en general pero es falso para el caso particular en que me hallo colocado. La sala que se ha señalado en el hospital a la nueva clínica médica es positivamente insuficiente para una enseñanza práctica, variada y positivamente fecunda. Se trata. en efecto. de una sala de mujeres que tendrá sobre 25 ó 26 camas. Y las salas de mujeres, por diversos motivos. tienen siempre un movimiento menor que las de hombres. Esa sala. pues, es inferior, del punto de vista del material clínico. a una sala de hombres que tuviera un número inferior de camas. Y bien, una sala de hombres con un número igual de enfermos sería rigurosamente insuficiente para hacer una clínica fecunda, aunque la tarea es más factible. Para demostrarlo no tengo más que recordar lo que pasa en los países que están a la cabeza de la enseñanza médica, y tomo como ejemplo a París. En París, todo profesor de clínica tiene por lo menos dos salas de hospital, una de mujeres y otra de hombres, cada una de las cuales tiene al menos 25 ó 30 camas y a menudo mucho más. Y aun así mismo y teniendo todavía en cuenta una competencia

superior que permite una utilización más completa del material clínico, y aun así faltan a menudo asuntos para las lecciones clínicas y hay tipos mórbidos que no pasan por el servicio en muchos años. ¿Qué será, pues, de nuestra clínica con 25 camas de mujeres y con un profesor que, cualquiera que fuera su buena voluntad y su esfuerzo, no llegará nunca a utilizar esas enfermas en la medida que llegan a hacerlo los grandes maestros franceses? Es casi seguro que la pequeña sala que se nos ha acordado no representa más de medio servicio ordinario de clínica, y aun teniendo en cuenta que se trata de mujeres representa acaso menos, muchos menos. Y lo que es más grave, es que aunque la sala tuviera cincuenta camas, todavía el servicio correría riesgo de ser insuficiente y sería con seguridad atrabancado y monótono. Es que toda clínica completa debe necesariamente comprender dos salas, una de hombres y otra de mujeres, no siendo las enfermedades a menudo las mismas y teniendo siempre una fisonomía clínica distinta en los dos sexos, razón ésta absolutamente fundamental. Por donde quiera, pues, que se mire la cuestión, la sala San José no representa más de medio servicio ordinario de clínica médica. No cabe, pues, duda, de que al profesor le faltarán a menudo asuntos para sus lecciones y certísimo que sólo un pequeño número de tipos mórbidos de los más comunes pasarían en un año por el servicio. En cuanto a la clínica de niños puede decirse que no representa más de un tercio o un cuarto de lo que se llama servicio clínico. En efecto, la pequeña salita que tenemos en el hospital no tiene más que unos cuantos tuberculosos que se perpetúan en ella y aun cuando quisiera hacerse lujo

de crueldad echándolos a la calle, esa mala acción sería difícilmente provechosa porque el número de camas es muy reducido, y aunque por el momento las madres resisten vivamente a abandonar sus hijos en el hospital aunque los llevan con facilidad a la policlínica. En cuanto a la policlínica, no siendo ella, como sucede en Europa, la antesala del hospital, no puede ser debidamente utilizada y las enfermedades agudas, que son la materia activa de la clínica, están desterradas de nuestra enseñanza. Vienen, es cierto, las madres a presentar sus hijos, pero razones de humanidad nos obligan a aconsejarles que se procuren asistencia domiciliaria, la asistencia en la policlínica, siendo fatal en las enfermedades agudas. De suerte, que estas enfeŋmedades, las más comunes, las más importantes, pasan como meteoros delante del alumno, que no puede seguirlas en su evolución y asistir a sus múltiples terminaciones, cosas estas dos últimas que son la verdadera esencia y el fondo inalterable de la clínica. ¿Qué les queda, pues? Unas cuantas afecciones crónicas que se agotân pronto y no bastan de ningún modo a sostener durante el año la actividad de un profesor capacitado sin recurrir a frecuentes repeticiones: en otros términos, les queda para su instrucción un cuarto de servicio médico ordinario. Ahora bien ¿es necesario dividir semejante tarea entre dos personas? Pero ¡si no basta siquiera para llenar la actividad de una sola bien preparada, sólidamente competente, que no tenga necesidad de hojear bibliotecas para arrancar su secreto a la primera pulmonía banal que se presenta en su servicio!

Si algún día la clínica médica se completa con una sala de hombres, igual por lo menos a la sala San Je-

sé; si por otro lado llegara a construirse un hospital de niños de manera que, ayudando la educación creciente del pueblo, se pudiera tener un servicio interno de agudos, entonces y sólo entonces habrá llegado la hora de dividir una clase para la que actualmente sobra un profesor. Hasta entonces, lo racional, lo económico, sin perjudicar en nada a la enseñanza, sería mantener un solo profesor para las dos clases. Hacer lo contrario sería empeñarse sin motivo en crear un verdadero lujo de profesores, y algunos perfectamente inútiles. Todo lo que está de acuerdo con la situación económica del país, que exige imperiosamente una severa, una perfecta economía en todos los ramos de la administración pública. Hay más, todavía: acaso sea práctico y útil, no solamente dar a un solo profesor las dos clases de que me ocupo sino comprenderlas en una sola, con lo cual el servicio de niños representaría la sala de hombres que nos falta por el momento. Dono esta idea a la meditación del señor Rector. Otra razón abonaría la fusión de las dos clínicas de que me vengo ocupando. Algunos de los más distinguidos miembros del Consejo tienen y no sin razón, la idea de limitar el estudio de las especialidades, de las cuales se suprimiría el examen y no se exigiría al alumno sino tres meses de asistencia al año. Si esto se realiza, y se realizará porque es bueno y lógico, ¿a qué quedará reducida la actual clínica de niños? A poco menos de nada. No obstante, aunque esta idea se realizara, debe siempre dividirse en dos la clínica médica y la de niños, el día que el servicio de clínica médica sea completo y el servicio de niños haya llegado a la altura en que merece estar

colocado. Pero sea cualquiera la acogida que estas proyecciones sobre el porvenir hallen en el seno del Consejo, yo vuelvo a mi punto de partida y es esto lo único que personalmente me interesa. Yo pido al Consejo que no me nombre reemplazante en la Clínica de Niños o que nombre sólo a mi jefe de clínica hasta el momento en que se me haya dado y yo haya aceptado de una manera definitiva la clínica médica. Entonces, si el Consejo persiste en la idea de mantener separadas las dos clínicas podrá hacerlo sin ningún género de inconvenientes y sin que yo, por mi parte, oponga la menor dificultad. Deseo, pues, que no se toque mi clínica de niños hasta que yo la haya abandonado sin idea ni probabilidades de retorno: es ésta la menor compensación que puedan esperar del Consejo los esfuerzos desinteresados que he hecho durante seis años para levantar la enseñanza y mantener el gusto de la ciencia en nuestra Facultad de Medicina. Francisco Soca." "Marzo 13 de 1896. Consejo de Enseñanza Secundaria y Superior. Estése a lo resuelto en esta fecha. Vásquez Acevedo, Azarola." [48]

Tienen siempre las notas de Soca, algo que desborda lo común. Esta, escrita con menos cuidado que lo habitual, aunque con la misma sabia graduación en los argumentos que brotan, espontáneos y convincentes, debate un asunto estrictamente personal que le dicta páginas imperiosas y páginas egoístas junto a consideraciones completamente justicieras. Las puntualizaciones que formula respecto a la miseria del servicio de niños tal vez explican el desenvolvimiento

48 Archivo de la Facultad de Medicina. Montevideo. Carpeta Nº 69.

opaco de la clínica, que está esperando a D. Alejo Rosell y Rius y a Doña Dolores Pereira, los grandes filántropos, para florecer y dar visos de razón al afán de querer conservar las dos clínicas simultáneas, si no supiéramos que el interés personal le sugiere deseos inconvenientes respecto a la independencia de la clínica infantil. Soca sabe demasiado que hay alguien que está roído por la impaciencia de verla vacante y se esmera en demostrar que, por el momento, mientras no madure la plenitud de su flamante clínica médica —que ansía desde París— no es pertinente su alejamiento de la primera clínica, de la que es titular en propiedad. El Consejo acepta su modo de ver y, apenas pasados algunos meses, un nuevo pedido de Soca, ampuloso respecto al carácter de sus puestos docentes, que no desea que caigan bajo la prohibición establecida por el famoso y sabio artículo 25 de la Constitución de la República. Celoso en la afirmación del total desinterés material con que desempeña sus cátedras, se dirige en noviembre de 1896 al "Señor Rector: Hace dos o tres años —expresa— fui nombrado profesor honorario de Clínica de Niños, y desde entonces he desempeñado ese puesto sin recibir jamás sueldo y en la creencia de que no figuraba en el presupuesto. Revisando hoy las respectivas planillas, veo que sucede lo contrario y que está realmente presupuestado hace ya tiempo y si yo no he recibido el sueldo, eso se debe a causas de otro orden y perfectamente legales, por lo demás. De todos modos, el puesto que yo acepté sólo a título honorario se ha convertido en un puesto rentado sin mi aquiescencia y sin mi conocimiento. ¿Es esto legítimo y

no puede nadie obligarme a considerarme como profesor remunerado cuando yo sólo acepté el puesto cómo profesor honorario? Propongo esta cuestión al señor Rector y si como yo, opina que sólo puedo ser considerado como profesor honorario, ruego a V.S. se sirva así declararlo, así como que el sueldo respectivo, que nunca he percibido, no me pertenece y debe dársele cualquier otro destino. Si esa fuera la opinión del señor Rector y del Consejo, le ruego quiera restituirme mi puesto de profesor honorario, haciéndome cesar previamente en el cargo de profesor rentado. Si todavía el señor Rector y el Consejo creyeran esto, que me parece justísimo —improcedente e imposible— ruégoles quieran aceptar mi renuncia indeclinable de ese puesto, es decir, de Profesor de Clínica de Niños. Sin otro motivo, saluda, etc. *Francisco Soca.*" [49]

El Consejo, en sesión del 27 de noviembre de 1896, resuelve: "Declárase que el Dr. Soca ha desempeñado siempre gratuitamente el cargo de Profesor de la Clínica de Niños y que, atento a lo manifestado en esta nota, continuará desempeñándolo en las mismas condiciones, dándose al sueldo que le asigna el presupuesto el mismo destino que, con la aprobación del P. Ejecutivo ha tenido hasta ahora. Vásquez Acevedo, Azarola." Parece pueril esta insistencia de Soca, perdiendo el tiempo en cuestiones de gratuidades o remuneraciones; hay que comprender la idea que palpita detrás, que es el amor a la cátedra y el temor de que un día u otro un Rector o un Ministro hostiles esgriman la incompatibilidad de sus tareas

49 Archivo y carpeta antes citados.

de legislador con las de profesor en propiedad y en ejercicio. Lo fundamental para él es ser catedrático, como siempre.

XIX

La Legislatura en la que Soca fue por primera vez Representante Nacional finalizó en 1893. Nos hemos referido a intervenciones y trabajos parlamentarios, algunos de los cuales integran los Discursos y Escritos Selectos que prologamos. Su espíritu se manifestó sensible a todas las preocupaciones superiores debatidas en el Parlamento. Constante fue su preocupación por el progreso de la cultura nacional. El 6 de febrero de 1893 intervino en un debate para ocuparse del Profesor José Arechavaleta, en cuya obra reconoció positivos valores. Se refirió a hechos y emitió opiniones que constituyen valiosos testimonios sobre la historia de las ideas y su aptitud para exaltar el mérito de la obra científica realizada en nuestro medio.

—"Haciendo una derogación a mis hábitos, de no tomar parte en las discusiones que tratan de cosas que no entiendo, — expresó — generalmente cosas extrañas a la profesión a que me he consagrado, siento aquí la necesidad de decir dos palabras, para que no se cometa una enorme injusticia".

"El señor Arechavaleta ha sido nombrado Director del Museo, porque no había otro hombre que él para eso, porque era absolutamente necesario un hombre científico. Hay que distinguir un puesto especialísimo, un puesto que exige una competencia especialísima, que impone el hombre, que no se encuentra en cualquier parte ...para esos casos es el hombre. Y éste es el caso del señor Arechavaleta. ¿Por qué lo han

elegido?... Porque era el único hombre, porque no hay naturalistas, porque es una profesión un poco platónica, que nadie la sigue, generalmente, sino uno de esos hombres que tengan verdadero amor por la ciencia, como el señor Arechavaleta.

Y bien: se le nombró para el Museo, ¿por qué?... Porque era el hombre necesario; y la prueba de que sería una injusticia rebajarle un solo centésimo, es que dejó el Laboratorio Municipal que le daba 300 ó 400 pesos, precisamente para ir a ocupar ese puesto en el Museo, que le iba a compensar el que abandonaba para servir al país en las ciencias naturales... Pero sobre todo, el hecho es éste: es un puesto esencialmente científico, que exige una consagración completa de toda la vida de un hombre de mucho valer científico, y eso no se paga con 300 pesos. En la ciencia tenemos que tener hombres como Carlos Berg... porque como naturalista, el señor Arechavaleta es tal vez de la misma talla que el señor Berg.

Es todo lo que quería decir".

"*Un Sr. Representante.* — La opinión general no lo juzga así".

"*Sr. Soca.* — Es mi opinión... Yo ahora voy a darle algunos datos.

"Es hombre de gran mérito; es un botánico de primer orden, que ha hecho trabajos notabilísimos, trabajos que han tenido repercusión en Europa. Yo he visto citas de los grandes maestros que tienen entrada en el templo de la verdadera ciencia, no de la ciencia del charlatanismo, sino de la verdadera ciencia, no de la ciencia empírica, sino de la ciencia verdadera, que no la sienten sino los eminentes; es un botánico de primer orden, y en general, un naturalista muy distinguido".

"Pero en fin, tiene grandes méritos para con este país, méritos de toda clase. En primer lugar, en una época en que toda la juventud de nuestro país estaba entregada a una metafísica anticuada, y no tenía el menor gusto por las ciencias naturales, el señor Arechavaleta fue uno de los hombres que estimuló ese estudio, que será la base de nuestra ciencia del porvenir... (no se le oye)... el que echó la primera semilla, y semilla fecunda; y para mí es el más grande mérito que tiene, por el gusto científico, que es uno de los más fecundos en cualquier país, sobre todo en este país nuevo, en que falta ese gusto, en que para sembrar esa semilla se necesita un alma heroica, un heroísmo poderoso para implantar la ciencia en países como éste, esencialmente nuevos, porque se necesita de un alma de cierta altura. Y sobre todo, esas son cosas que no podemos olvidar los orientales, a lo menos los hombres de mi generación, que recordarán con un gran cariño precisamente la época en que vimos nacer nuestros primeros gustos, nuestras aficiones por la ciencia".

"Pero hay mucho más que decir del señor Arechavaleta".

"El señor Ministro de Relaciones Exteriores comete una injusticia atroz (perdone que se lo recuerde), le quita una aureola que pertenece absolutamente al señor Arechavaleta para dársela a otro. No quiero atacar; pero quiero recordar sí, enérgicamente, que al señor Doctor Susviela Guarch no se le debe absolutamente nada en el arreglo sobre el tasajo con el Brasil, absolutamente: la iniciativa es del señor Arechavaleta... Se va a ver a quien se le debe, es al señor Arechavaleta".

"El Gobierno de este país, en vista de que en el Brasil se rechazaba nuestro tasajo, porque decían que era capaz de cultivar el microbio del cólera, mandó allí al Doctor Arechavaleta con el Doctor Carlos M. Ramírez. El señor Arechavaleta abrió entonces conferencias, hizo experiencias muy numerosas con las personas que habían tomado la iniciativa en la Cámara, como el señor Lacerda y demás, y se convencieron completamente de que la carne tasajo era incapaz de cultivar el microbio del cólera; y entonces, cuando ya estaba arreglada la cuestión, completamente arreglada (están los documentos públicos)".

"*Sr. Rodríguez (Don Gregorio).* — Estaban hechos en Berlín, señor Diputado".

"*Sr. Soca.* — No, señor; déjeme concluir".

"*Sr. Rodríguez (Don Gregorio).* — Estaban hechos en el Laboratorio del Doctor Kock; no era una novedad".

"*Sr. Soca.* — Permítame concluir, y verá que no tiene razón ninguna... Una vez que los trabajos estaban hechos... Quiero reivindicar la gloria para la Facultad de Montevideo, no para ningún otro... El señor Arechavaleta, una vez que había ya completado esos estudios, completamente arreglados (ahí está el Doctor Carlos M. Ramírez, ahí están las notas del Ministerio de Relaciones Exteriores), una vez que todo estaba arreglado con los sabios del Brasil, el señor Lacerda y otros Médicos muy distinguidos, entonces llegó un telegrama del Doctor Susviela Guarch en que decía... (no se le oye)... El mérito que tenía, en realidad, era invocar un nombre, porque no ha hecho ninguna clase de experimentos, porque es completamente falso, porque todos sabemos que en aquel templo no entra nadie".

"El señor... (no se le oye)... otro sabio muy distinguido, también invoca el nombre de Kock; pero es inexacto. Pero aunque fuese verdad, es incontestable que todo estaba hecho, todo estaba acabado con los médicos brasileños, justamente los mismos que habían promovido todo ese asunto del cultivo del bacillus por la carne tasajo: estaba todo concluido, todo hecho, cuando llegó el telegrama".

"Yo no niego la buena intención del Doctor Susviela Guarch: ha sido generosa y buena; pero llegó en retardo para disminuir la gloria de la modesta ciencia de Montevideo: porque es a ella a quien le pertenece, y la reclamo para la Facultad en la cual nos hemos formado todos".

"El señor Arechavaleta ha hecho muchas cosas más. Todos conocemos los trabajos cuando el cólera: se creó el Laboratorio Municipal, que contribuyó enormemente a salvarnos tal vez; y todos sabemos también, con el cual cuántos errores y cuántas intoxicaciones se evitarán en lo futuro... Y otros muchos méritos que no quiero anunciar: basta con lo dicho".

"Quiero dejar constatado que el señor Arechavaleta dejó su puesto del Laboratorio para ir a ocupar el del Museo, porque era el hombre indicado. Hay una especie de contrato: no se le pueden, de ninguna manera, quitar a un hombre, porque gana 400 pesos, 200 pesos; y sobre todo, cuando está rentado en 400 pesos, salirle con que sólo se le dan 200, sería faltar a un pacto real que estaba establecido de antemano".

"Yo creo que dadas estas explicaciones, la Cámara no tendrá ningún inconveniente en conservarle el sueldo que le pertenece al señor Arechavaleta, que es completamente justo".

En los comicios de 1893, Soca no fue reelecto legislador. Sus correligionarios amigos del Partido Colorado se hallaban alistados en las filas opuestas al "colectivismo" que seguía las inspiraciones del Presidente Julio Herrera y Obes, sostenedor de la política selectiva en materia electoral, resistida por las tendencias populares. Soca, amigo de Batlle, sin ser un "populista" radical en sus actitudes, se apartó de la tendencia oficial del "colectivismo" que prolongó en el gobierno su sucesor, el Presidente Juan Idiarte Borda.

XX

Llega el año 1897 y al país le toca sufrir el desastre de una severa guerra civil. Aparicio Saravia y Diego Lamas se levantan contra el gobierno, desempeñado entonces con impopularidad notoria por Idiarte Borda. Es una guerra cruenta, agotadora, que gravita terriblemente sobre la campaña entera del país, cruzado por los ejércitos que prolongan su lucha durante más de seis meses y a la que sólo pone fin la trágica muerte del Presidente el 25 de agosto de 1897. Una correspondencia inesperada nos dará leves toques sobre la situación caótica que se desenvuelve, porque reaparece para nosotros el epistolario íntimo Soca-López Lomba. Este grande amigo ha emigrado a Buenos Aires. Ha perdido, quien sabe por qué, su cargo administrativo en Montevideo; era oficial mayor —un puesto equivalente al de Director General actual, con la ventaja de su fijeza en el cargo— en el Ministerio de Justicia, Culto e Instrucción Pública. En años anteriores fue encargado interinamente del despacho correspondiente a la cartera. Pero

lo que es grave es que la posición económica que le toca afrontar en Buenos Aires es angustiosa. Hay más de una docena de cartas de Soca, en papel de recetas, con el sello: Dr. Francisco Soca, Florida 90, en un ángulo. El tema es monocorde. No se trata más que de envíos de dinero, pero dentro de su monotonía aparece alguna referencia al estado del país y a la situación económica del propio Soca, que hace sólo ocho años que se ha instalado en Montevideo. Lo fundamental de estas cartas es comprobar dos cosas difíciles de descubrir en Soca el hermético: la generosidad, la nobleza y la profundidad del agradecimiento al amigo y consejero, ahora en ruda crisis. Y otra cosa interesante: ahora el consejero es Soca. Abreviaremos las citas: el 4 de marzo de 1897 Soca le escribe al "Amigo Don Ramón: He tardado en contestarle porque estaba ocupado en procurarle las cartas pedidas. Le mando varias que van en éste y otros paquetes. Todo lo que a usted le pasó lo había yo previsto. ¡Cuánto más fácil le hubiera sido esperar aquí un poco que el empleo prometido hubiera venido sin falta; todavía puede venir! Pero usted ha hecho un gran barro con haber firmado la famosa invitación al meeting. Y a pesar de eso todavía es posible. Pero esto está tan embrollado, tan prodigiosamente mal, que no se sabe lo que va a venir: es acaso prudente estar lejos de la patria. Estoy a la cuarta pregunta, como le he dicho otras veces, y no me es posible mandarle nada por ahora, pero desde el fin de marzo me quedaré algo desembarazado y trataré de hacerle algún pequeño envío todos los meses hasta que usted se haya procurado medios de vida. Al comenzar esta carta creí que me

iban a llegar en seguida todas las recomendaciones pedidas. No me ha llegado sino la del Dr. Forteza para D. Amancio Alcorta, Ministro creo que de Relaciones Exteriores"... "Por lo que toca a Bachini es para usted un hombre muy importante y tal vez pueda hacerle dar un empleo en *El Diario*. Está ahora aquí y Batlle lo va a ver para hacerle toda clase de recomendaciones." Bachini, es D Antonio Bachini, un periodista ilustre, con gran carrera en Buenos Aires y fundador en Montevideo de dos diarios de calidad, *Diario Nuevo,* durante la guerra civil de 1904 y, posteriormente, el gran *Diario del Plata*, después de culminar su carrera política con la acertada gestión en el Ministerio de Relaciones Exteriores durante la ejemplar presidencia de Williman.

En abril 14, carta con envío de dinero; en junio 21, "pudiendo apenas cumplirlos en los malos, en los horribles tiempos que atravesamos. Sin embargo, no lo dejaré *en la estacada* para seguir hablando en estilo paisano, y en los primeros 15 días del mes que viene o antes tal vez le enviaré todo lo que le hace falta No extrañe el estilo telegráfico de mis cartas: en nuestro país todos llevamos un cansancio, un tedio mortal en el alma, que se aspira en el aire mefítico que respiramos. Yo, personalmente, soy cada vez más sobrio de palabras, aunque trato no serlo tanto de buenas acciones." En julio 4 hace un buen envío de dinero: "no me ha sido posible *rejuntar más* sin gran perjuicio para mi personalidad económica y financiera", "no tardarán en venir otros recursos y alguna parte de ellos le tocará a usted." El 1º de agosto le dice al amigo López Lomba, enviándole otras sumas, "aunque este país está perdido, el que

no tenga algunas economías con que comer, me parece destinado a pasar grandes penurias. Estamos verdaderamente al borde del abismo, por la infamia de los unos, la inhabilidad de los otros y la insensatez de todos." En agosto 17, como se ha demorado en el envío habitual, se excusa, y le escribe: "Estoy como todos en este desgraciado país por eso no le he hecho alguna remesa de fondos en estos días. Se la haré en breve, así al menos lo creo, y digo lo creo porque la costumbre de no pagar se hace crónica en estos pagos y no se está seguro ni de los banqueros." Y, al día siguiente, vuelve a escribir: "Le escribí ayer y hoy recibo su carta. Para que usted comprenda por qué tardo a veces en enviarle fondos lo pondré en conocimiento de algunas circunstancias que usted apreciará. Yo tengo tres fuentes de recursos: 1º mis rentas. 2º mis sueldos del Estado. 3º mi profesión Por lo que toca a mi profesión, en el curso del año recibo muy poca cosa, todos mis clientes pagan a fin de año. El Gobierno no paga a nadie, *ni aun a los padres de la patria*, hace varios meses. Mis rentas son grandes, pero tienen por base *hipotecas sobre campos* y la campaña está en ruinas. Nadie, *absolutamente nadie* paga los intereses. Usted ve, pues, cómo teniendo mucho dinero no puedo sino penosamente pagar mis gastos domésticos. ¿Por qué no pide usted prestado me dirá usted? Muy bien, si tuviera un amigo tan alto e íntimo como usted, lo haría. ¿Pero a los demás? ¿Y bien usted olvida mi altanería montaraz, casi charrúa? ¿Y Gómez, recordará usted? Con Gómez estoy *brouillé* económicamente, *et pour cause*." Y como a López Lomba le han dado esperanzas de ocupa-

ción fuera de la capital porteña, le aconseja: "No se vaya usted de Buenos Aires. Yo le aseguro que recibirá usted todo el tiempo que lo necesite, hasta el fin de su vida si es preciso, cien pesos oro mensuales. Sólo que, en el desarreglo espantoso de las finanzas de este país, no estoy seguro de enviárselos mes a mes. Puede contar invariablemente sobre la misma suma de cien pesos oro mensuales...".

El 29 de setiembre, siempre de 1897, López Lomba recibe esta carta: "Los amigos de aquí, yo, Batlle, Rodríguez, Mendilaharsu, tratamos de hacerlo director de cualquier cosa por aquí, creyendo como creemos que siempre estará en mejores condiciones que en Buenos Aires, pacto hecho, me parece, para los que, como usted, no han venido al mundo con la dosis de egoísmo que es necesaria para triunfar en la lucha de la vida, lucha en la cual es bandera eterna la frase de Hobbes: *Homo, hominis lupus*. Hemos pensado en la Inspección Nacional de Instrucción Pública, de la cual será muy probablemente destituido Chucarro, y tenemos algunas razones para creer que se la conseguiremos. Ahora bien, convendría tal vez que usted le escribiera a Cuestas, ya felicitándolo de una manera vaga por su gestión política y financiera, ya hablándole de su situación." "Pero de la oportunidad y discreción de una carta suya *sólo usted puede ser juez*, usted que sabe qué clase de relaciones tiene con Cuestas, y conoce mejor que nosotros su carácter". Una nueva carta, sin fecha, severa y admonitoria: "Su carta me ha desconsolado, se lo diré con toda franqueza. Demuestra usted en ella que la pobreza —esa sublime maestra, como la llamaba Balzac— no ha aumentado sus aptitudes para

la lucha por la vida. Me explicaré. Dice usted, que tenía preparado en Buenos Aires trabajo que le aseguraría al menos la vida ordinaria para un porvenir próximo. Le sale un empleo allá por el diablo y lo toma usted y abandona enseguida sus proyectos y sus esperanzas... para volver, es verdad, más tarde. Pero ¿cómo puede usted olvidar que el triunfo en las luchas sociales se debe siempre a la *suite* de los esfuerzos producidos y que después de una ausencia cualquiera tendrá usted que volver a empezar más penosamente si cabe? Seis meses, un año más, y puede ser una obra colosal. Sin embargo y, a pesar de todo, creo que usted hace bien en irse al Uruguay, pero *sans esprit de retour*. Y lo creo porque me parecen falaces las esperanzas fantômes de que usted hablaba en sus anteriores. Y no es que yo crea que no hay manera de ganarse la vida en Buenos Aires: de lo que desconfío es de su seguridad de juicio en las cosas de la vida real; la falacia no está en ellos, en los porteños, está en cierto modo en usted mismo que se hace muy probablemente colosales ilusiones, como se las hizo al partir contra nuestro consejo de *videntes de lo real*, probados en la lucha. Y le digo todas estas cosas con una franqueza acaso demasiado ruda para que se encuentre usted en sí mismo, pese, mida, compare, juzgue, analice, sintetice y depure y si después de todo este trabajo halla usted que sus esperanzas no son mentiras de su fantasía, si hay en ellas algo de positivo, no se vaya usted de Buenos Aires, donde el porvenir será siempre más rico en bienes que en la provincia. Pero si después de larga meditación resulta que las esperanzas porteñas son promesas vacías o letras gira-

das a cien años, entonces váyase a la provincia, en donde le será siempre más fácil abrirse su camino que en la capital. Me extraña inmensamente que en vez de dirigir su actividad del lado de la abogacía no hubiera tratado de hacerse periodista económico-financiero o político, con lo cual hubiera hallado empleo en algún diario importante, empleo que le permitiera al menos vivir. El ejercicio de la abogacía no me parece el más a propósito para un espíritu como el suyo. ¿Está usted bien seguro de tener aptitudes para ese terrible oficio de picapleitos, hecho de audacia, descaro, golpe de vista, conocimiento de sucias chicanas, sin fuerza ni grandeza? Dios quiera que así sea. Una de las cosas más curiosas de su carta es el motivo, aunque subordinado, que le da usted a su viaje a Concepción del Uruguay. ¡A tomar aire y sol! Pero amigo mío, ¿de cuándo acá los luchadores cambian caballos en medio del río y se retiran a descansar en la batalla empeñada? Ya que se va, piense mucho menos en el aire y la luz y el reposo que en la lucha en un nuevo medio y en todas las estrecheces, asperezas y dolores de la lucha. Excuse, amigo mío, que le diga todas estas terribles verdades: propóngome hacerle bien y eso lo explica todo. Estoy dispuesto a ayudarlo, pero mi ayuda es insignificante, es ridícula y no salva el porvenir que todo luchador, provisto de monigote debe tener muy en cuenta. Los solitarios como su amigo pueden, el día que les plazca, tomar la perla con que Rolla, mirando los techos de París, se despedía del mundo y de la vida. Usted, vinculado al mundo por terribles deberes, tiene que arreglar su presupuesto hasta más allá de la tumba". "Aquí

estamos como sobre un volcán. Vuelve la guerra, la bancarrota pública, la desesperanza".

Hasta el romántico Rolla de Alfredo de Musset va mezclado en la filípica que, con gran tino, endilga al amigo que está desconcertado en su fracasada expatriación voluntaria; la carta de Soca es demoledora con esa manera avasallante de razonar. En octubre 25 de 1897 hay larga carta, siempre sobre las necesidades de dinero, y Soca la concluye diciendo que "la situación financiera es aquí peor que durante la guerra. Si el problema de marzo no se resuelve bien, este país se va al abismo. Y la mejor solución me parece ser su amigo el feo. Tenga cuidado con lo que dice sobre este hombre que, según me parece, *ni perdona, ni olvida.* Si supiera que usted se ocupa desfavorablemente de su persona podría contar con la absoluta exclusión de la administración pública por todo el tiempo que fuera presidente". El feo es Don Juan Lindolfo Cuestas; López Lomba estuvo muy cerca de él cuando fue Ministro de Instrucción Pública de Santos.

En dos cartas de setiembre de 1897 se excusa, en la una, por un retardo en el envío de la mensualidad: "me he comprado una casa hace tiempo y eso me ha puesto en apuros..."; en la otra, menos escueta, le da noticias políticas: "Recibí oportunamente su carta y la trasmití a Batlle. Creo que usted tiene razón en sus suposiciones sobre Varela, Blanco, etc. Conversé yo mismo con Cuestas y me convencí que le tiene una enemistad radical, que le dificultará mucho el acceso a la administración pública, al menos de un puesto importante. No habría, tal vez, muchas dificultades para obtener una plaza modes-

ta. ¡Veremos! La política está aquí tan turbada que nada es posible prever. Saldrá Cuestas, no saldrá Cuestas, irá la Cámara abajo." Y en otra carta inmediata, insiste: "Creo que sin hacernos ilusiones podemos asegurarle que se podrá obtener algo para usted de este Gobierno. Yo en particular creo que tendré cierta influencia con el Presidente. Por lo demás, nunca nos hemos hecho ilusiones, y en los tiempos de Borda, dependía sólo de usted el haber obtenido una plaza importante. No la tuvo usted porque no lo quiso, pero la concesión era absolutamente positiva. Por lo que toca al presente debe usted hacerme ilustrar sobre los puestos que podría ocupar y a este respecto, como le he dicho antes, Romeu puede ayudarme mucho. Tengo conocimiento de la carta que usted le ha escrito a Rodríguez sobre el Consulado de Marsella. Rodríguez se hallaba en la imposibilidad de hacer nada por usted porque ya había recomendado a otro. Pero yo, que tengo mucha amistad con Salterain, fui a verlo y el puesto se hubiera obtenido sin una circunstancia desgraciada: que Robido...". Falta el final. Por fin, el problema debe haberse resuelto: la última carta de esta serie dice "que aquí están las cuestiones (6 de diciembre de 1897) extraordinariamente embrolladas y ni yo ni Antonio María Rodríguez sabemos bien si tenemos o no influencia. No obstante escríbale a Romeu para que se ponga al habla con nosotros; si no se acuerda *demasiado tarde* (y todo marcha en otra esfera en este país extraño) podremos hacer un esfuerzo muy positivo en su favor, aun contando con la fiera y tenaz enemistad del feo".

Tiempo perdido. No. Queríamos mostrar la bondad que anima esta amistad de Soca, el solitario.

Don Ramón López Lomba desaparece de nuestro horizonte. Sin mayores investigaciones en su vida pueden darse algunos breves datos que dibujan algo de su personalidad, que la intimidad con Soca nos ha hecho conocer y que ha figurado tantas veces en las transcripciones de ese maravilloso epistolario que supo conservar y que manos igualmente respetuosas han dejado en las nuestras. El simple hecho de que Soca hubiera depositado en él tal confianza es una definición respecto al valor moral e intelectual del Dr. López Lomba. Arturo Scarone registra el nacimiento en 1855; es contemporáneo de Soca, de Vázquez y Vega, de Batlle y Ordóñez, de Martín C. Martínez, de Antonio María Rodríguez. Concluyó la carrera de abogado en 1883 y su tesis se titula: "Una página de Sociología". El Rector de la Universidad era José Pedro Ramírez, el padrino de tesis, el doctor Angel Floro Costa y fue dedicada a Juan Ramón Gómez y Domingo Ordoñana, miembros de la Asociación Rural que, prestigiada por personalidades realmente significativas, se había constituido en 1871. Antes de recibirse realizó un viaje a Europa con José Batlle y Ordóñez y, vuelto al país, fue Oficial Mayor del Ministerio de Justicia, Culto e Instrucción Pública. Fue Oficial Mayor hasta 1894. En 1897 emigra, como se ha visto, a la Argentina. Cuando Batlle asciende a la presidencia de la Nación, es designado, y lo desempeña nueve años, para el cargo de Director General de Estadística, especialidad que cultiva desde hace mucho y que, ya en los tiempos de la residencia de Soca en París ha motivado la remisión de trabajos para que Soca los haga llegar a sus destinatarios franceses. En la segunda presi-

dencia de Batlle, en 1912, se le designa Cónsul General en Francia; este amor que le profesan sus amigos es una credencial. Laborioso, escribió libros sobre *La República Oriental del Uruguay*, sobre la *Justicia de Paz*, sobre *Reorganización Judicial*, amen de largas producciones sobre estadística; fundó y prohijó instituciones de índole internacional. Vivió los últimos años de una vida fecunda en Montevideo.

XXI

Ahora, retornando a Soca, su Clínica Médica adquiere la amplitud que él reclama. Se le concede una sala de hombres, una de las más grandes del Hospital de Caridad, que él va a inmortalizar con una enseñanza que llevará ese nombre y que él ha de asignarle, ya en los últimos años de la vida, a la escuela médica que ha moldeado con sus manos. Es la Sala Argerich, que hoy se llama Francisco Soca y que luce en su frente, modestamente, una placa que alguien, muy inteligentemente, inscribió: "En esta sala enseñó medicina el Doctor Francisco Soca". Los adjetivos sobran. Soca tiene ahora el servicio abundante que deseaba. Argerich tiene cuarenta camas; San José, la sala de mujeres, treinta. Y en aquel tiempo, en que los hospitales generales se reducían a uno, cuando el número de enfermos desbordaba las posibilidades de admisión, se colocaban, entre las dos hileras de camas, una fila de camas de hierro plegadizas que salvaban las inevitables carencias de sitio. Así el servicio llegaba a albergar, a veces, un centenar de enfermos. Soca ha vencido el principal obstáculo. Y ve llegado el instante en que

él mismo, tan contemplado por las autoridades universitarias, demasiado conscientes de su valor, ponga el cese al absurdo desempeño simultáneo de dos clínicas fundamentales. El 10 de abril de 1899 Soca se dirige al Decano, que es Scoseria, un hombre de alta categoría, cuya actuación proficua en las grandes instituciones médicas de enseñanza, de asistencia y de higiene está esperando a alguien que la estudie y la muestre. Soca le escribe, sobriamente: "Me es materialmente imposible seguir desempeñando la cátedra de Clínica de Niños, por lo que vengo a presentar renuncia de ese cargo, que ocupaba honorariamente". El mismo día el Decano eleva la renuncia al Rector y el Consejo Universitario la acepta de inmediato con el clásico agradecimiento de servicios. Hay tres grandes beneficiados: Soca, primero, que podrá desplegar todas sus energías y lo hará espléndidamente en su Clínica Médica; segundo, Morquio, naturalmente; y luego la Facultad, que gana dos maestros de incomparable jerarquía que han de insistir en la obra tenaz, los dos, hasta el día de la muerte. Dos meses después, Soca, que hace diez años presta servicios en sus cátedras sucesivas a la Facultad, pide licencia para emprender un viaje a Europa; "mi viaje obedece a estudios y trabajos científicos, que no pueden ser ultimados en Montevideo". Se le concede la licencia por seis meses, con fecha 10 de julio de 1899.[50] No es un mero pretexto la razón para viajar a Europa. Con su prescindencia de las publicaciones médicas criollas, Soca, que acaba de

50 Esta nota, así como la de su renuncia se guardan en el Archivo de la Facultad de Medicina Carpeta Nº 66.

ver publicada[51] en París una comunicación sobre tema neurológico, lleva un nuevo estudio, también neurológico, para el que evidentemente tiene que agotar la bibliografía: aparece en la revista de la Salpetrière que fundó Charcot, que ya no vive. Con sus dos clínicas a cuestas, con su puesto parlamentario, con su clientela, Soca encuentra tiempo y temas para trabajos dignos de las grandes revistas mundiales. Sería interesante saber cuántos médicos nacionales se enteraron de estas publicaciones. Soca va a descansar a Europa (para él Europa es París). Tiene en todo caso, una idea especial del descanso. En los papeles salvados por la dirección del Museo Histórico Nacional[52] existen pruebas flagrantes de su "inacción": hay apuntes de clase tomados por este profesor de clínica médica que no es un desconocido para las revistas de medicina, como si el que los tomara fuera aquel muchacho que hace quince años llamaba la atención de los grandes profesores franceses. Asiste, en setiembre y octubre de 1899, a la policlínica neurológica de la Salpetrière, con Gilles de la Tourette, a la Charité, con el dios Potain, al servicio de Mathieu, que se destaca como especialista en enfermedades del aparato digestivo, en el hospital Andral y hace un curso sobre dispepsias. Y lo oye tan religiosamente que un día de octubre anota en francés: "Hay aquí una idea que yo debo hacer resaltar, porque la he tenido al mismo tiempo que

51 Francisco Soca, *La tachypnée hystérique secondaire. Nouvelle Iconographie de la Salpétriere*, pág 461. Año 1898
Francisco Soca, *Un cas de sommeil prolongé pendant sept mois par tumeur de l'hypophise. Nouvelle Iconographie de la Salpêtrière*, pág. 101. Año 1900.

52 Museo Histórico Nacional. Montevideo. Colección de Manuscritos. Tomo 1862

Mathieu, basada en mi propia experiencia, y es la poderosa intervención del sistema nervioso en las dispepsias". Y siguen apuntes de clases de Hayem, de Gilbert, de Dejerine, sobre temas hematológicos, sobre tifoidea, diabetes, miotonías. Reparte todo diciembre, enero y febrero entre Dejerine, Potain y Hayem, en clases reiteradas. Un buen día, el 11 de diciembre, acota, después de una policlínica de Dejerine: "entre la nube de enfermos presentados hoy no hay más que uno a retener: atrofia progresiva muscular de los muslos". El 8 de enero de 1900, con Potain, señala "dos casos a destacar" y siembra así de observaciones al pasar esa libreta, testigo de su culto a la ciencia, como dice él enfáticamente tantas veces. Las observaciones continúan hasta el 21 de marzo del 1900.

Los cuadernos de Soca son pintorescos. Acumula apuntes, comentarios, borradores de discursos, de informes médico-legales. En este cuaderno que registra su actividad científica reciente, aparece, tras un grupo de páginas en blanco, una página escrita para un álbum de mujer. "Sois una intelectual y de las delicadas, ya que sabéis prestar a vuestro pensamiento las alas del ritmo". Y prosigue con dos o tres gentilezas. Y en seguida aparece un pensamiento aislado que tal vez ha tenido análogo destino: "Busqué la dicha con cierta ciencia, con cierto instinto, con cierta crueldad. Al llegar al medio del camino de la vida miro al fondo de mi alma, y hallo que hay en el mundo *tres felicidades reales* y acaso no hay más. *Aliviar el dolor humano, guardar las dichas ajenas, callar.* La religión del dolor, la religión de la piedad, la religión del silencio. F. Soca".

Páginas más adelante de este librito enciclopédico surge una disertación filosófica, estilizada: es el comienzo de un borrador de un discurso parlamentario sobre un tema electoral que no hemos podido buscar en el torrente de documentos vinculados a esta figura de hombre universal. Algunas frases del principio darán cuenta de la originalidad de este orador que no se parece a ningún otro: "Nuestro país es el país de las convenciones. Se conviene en que un hombre es un sabio o un imbécil, un malvado o un santo, un virtuoso o un pervertido, y nada puede ya vencer a la ignominia que aplasta ni a la que se yergue vestida de papeles... ¿De dónde nace el elogio exagerado o la condenación injusta? Acaso del cerebro de un tonto o, mejor, siempre del cerebro de un tonto. Los hombres de alma y de inteligencia encuentran la calumnia en el aire y la transmiten y la refuerzan con una imperdonable inconciencia. Y la calumnia o el elogio ruedan, ruedan y entran en todas las conciencias..." Y surge entonces el asunto de una elección montevideana en que se ha hablado de fraudes y otras irregularidades. Dando vuelta las hojas del cuaderno aparece otro larguísimo borrador, de lectura muy penosa, de otro discurso parlamentario sobre una interpelación al Poder Ejecutivo, que Soca resiste. No hay mención de fechas.

Y en esta caja de sorpresas viene, inmediato, un trabajo médico sobre "Poliadenoma", en francés corrido, con un caso clínico prolijamente analizado. En el dorso de la última página de este análisis clínico aparece inesperadamente, el borrador de un discurso que no se puede precisar cuándo fue pronunciado. Sirve para verlo elaborar un discurso al que da comienzo cuatro veces distintas, y los suce-

sivos borradores se enhebran uno tras otro. Es un discurso al final de una demostración que se le ha dispensado, un banquete, al regreso de un viaje a Europa. ¿Es el año 1900? No puede precisarse, los viajes de Soca se suceden: en 1903 va a emprender otro. Es, evidentemente, una gran demostración que tal vez algún diario de la época, imprecisa, ha de registrar en su redacción final. Pero estos borradores tienen una singularidad: no tienen tachaduras. Las frases corren fluidamente, a veces con una caligrafía endiablada, otras escritas a lápiz, que dificulta más la lectura de la letra, habitualmente minúscula. Aparecerán en las transcripciones, frecuentes puntos suspensivos en medio del párrafo, que responden a palabras no descifradas. "En presencia de este extraordinario homenaje la primera impresión que experimento es de tristeza, porque sobrepasa en mucho mis escasos merecimientos. Y no es ésta una vana fórmula de cortesía banal, de las que tiene a su servicio la falsa modestia. Hablo con la viril franqueza que fue siempre mi defecto y mi virtud primera. Yo no sé si la naturaleza me ha dotado de la profundidad de visión, de la firmeza de juicio, de la serenidad de alma y la fuerza sintética que son el rasgo saliente de los hombres de ciencia, pero sé que hay en mí una voluntad y una potencia de esfuerzo delante de la cual los más rudos obstáculos han tomado el hábito de inclinarse. Y bien, señores: mi obra es modesta, es humilde. Vengo de tierras en donde los hombres exprimen toda su savia y dan todo su esfuerzo en una lucha emocionante por la dicha y por la gloria. Y he entrado en la intimidad, en la tristeza de esos cíclopes del pensamiento humano. No me ha pasmado la fuerza de su visión: me ha maravillado la enor-

midad de su esfuerzo. Me he replegado en mí mismo, he examinado mi obra y la he hallado inferior a mí mismo. Es por eso que este homenaje me entristece. Es una alabanza que me parece un reproche, porque me recuerda los desfallecimientos de una voluntad que ha hecho traición a sus destinos, de una voluntad que se ha olvidado de las pequeñas encrucijadas de la vida y ha perdido a menudo de vista el camino ancho que conducía a la ciencia y a la gloria. Sin embargo, estos reproches tan justos en general son de una cruel injusticia en el medio y en la tierra en que vivimos. Yo he sido de mi país y de mi medio y he obedecido a la fatalidad que regula la marcha del pensamiento en la sociedad y en la vida. La ciencia necesita dos cosas indispensables: lucha, ambiente, lucha superbrutal por la vida, ambiente de gloria y de entusiasmo. Me explico. En las grandes sociedades europeas los hombres dan todo su esfuerzo, exprimen toda su savia porque esa es la condición misma de su vida intelectual y moral. ¡Ay de las voluntades que desfallecen! ¡Ay de los que escuchan la voz de la inercia! Esos se quedan en el camino y figuran por siempre en el amplio y triste cortejo de los abatidos, de los tristes, de los vencidos en la lucha por la vida, de los que no han sabido tomar de la vida ni aun los goces groseros, que han buscado de instinto las almas hechas todas de barro. Es necesario llegar a la tensión extrema del espíritu, es necesario llegar casi al apartamiento en la fiebre, en la violenta crisis del trabajo". Desde aquí el borrador está escrito con lápiz y las dificultades aumentan. Dos páginas después el discurso tiene otro principio: "Veo aquí a toda la juventud médica

de nuestra escuela. Veo médicos, veo amigos, veo hombres políticos de los más opuestos partidos. Gracias a todos. Y desde luego, a los jóvenes, la savia, la fuerza, la esperanza. Amigos míos: en otro momento solemne de mi vida me despedí de vosotros con estas palabras: escuchadme, sostenedme, sacudid mi entusiasmo apenas somnoliente y yo seré un profesor de patología. Yo no sé si mantendré mi palabra pero no he olvidado la confianza generosa con que me anticipasteis vuestro aplauso; no he olvidado que vuestro noble estímulo supo galvanizarme en las mayores crisis de mi vida. Si he logrado subir la cuesta, a vosotros lo debo. Vosotros habéis sido mi ambiente. Algunos de vosotros recuerdan aquellos tiempos ya lejanos en que por primera vez tuve el honor de dirigiros la palabra. Traía en la mente el recuerdo de mis grandes maestros y me esforcé por seguir de lejos sus luminosas huellas. Ebrio aún del grandioso espectáculo de las luchas, de los triunfos, de las inquietudes, de las caídas, de los triunfos todos de la inteligencia y de la voluntad humanas en su lucha con el misterio y con la muerte Tenía en la sangre la fiebre del trabajo y en el alma la invencible aspiración de la ciencia, la invencible esperanza, la invencible certeza. Vivía todavía en el medio potente en que acababan de desenvolverse los más bellos, los más fecundos años de mi vida. Creía en todo, era osado en todo. Tenía en mi propia alma y en las visiones de mi encendida fantasía todos los estímulos del trabajo, todos los invencibles anhelos, todas las fuerzas vivas que aseguran la victoria final en las obras de la ciencia. Pero ¡ay! mi vida mezclada de nuevo a la vida simple y patriarcal de mi amada tie-

rra, otros estímulos, otras fuerzas disputaron a mi espíritu el imperio de las ideas. El tiempo corría, el recuerdo de mis grandes maestros se extinguía, el potente estímulo que venía de la gran ciudad de la luz languidecía. Entonces me mezclaba con vosotros, bebía vuestro entusiasmo, me calentaba en vuestro ardor, recogía audacia en vuestra osadía, sentía el peso de vuestro aplomo y mi alma reconfortada emprendía de nuevo el áspero camino y mil veces despertaba a mi voluntad que dormitaba y mil veces hallé en vuestra esperanza mi razón de estudiar todavía, de saber todavía, de servir aún a mi vieja bandera. Pero vuestra influencia sobre mi destino ha sido aún más profunda y más conmovedora. La medicina es un arte rudo y ¡ay! del que quiera ser médico en el alma si la naturaleza no le ha dado un alma de soldado y la fortaleza augusta de la roca de granito que desafía los vientos y las olas. Esos luchadores manejan vidas humanas, pasiones humanas, amores húmanos, profundas bajezas humanas. Y el error lo espera. Ya comprenderéis su esfuerzo, los inquietos, los agitados, la fiebre de la lucha, el frenesí, el vértigo en que ha de desenvolverse nuestra vida cuando se tiene el alma honrada y la conciencia meticulosa e impecable. Y el error es poca cosa porque al fin el buen arte lo esquiva casi siempre. Pero ¿qué diréis de la impotencia? He ahí un ser humano, he ahí un padre, he ahí un ser que amáis y que se muere. Y vuestra ciencia inútil nada puede y la vida se va y vuestras largas vigilias y vuestra fiebre, vuestras noches de insomnio son simples fantasmas de la del siniestro. Y añadid todavía el ultraje, la grosera injusticia, la calumnia inepta". Las dificul-

tades de lectura destrozan todo el final del párrafo. Concluye diciendo: "Yo también he pasado por todas esas dolorosas miserias que son el gaje del arte médico a que me he consagrado. Y cuando desesperaba de la ciencia, en sus escollos con la práctica, iba a mi cátedra y volvía a hallar esa ciencia pura y serena que vive en su... Y mi alma se reconfortaba y... de mis tristezas, de mis melancolías. Y cuando la injusticia imbécil acababa de herirme en el alma,... y hallaba tendidas vuestras manos y volvía a recibir vuestro generoso aplauso"...

En otro trozo del esbozo consecutivo habla de los colegas que ve a su alrededor y al mencionar los contactos que ha tenido con ellos en distintas circunstancias de la vida, dice que no fueron "con el estiramiento, la solemnidad y la amarga voluntad de los deberes penosos sino con el brío, la cordialidad, el entusiasmo, la franqueza abierta e inequívoca de la verdadera alegría del alma. El medio en que desenvolviera mis primeros años, medio férreo, hecho de un severo culto a todas las virtudes viriles que hacen un crimen, en su imperdonable debilidad, de todas las quejas, todas las caricias, todas las manifestaciones estremecidas del sentimiento, me ha dado cierta rigidez de maneras, cierta frialdad que me hacen creer en la dureza y en la frialdad real de mi alma. No diré que eso es un simple romance, pero sí que no soy ni seré nunca el hombre hecho para despertar vivas y cálidas y fáciles simpatías. A pesar de todo, estáis aquí. No veo donde puede haber mayor elevación de ideas, mayor realidad de sentimientos, más generosa tolerancia, verdadera fuente, tanto de afectos sinceros y leales, de confraternidad sincera y vi-

brante"... Agradece luego su presencia a los amigos no médicos y les dice, en otro de esos empujes confidenciales como el que acaba de dedicar al clarividente, a las fallas de su carácter: "La gratitud es casi divina. Yo era escéptico. Una madre me hizo creer. Deudor, no solamente creo, me inclino delante de la gratitud humana como delante de un altar. Un niño iba a morir y tuve la buena fortuna de arrancarlo a la tumba. La madre no creía; la dicha le aparecía tan grande que no podía creerla. Pero el niño revivió; la mirada volvió a los ojos, la gracia gozosa de la salud volvieron a iluminarlos. Entonces la madre creyó. Me tomó las dos manos y las apretó, las apretó con afecto en una convulsión prodigiosa, en una convulsión en que se transmitían todas las energías de su ser al mismo tiempo. Y su alma desbordaba de amor, desbordaba de ternura, de una ternura sobrehumana. Yo vi a Dios, yo vi al espíritu supremo en aquella mirada extraordinaria". El final de esta confesión romántica, que recuerda una carta escrita en los lejanos tiempos de Tacuarembó, por la efusión y el lirismo, queda totalmente ilegible en una traición que nos juegan las huellas borrosas del lápiz. Pero el esbozo no está aún terminado: "Hace un año, al abandonar la ciudad natal, al ver la silueta del Cerro esfumarse en el horizonte, sentí el alma inundada por una extraña melancolía. Extraña, digo, porque no era la tristeza natural humana de la hora de la partida. Era un dolor menos intenso acaso pero más sutilmente amargo. Era ese extraño sentir que resulta del conflicto de la conciencia, ese juez interior y siempre justo y la sociedad, juez exterior, casi siempre ciego y a menudo criminalmente

injusto. Un esfuerzo viril y tenaz para acercarme a la verdad. Yo había sembrado ideas y había prodigado el bien sin medida, yo había hecho obra de hombre y creí sin duda un instante que la sociedad de mi patria no había hecho justicia en el momento único que acababa de pasar, a lo que yo creía, al menos, un esfuerzo leal y generoso. Y como sucede siempre en las almas hechas para la lucha y no para las lágrimas, mi tristeza se tornaba en sorda cólera. La blanca visión de la ciudad se perdió en la bruma y yo seguí mi camino. Estaba desalentado, no estaba abatido. En los hombres de mi temperamento, en que la vida corre a torrentes de las entrañas mismas del ser, los hombres pueden ofrecerles menos motivos de acción, no pueden nunca anonadarlos, no pueden siquiera abatirlos. Viví ajeno a las violencias de la pasión que es propio de mí, en la calma, en la quietud beatífica y encanto perpetuo que ofrece la gran ciudad luminosa a los que aman las ideas y tienen el culto griego de las formas, olvideme todas mis tristezas de la partida, y seguí trabajando para merecer mejor el aplauso de mi conciencia, para sembrar de nuevo ideas, para derramar de nuevo saber a torrentes. ¿No parece ser ése mi melancólico destino? Pero no es posible a la voluntad más potente el matar en nosotros todo el hombre: al ver que se destacaba en la bruma la silueta gentil del Cerro y al divisar de nuevo la clara visión de esta dulce ciudad de todos los recuerdos y toda la vida, volví a sentir el agudo, el sutil aguijón de mis extraños dolores. Pero al bajar todas las manos se tendieron a mí, todos los labios tuvieron una palabra de fraternidad, sentí palpitar todos los corazones y todas las voluntades unirse

en una explosión de generosa simpatía... ¿Qué ha de decir un hombre a quien un pudor semisalvaje ha impedido siempre pintar sus íntimas emociones, un hombre en quien todos los dulces movimientos del alma mueren en todos los estremecimientos, mueren en los labios: un hombre para quien el dolor como la dicha son los más sagrados secretos del alma? Me hallo confundido, anonadado, avergonzado de mi suspicacia. Como si no fuera bastante han querido todavía honrarme con esta fiesta". "¿Qué podré decirles que pinte la emoción, la consolación, el alivio, la beatitud que me embarga?" "Mi alma ruda sólo os dice gracias". Agradece todavía a sus colaboradores: "¿Qué hubiera sido sin esa generosa juventud, sin mis nobles compañeros de lucha, sin esos fieles amigos de todas las horas y de todos los ambientes alternativos de la vida?" El discurso carece, más que todas las deficiencias de lectura, de arquitectura. Pero en este cuaderno fértil aparece, sin transición, otro borrador de un discurso, a pronunciar en cámara, sobre establecimiento de patentes de médico, sobre fijación de estampillas en las recetas a cargo de los enfermos o de las sociedades mutualistas. Larga discusión para establecer su opinión negativa. Y apenas concluye el esquema de sus razonamientos, saltan párrafos en estudio para el discurso que ha de pronunciar en el Congreso Médico Latino-Americano de Río de Janeiro, en 1905, en el que este hombre, que le presta tan escasa atención a la naturaleza, acumula su prosa pomposa para ensalzar la belleza del Brasil.

No terminados sus párrafos de prosa suntuosa, el cuaderno mágico vuelve a la gravedad científica e incluye una valiosa serie de fichas clínicas para una monografía médica muy importante que ha de

publicar dentro de pocos años. Es que su actividad intelectual está en constante hervor. mientras va dejando, al azar, en un cuaderno que no habrá creído nunca que fuera estudiado, resumido y publicado, ha enviado un par de trabajos científicos más a la ciudad sagrada mostrando su capacidad orquestal [53] que no por conocida deja de asombrarnos.

Y en una curiosa marcha atrás, las páginas de nuestro cuaderno se transforman de pronto en páginas escritas a la inversa. Es que los apuntes han comenzado por la otra extremidad del cuaderno y, naturalmente, las páginas quedan cabeza abajo. Y son importantes, clínicamente, porque resumen un curso de Hayem sobre enfermedades del estómago, en noviembre de 1899. Les ha dado tal valor, que las lecciones semanales absorben todos los sábados hasta el 17 de marzo de 1900 y, evidentemente escritas al regreso de cada sesión, abarcan, escritas en francés, cuatro o cinco páginas nutridas cada una. Existen otras libretas dedicadas a anotaciones médicas casi exclusivamente. Ese invierno de 1899-1900 ha sido un perpetuo viaje a los hospitales, buscando sobre todo cursos de enfermedades del estómago, que es lo que ha polarizado su atención.

XXII

A su regreso a Montevideo, vuelve tonificado, renovado. Mas lo espera, a breve plazo, una actividad parlamentaria que le va a robar muchas horas y le

53 Dr F Soca y Dr. R. Bensaude *Sur un cas de polydénome a type brunnérien Archives de Médecine expérimentale et Anatomie Pathologique*, núm 5, 1900. Dr. Francisco Soca *Sur un nouveau cas de Syndrome Charcot-Marie Nouvelle Iconographie de la Salpétrière*, pág 153 1902

va a dar muchas preocupaciones. El año 1902 es un año políticamente muy absorbente. El 1° de marzo del año siguiente debe ser electo por la Asamblea General —69 diputados. 19 senadores— el sucesor de Cuestas en la presidencia de la República. El Partido Colorado tiene la mayoría. pero está dividido: hay tres candidatos: José Batlle y Ordóñez, Eduardo Mac Eachen y Juan Carlos Blanco. El primero viene trabajando su candidatura con un tesón y habilidad característicos; el segundo es el candidato a quien se inclinan las simpatías del Presidente, a cuyo lado desempeña el importante Ministerio de Gobierno Es un hombre, el señor Mac Eachen, ponderado, equilibrado, sin condiciones brillantes, sin abierta ambición por el puesto. El tercer personaje es el Dr. Juan Carlos Blanco, un abogado ilustre, ante cuyo talento y cuyas extraordinarias condiciones morales se inclina todo el mundo. Sólo lo apoya dentro de su partido, ya muy trabajado por las otras candidaturas, una pequeña fracción selecta del parlamento. El Partido Nacional tiene una valiosa minoría y se inclina a unirse al grupo colorado que lo auspicia. No nos corresponde, claro está, explicar el desarrollo del arduo problema, pero es inevitable plantearlo porque Soca va a desempeñar un papel de primera fila en este pleito político. Es senador y es elegido jefe del grupo colorado que se inclina por Mac Eachen. La candidatura del Dr. Blanco se elimina porque los miembros del Partido Nacional no concretan su apoyo. Quedan enfrentados Mac Eachen y Batlle y Ordóñez. Este, con magnífica estrategia, propone a la mayoría colorada la celebración de una reunión en la que se vote para saber a cual de los dos can-

didatos se inclina la mayoría partidaria, comprometiéndose la totalidad de los concurrentes a votar en la elección del 1º de marzo el candidato elegido en esa sesión privada. El doctor Domingo Arena, hombre fiel entre los fieles, que acompañó a Batlle durante toda su carrera política, expuso en un artículo de *El Día* de 20 de setiembre de 1938 las relaciones pre electorales de Soca y Batlle: "Batlle tuvo la suerte de que presidiera el grupo parlamentario de la candidatura Mac Eachen su viejo amigo Soca, de manera que le fue fácil mantener el contacto con él, visitándolo de mañana con bastante frecuencia para hablar, generalmente, de bueyes perdidos, sin perjuicio de mezclar, de cuando en cuando, alguna col con las lechugas". Batlle había apreciado, con su visión perspicaz, que cuando llegara el momento de plantear el pacto de honor entre los legisladores agrupados alrededor de las dos candidaturas, que ya había germinado en su mente para presentarlo en vísperas de la elección, era una gran ventaja para él tener al frente del grupo adversario a un gran amigo en vez de un indiferente o un enemigo. "Con los maquequistas —dice Arena— practicaba o mantenía, al menos principalmente, la cordialidad de la buena mesa. Generalmente todas las semanas invitaba a almorzar a uno, siempre distinto. Cuando Batlle se sintió con una base seria para ser tenida en cuenta, empezó a planear con los maquequistas, especialmente con el Dr. Soca, el proyecto de compromiso de votar, en conjunto, sometiéndose la minoría a la mayoría, con el fin de asegurar una situación". Así obtuvo el consentimiento para que, quince días antes de la elección presidencial, los senadores y representantes del Partido Colorado se comprometieran a centralizar sus votos

entre las dos figuras que aspiraban al alto puesto. El más votado en la selección previa recibiría luego la totalidad de los votos colorados. La elección se produjo el 16 de febrero de 1903. El Museo Histórico Nacional posee la documentación perfecta, con los votos autógrafos. En la primera votación, Mac Eachen obtiene 16 votos, Batlle y Ordóñez, 20. En la segunda votación, tras el inevitable cuarto intermedio para las tratativas tendientes a la conquista de votos para una u otra de las dos corrientes partidarias, varios votantes por Mac Eachen en el primer turno engrosan la cifra de los que votan por Batlle. Soca es uno de ellos. La tercera votación es de fórmula: Batlle tiene la unanimidad; él, que ha votado por el ingeniero Capurro en las dos anteriores, vota, sólo, por Mac Eachen. Al terminar la votación, como un artículo del pacto que ha dado origen a esta elección selectiva, establece que debe designarse una comisión que se ponga en contacto con otros grupos políticos o partidos para tratar de obtener la mayor cifra de votos para el candidato prestigiado; el Dr. Angel Floro Costa propone para integrar dicha comisión a Soca, al Ing. José Serrato y al Ing. J. A. Capurro, que son elegidos. [54] El desenlace de la elección parlamentaria del 1º de marzo de 1903, es demasiado conocido. Conviene registrarlo: aunque se obtiene la adhesión del selecto grupo que era partidario de llevar a la presidencia al Dr. Juan Carlos Blanco —José Enrique Rodó está entre ellos— Batlle no reúne aún los 45 votos mínimos que componen

54 Documentos relativos a la elección presidencial de José Batlle y Ordóñez Colección de Manuscritos del Museo Histórico Nacional. Montevideo.

la mayoría de una Asamblea de 88 miembros.[55] Pero obtiene la adhesión de un legislador blanco de gran volumen —Eduardo Acevedo Díaz— que, contrariando la decisión del Directorio de su Partido —que había resuelto sufragar por un candidato propio, Enrique B. Anaya— consigue los votos de siete de sus correligionarios mediante los cuales Batlle alcanza la mayoría que decide la elección a su favor. El Directorio del Partido Nacional, que le debe a Acevedo Díaz una campaña periodística insuperable antes de la guerra civil de 1897, se ve en la precisión de descalificarlo como a sus compañeros. Nunca lo perdonará. Acevedo Díaz vivirá y morirá, desde entonces, en el extranjero donde Batlle y sus sucesores lo han utilizado hasta el fin como representante diplomático del país.

Esta página de la vida de Soca ha sido por algunos muy censurada. El Dr. José María Fernández Saldaña, en su "Diccionario Biográfico", exalta la figura médica de Soca hasta el máximo, pero comenta con áspera severidad su actividad parlamentaria, llegando, en su acritud, a desconocer los momentos deslumbrantes de Soca, cuando ha podido prescindir de las exigencias políticas y actuar con el talento de que son testimonio algunos de sus culminantes discursos o informes, incluidos en esta selección. Y hay muchas opiniones, no tan radicales, sobre su intervención en la política activa, en la que persistió hasta el fin. Esta elección de 1903 ha originado, por parte de Soca, una serie de cartas inusitadas para nosotros que lo hemos visto entregado a su aventura científica en la espléndida serie de París o en un asunto íntimo

55 Documentos relativos a la elección presidencial, antes citados

como las cartas de 1897 al mismo López Lomba, el gran destinatario de sus primeras confesiones. Estas cartas, cuyas copias fotostáticas nos fueron facilitadas por el Director del Museo Histórico Nacional, son de carácter no sólo estrictamente personal sino colmadas del ímpetu y de la violencia que su orgullo exaltado le dicta. [56] Cartas no datadas, difíciles de ordenar, dan tal vez razón a los que pensamos que la política no armoniza, en manera alguna, con la grandeza de un hombre que tiene un campo infinitamente más fértil en donde desplegar las alas en vuelo soberano. La política lo disminuye. No consigue desviarlo de su carrera porque él nació médico y profesor y murió siendo profesor y médico. Aunque la política le sonrió y le dispensó elevadas dignidades, en esas cartas a Batlle, que es, por su parte, político de la primera a la última hora, hay ingenuidades que ya hemos señalado alguna vez, como hay rasgos de nobleza que se superponen a la soberbia de sus afirmaciones. Hay una carta humilde, de arrepentimiento, motivada por el hecho de que el Presidente le ha dado un puesto insignificante a uno de sus recomendados, que sorprende después de esas duras misivas en que le dice a Batlle, con aire de prosopopeya, que si es Presidente de la República se lo debe a él puramente. Batlle lo conocía y sabía que tras las explosiones de orgullo había la bondad y el candor que en algún resquicio se revela: recuerde el lector que veinte años atrás decía, allá en París: "*yo soy triste y dulce*".

Este mismo año 1903, apenas pasada la elección de Presidente, Soca se presenta a la Facultad, el 29 de mayo de 1903, diciendo: "Tengo entre manos des-

56 Originales en el Archivo de José Batlle y Ordóñez

de hace ya tiempo dos o tres trabajos científicos que no me es posible continuar en Montevideo por falta de materiales y de tiempo. Con el fin de dar cima a aquellos trabajos tengo necesidad de permanecer en París un mes o mes y medio". Pide licencia por cuatro meses, como máximo. "Mi licencia redundará al fin y al cabo en beneficio de la Facultad a la cual me esforzaré en hacer honor en la medida de mis fuerzas". El decano Scoseria la eleva al Rectorado desempeñado por el Dr. Claudio Williman. Se le concede. Coincidiendo con este viaje —hace tres años que regresó de París— o siendo la causa fundamental del mismo, hay otro rasgo de piedad que lo honra. Soca tiene secretos de ternura a pesar de su fama de brusquedad, de la "fiera y dura naturaleza" que él mismo se atribuyó. En el fondo, con ese pudor con que ciertos hombres ocultan castamente sus más dulces sentimientos, tenía una inmensa bondad y una gran ternura. Conozco íntimamente un episodio característico. Un día, un hombre de su clientela lo llama para ver a su esposa, adorada como pocas mujeres lo han sido. Soca encuentra una afección pulmonar grave, avanzada, ve la carencia de medios para defenderla y aconseja llevarla a Suiza. "La llevo si usted viene con nosotros y le sigue prestando sus cuidados", es la respuesta del esposo. "Todo lo que tengo será poco para facilitar este viaje. Tengo tiempo, si la salvamos, de empezar a trabajar otra vez!". Es en 1903: Soca es el primer médico del país y quizás de América. Tiene que abandonar clínica, clientela, posición política; es senador de la República. Frente a la angustia de aquel hombre, cuya rectitud conoce y estima, no vacila, y se va para Europa con la enferma, su esposo y una compañera inesperada de viaje, que es la pequeña hija

de la enferma, de seis años, que ha conseguido, contra viento y marea, integrar la caravana. Soca se apodera, a bordo, de la niña. Toda su ternura se vuelca en aquella criatura bellísima, alegre, vivaz. No se separa de ella en todo el día; lee largas horas recostado en su sillón de cubierta, con un libro en una mano, y con la otra sujeta sobre su rodilla, a su compañerita, que se arrebuja y permanece horas enteras callada, en el temor de molestarlo. La cuida con celo: un día, una pasajera de aspecto enfermizo la besa. Soca se encrespa, la toma de la mano, la lleva en tromba hasta su camarote personal y la baña, materialmente, en bicloruro. Desembarcan en Génova; el estado de la enferma no permite llevarla a Suiza; se alquila una villa en la montaña, cerca de la ciudad, y Soca, que no se aparta de su enferma, se entrega al amor de la niñita. Hacen locas excursiones por la montaña, de donde regresan con las ropas desgarradas y las piernas magulladas; la lleva varias veces al circo, y no se sabe quién disfruta más de los dos. El fallecimiento de la enferma interrumpe aquel viaje infortunado, pero la niña, toda inteligencia y lealtad, conserva un hondo cariño por Soca, a quien dedica un recuerdo perpetuo y emocionado hasta que un día se casa con un hombre, — curioso azar — que ha hecho del culto de Soca una de las grandes directrices de su vida. Aquella niña es mi mujer.[57] Soca, que ha cumplido su promesa, se escapa a París, donde reinan ya las vacaciones. Los maestros, como es la regla, ausentes. Pero él tiene inquietudes bibliográficas que no puede aquietar en Montevideo, donde las colecciones médicas apenas empiezan a formarse. ¿Por qué ha aceptado este viaje?

57 Héctor H. Muñoz. Conferencia antes citada.

¿Por interés? Nadie puede pensarlo, dado lo que abandona aquí. El hombre triste y dulce es lo que lo explica.

XXIII

Se reintegra a sus actividades. Pero el virus político se ha posesionado de él. La situación es muy otra con un hombre de gran empuje en el gobierno. Soca, cuyas exageraciones hemos señalado alguna vez, se considera un hombre que ha tenido un papel fundamental en la solución del problema presidencial. La influencia que él se atribuye es mucho más espectacular que la que puede desprenderse del conocimiento externo de los hechos Su orgullo congénito enciende su ambición: aspira a la presidencia del Senado que es, en la práctica, la vice-presidencia de la República. Se le ha escapado al ser electo Batlle, que la desempeñaba en ese instante, pero la desea enérgicamente para 1904. El Presidente, en su elección tan elaborada, ha contraído graves compromisos, tras una campaña que sólo la intervención de Acevedo Díaz y su minúsculo grupo, ha permitido culminar victoriosamente. Soca siente que se le escapa el puesto honorífico que desea como consagración de su actuación. Y le escribe a Batlle una, dos, tres veces, con vivacidad, que sube como una ola y llega hasta la aspereza de la ruptura. En el epistolario que Batlle conservó, hay cartas simples, que obedecen a pequeñas idas y venidas partidarias, que no interesan en esta reseña. Pero hay que incluir las grandes cartas para completar el estudio de la psicología del protagonista de este largo relato, siempre en el interés de dejarlo hablar a él, en forma que, no creemos, se

haya conocido hasta hoy, y que sólo la Dirección del Museo Histórico Nacional nos podía revelar y franquear.

Se ve que son mensajes nerviosamente redactados en la noche, cuando el ajetreo de las clínicas y la absorción de la clientela lo dejan respirar. No ha quedado la menor constancia en los cuadernos de borradores de Soca que han sobrevivido. Batlle las ha conservado. No se transparenta que haya dado respuesta escrita a ninguna de las punzantes acusaciones que su amigo, el Senador, a quien visitaba matinalmente según afirma Arena, formula ácidamente, sin preocuparse que las dirige al Presidente de la República, que él mismo describe como todopoderoso. Son cartas, hemos dicho, difíciles de ordenar, sin fecha, pero hay una larga que plantea netamente lo que Soca ambiciona y los títulos sobrados que está seguro de alegar en favor de la máxima contemplación de sus aspiraciones. "Amigo Batlle: Le escribo porque estoy seguro de robarle así menos tiempo y decirle lo que me interesa decirle con una entera precisión... El empleo que dio usted a mi recomendado no le sirve a causa del sueldo, que es muy pequeño. No obstante, yo le he aconsejado que lo acepte confiando en que usted lo trasladará a uno más conveniente cuando le sea posible. *Pero es usted quien deberá acordarse.* Yo, por mi parte, no volveré a incomodarlo más, lo doy por definitivamente archivado. Ahora voy a hablarle de otra cosa, voy a hablarle de la próxima presidencia del Senado. Usted comprenderá que si yo insisto después de todo lo que hemos hablado es porque me creo asistido de un derecho absolutamente incontestable, derecho a su discreta ayuda. No obstante, a pesar de todas mis cartas

más o menos trágicas que no han sido nunca más que *ballons d'essai*, soy su amigo y no quiero exigirle, cualquiera sea mi derecho, que cometa por mí, incorrecciones, o viole principios que a usted le parezcan respetables. No. Voy a decirle por qué tiene usted el derecho de ayudarme: después usted hará lo que le parezca justo y conveniente, en la plena seguridad de que, aunque yo dijera lo contrario, allá en el fondo de su conciencia aprobaría siempre mis actos. Es que yo hasta hoy creo que usted realiza la famosa frase (en cuanto a las intenciones) "*le roi ne peut pas mal faire*". Comienzo por decirle que. hoy por hoy, es usted omnipotente dentro del Partido Colorado. No sé si usted lo cree, pero puedo asegurarle que no hay nada más absoluto, más irrevocable, que su autoridad dentro del partido. Puede usted querer todas las cosas razonables que su fantasía escogite: todo le será dado. Puede usted fabricar diputados, senadores y hasta Presidentes de la República, y del Senado y de la Cámara y de las comisiones sin ninguna violencia y sin ningún esfuerzo, por pura persuasión, en un grado que jamás se ha visto en este país clásico de los Presidentes todopoderosos. Cuando tenga ocasión de hablarle le daré la prueba absoluta de lo que afirmo. De aquí esta consecuencia: no hay en el país política colorada seria si no tiene por base su amistad y su apoyo. En todas las juntas el triunfo será del que usted señale nada más que con un fruncimiento de las "cerúleas cejas", según el verso famoso. En cuanto a mi política depende, más que la de nadie, de usted. Es que para hacer llegar a mi antiguo compañero de bohemia he debido despojarme yo mismo o, lo que es lo mismo, poner en sus manos toda mi fortuna. Mi capital único es, pues, su amistad. Si ella me

fallara —no por su voluntad o su deseo, de los que estoy seguro— sino por la fuerza de las formas que es, a veces —no tengo inconveniente en reconocerlo— la fuerza de los principios, ¿qué diablo tendría yo que hacer ya en la política? Por lo demás mis ambiciones ni son ásperas ni mucho menos desbordadas. Aspiro solamente, y eso mismo no es acaso más que un capricho de mi fantasía en asueto, aspiro solamente a ser durante un período Presidente del Senado: todo lo demás lo regalo a los terribles ambiciosos que lo rodean. Para probarle el derecho sagrado a su apoyo en la Presidencia del Senado, no necesito hacer grandes esfuerzos de imaginación. Me bastará copiarlo de dos parrafitos de dos cartas que debieron serle dirigidas y que han quedado en mi carpeta: una fue escrita en los primeros días de marzo y no fue a su destino porque la hizo inútil una entrevista que usted recordará y en la que mostró usted su habitual hidalguía y yo, por mi parte, no estuve ni estático ni metafísico, ni nada; la otra a raíz de nuestra última entrevista. Le pido disculpa por la vivacidad del lenguaje que campea en estas cartas. Nada hay, sin embargo, que pueda lastimarlo en lo más mínimo y, si lo hubiera, mi pluma habría hecho traición a mis sentimientos y a mis intenciones. Yo sólo he querido hablar con un hombre bastante elevado para pasar sobre miserables detalles de forma, de filósofo a filósofo, de cerebro a cerebro, de pensamiento a pensamiento. Sin embargo, si algo hubiera que le desagradara, bórrelo, táchelo, destrúyalo. Decía la carta de marzo: "Hace apenas un mes tenía yo en las manos la Presidencia de la República y la Presidencia del Senado. La primera era de tal modo mía, que yo podía dársela a quien quisiera o, al me-

nos, a uno u otro de dos hombres, uno de los cuales era un amigo de treinta años. Dándosela al otro, yo tenía no sólo la Presidencia del Senado sino una situación política única. Yo hubiera sido el factótum del nuevo Gobierno y, sin duda, el futuro Presidente de la República. ¿Qué hice yo? Di la Presidencia de la República a mi antiguo amigo, como me lo aconsejaban mi deber y mi corazón de consuno. ¿Cómo pagó mi amigo ese servicio capital, extraordinario, casi romancesco? Dejándome despojar por sus amigos de la Presidencia del Senado cuando una actitud resuelta de su parte pudo resolverlo todo. ¿Que los términos eran demasiado angustiosos para proceder sin violencia? Quiero acordar que haya términos angustiosos para cumplir el deber, pero para la próxima Presidencia del Senado esta excusa no existe: tiene usted todo el tiempo que quiera para preparar la restitución que se me debe Fuerce a sus amigos a ser honrados: usted lo puede. Frunza las cejas y verá. ¿Qué son esos infelices sin usted? Así, pues, la situación es ésta: para dar a usted la Presidencia de la República pongo en sus manos mi Presidencia del Senado. ¿Qué hace usted? Se la deja arrancar de las manos por sus amigos. ¿Qué hará usted con la del año próximo, que está matemáticamente en sus manos? ¿Cuál es aquí su deber, deber de equidad, deber de gratitud, deber de amistad, deber de consecuencia, deber tan sagrado como de pagar el pan cotidiano? Yo no tengo que decirlo: no es éste un caso de deber oscuro, que diría Carlos María Ramírez. Llego a esta conclusión: Batlle delante de un deber imperioso, absoluto, intergiversable, que no se atreve a cumplir porque yo no sé qué pueriles temores de un hombre que, sin él, nada vale; Batlle, delante

de un deber que no tiene el coraje de cumplir: ese no es Batlle, ese no es el antiguo y noble metafísico por quien tan noble afecto y tan alta estimación he sentido..." De la carta reciente saco dos parrafitos: "Pero todos esos *griefs* no valdrían la pena de una queja sin la respuesta lapidaria que me dio usted al pedirle yo que me procurara el voto de algunos senadores, quienes sólo desean que usted les pida algo para complacerlo: "Trabaje usted". ¿Trabajar yo? ¡No! Quien debe trabajar por mí es usted mismo. Quien tiene el imperioso, el inevitable, el sacratísimo deber de trabajar por mí es usted mismo, usted, por quien yo me he despojado, usted, por cuya mayor gloria, me he hecho maniatar, usted, por quien he reducido a nada una personalidad que sería ahora formidable... ¡Ah! Si usted no cumpliera ese deber, renegaría para siempre de los hombres, de la política, de la amistad, de la fidelidad, de la consecuencia... Renegaría de todo. Palabras textuales de las cuales usted se acuerda todavía: "No soy todavía Presidente y no tengo ni autoridad ni fuerza para trabajar por usted, sin contar con que ese Castro podría todavía jugarme una mala pasada; pero una vez en el poder, entonces lo haré resueltamente". Y más tarde, en una entrevista memorable: "Mandaré a Iglesias a ver ciertos senadores y en cuanto al voto de Acevedo Díaz, podré ganarlo yo mismo". ¿Cómo poder armonizar estas palabras y estos hechos? Yo creo que usted tiene el *Triunvirato* y por una obcecación singular en un cerebro tan fuertemente andamiado como el suyo no comprende que esa gente no vale nada, pero absolutamente nada sin usted". "¡Ah, mi amigo Batlle! ¡Debo tener por usted mucha amistad todavía si he de juzgar por la pena que me causa

ver a un hombre de su talla; de su altura moral y de su historia, olvidar nobles y leales palabras y resignarse a esa postura de Poncio Pilatos, neutral entre el pueblo asesino y el Cristo inocente, entre el amigo leal que se despoja por usted y el falso amigo que sólo quiere depojarlo! No obstante, mi lealtad me obliga a reconocer que no estoy seguro de todo esto: si lo estuviera, ésta sería una carta vengadora, que quedaría vibrante en su conciencia por largos años. Es posible que tenga usted razones de corrección que sean para usted respetables y que yo, en la salvaje libertad de mi pensamiento apenas puedo entrever". "Y ahora, por el vivo interés que su gobierno me inspira, me queda sólo una cosa que decirle: que cuando los regimientos de caballería no marchan por falta de caballos, hay algo podrido en Dinamarca. Usted que ha saneado tantas cosas no separe sus ojos de los del ejército. Lo saluda afectuosamente, F. Soca. Rompa esta carta".

Si no alcanzara para llamar intensamente la atención la crudeza de la argumentación y la seguridad con que se atribuye un papel absolutamente esencial en la elección del 1º de marzo de 1903, hay otra carta consecutiva que remacha las afirmaciones con idéntica crudeza. "Amigo Batlle: Discúlpeme que le escriba en los momentos terribles que usted pasa, pero es una necesidad absoluta. Datos nuevos obtenidos ayer me ponen en el caso de modificar ligeramente mi actitud en el asunto de que le hablé el otro día. Las razones que usted me dio para explicar su neutralidad en el asunto me parecieron antes bien frágiles, aunque me abstuve de toda apreciación; ahora, después de todo lo que he sabido, me parecen deleznables. Todo lo que usted dice se reduce a esto: "Una

intervención cualquiera sería una incorrección de mi parte". "A suponer que nunca hubiera usted cometido incorrecciones de este orden (su intervención en el asunto Rodríguez Larreta ¿no es una?) bien inocentes por cierto: ¿no cometí yo algo más que una incorrección cuando lo saqué del pozo en el que se estaba ahogando y en el que se hubiera ahogado sin remedio sin mi ayuda? Y aquí lamento tener que recordarle yo mismo lo que debiera usted tener presente siempre. Insisto, pues, en que usted intervenga en mi favor de la manera que crea más conveniente; yo puedo asegurarle que está en sus manos resolverlo todo. Quiero hacer constar que yo no le pido nada: le llamo a usted simplemente al cumplimiento de un deber moral ineludible y una promesa de caballero. Deber moral imperioso. Cuando obedeciendo a las sugestiones de la pura amistad y el más puro patriotismo lo dejé a usted llegar a la Presidencia, me despojé, por el hecho, de mi carácter triunfador, me hice derrotado y renuncié a todo prestigio propio, a toda acción eficaz de mi parte, a toda jefatura de grupo que la derrota disolvería sin remedio; renuncié a la misma Presidencia del Senado, que me estaba destinada en la nueva situación. En cambio, vi en usted, en su nobleza, en su hidalguía, en su lealtad una nueva fuerza que era la única que tendría en adelante. Vencido, ¿qué grupo quiere usted que yo tenga, qué influencia quiere usted que yo ejerza sobre... y con enormes estómagos, que sólo van al éxito, que están como hoy únicamente suspendidos de las palabras del triunfador? Pero usted, por quien, como Sansón, me he cortado la cabellera, tiene el deber de reemplazar todas mis fuerzas perdidas y usted tiene el deber de ayudarme cuando yo necesito poner

de mi lado el éxito que usted encarna, sobre todo para triunfar de un sujeto que usufructúa por apariencias muy sugestivas el éxito contra el cual ha descargado todas sus armas. Esta es la única verdad y lo demás sutilezas puras y estrechas que ni siquiera es propio de un cerebro y un alma como la suya. Promesa de caballero. He de confesar con la lealtad absoluta que he puesto siempre en mis relaciones con usted que sus promesas, aunque muy reales, me impresionan menos que su deberes En general, cada vez que lo he atacado se ha atrincherado usted detrás de una montaña de sutilezas y vaguedades, que en el fondo le dejaban las manos libres. Salvo una excepción. Pero ¿qué sucederá si usted no accede a mi pedido? Una sola cosa, por lo demás bien insignificante: que mi vieja amistad por usted quedará singularmente quebrantada... Diría alguno que leyera estas palabras: ¿Y qué puede importarle a Batlle el omnipotente la amistad de Soca el caído? Eso depende de lo que haya dejado en pie del Batlle hombre el Batlle presidente. Yo sigo creyendo que usted no hará jamás esa pregunta. Pero sucederá, además, una cosa que no es insignificante, a saber: que un hombre muy noble y muy honrado no tenga el coraje de llenar un deber sagrado por miedo a un vulgar intrigante. Amigo Batlle: no se asuste de mi facundia Es probable que corra mucha agua bajo los puentes antes de que usted vuelva a recibir una carta mía, es posible que ésta sea la última. Es que, aunque yo hago razonamiento de fiera que usted no ha de contestar de ningún modo, adivino en las sutilezas y *feux fuyants* con que usted quiere encubrir su inercia, una resolución fría de cerrarme el paso, obedeciendo a no sé qué motivos oscuros, y, sin duda, infundados pero

de orden filosófico y enteramente impersonales. Sólo así comprendo, sin justificarlo, que un hombre de una complexión moral tan robusta y tan noblemente armónica pueda incurrir en pecados de ingratitud que serían, en un ser común, absolutamente monstruosos. Esto no me impedirá siempre ser su amigo real, aunque acaso no vuelva a cambiar con usted una palabra en el resto de mi vida. El eterno prestigio de estas amistades metafísicas, a fuerza de ser intelectuales: las comprendo demasiado para alimentar bajos rencores. Sus cóleras son simples forma de la tristeza. Lo saluda, *F. Soca*".

No cesa aún la indignación de Soca. Aparece otra carta, siempre sin fecha, encabezada por única vez, por un seco "Batlle: Había empezado a escribir a usted una carta en lenguaje culto y elevado, en que hacía resaltar todas las extrañezas de su conducta para conmigo desde la elección de marzo, carta que no tenía en el fondo otro objeto que provocar legítimas explicaciones que restablecieran la armonía superior que siempre ha unido nuestros espíritus, a pesar de las disidencias de procedimiento y de conducta. Pero han pasado 24 horas desde que escribí la tarjeta de anoche, tarjeta que exigía una satisfacción inmediata. Y esto ya pasa de la ingratitud a la injuria y me da una idea precisa del valor que atribuiría usted a mis palabras. Me guardo, pues, mi carta. La reemplazo por una sola frase: reúna toda su hombría de bien, reúna todas las vibraciones, todas las luces de su cerebro: todavía no comprendería la suma de emociones formidables que tiene esa humilde frase en sus entrañas. Al lanzarla estoy frío, sereno, casi imponente, porque siento que he cumplido mis deberes de hombre, de patriota, de amigo. Que usted pueda

decir siempre lo mismo, he aquí mi último deseo. Que ese poder que le da vértigos y lo arranca de su marco humano le sea leve. *Soca*".

Cuesta ubicar esta carta entre las que nos informan sobre este deplorable episodio que no podemos juzgar porque, aunque nos hemos permitido con frecuencia comentarios breves sobre los escritos de Soca, estas cartas, esencial y brutalmente políticas, no pueden comentarse aquí, porque nos internaríamos en un terreno evidentemente incompatible con el carácter de este prólogo. Tendríamos también la tentación de formular críticas a la intervención de los médicos en la política —en especial de un internista, el más esclavo de los médicos, sobre todo cincuenta años atrás— pero razones de espacio nos aconsejan suprimirlas.

XXIV

Soca no es elegido presidente del Senado en 1904, año tremendo para el país, desgarrado por otra revolución que termina sólo en setiembre, a raíz de la muerte, en el campo de batalla, de Aparicio Saravia, jefe, como en 1897, del ejército blanco. Tampoco es elegido presidente del Senado en 1905. No ha habido ruptura entre Soca y el Presidente de la República. Las llamaradas de las explosiones de Soca se extinguen pronto. En agosto de 1905 va al Congreso Médico Latino-Americano de Río Janeiro, donde pronuncia el opulento discurso que se lee en esta colección de sus escritos y donde presenta la primaria memoria correspondiente a un trabajo de largo aliento que son las "Relaciones entre el asma y la tuberculosis".

Pero este año tiene una importancia mucho mayor para él. Soca, que va a cumplir 49 años, se enamora de una joven bellísima, de familia altamente colocada, hija del Dr. Juan Carlos Blanco, figura de alto relieve en el foro y en el parlamento y de Doña Luisa Acevedo. Se casan el 5 de abril de 1905. La novia, Luisa María de las Mercedes, nació el 1º de mayo de 1882. Soca da como fecha de nacimiento el 24 de julio de 1862, y de ahí arrancan los errores que hemos señalado con anterioridad. Son testigos del casamiento el Dr. Eduardo Acevedo y D. José Batlle y Ordóñez. De este matrimonio ha de nacer, el 19 de julio de 1906, una hija: Susana. [58]

Apenas terminado el Congreso de Río, tiene tiempo de escribirle a un amigo, Don Emilio Goldaracena, un hombre realmente estimable, que se ha ido de Montevideo a Buenos Aires, a radicarse. El impasible Soca "que no tenía amigos" le escribe, con su tendencia a filosofar: "Vuelvo de Río con muchas cosas curiosas que contarle y me encuentro con su carta". "Usted se va triste. Deja aquí la mitad de su vida y toda su historia. Y esto es algo. La historia del hombre, ¿no es todo el hombre? Es verdad que usted va a continuar su vida. Pero llega fatigado y escéptico a su segunda etapa". "Será usted en las luchas de la vida lo que los viejos en el amor. Le falta el encanto de la ignorancia, el encanto de la sorpresa, la esperanza tan grande como el mundo. ¿Qué le pasará ya que no lo espere? Y su ambición será justa y proporcionada a su fuerza: ya no abarcará el mundo como en los primeros años y en las primeras luchas, ca-

58 Registro de Estado Civil. Libro de Matrimonios. Montevideo, 1905.

recerá de grandeza, carecerá de poesía. Y sin poesía, ¿qué es la vida?" "No hay lazo de unión más íntimo entre dos hombres que tienen alas propias que la comunión en el horror de los prejuicios y las coronas hereditarias que son el pan cotidiano de todos los necios, de todos los inferiores, de todos los snobs de que está llena la sociedad civilizada y acaso la salvaje".

XXV

El 20 de setiembre de 1904 la Cámara de Representantes aprobó un proyecto de ley de organización diplomática, que tuvo origen en la iniciativa propuesta por el Poder Ejecutivo siendo Ministro de Relaciones Exteriores el Dr. José Romeu.

Al considerársele en la Cámara de Senadores, el Dr. Francisco Soca, en octubre de 1905, aprobado ya el proyecto en general, propuso que se reabriera el debate para incorporar un artículo. Precedió la lectura de su texto, de la siguiente exposición que contiene muchos pasajes autobiográficos.

"En mis diversos viajes por Europa había yo notado la inutilidad perfecta de nuestras Secretarías de Legación, que son verdaderas y simples prebendas. De ahí la idea ya antigua que ha germinado en mi cabeza con el fin de hacer utilizar al Estado esos en la actualidad inútiles dispendios. Y nótese que al hablar de las Secretarías, no hablo de los Secretarios, excelentes personas en general que trabajan todo lo que su puesto puramente decorativo comporta. Mi idea era ésta: hacer de las Secretarías puestos temporarios, debiendo ser desempeñados por personas que no duraran en ellos más de dos años, lo que permitiría al Estado en-

viar sucesivamente a Europa a los jóvenes más brillantes que salieran de la Universidad, con lo que al cabo de algunos años tendría la República un haz de hombres distinguidos y sólidamente preparados en las diversas ciencias — morales y políticas o naturales — hombres que serían sin duda grandes factores de engrandecimiento y de progreso para nuestra patria".

"Dos palabras bastarán para fundar estas ideas".

"Sociólogos nuestros jóvenes conciudadanos — futuros conductores de hombres — habrían asistido por dos años al espectáculo de la vida de las grandes naciones — espectáculo educador, espectáculo lleno de enseñanza. En Europa, a causa de la violenta lucha por la vida, las pasiones se exhiben al desnudo y los movimientos de masa de las fuerzas sociales, de que resultan los fenómenos políticos, aparecen con un relieve brutal, de modo que lo que en nuestros medios simples apenas se adivina en la penumbra, allí se destaca con un dibujo audaz y con tal nitidez de contornos que parece una imagen proyectada en la tela de la linterna mágica. Así los factores de la política se sorprenden en sus más íntimos resortes y en sus más misteriosas acciones. Y no bastan los periódicos y las revistas para seguir la evolución de las sociedades. Para comprender los movimientos políticos es necesario incorporarse a ellos, dejarse arrastrar por la corriente y casi asimilarse los odios y los amores de los pueblos. Para comprender la Revolución Francesa es necesario haber visto al pueblo francés en uno de los grandes días en que protesta indignado contra las injusticias y las iniquidades de arriba".

"Nada, pues, reemplaza para el conocimiento de las sociedades a una larga permanencia en Europa".

"Además, al alejarse de la patria, los espíritus se calman, las pasiones más bravías se templan y se entra en una paz y en una serenidad que aguza nuestra visión y permite juzgar con hondura y ecuanimidad las cosas de la patria que, en las tormentas de nuestro medio ambiente, nos aparecían deformes o indescifrables".

"De lejos sólo se siente una inmensa piedad por la patria, un inmenso dolor por sus desventuras, un inmenso orgullo por sus grandezas, un inmenso anhelo por su engrandecimiento y sus progresos".

"Pero la política no agota la vida de un pueblo; lejos de eso, la política no es más que un medio por el que las sociedades puedan desplegar sus alas y marchar a sus destinos".

"Los pueblos viven de ciencia, de arte y de trabajo".

"Artista, encontrará un medio único que han formado 25 siglos de esfuerzos de humanidad entera. un medio en el que el arte se estima, se glorifica, se premia y se comprende".

"Arquitecto, podrá afirmar su ciencia y su gusto en la contemplación de todas las maravillas que el hombre ha creado para sus viviendas a través de los siglos, desde los severos, elegantes y magníficos templos dóricos, hasta las complicadas sutilezas del llamado modernismo, pasando por el simple y fuerte greco-romano, la augusta y solemne ojiva cristiana — las columnas y las arcadas gráciles, ligeras, casi aladas, y los prodigiosos encajes árabes, y las fastuosidades del Renacimiento".

"Escultor, tendrá delante de los ojos, legiones de estatuas asombrosas en que podrá estudiarlo todo, desde la nobleza, la simplicidad casi épica y el amor sobrehumano de las formas plásticas del desnudo grie-

go, hasta la atormentada escultura moderna en que quiere expresarse, con montones de mármol casi informe, toda la complicada psicología de nuestras almas sutiles y casi enfermas".

"Pintor, hallará concentradas en pocas ciudades todas las maravillas del arte, desde las cándidas figuras de fray Angélico hasta las lujuriosas florescencias del arte moderno".

"Médico, sentirá si tiene en la frente el sello del maestro, si ha nacido conductor de almas y de inteligencias, sentirá la necesidad de escuchar a los grandes maestros, de verles en la acción, de seguirles, de acompañarles, de resolver con ellos los grandes problemas de la ciencia y de la vida".

"Y cuando vuelva, después de haber coincidido cien veces con ellos en juicios decisivos, después de convencerse que ve como ellos las cosas con su orientación natural, cuando vuelva, traerá esta conquista preciosa e irreemplazable, cualidad primordial, marca inequívoca del maestro: la fe en sí mismo — la confianza en sus fuerzas — la conciencia de la superioridad, sin la cual la ciencia es una mentira o una estéril y vana fantasía".

"Ingeniero, podrá contemplar los más grandes monumentos que ha dejado tras de sí el genio de todas las razas, y asistir, por decirlo así, a la erección de las construcciones grandiosas y audaces que son el sello de la época moderna, y completar así la ciencia adquirida con la suprema lección de las cosas".

"La utilidad, pues, de estos viajes a Europa por todos los que han cultivado las artes y las ciencias, es evidente".

"Los resultados finales para el país son también manifiestos. Al cabo de algunos lustros, y casi sin esfuer-

zo, una verdadera legión de hombres de primer orden que pueden tener — y como he dicho antes tendrán — sin duda sobre su engrandecimiento futuro la más grande y legítima influencia. No podrán ir todos, ni aun todos los que valen sin duda — pero irán los primeros — los superiores — los futuros maestros los futuros conductores de hombres, y eso basta. En efecto: médicos, abogados, ingenieros, se hacen en el país muy suficientes y muy capaces de servir honrada y noblemente a la humanidad y a la patria. Lo que queremos, a lo que aspiramos, es a formar una verdadera legión de hombres distinguidos — superiores si es posible — de maestros en el alma, que formen a su vez legiones de discípulos y todos juntos trabajen con noble ardor por la grandeza de la patria".

"Los hombres de esta generación no tocaremos acaso los beneficios de la innovación que propongo; pero ¿qué importa? La vida de un individuo es corta; la vida de un pueblo es larga; sembramos para el porvenir; trabajamos para las generaciones que siguen. Las leyes no deben abarcar sólo el radio estrecho del presente: ¿por qué no han de ser previsoras?, ¿por qué no han de tener en cuenta la vida de la nación tanto como la vida del individuo? La generación que sigue recordará acaso con mucho cariño a los que han pensado introducir ese pequeño, este humilde inciso, en una gran Ley de Organización Diplomática".

"Desgraciadamente la idea no es realizable en la forma en que yo la había concebido. Las Secretarías, por la nueva organización que dará el gobierno a las Legaciones, serán fuentes de trabajo que comporte la remuneración que recibe".

"Pero hemos pensado entonces, tanto el señor Ministro como yo, como la Comisión de Legislación, que

lo que no era posible hacer con las Secretarías podría hacerse con los puestos de Oficial de Legación o con los adictos de que ya habla la ley, aunque dejándolo al arbitrio del Poder Ejecutivo".

"Es de acuerdo con esas ideas que hemos formulado con el señor Ministro el artículo aditivo de que se dará enseguida lectura".

"Esto importa, como se ve, y contrariamente a la idea primitiva, una pequeña erogación para el Estado. Pero tal erogación es nimia en relación a los beneficios que el país ha de recibir de esa ley en el futuro. Y debe sobre todo parecer nimia, si se recuerda que todos los legisladores, y el país con nosotros, están desde hace algún tiempo poseídos del más grande y legítimo espíritu de progreso, y que no hemos vacilado un instante en votar sumas considerables para importantes obras y trabajos públicos".

"Recientemente hemos votado tres millones para caminos, la Cámara de Representantes ha votado un millón para edificios escolares, y no hace todavía mucho tiempo que votamos todos, muchos centenares de miles de pesos para el edificio del Cuerpo Legislativo. Y votar ahora esta pequeña suma, que no alcanzará a cuatro mil pesos mensuales, sería ser consecuente consigo mismo, y servir precisamente los mismos propósitos y los mismos ideales".

"En efecto, hay una estrecha solidaridad entre las cosas y los hombres. Las grandes cosas son excelentes, pero se necesitan hombres hábiles y aun grandes hombres para realizarlas. Y puede decirse que los hombres preceden necesariamente las cosas, las suscitan y las provocan. ¿Por qué recién ahora los gobiernos han pensado en hacer caminos? ¿Por qué el Gobierno actual,

que procede en general con método y orden, se ha atrevido a abordar al fin una obra tan gigantesca? Sin duda alguna porque recién ahora hay un cuerpo de ingenieros nacionales instruidos y prácticos, y por consiguiente a la altura de la misión que les aguarda".

"De este modo si queremos grandes progresos, es necesario que creemos primero los hombres capaces de realizarlos; si queremos la obra debemos querer el obrero; y si queremos quedar conformes con nosotros mismos al votar millones para grandes trabajos nacionales, debemos al menos votar sumas modestas para crear los grandes trabajadores que en el porvenir las agranden, las mejoren y respondan así a todos los *desiderátums* que el porvenir reserve a las generaciones venideras. Esta ley no creará, en verdad, los soldados de fila que son, al fin y al cabo, los obreros fecundos, pero puede crear los maestros, las cabezas, los grandes iniciadores".

"Artículo 28: "La Universidad de la República presentará cada dos años a la consideración del Poder Ejecutivo una lista de estudiantes sobresalientes, que por sus condiciones especiales de inteligencia, aplicación, moralidad y escasez de recursos, merezcan ser enviados a Europa y a Estados Unidos de América . ."

"Hemos pensado con el señor Ministro, que acaso sería bueno también extender los beneficios de este artículo a la Legación en Estados Unidos".

"Es evidente, y todos lo saben, que es ése un gran país en que hay gran número de cosas que aprender. Aunque nuevo, es ya viejo por sus formidables progresos".

"Debe, pues, pensarse no solamente en la Europa, sino también en la gran República Americana".

(Continúa leyendo):

..."que merezcan ser enviados a Europa o Estados Unidos de Norteamérica a perfeccionar sus estudios".

"De dicha lista serán elegidos los tres que a juicio del Poder Ejecutivo deben ser por dos años, agregados de Legación con la dotación indicada en el artículo anterior".

"Creo que eso es todo. Tres cada dos años me parece muy suficiente. Es difícil que surjan más de tres hombres, al menos de las condiciones que yo supongo, en tan corto espacio de tiempo. Habrá uno cada año, o dos todo lo más; tres es poco menos que imposible, y por eso mismo debe advertirse muy precisamente que la Universidad puede no proponer ninguno, o el Poder Ejecutivo rechazarlos todos si el hombre verdaderamente superior a que yo me refiero no apareciese".

"Y no se trata de una simple superioridad relativa, sino de un hombre que sea capaz de ser maestro, que tenga el verdadero vuelo del maestro y sea capaz de subir sin vértigos a las mayores alturas. Es un honor que no ha de dispensarse sino en estas especiales condiciones".

Ante una observación del senador Lenzi, respecto de que los elegidos debían surgir de una lista de estudiantes enviada por la Universidad, Soca aclaró el alcance de su pensamiento: "Yo he dejado esto expresamente al criterio del Consejo Universitario pero quedando establecido como espíritu de la ley, que no tenían que ser necesariamente estudiantes sistemáticos. Que si en un caso extraordinario, por ejemplo, aparece un hombre que por sus trabajos se revela con rasgos geniales, el Rector de la Universidad puede y debe elegir a ese sujeto; es decir, sustituir un hombre

mediocre, aunque sometido a la disciplina universitaria, por un hombre superior que no tenga estudios sistemáticos. Justamente, muchos de los hombres más célebres con que se honra la humanidad, no han seguido esos estudios". "Y si se revela, por ejemplo, un ciudadano en pintura", observó el Dr. Lenzi. "También; sí señor", respondió Soca, que ante las dudas expuestas acerca de que el Rector no fuera persona competente en la materia, agregó: "El Rector de la Universidad, que conoce su deber, sabrá asesorarse de las personas que puedan ilustrarlo. Por lo demás, en el mismo caso, están los cuerpos políticos, las Cámaras y el Honorable Senado; ninguna de ellas es competente y si quieren proceder con tino tienen que asesorarse a menos de negar su protección a los hombres más meritorios".

"El Rector de la Universidad o el Consejo Universitario es una autoridad independiente, que sólo puede y debe obedecer a su ilustrado criterio, y es precisamente por eso que podría juzgar con firmeza y con entera imparcialidad, no teniendo interés condenable en favorecer a nadie. Son los grandes directores de la instrucción pública, y ellos han de tener la capacidad suficiente para decir quien es el que más vale, y la suficiente independencia para acordar la plaza sólo al que más vale. Por esa circunstancia es que yo hago radicar esa facultad en la Universidad".

El Dr. Eduardo Lenzi, admitió que existiera un hombre superior que no hubiera sido estudiante. "Es difícil que un hombre superior no haya sido estudiante; — subrayó Soca — sería un garbanzo de libra; pero basta que todos digamos que tal es el espíritu de la ley y que en un caso especial puede elegirse a quien no sea estudiante".

Sugirió el Dr. Lenzi la supresión de la palabra estudiante. "No, — respondió Soca, — porque serán principalmente estudiantes. Sólo en casos extraordinarios, cuando un hombre superior se revela por medios inequívocos, podrá salirse de esa regla que se traza. Esa regla es para casi todos los casos comunes, pero hay casos excepcionales que es preciso saber respetar. Si el Senador desea que se exprese más claramente en la ley, no tengo inconveniente ninguno en que se aclare. Esa ha sido mi intención". Agregó aún al respecto: "Nosotros declaramos expresamente que el espíritu de la ley es éste: que puede elegirse en un caso excepcional, un hombre superior que no haya seguido estudios sistemáticos. Ahora, si el señor Senador quiere aclarar el artículo, no tengo inconveniente en acompañarlo, y creo que el señor Ministro no se opondría tampoco; pero me parece que después de esta discusión es indudable que todo el mundo la interpretará de esa manera". El Senador Lenzi propuso que se suprimiese la palabra *estudiantes* y se pusiera *jóvenes sobresalientes* y preferentemente *estudiantes*". Soca manifestó su asentimiento; así como en vez de decirse "Universidad de la República", se dijera: "el Consejo de Instrucción Secundaria y Superior". A los sentimientos de Soca, que tanto había luchado para ampliar sus conocimientos, para rehacer su carrera de médico en Europa, el motivo del artículo por él propuesto, le tocaba muy de cerca. Fue aprobado con el número 29 de la ley orgánica del Cuerpo Diplomático el 21 de mayo de 1909, con el siguiente texto: "El Consejo de Instrucción Secundaria y Superior de la República presentará cada dos años a la consideración del Poder Ejecutivo, una lista de jóvenes sobresalientes, de preferencia los que hayan concluido su carrera científica

en la Universidad, que por sus condiciones especiales de inteligencia, aplicación, moralidad y escasez de recursos, merezcan ser enviados a Europa o a Estados Unidos de Norteamérica a perfeccionar sus estudios. De dicha lista serán elegidos los tres que a juicio del Poder Ejecutivo deban ser por dos años agregados de Legación, con la dotación correspondiente a Oficial de Legación".

XXVI

En el año 1906 Soca alcanza el honor que le ha causado tanta irritación y tanto disgusto, esa Presidencia del Senado que ha constituido su máxima ambición. El historiador norteamericano Milton Vanger, que ha reunido tan minuciosa documentación sobre Batlle,[59] ha acumulado todas las referencias para explicar cómo esta vez, interesado Batlle en que no sea reelecto el Dr. Juan Campisteguy, Presidente del Senado, inclina decididamente toda su influencia a favor de Soca, que es ¡al fin! electo por nueve votos contra ocho. Ya está ungido vice-presidente de la República, título que lo ha seducido en tal forma que, cuando diez años después tiene, de acuerdo con las exigencias académicas, que presentar el resumen de sus méritos y servicios a la Academia de Medicina de París, pone tras su nombre: "senador, antiguo vice-presidente de la República". Pero al fin del año cesa su período senatorial. En 1907 deja de ser legislador. En mayo debe renovarse también el Rectorado de la Universidad. Son electos para integrar la terna que debe elevarse al Poder Ejecutivo, los profesores de

59 Milton I. Vanger, *José Batlle y Ordóñez*, Buenos Aires, 1968, pág. 219

Derecho, Dr. Duvimioso Terra, de Medicina, Dr. Francisco Soca, y de Derecho, Dr. José H. de Freitas. La elección se celebra el 19 de mayo de 1907. El Poder Ejecutivo, a cuya cabeza actúa un ilustre universitario, el Dr. Claudio Williman, elige a Soca, que presta juramento como Rector de la Universidad el 29 de mayo de 1907. Desempeñó poco tiempo sus tareas de Rector, porque el 5 de febrero de 1908 fueron aprobados sus poderes de Representante por el Departamento de Canelones. [60] De su corto pasaje por el Rectorado ha quedado el discurso en el Primer Congreso de estudiantes americanos que, por iniciativa de Héctor Miranda, tuvo lugar, con brillo nunca igualado, en Montevideo. La ceremonia inaugural, que tuvo lugar en el Teatro Solís, fue un torneo oratorio en el que, además del discurso del Rector que figura en esta selección de obras de Soca, se escucharon los de Héctor Miranda, Oscar Fontecilla, chileno, y Mauricio de Lacerda, brasileño, que causaron sensación.

En estos años, 1906-1908, la actividad intelectual de Soca es ilimitada Alcanza, en la Clínica Médica, real esplendor; publica varios trabajos en las revistas científicas francesas de mayor categoría. Como siempre, en su falta de interés por las publicaciones en las revistas de medicina rioplatense, consigue que la inmensa mayoría de los colegas locales no se enteren de sus trabajos porque las revistas europeas están poco difundidas en nuestro ambiente y la sección revistas de la biblioteca de la Facultad está en el período de formación. Algunos de esos trabajos son originales —recordar la división que él formulaba— y otros

60 Archivo de la Universidad. Montevideo Copiador 1907

traducen largas y cuidadosas observaciones.[61] De algunos de ellos —las dos memorias sobre las relaciones entre el asma y la tuberculosis— él mismo, tan exigente, ha dicho: "creo que son mis mejores títulos científicos".

XXVII

Esa misma prodigiosa fecundidad se manifiesta en su labor legislativa. Donde asoma un asunto de interés general, Soca interviene. No es el parlamentario charlatán que simula o siente necesidad de prodigar su intervención en cualquier debate sin aportar más que su pasión o la evidencia de su superficialidad. Los anales legislativos que hemos consultado, contienen la versión de los discursos de Soca, de sus intervenciones menores, pero además, en sus libretas de apuntes tropezamos a veces con algún borrador que nos impresiona por su frescura y nos seduce con el encanto de poder seguir ese pensamiento que se nos muestra cada vez más ágil. Se discute la ley de farmacias. Hay que comprender qué era la farmacia hace sesenta años. Inexistentes los laboratorios que le han devorado su real actividad, la farmacia, o mejor, el farmacéutico, era la ayuda esencial para la terapéutica que el médico consignaba en sus recetas que había que redactar y laborar: el papel del clásico "boticario" no se reducía a

61 Dr Francisco Soca, *La rougeur permanente de la peau dans l'insuffisance surrénale Tribune Médicale*, 19 janvier 1907, *Les paralysies de la béquille. Nouvelle Iconographie de la Salpetrière*, pág. 71, 1906, *Sur un cas d'érytheme noueux ayant duré 12 ans, guéri par les injections intraveineuses de sulfate de quinine Archives des maladies cutanées et syphilitiques* 1908, *Les rapports de l'asthme et la tuberculose Archives générales de Médecine*, 1ère Mémoire, pág. 1601, 1906, *Rapports de l'asthme et la tuberculose. Asthme frustré. Asthme secondaire 2ème. Mémoire. Archives Générales de Médecine*, 1907.

la agobiante tarea de bajar de una vitrina una caja o un frasco que contiene los medicamentos, como se baja una caja de zapatos o un juego de vasos de un estante. Sólo así se comprenderá el discurso que, esqueléticamente, hemos de extraer de su borrador, siempre tan sin correcciones en su incomparable espontaneidad. [62]

El 21 de octubre de 1909 la Cámara de Representantes considera el tema. "Yo no tengo nada que decir sobre el proyecto en general, manifiesta Soca, porque me parece que debe aprobarse: pero en el articulado hay un exceso de celo por los farmacéuticos, que debe corregirse, y yo creo que podría darle algunas ideas a la Comisión, si me oyera". Después de enunciar sensatas consideraciones sobre el proyecto, insistió con humildad: "Yo por mi parte, si se me llamara, me comprometo a comunicarle todo cuanto sé de práctica en estas cosas, que no es poco. Todos los que somos médicos sabemos muchas cosas a ese respecto". Este es el origen de la exposición contenida en la libreta de apuntes aludida, de las referencias y apreciaciones de Soca sobre el proyecto de reglamentación de las farmacias, convertido en ley el 25 de abril de 1910.

Desde el principio Soca juega con el tema: "Malos vientos corren, según parece, para todo el que sea osado a combatir a los señores boticarios, mis amigos, al fin y al cabo. ¿Qué hubiera sido de mí sin ellos? Esta vez triunfan en gran estilo, como dicen los franceses y yo, que estoy frente a ellos, yo que voy a combatirlos, casi me alegro. La amistad libera extrañas batallas a la justicia en nuestra propia alma. Pero observo que los señores diputados me com-

---

62 Museo Histórico Nacional. Montevideo. Colección de Manuscritos. Tomo 1890.

prenderán apenas. Me explico, pues. Ellos me han dicho solemnemente: renunciad a combatir a nuestros amigos, siquiera sea porque vuestra derrota es segura. Nosotros hemos visitado a los diputados, los hemos convencido y tenemos el voto de la mayoría. Llegamos, vimos, vencimos. ¿Es esto verdad? Yo por mi parte no necesito ni siquiera saber nada. Tengo una causa que defender e iré adelante. La victoria, la derrota, son cosas secundarias. Además tengo una gran confianza en el buen sentido, y la liberalidad profunda de esta Cámara. Las promesas de votos acusan convicciones respetables y las convicciones pueden modificarse y tal es su destino natural, con los hechos y los razonamientos. Estudiemos desde luego el ambiente, cosa necesaria porque toda ley debe adaptarse al país con sus condiciones económicas, financieras, sociales, profesionales"... "Las farmacias de nuestro país pertenecen por un poco menos de la mitad a farmacéuticos y por el resto a particulares con un regente farmacéutico que es el único responsable de las operaciones de la Farmacia. ¿Qué resultados ha dado hasta aquí este sistema mixto? Hay la costumbre de decir que muy malos. Los que esto afirman piensan mal lo que dicen y se dejan llevar por un prejuicio que anda en el aire, arrojado por no sé quién. Como la calumnia viajera, venticello imperceptible al principio, ruido incómodo después y estallido universal ciego e incontenible al fin. Yo, que no me dejo envolver por esos rumores vagos, por esas afirmaciones sin autor y juzgo por mí mismo y pienso por mis sesos, y tengo detrás de mis afirmaciones veinte años de práctica y la masa imponente de ciento cincuenta mil recetas ejecutadas por nuestros

boticarios, yo digo lo contrario y lo digo con la íntima energía y la convicción más profunda, yo digo que nuestras farmacias son excelentes y que en estos veinte años de experiencia no he tenido ocasión de quejarme diez veces de nuestras farmacias y que jamás he tenido ningún incidente serio, absolutamente ninguno. Yo no les digo que he sido engañado. Yo sé mi oficio y si el medicamento no correspondiera al efecto buscado, ruego a la Cámara crea que yo sabría descubrirlo." "Lo que yo digo lo dicen todos los médicos hábilmente interrogados. A la primera pregunta todos responden: mal, pero yo les he replicado: ¿ha tenido Ud. incidentes, le han fallado a Ud. los medicamentos? Y todos tienen que responder que los incidentes son rarísimos y que la mala preparación no es más rara que en ningún país del mundo. Y yo añado, la denuncia por envenenamiento debido a la torpeza del farmacéutico es infinitamente rara." Aquí no se llega a hablar de semejante cosa ni por excepción. "Es probable que, a menudo, a causa de la competencia, alterarán algo las dosis, pero esto sucede con la farmacia cuyo propietario no es farmacéutico, y aun en aquéllas cuyo propietario es regente. El mal no está en la regencia: el mal está en el exceso de farmacias y es actualmente inevitable o, mejor, tiene un remedio duro: la limitación de farmacias. Pero al llegar a este punto protestan vivamente los farmacéuticos". Siguen reflexiones sobre los principios morales de los farmacéuticos, sobre las dificultades del negocio. Habla con exaltado lirismo del heroísmo de la profesión de médico y concluye que si hay inmoralidad entre aquellos también suele haberla en nuestras filas. "Los farmacéuticos

recalcitrantes no se dan fácilmente por vencidos. Es imposible que una farmacia sin farmacéutico pueda andar bien y andará mejor si pertenece a farmacéutico..." "El delegado del Centro farmacéutico se entregó en la Comisión a una argumentación oscura, de la cual parece surgir que sólo los farmacéuticos serían capaces de analizar cierta sustancia antes de librarla al público. Esto en general es falso." Acción del regente. Si ha de legislarse sobre este asunto, plantea las cuatro situaciones que pueden presentarse en las farmacias: "1º El sistema de la libertad absoluta; 2º El sistema de la regencia; 3º El sistema de la propiedad parcial: 4º El sistema de la propiedad total." El primero "ha existido siempre en Estados Unidos y sólo desde hace algunos años se ha sometido el ejercicio de la farmacia a alguna reglamentación. Existe también en algunos Estados del Brasil y en otros países. Yo no creo deba discutirlo porque no corresponde a nuestra vida ni se encuentra en el conjunto de nuestras leyes." Desarrolla el tema del interés social de la farmacia, de la complejidad de la farmacia y su importancia, de poner, tal vez, un límite a la prohibición del comercio libre: "debe acordarse todo lo que la defensa social más rigurosa exija, nada más. Debe acordarse todo lo que sea necesario, pero nada más que lo que sea suficiente". Analiza esta idea: "Hay pues, una primera faceta a tener en cuenta, la libertad del comercio, la absoluta libertad de los habitantes de la República de *emprender* lo que crean conveniente". "Otra faceta considerable es el farmacéutico. Este es, por decirlo así, un instrumento de policía sanitaria y por consiguiente un factor considerable de defensa social. Una ley regla-

mentaria de farmacias debe tenerlo en cuenta en primer término. Pero es necesario no ir más allá de lo justo, es necesario no hacer una ley de defensa profesional en vez de hacer una ley de defensa social". "Debemos dar al farmacéutico todo lo que la salud pública exija: nada menos pero nada más. Su destino profesional no nos interesa sino en tanto que está encadenado a la defensa social". "Tercera faceta interesante es el dependiente de farmacia. El dependiente, cuando la práctica lo ha hecho hábil y competente, es una de las fuerzas de la farmacia". Estudia y elogia la tarea del dependiente "ultrajado por la pretenciosa e inútil suficiencia del farmacéutico". "Debe contemplarse su situación". "Esto sentado, ¿cuál es el mejor de los tres sistemas indicados?: ¿el de la regencia, el de la propiedad parcial, el de la propiedad exclusiva?" Analiza con calma las ventajas y los inconvenientes y se inclina a pensar que el sistema preferible es el de la propiedad parcial por parte del farmacéutico, mencionando las formas diversas en que puede intervenir con su parte de capital: cómo lo imperioso es el aspecto de defensa de la sociedad, busca la responsabilidad del farmacéutico respaldada por la solidez de su posición en la propiedad de la farmacia, de que no disfruta el regente. Rechaza la propiedad total, que excluye al farmacéutico pobre. Es sorprendente verlo moviéndose entre las situaciones y las soluciones, ágil, previsor, interesado por el asunto y preocupándose de las posibilidades de los colaboradores secundarios.

Su característica es el agotamiento de los temas: en tiempos de Cuestas, ante un proyecto del Ejecutivo destinando unas decenas de miles de pesos para construcción de un grupo escolar en la capital, asunto que

ciertamente no le es familiar como pudiera decirse del de la organización farmacéutica, sostiene una polémica en Cámara con el Dr. Carlos A. Berro, que se opone, porque quiere hacer más escuelas rurales, no urbanas. Su análisis del analfabetismo y de sus causas verdaderas, es sutil: la sagacidad de Soca desenvuelve argumentos. Berro presenta estadísticas que Soca pulveriza, porque, además, dice de la estadística: "se le puede hacer decir todo lo que nuestros prejuicios ven en ella. Son cuerpos sin almas. Cuando han surgido bruñidos y enhiestos de los cálculos más complicados, es todavía necesario infundirles el espíritu, es decir, interpretarlos, investigar las influencias a menudo oscuras que las han engendrado". El Dr. Berro opina que "el analfabetismo depende del escaso número de escuelas rurales: no cuenta las escuelas vacías, simplemente porque no quieren ir". Analiza el problema —primeros años de este siglo— de las distancias de las escuelas: acumula a su vez porcentajes estadísticos del alumnado y concluye, con su firmeza habitual: "El factor más importante, sin duda alguna, de la despoblación de nuestras escuelas rurales y, por consiguiente, del atraso e ignorancia de nuestra campaña, es la violación perpetua y casi inevitable de la ley de educación común". "Interróguese a los maestros rurales: la causa es simple, precisa e intergiversable: los padres no quieren mandar a sus hijos a la escuela. Y no hay medio serio, por el momento, de obligarlos a cumplirla". Y como toda la oposición de su contrincante radica en que considera que en lugar de edificar un grupo escolar montevideano, como proyecta Cuestas, han de emplearse las sumas posibles para construir escuelas en campaña, Soca,

con ese don de elocuencia que ilumina todos sus discursos, dice: "¿Por qué ha esperado hasta ahora, si lo creía tan importante, precisamente, cuando surge un proyecto útil y concreto? El problema de la escuela rural sería de una dilación enorme. ¿Por qué una idea noble y grande ha surgido así, de improviso, como argumento contra esta idea también noble y grande, espontánea y querida? En resumen, el doctor Berro se niega a votar un progreso que se nos ofrece, en nombre de otro progreso que nadie nos propone".

Son largas estas transcripciones, pero si no las hacemos traicionaríamos la exposición del pensamiento de Soca: su figura se completa. Sería, creemos, deplorable acallar todas estas manifestaciones de un talento, cuya revelación acrece con el material que, sin preocuparse de él, ha dejado. Como ha hecho el Profesor Pivel Devoto en la inimitable vida de Francisco Bauzá, es preferible dejar hablar al protagonista antes que acumular juicios críticos o disquisiciones que en manera alguna tienen el carácter vívido que ilustra todas estas actuaciones. Por eso no tememos abrumar esta exposición con citas que no pueden omitirse. En este año 1907, alrededor del cual vamos escalonando trabajos, el Presidente Williman, un gran Presidente, gran universitario, profesor infatigable, decano, Rector, eleva al Parlamento, con su Ministro de Industrias e Instrucción Pública, Gabriel Terra, un hombre de despierta inteligencia y de iniciativa, un proyecto con reformas a la Ley Universitaria que, creada por la acción sin par del Dr. Vásquez Acevedo, ha presidido la evolución claramente ascendente de la Universidad de la República. Williman envía el proyecto de reforma el 24 de mayo de 1907.

Se discute largamente: la ley orgánica resultante lleva la fecha 31 de diciembre de 1908.[63]

XXVIII

El arquitecto José Claudio Williman, al reseñar la nutrida vida pública de su ilustre padre, resume en forma concreta las tres o cuatro ideas fundamentales que campean en el proyecto, y señala, en las ampliaciones propuestas a la ley de 1885, el aumento de la autonomía universitaria, el aumento de la autonomía de cada Facultad, la intervención de los estudiantes en el gobierno de la Universidad. En la invalorable documentación del Museo Histórico Nacional aparece el borrador de lo que Soca va a exponer sobre asunto tan importante: Soca es Rector en el momento de entrada del proyecto a las Cámaras, pero desde febrero de 1908 es otra vez diputado y tiene todo el año para intervenir. Lo hace con su calor —si se quiere con su exageración— de costumbre. Dicen sus apuntes: "Hay en economía política un principio fecundo entre otros: el principio de la división del trabajo. Ese principio podría formularse así: aplique cada cual sus facultades y dirija cada cual su acción a las cosas que le son familiares y a los asuntos que conozca a fondo y pueda abordar y analizar con seguridad y perfecta competencia; deje a los demás las demás ramas del trabajo. Así, de todos esos esfuerzos parciales sabiamente combinados, armónicos y concurrentes, resultará la buena economía social, la fortuna pública y privada, el bienestar y el progreso

63 José Claudio Williman, *El Doctor Claudio Williman. Su vida pública.*

de los pueblos. Y este principio es verdadero y es elemental en todos los órdenes de la ciencia y la actividad humanas. Que cada cual si quiere ser fuerte, haga sólo lo que sepa bien y haya hecho muchas veces. Fuera de esto no hay más que error, dolor, ruina y resonantes fracasos. ¿Quién concibe a un abogado curando enfermos, a un ingeniero defendiendo el honor o la fortuna, a un médico echando puentes y levantando torres?" En violación de esos principios "vemos una corporación abigarrada, compuesta de abogados, médicos o ingenieros, dirigir los destinos de la Universidad, no sólo en lo que se relaciona con las leyes de pedagogía superior, que son comunes a todas las ciencias, no sólo en las reglas y procederes administrativos que son comunes a las diversas Facultades, sino en cuanto resuelve a diario los más vastos, los más abstrusos como los más simples problemas técnicos que son especiales, particularísimos, exclusivos de cada Facultad y de cada ciencia, es decir que resuelve a diario gravísimas cuestiones en ciencias de que no tiene las más elementales nociones la mayoría inmensa de sus miembros". "Veamos de cerca lo que pasa en el actual Consejo Universitario: puedo decirlo con cierta autoridad por haber presidido algún tiempo sus sesiones y haber pasado por todas las angustias y todos los conflictos de conciencia en que viven perpetuamente sus muy honorables miembros. Se abre la sesión. El Decano de Medicina propone una cosa muy grave y una cosa muy simple, al menos en la apariencia: un nuevo plan de estudios, el nombramiento de un profesor. El Decano desenvuelve con elocuencia y vasta erudición sus principios pedagógicos y demuestra sin ré-

plica que la suerte de la Facultad está encadenada a sus planes salvadores, que si no se adoptan es el derrumbe y es el fin de todo. Y si alguien observa que es el décimo plan que ha visto defender en poco tiempo y siempre con el mismo vibrante entusiasmo y siempre con las mismas previsiones apocalípticas, una réplica técnica fulgurante lo derriba. ¿Qué pueden hacer los abogados, qué pueden hacer los ingenieros que escuchan un lenguaje que no comprenden? Unicamente votar, únicamente asentir a lo que pide o manda el Decano desde lo alto de su autoridad y su indiscutible competencia... Y ahí tienen Uds la Facultad de Medicina entregada a los sueños o las fantasías, acaso a las pasiones o a las secretas ambiciones de un solo hombre. La Facultad es un unicato".

Insiste con su tesón persuasivo, y desarrolla la idea de que así, la Universidad descarga en un solo hombre problemas fundamentales. Se le ocurre entonces que por la forma de integración del Consejo Universitario puede llegar otro médico. Divergencia entre los dos: "¿Qué hace el Consejo? ¿Decidir entre los dos?" Demostración de que los abogados e ingenieros no pueden intervenir en un caso como el planteado. Y para los que creen que las cosas pueden solucionarse con el buen sentido: "facultad peligrosa entre todas Aplicad el buen sentido, el simple y desamparado buen sentido a las cosas de la ciencia y veréis a qué desastres se aboca vuestra acción ciega e inconsulta. Curad enfermos con el simple buen sentido y morirán todos si os falta la experiencia y la ciencia profunda; elevad monumentos y os aplastarán bajo sus ruinas. ¡Ah! la ciencia y la vida serían có-

modas si el simple buen sentido pudiera conducirnos y superar todos los obstáculos. Pero el buen sentido no es más que la facultad —una facultad maestra, una facultad decisiva, sin duda—, de aplicar los principios de la ciencia y los datos de la experiencia a las oscuras realidades. Los que se parapetan detrás del buen sentido para juzgar de cosas que no conocen son a menudo pedantes peligrosos o buenas gentes que no tienen idea alguna de las más elementales exigencias del método en la investigación de la verdad". "¡La elección de un profesor! Los cánones están en regla, las señoras le han hecho una reputación, los hombres. como siempre, han seguido: el hombre es intangible. El Decano, excelente hombre y excelente amigo propone. ¿Quién se atrevería a violar una majestad consagrada por el asentimiento universal? No queda sino votar. ¿Cuál de esos buenos señores que no son médicos puede oponerse al nombramiento por razones médicas? Votan, pues, sin saber lo que hacen y resuelven los conflictos de conciencia que el caso suscita dejando al Decano la responsabilidad entera de su propia acción: es decir, no votan, que la elección es una parodia y que resurge más fuerte, más exclusivo y más absorbente que nunca el famosísimo unicato. Pero un médico se levanta y dice sin vacilar que ese hombre es una invención social y la propuesta debe ser rechazada. Y alega razones más médicas, graves razones médicas. El Decano replica y exhibe la lista de sus títulos y sus trabajos, trabajos médicos, títulos médicos y los discute con razones médicas, contra-réplicas y nuevos hechos y nuevos juicios y nuevas razones estrictamente técnicas y rigurosamente médicas. Y en este barajar de hechos se

ha tratado siempre de fisiología, o patología, o clínica, o dermatología, o cirugía u obstetricia, ciencias que el Consejo no conoce, ciencias de las que el Consejo no tiene las nociones más elementales. Es que en realidad, para juzgar con acierto a un profesor se precisa saber casi tanto como él mismo. ¿Qué hacer pues en medio de este mundo desconocido y de esta ardiente controversia en una lengua casi extranjera? Pues no votar o mejor votar vaciando su conciencia en la conciencia del Decano, votando lo que propone el Decano que parece ser y es realmente el órgano más autorizado. Y es a esta abdicación que se llega casi siempre si bien con nobles protestas que no pueden menos que escapar a las almas honradas y altivas en estos dolorosos conflictos de la conciencia. Y esto no es fantasía, es la pura realidad vivida. Yo he oído exclamar muchas veces a los más nobles y puros entre los miembros del Consejo, y cito al doctor De María, que puede servir de modelo: "yo no puedo votar sino por autoridad, yo no puedo votar sino lo que el Decano aconseja". "Y el unicato resurge en este asunto tan simple, más fuerte, más voluntario y más despótico que nunca". Soca insiste en destacar cuál es la situación del Consejo actual. Y observa que se aduce que "ese sistema que pretendéis absurdo y hasta extravagante ha dado resultados maravillosos. Comparad la Universidad de nuestros días con la antigua Universidad pintoresca en que los viejos han pasado tantas horas amables. En la antigua Universidad todo se limitaba a algunas nociones de ciencia muy sumarias, y sobre todo, absolutamente teóricas, y a la enseñanza del Derecho. En cambio, en el presente, ¡qué vuelo, qué amplitud, qué fuerza y qué

grandeza!". Continúa el elogio de la evolución y crecimiento universitarios, notorios, naturalmente. Llega a afirmar, que "la Universidad ha alcanzado el vuelo magnífico de los últimos veinte años *a pesar* del Consejo Universitario, por la sola expansión de las fuerzas naturales de la República". Desarrolla este tema. Formula la comparación de las épocas pasadas y de las actuales: "Veamos como ejemplo la Facultad de Medicina. Hace veinte años las cátedras de la Facultad de Medicina eran lo que se llama *res nullius* y el primer patán podía aspirar a la nobilísima investidura porque faltaban por completo los hombres". Describe luego el surgimiento de los elementos nuevos que han llevado la Facultad a altos planos. Muestra la lucha por las cátedras: "Ahora los hombres sobran. Hace falta a los Consejos la ponderación, el espíritu de justicia, y, sobre todo, la altísima y especial competencia". Y ahora que hay que elegir con cuidado frente a muchos candidatos, los Consejos deberán ser especializados. Pasa lo mismo en la Facultad de Matemáticas: "Los profesores se han impuesto siempre por imperio de la necesidad. Los profesores se han nombrado casi por sí mismos, pero esa Facultad ha hecho progresos tan sorprendentes, y todavía más rápidos que la Facultad de Medicina, y ya le hace falta un Consejo especial". Y en Veterinaria y en Agronomía, Facultades jóvenes, hay que traer profesores extranjeros. Y resurge aquí de nuevo y en muy graves circunstancias el eterno unicato en que se resuelven siempre nuestras vetustas instituciones universitarias. "El Consejo no ha hecho atrocidades gracias al tino de sus componentes. Cambio de circunstancias. La reforma se impone. No hay ninguna

razón científica ni lógica ni histórica para conservar una organización tan arcaica. ¿Cómo reemplazarla, cómo organizarla?" "Nada es más sencillo, dando a las Facultades su autonomía, adoptando las fórmulas cuya excelencia ha demostrado la experiencia universal, las fórmulas que han adoptado definitivamente todos los países civilizados de la tierra sin excepción ninguna, entregar el gobierno de las Facultades a sus propios miembros, es decir, a sus profesores, que son los más aptos, los más interesados y serán sin duda sus más vigilantes directores". Discute luego si todos los profesores pueden formar el Consejo: dificultad de reunir cuerpos tan numerosos, los menores asuntos despiertan debates interminables; los más vivaces se apoderarían del Consejo. "¿Cómo obviar la dificultad? Como lo hace el proyecto de la Comisión: con un Consejo compuesto de un número reducido de miembros que tenga la delegación del respectivo cuerpo enseñante o al menos del cuerpo médico *nacional* o cuerpo de abogados o cuerpo de ingenieros nacionales". "Este es el punto doloroso, el punto grave de esta cuestión ¿De dónde deben proceder los Consejos? ¿Del cuerpo enseñante, del cuerpo de profesionales? La primera solución parece la más racional. ¿No es ésta la ley del gobierno autónomo de las Facultades?" Desenvuelve esta idea con ese poder de análisis que valora los más recónditos resquicios de una opinión o de una hipótesis. Expresa quiénes son los que conocen la Facultad. No caben electores ni elegidos fuera de ella. Otra razón, la competencia. "Fuera de la Facultad hay a menudo hombres eminentes y aun enteramente superiores, pero brillan en otras esferas y en otros escenarios. No son casi nunca especialistas

en la técnica de la enseñanza. Para gobernar una Facultad es necesario tener principios y tener una experiencia vasta, una luminosa experiencia. Y para elegir hombres es necesario conocerlos. Y los hombres o no son nada o son ideas, métodos, sistemas ¿Y quién podrá llenar estas exigencias como los miembros mismos de una Facultad?" Otra idea a desarrollar en páginas martilleantes, hasta que salta otra posibilidad: hay quienes sostienen, afirma Soca, que los Consejos deben ser elegidos por la Sala de Doctores de las diversas Facultades. "La Sala de Doctores me parece ser una entidad frustránea, acaso ligeramente fantástica. Legalmente se compone de todos los doctores de las diversas Facultades y si así fuera tendría sin duda cierta autoridad, la autoridad del número, que es siempre un factor considerable en todos los problemas humanos y en este caso muchísimo más, pues se trata de puros intelectuales". Pinta la desvinculación de los graduados, obligados por las peripecias de la vida Carecen de competencia por su alejamiento. "El talento no basta y se necesita en mi concepto una competencia técnica enteramente especial. Esto es de toda evidencia tratándose de los miembros del Consejo, que han de resolver a menudo los más graves problemas de pedagogía superior que puedan ponerse a la inteligencia humana". "Elegir a un hombre es elegir un sistema, es marcar un derrotero, es decidir del porvenir entero de una Facultad". Y ¿quién que viva fuera de la Facultad puede hacerlo? Se ha argumentado que la Sala de Doctores sigue la opinión de los profesores, que hay que conservarles la ilusión de que intervienen en estas graves cuestiones: "se dice aun

pomposamente: la Sala de Doctores es la libertad y la tradición". "¿La libertad? La libertad si no me equivoco es la facultad de obrar según nuestras ideas y nuestros sentimientos. La libertad real viene del pensamiento; de la pasión sólo viene la esclavitud. ¿Hay un voto más puro, más independiente, más extraño a todo compromiso que el de los profesores, hombres en general libres por el pensamiento y por la posición social? ¿Y el voto de la Sala de Doctores no es, en general, un voto de pasión o de sentimiento, pasión o sentimiento nobilísimos, y respetables pero pasión y sentimiento al fin? ¡No! La libertad nada tiene que ganar con el voto de la Sala de Doctores ni nada tiene que perder con el voto de los cuerpos profesorales". Analiza líricamente lo que significa: "El que se sienta se duerme y el que se duerme se muere, decía Larrey al describir la retirada épica al través de las heladas estepas de Rusia". "La Sala de Doctores es una tradición." Por lo demás la Sala de Doctores es una institución absurda que no tiene su igual en el mundo. Algo parecido hay en Inglaterra, pero las instituciones universitarias de este país son especialísimas y enteramente inaplicables a nuestro medio y a nuestro temperamento. Así, pues, yo creo que la Sala de Doctores no debe ser el cuerpo elector de los Consejos de Facultad, al menos el cuerpo principal. Este debe estar formado por el cuerpo de profesores y servidores técnicos de cada Facultad. "No obstante yo he admitido con mis colegas de Comisión que una pequeña minoría de miembros del Consejo sea elegida por la Sala de Doctores y los estudiantes. Yo podría decir que se trata de una transacción con mis colegas de Comisión pero ese

no haría honor ni a mi lealtad ni a mi franqueza. Yo creo que la Sala de Doctores puede y debe elegir uno o dos de los miembros del Consejo, y no hay en esto contradicción con todo lo que he dicho o, mejor, hay sólo la contradicción que existe a menudo en las cosas humanas y que los hombres de sentido práctico aceptan sin pesar porque es un postulado de la realidad". Explica por qué se puede hacer esta concesión a la tradición. "Se ha hecho a los Consejos de Facultad una objeción aparentemente grave que han repetido al unísono todos los señores rectores consultados por el doctor Salterain. Una Facultad dicen, es una especie de Iglesia dentro de la cual los intereses comunes crean a menudo antagonismos intransigentes y ásperas rivalidades. Seducción de un hombre superior sobre los cerebros comunes, conjuración de los inferiores contra la superioridad del talento, luchas abiertas o subterráneas por la fortuna o por la gloria, por mil razones y de mil modos llegan a formarse a veces camarillas..." Analiza la idea y la rechaza. El equilibrio vendrá por parte de los representantes ajenos al profesorado. Sigue una extensa disertación sobre la ciencia. Censura las especializaciones que podrían surgir de los Consejos. Hace el análisis de la especialización. No es que la especialización sea un mal. "Lejos de eso es un inmenso instrumento de progreso y un postulado inevitable del gigantesco desenvolvimiento de la ciencia moderna, que no cabe ya en ningún cerebro humano; pero es preciso no olvidar los principios, no olvidar las ciencias madres hacia donde han de gravitar todas las especializaciones". "Se reclaman sabios que piensen, decía un autor alemán

al estudiar la instrucción superior de su patria. Y otro concluía: la especialización es la maldición de la ciencia alemana." "No queremos crear Facultades aisladas que se particularicen, foco de ideas mezquinas y particularistas". "El Consejo Universitario tendrá a su cabeza un Rector que es el jefe de la Universidad y como su representante legal. Hemos querido que ése sea uno de los cargos más elevados del país". "El Rector debe ser uno de los tres o cuatro grandes dignatarios del Estado". Hace notar que nuestra Universidad es una Universidad del Estado, paga por el Estado Discute la minúscula intervención que se da al Ejecutivo en la designación de Rector. Estudia la posibilidad de que la Sala de Doctores pudiera elegir al Rector. "Creo haber demostrado la incapacidad absoluta de la Sala de Doctores como cuerpo elector de autoridades universitarias, es decir, de Consejos parciales. ¿Tendría capacidad para elegir Rector? Sería sin duda cosa más simple que elegir Consejos. Pero ¿por qué conservar a un cuerpo tan extravagante una función tan considerable? ¿Por qué salirse de las reglas absolutamente universales? En el mundo, los Rectores se eligen de muy diversas maneras pero jamás por la Sala de Doctores si se exceptúa acaso Inglaterra, cuya organización universitaria casi privada es inaplicable en nuestros países. En Francia lo elige el Poder Ejecutivo, en Alemania el cuerpo de profesores de las diversas Facultades, en Suiza las Facultades a propuesta del Gobierno cantonal." "Hay una razón mayor que no debo omitir: la Sala de Doctores ha elegido hasta ahora casi invariablemente el candidato del Poder Ejecutivo". Entonces, ¿para qué conservar esta parodia de elec-

ción? El cuerpo de profesores sería sin duda un cuerpo elector irreprochable. "Parece necesario dejar al Poder Ejecutivo alguna intervención de control en esta Universidad del Estado. El Rector debe ser el representante del Poder Ejecutivo en el Consejo Universitario". "Francia, la Francia libre, la Francia republicana, la Francia latina, la Francia que es el honor de nuestro genio y de nuestra raza no elige así a sus Rectores desde hace un siglo. ¿Y le ha impedido eso ser el más grande, el más luminoso foco de ideas libres de la tierra?" [64]

El debate sobre la ley que modificaba sustancialmente la que, bajo el recto espíritu de Vásquez Acevedo dio días de grandeza a la Universidad, con su Consejo Universitario pulverizado, se diría, por la severidad del análisis, a ratos sofístico de Soca, concluyó al fin del año 1908 con la sanción de la ley que subsistió hasta hace pocos años. No corresponde discutir aquí semejante tema, pero el recuerdo viene, irónicamente, a decir que ese Consejo Universitario tan incompetente nombró a Soca, en 1889, Profesor de Patología Interna, en 1892 Profesor de Clínica de Niños, en 1896 Profesor de Clínica Médica, amén de crear por su cuenta la misma Clínica de Niños y la misma Clínica Médica, como creó la Clínica Quirúrgica que correspondió a Alfonso Lamas en 1896, como designó tres años después a Luis Morquio cuando la Clínica Infantil quedó vacante. Parecería que aquel Consejo tan incapacitado tenía algún sentido para elegir.

64 Museo Histórico Nacional, Montevideo. Colección de Manuscritos. Tomo 1860.

XXIX

El mismo año 1908, en que se discute tan largamente la ley orgánica universitaria, Soca se presenta otra vez solicitando licencia ante el Consejo que preside el Dr. Pablo De María. El 6 de mayo firma una nota en la que dice: "Estudios y trabajos en que estoy empeñado me ponen en el caso de ausentarme para Europa por algún tiempo. Solicito pues, al H. Consejo que usted dignamente preside, una licencia de seis meses a contar desde el 15 del corriente". [65] Concedida, se embarca con su esposa y su hijita de dos años. Esta vez el viaje toma una amplitud inesperada. Va por primera vez a Alemania. Adorador de Francia, ha vivido toda su vida parisiense en el ambiente hostil que ha agudizado la guerra francoprusiana de 1870.

Por eso tiene más significación la carta que Soca dirige a su hermano político, el Dr. Juan Carlos Blanco (hijo) el 15 de octubre de 1908: "Recibí su amable carta. La agradezco y hago una tregua en los grandes estudios a que estoy entregado, pero contestaré en dos palabras. Más tarde, cuando se aligere mi trabajo, que es enorme por el momento, tendré el gusto de departir con ustedes más largamente sobre estas cosas de Europa, sobre este país prodigioso, sobre esta ciencia, sobre esta cultura tan vasta, y tan honda, sobre este arte tan fuerte y tan eficaz, sobre este medio, sobre esta alma alemana tan extraña, tan nueva para nosotros que me parecen hombres de otro planeta, que son hombres de otra ra-

65 Archivo de la Facultad de Medicina. Montevideo Carpeta Nº 66.

za". [66] Ahí está Soca otra vez, el clínico, el médico, apenas pasados los cincuenta años y trabajando heroicamente en sus ciencias médicas que centralizan toda su vida intelectual. Ahí está Soca sincero, espontáneo, que no prodiga elogios para los diarios, pero que vierte en veinte líneas rigurosamente íntimas la impresión que Alemania le ha producido y que puede resumirse en una palabra: deslumbramiento. El trabajo que aparece siempre como causa esencial de sus pedidos de licencia, tiene esta vez un destino más alto aún que los que ya hemos visto publicados en las grandes revistas de París. Soca ha merecido la distinción excepcional de que las dos sociedades médicas más ilustres de París, la "Société Médicale des Hôpitaux de París" y la "Société Neurologique" lo hayan designado miembro correspondiente. La primera, selectísima, es inaccesible para nadie, francés o extranjero, que no sea jefe de servicio de hospital; la segunda admite, igualmente, un núcleo muy estrecho de asociados extranjeros. Soca no tiene tiempo de presentar en persona un trabajo que ha llevado, pero quien lo hace en su nombre, en la "Société Neurologique" se llama José Babinski.

Y mientras él anda malgastando su tiempo, como se ve, los Archivos de Neurología de Río de Janeiro de 1909 publican un estudio de Soca sobre "La hemiplejia dolorosa." Soca, sumergido en tareas "enormes", en Berlín, debe haberse encontrado allí, probablemente, con alguien a quien él distingue muchísimo, demostrándolo con el discurso con que lo ha despedido en Montevideo al emprender, su discípulo,

66 Documento facilitado por el Dr. Juan Carlos Blanco Acevedo.

viaje a Europa, enviado por la Facultad de Medicina. El Dr. Angel Carlos Maggiolo, un alto valor intelectual, un altísimo valor moral, cuyo medallón no hay que modelar porque Soca lo hace con su mano de artista. Ha sido jefe de Clínica Médica de Soca —y eso sólo le da categoría— parte para Europa; cuando el 27 de abril de 1907 queda vacante el Rectorado por renuncia del Dr. Eduardo Acevedo, el Poder Ejecutivo lo nombra para desempeñarlo interinamente, hasta que se efectúe la elección reglamentaria. Pero Maggiolo se ve obligado a renunciar a los pocos días para emprender viaje, y el gobierno de Williman encarga del Rectorado al Decano de la Facultad de Derecho, Dr. Carlos María de Pena el 24 de mayo; tres días más tarde es propuesta la terna de Duvimioso Terra, Soca y de Freitas, de donde surge Soca Rector. [67]

En el banquete de despedida de Maggiolo, profesor de Fisiología que va a inaugurar más tarde el Instituto de Fisiología de la Facultad, Soca le dice: "Vais a Europa: cosa justa y benéfica para vos y para todos. Sois un joven grave. De la juventud tenéis la vasta esperanza, la noble audacia, el músculo siempre pronto y vibrátil. Tenéis de la madurez, la recia voluntad hecha en la lucha, el justo sentido de los obstáculos, el equilibrio y la serenidad de los que el destino o la naturaleza han destinado a los grandes combates, a los grandes esfuerzos victoriosos en las luchas de la vida. Pero tenéis algo más sin lo cual nada valdría vuestra juventud y vuestra fuerza: tenéis la luz y el calor interior; tenéis el amor de todas las nobles idealidades, tenéis la facultad maestra de los pueblos y los individuos, la facultad que es la más grande de

67 José Claudio Williman, obra citada

las fuerzas humanas: la facultad de admirar. ¿No fue ésta la cualidad suprema de la raza helénica la madre fecunda de todas las artes y toda la ciencia? Id, pues, a Europa. Para un intelectual de vuestra raza, Europa es una noble fiesta, un maravilloso y educador espectáculo. Allí están reunidas, en feria gigantesca, todas las cosas bellas que ha creado el esfuerzo de 25 siglos. Volveréis ebrio de los más puros, de los más penetrantes, de los más durables goces del hombre. Volveréis mejor, volveréis como se vuelve de las regiones de la luz, con la marca de la luz en la frente, con el orgullo de una dicha inefable, con el sentimiento profundo de que una hora grandiosa se ha cumplido en vuestro destino. Europa es también un vasto laboratorio. una vasta colmena humana entregada al trabajo. Hay en el aire ruidos de fragua, las ideas revolotean en el aire, os penetran, os subyugan. Si no fuerais trabajador de raza, trabajaríais acaso. Siendo quien sois, volveréis siendo una de las grandes fuerzas de la patria. Nuestra joven ciencia confía en vos. Queréis ser fisiólogo. Es una aspiración muy pura y muy alta. La fisiología es la ciencia madre, la más elevada y la más justa. Pero no olvidéis la medicina pura. Las ciencias puras no tienen acaso, el ambiente amigo que es la consolación y el estímulo de los grandes trabajadores. La medicina es otra cosa. Atrae como la esfinge. Problemas siempre nuevos llamando nuevas soluciones. El caso de ayer no es el de hoy, el de hoy no será el de mañana. Una eterna y angustiosa expectativa. Lucha de todos los instantes, lucha con el dolor y con la muerte, lucha emocionante, en que todos los sentidos se tienden hasta romperse, triunfos que compensan toda

una vida, derrotas épicas, dolor de dioses inmortales, gratitudes que son el más grande y dulce de los poemas, ingratitudes que ladran como jaurías de monstruos ebríos, aplausos que suenan como fanfarrias, silbidos estridentes, la vida del hombre, el misterio de las almas en vuestras manos, una inmensa fuerza, un inmenso sacerdocio, un inmenso dolor en esta eterna visión de las flores del mal, una acción jadeante, arrebatada, violenta, una emoción que no empieza porque no acaba, una fuerza, un desborde de vida, una embriaguez, un vértigo y. . la muerte llega sin haber casi sentido el tedio de vivir. ¿La vida es, acaso, otra cosa que el sentimiento de un obstáculo vencido? Pero amigo Maggiolo, sois más que un cultor de las cosas, de las cosas de la verdad y la eterna belleza. No sólo amáis todas las nobles idealidades que son el honor de un hombre, amáis también al hombre. He visto acaso amistades más efusivas; vos ponéis en vuestro afecto algo de la elegancia hierática de los helenos. No he visto amistad más noble, más fuerte, más fiel y más incorruptible. ¡Al amigo, al luchador, al triunfador en los futuros combates por el bien y la dicha del hombre!" [68] Este homenaje a Maggiolo partiendo de él, tan indiferente para los que no lo ven sino refugiado en su hermetismo congénito tiene el doble valor de realzar la figura de otro retraído que dedicará toda su vida a la enseñanza de la ciencia, y de mostrar la sensibilidad del hombre que ha sido capaz de avaluar las condiciones de su colaborador en la clínica y de decirlo. El discurso es otro de esos himnos a la profesión, entendida en

---

68 Museo Histórico Nacional Montevideo. Colección de Manuscritos Tomo 1865.

su valor esencialmente humano que está en el fondo de toda su enseñanza, perfectamente científica también. La política y la politiquería no pueden con su conciencia de médico hasta la raíz.

Un nuevo cargo ha venido a sumarse a sus tareas. El Presidente Williman ha resuelto solucionar el problema de la asistencia pública que, si bien está en manos de la comisión heredera de la vieja Comisión de Caridad y Beneficiencia, a la que la presencia del Dr. José Scoseria ha impreso un carácter decididamente distinto y moderno, hay que organizar definitivamente. El Presidente Williman y su Ministro Alvaro Guillot, distinguido jurista, designan, en marzo de 1907, una comisión que, presidida por el mismo Scoseria, debe redactar la ley correspondiente. La Comisión presenta en abril de 1909 el proyecto articulado, en realidad, por su activo presidente y que el 20 de setiembre de 1909 es elevado al Poder Legislativo. [69]

XXX

El 6 de julio de 1910 se discute en la Cámara de Diputados el proyecto sobre Asistencia Pública Nacional, convertido en ley el 7 de noviembre de 1910. Soca estima que el Consejo que debe dirigir el organismo debe ser esencialmente técnico. Su opinión es tajante. "Esta discusión no tendría lugar si la ley estuviera bien hecha; no lo está. No se concibe una ley de Asistencia Pública sin un Consejo Técnico". El proyecto integra el Consejo, entre ocho miembros, con el Presidente del Consejo de Higiene y el Decano de la Fa-

69 José Claudio Williman, obra antes citada.

cultad de Medicina. "Eso no basta", dice Soca. Son personas muy competentes, pero no pueden ocuparse a cada instante de lo que se hace o deshace en nuestros hospitales. Expresó al concretar su opinión: "La Asistencia Pública está organizada en países que a este respecto son modelo; por ejemplo en Francia, con un consejo de médicos del mismo hospital — eso es lo que hacen todos los países, absolutamente todos".

"Si hubiera un Consejo de médicos constituido como se debe, esta discusión sería inútil, sería lo mismo entonces que fuera un lego que un médico".

"En Francia ha sido un lego muchas veces, y no hay en ello ningún inconveniente, porque todo lo hace el consejo técnico; pero en esta ley, tal como está el artículo 1º, resulta que no hay nadie que aconseje de una manera científica al Director, y entonces tiene él mismo que ser técnico".

"Lo que habría que hacer entonces es reformar el artículo 1º y crear un Consejo técnico que asesore en todas las cuestiones técnicas al Director, y en ese caso podría darse otras bases a la cuestión, de si éste debe ser o no médico".

"Es evidente que aunque el Director sea médico, tampoco podrá dominar todas las cuestiones, porque es demasiado vasta la Asistencia Pública; pero de todos modos, es mejor que sea un médico, si no ha de crearse un consejo técnico asesor. En tal caso, su competencia, por limitada que fuera, le serviría de mucho".

"Lo que habría que hacer es estudiar de nuevo en conjunto la ley y sobre todo el artículo 1º, e introducir en él la modificación verdaderamente científica, que es necesario crear un consejo técnico asesor o deliberante".

Por moción del Dr. Juan José Amézaga la Comisión de Legislación fue integrada con los médicos que formaban parte de la Cámara, a fin de que se expidiera sobre el artículo 8º impugnado por Soca y sobre el Consejo técnico a que éste se había referido. La ley creó el cargo de Director General de Asistencia Pública y un consejo general, el "Consejo de Asistencia Pública" constituido por veintiún miembros que serían designados por el Poder Ejecutivo. "Integrarán este Consejo — dice el artículo 5 — 14 ciudadanos que reúnan las condiciones necesarias para ser electo Senador, dos Profesores de Clínicas de la Facultad de Medicina, un miembro del Consejo Nacional de Higiene, el Director de Salubridad de la Capital y tres Médicos de los Hospitales o Asilos dependientes de la Asistencia Pública".

Las ideas de Soca fueron parcialmente contempladas por el cuerpo legislativo que integraba. Williman nombra Director General de la Asistencia Pública Nacional al Dr. Scoseria, en noviembre de 1910. Los miembros del Consejo que deben acompañarlo en la vasta tarea de reorganización de los servicios son: Soca el primero; Eduardo Brito del Pino, abogado y universitario que ha llegado al Rectorado en aquel tiempo en que sólo lo ocupaban hombres de primera fila; Eugenio J. Lagarmilla, estadista ilustre que irá superando progresivamente una actuación que parecía insuperable; Julio Bastos, alta personalidad en los estrados judiciales; Américo Ricaldoni, que ha llegado a la Clínica Médica con innegables méritos personales, acompañando a Visca y Soca en la enseñanza de la Clínica superior; Enrique Pouey, que ejerce desde la época del propio Soca la cirugía

general y, especialmente, la Ginecología que enseña en su cátedra de la Facultad; Alfredo Vidal y Fuentes, médico talentoso que, tras un breve pasaje por la Facultad, donde desempeñó la cátedra de Patología Interna, y por el Parlamento, en el que tuvo actuación llamativa al votar, en 1903, a su amigo Batlle, a pesar de ser nacionalista, dedicó todo el resto de su vida, hasta 1925, al servicio de la Higiene Pública, desempeñando con tesón y con inteligencia la presidencia del Consejo Nacional de Higiene; José Brito Foresti, hombre de excepcional calidad, de brillante cultura e incomparable fundador de la cátedra de Dermatología y Sífilis de la Facultad, de la que sólo lo separó la muerte; Augusto Turenne, de quien hemos dibujado ya honrosa silueta; Manuel Quintela, hombre orquesta, inteligentísimo, activísimo, profesor fundador de la cátedra de oído, nariz y garganta, Decano lleno de empuje y de ideas de la Facultad de Medicina, político con esporádicas actividades de resonancia dentro del Partido Blanco, que puso sello definitivo al establecimiento que por algo lleva su nombre, que es el Hospital de Clínicas. Firman estas designaciones Williman y José Espalter, su ministro. Evidentemente, sabían elegir. Por eso no hemos querido dejar pasar en silencio tanto nombre de alta jerarquía.

XXXI

En el último año de la magnífica Presidencia del Dr. Claudio Williman, el Partido Blanco intenta una revolución, que felizmente no se formaliza, como protesta por la elección próxima, en marzo de 1911, del sucesor del presidente, puesto para el cual es can-

didato absoluto Don José Batlle y Ordóñez. Los pocos senadores que no han agotado aún su período y la totalidad de los candidatos colorados para los demás puestos del Cuerpo Legislativo, que debe renovarse al fin del año 1910, afirman en un manifiesto categórico su decisión, en caso de ser electos, de votar en masa al candidato que levanta la resistencia de los nacionalistas. Soca lo firma, como candidato que es por Montevideo, detalle que los lectores juzgarán. Los candidatos del Partido Colorado por Montevideo son, además de Soca, José Enrique Rodó, Eugenio J. Lagarmilla, Juan Pedro Castro, Américo Ricaldoni, Jacobo Varela Acevedo, Juan A. Cachón, Juan Paullier. No queremos seguir acumulando datos: todos son hombres de calidad. Pero hay que hacer resaltar un gesto simplemente extraordinario. El doctor Ricaldoni no quiere actuar en política. Le consiente a Batlle que incluya su nombre en la ilustre lista por Montevideo. Es electo. Acude a la Asamblea General del 1º de marzo de 1911, vota al candidato y presenta inmediatamente su renuncia al cargo de legislador.

Williman desciende ese día de la Presidencia. Todo el país lo aplaude. La Legislatura le rinde homenaje en un gran banquete. En el notable libro que le ha dedicado su hijo, figuran, entre los asistentes, el Dr. Juan Carlos Blanco y el Dr. Francisco Soca. Este, tan esquivo, no permanece indiferente a los actos que pueda realzar con su adhesión o con su concurso. Pero siempre sin sacrificar su cátedra y he ahí la razón de que no se mencionen algunas de las actividades extra-universitarias para poder destacar la predominancia de su consagración a la enseñanza de la medicina.

Pero la enseñanza de la medicina, la experiencia recogida en las salas del hospital mueven también la voluntad del médico que ocupa una banca en el Parlamento. El 18 de diciembre de 1911, el Presidente Batlle y Ordóñez y su Ministro de Obras Públicas Ing. Víctor Sudriers, enviaron a la Asamblea General un proyecto de ley de vasta proyección en lo que atañe al mejoramiento de las condiciones de vida en el interior del país. Disponía, en lo esencial, que el Poder Ejecutivo procedería a la ejecución de las obras de saneamiento en las capitales departamentales y centros urbanos, cuya población excediera de 5.000 habitantes. Dichas obras debían iniciarse de inmediato y simultáneamente en las ciudades de Salto, Paysandú, Mercedes, San José y Melo y serían proseguidas en las demás capitales y villas en el orden escalonado que la propia ley determinaba. La Comisión de Fomento de la Cámara de Representantes aconsejó su aprobación. La discusión fue iniciada el 22 de agosto de 1912. El proyecto había sido discutido y aprobado casi en su totalidad cuando el Dr. Soca hizo llegar a la Mesa un artículo para que fuera incorporado a la ley, cuyo texto expresaba: "El Poder Ejecutivo hará estudiar de una manera metódica y rigurosamente científica, los elementos diversos de la higiene de los campesinos, como la habitación, el aire y los alimentos; determinará si es posible la frecuencia y el predominio de ciertas enfermedades y la respectiva mortalidad, y propondrá las medidas que demanden las deficiencias o los errores constatados. Esos estudios se harán por los cuerpos científicos del Estado, centrales y departamentales debidamente integrados en caso necesario. Los gastos extraordinarios que exijan esos trabajos, serán

pagados de rentas generales". El artículo con el cual Soca planteaba en toda su amplitud el problema de la salud en nuestro medio rural, fue apoyado y puesto en discusión el 3 de setiembre de 1912, en circunstancias de no hallarse presente su autor en la sesión que se celebraba. El Dr. Salterain compartió el interés científico que tenía el artículo propuesto "por el distinguido profesor Soca", pero observó que la materia a que él se refería se hallaba entre las competencias del Consejo Nacional de Higiene, criterio que fue compartido por otros legisladores. Se acordó aplazar la consideración del artículo hasta la sesión siguiente, en la que el Dr. Soca podría explicar su alcance. El aplazamiento no fue necesario porque en el transcurso de la sesión el Dr. Soca se hizo presente en Sala. El Dr. Salterain manifestó que, a su juicio, el artículo podría originar un rozamiento o cercenamiento de las competencias del Consejo de Higiene, facultado para atender los cometidos que el Dr. Soca enunciaba: "lo hace — dijo — y publica su Memoria todos los años, en que se constata todo lo que pide el Dr. Soca". "Ahora, — agregó — si tiene un alcance lo que yo no lo veo, el doctor Soca lo explicará mejor". Tomó la palabra el Dr. Soca para sostener que nada se había hecho con el objeto de corregir los males señalados; fue el suyo un alegato avasallante, al exponer las medidas prácticas que debían aplicarse para "hacer competencia a la muerte". Describió con crudeza el cuadro de atraso social de nuestra campaña; se refirió a los estragos que hacía la tuberculosis; en su palabra aparece el hombre sensible al dolor y a la miseria humana; el legislador que fundamenta sus ideas en la experiencia recogida en los años de ejercicio de la profesión, durante los cuales había pasado delante de

sus ojos "una verdadera oleada humana, un verdadero pueblo cargado con todos los dolores y todos los males". En un pasaje, dijo: "Desde el principio de mi práctica veía llegar a mi consultorio y encontraba en las salas del hospital, gauchos magníficos, vigorosos, bien batidos, armoniosos y rítmicos; bellos ejemplares humanos, en una palabra; y sin embargo, esos hombres atletas, heridos, tenían fiebre y los pulmones enfermos, a pesar de que se entregaban a los trabajos más rudos del campo. Esos hombres me contaban, además, cosas extraordinarias e historias abracadabrantes. Así, por ejemplo, familias enteras desaparecían en el mismo rancho fatídico, segadas por un mal demasiado visible y demasiado conocido en sus siniestras costumbres: la tuberculosis".

El discurso de Soca dominó la opinión de la Cámara de Representantes: el artículo fue aprobado sin discusión al instante de haber puesto fin a sus palabras.

XXXII

Es quizás tiempo de escapar de este laberinto de sucesos políticos para verlo en el desempeño de su Clínica Médica. Está en el apogeo. La promoción de estudiantes a que pertenecemos ingresó ese año 1910 a la Facultad. En 1912 lo conocimos como profesor. Del deslumbramiento que sufrimos es testimonio la fidelidad con que lo seguimos en su enseñanza; algunos de nuestro grupo nunca más desertamos de su clínica. Adherido a él como alumno, como jefe de clínica adjunto, como jefe de clínica titular, continuó siendo nuestro maestro hasta 48 horas antes de su muerte. Se ha escrito más de una

ves sobre la figura de Soca. Algunos, como el Dr. José María Delgado, el Dr. José Bonaba o el Dr. Juan Carlos Dighiero dejaron páginas auténticamente vividas, palpitantes de verdad y de admiración. Delgado fue un escritor de alto coturno. Dighiero y Bonaba fueron jefes de clínica, como lo fueron Angel Carlos Maggiolo, Alejandro Gallinal, José F. Arias, José Pedro Urioste, Hernán Artucio, Enrique Figari Legrand, Pedro Escuder Núñez. Todos ligados a la gran figura. Ahora, al medir su valor, no hay más remedio que caer en el panegírico que se ha tratado, a lo largo de estas páginas, de evitar, pero la figura médica es muy grande y no puede describírsela en su realidad sin recalcar su increíble dimensión, con el mínimo de palabrerío y sin énfasis prestado. Sobre la grandeza de Soca no hay discusión. Fue un eminente profesor, superior a todos. Muchas veces, juzgando a hombres ilustres, se dice por temor a la injusticia: es uno de los más grandes. Con Soca no hay temor de fallar al ir a la afirmación rotunda. No se parecía a nadie. Estaba por encima de todos. Su preparación, que hemos seguido paso a paso, era enorme. Sus cinco años de París, con su encarnizamiento, le dieron plena posesión de todo lo que la ciencia médica, en el admirable siglo XIX, había acumulado. El siglo XIX fue el siglo de la clínica, como el siglo XX es el de la terapéutica y de la fabulosa técnica.

La facilidad de elocución de Soca es ingénita. Salta en todo lo que habla o escribe; el epistolario de López Lomba lo muestra generosamente, aun fragmentado como hemos debido sacrificarlo. Pero a eso se superpone la originalidad de su comprensión de la enseñanza de la medicina. Reléase lo que dijo, al

iniciarse, hace más de ochenta años, en la cátedra de Patología Interna, a su llegada de París. Profundamente erudito, lo muestran, de pasada, algunos de sus casi ignorados trabajos clínicos; jamás esmaltó sus lecciones con alardes de sabiduría. Era excepcional oírle un nombre propio de grandes o pequeños autores en sus disertaciones diarias En lugar de exhibir citas de las indigestas lecturas de la víspera, Soca, con su instinto práctico incomparable, presentaba los casos que el azar de los ingresos a las salas ofrecía a su siempre renovada avidez, con un sentido clínico y una adivinación pedagógica realmente excepcionales. Medicina, con su incesante variación y su sed de novedades se presta terriblemente a la exhibición, aun involuntaria. Le cuesta a muchos maestros sofocar el deseo de aportar nuevos conceptos a la clínica de fondo. Léase, como ejemplo descollante, las magistrales lecciones de Carlos Jiménez Díaz, un hombre eminente que derramó en su cátedra madrileña una catarata de sabiduría universal. Sus lecciones son aplastantes. Las citas se precipitan en sus lecciones exuberantes, que son las de un sabio que no puede ponerse a la altura de un auditorio de estudiantes. Los alumnos de Soca salíamos de su cátedra con la idea clara y humana de los casos. Las lecturas o los comentarios posteriores no hacían sino decorar la imagen nítida, sincera e imborrable que Soca había pintado con dos brochazos. Aquella afirmación suya de que "la medicina es una ciencia de imágenes", que deslizó en una de sus clases, tiene una profundidad definitoria. Es la afirmación de lo que vale la práctica en un médico que, frente a un caso clínico, evoca, no el recuerdo más o menos diluido de los

libros más o menos digeridos, sino el de un caso visto en el hospital o, si se tiene ya experiencia personal, en el desfile de casos que han originado esa frasecita tan vulgar, tan manoseada de que no hay enfermedades sino enfermos, repetición humilde del axioma de Heráclito que "nadie se baña dos veces en el mismo río". El caso clínico reciente evoca la vieja estampa, que se ha grabado, muchísimo más. a fuego, si el viejo caso fue un error posteriormente descubierto. Soca era un mago de la palabra, que fluía serenamente de su boca. No era teatral a pesar de sus aptitudes oratorias. Mago de la palabra sencilla, exacta y, sobre todo, clara. Hay en la legión de citas que hemos hecho desfilar un himno a la claridad que él sentía con aquella intensidad que no parpadeó nunca. Cultivaba la sencillez de exposición porque era sincerísimo, porque tenía la seguridad de lo que sabía y de lo que decía y porque tenía alma de maestro, quemada por el deseo de ser útil y de formar médicos, como repitió tantas veces.

Era generoso en la enseñanza. No ocultaba sutilezas de diagnóstico que podían darle en el consultorio o en las consultas con los colegas, el brillo de chispazos inaccesibles a los demás. No regateaba la exposición de sus terapéuticas que eran, por otra parte, sobrias. Todo clínico grande, auténtico, es sobrio en terapéutica. Cualquiera sabe descargar un formulario de remedios sobre el enfermo indefenso. Sólo el clínico seguro de la evolución del enfermo, conocedor de lo que tiene entre manos, es capaz de curar sin el artificio de las medicaciones torrentosas. Soca enseñaba a saber esperar, porque sabía que en la clínica particular de todos los días los casos simples son la mayoría.

La masa de enfermos que se ve en los consultorios o en los domicilios privados son, en gran mayoría, infinitamente más sencillos que los que pueblan las camas de hospital. Diagnosticar sin estruendo, medicar sin hipérbole, afirmar la observación propia sin dar a los exámenes complementarios más jerarquía que la necesaria, inexistente muchas veces. Cuando concurríamos sus discípulos a cualquier otra clínica, veíamos cómo se estrechaba la visión del enfermo y cómo se complicaba un enfoque bajo el influjo de aplicar conocimientos librescos. En la Argentina hubo un libro del Dr. Calandrelli, "La fiebre del Profesor Muller" que fué el grito de protesta contra la artificialidad de la clínica encarada por hombres inteligentes pero sin sentido directo de la realidad y sin conciencia de la desviación de criterio, subordinado a todas las teorías efímeras que son novedad tres o cuatro años solamente. Cuando Augusto Turenne nos envió su libreta de apuntes de las lecciones de Patología Interna de Soca en 1892, habían pasado 45 años de las mismas. Y el talentoso Turenne nos la dirigió diciendo: "Son lecciones recogidas por mí en la Cátedra de Patología Interna. No tienen probablemente sino un valor sentimental y me trajeron las añoranzas de años ya perdidos en la lejanía. Las había conservado como joyas". Y pocos años después nos llegó otro testimonio, más cercano, más rico, más maduro, redactado por dos médicos cuyos altos méritos surgen diciendo sus nombres: Conrado Pelfort y José May. Es un tomo de más de doscientas páginas dactilografiadas y encuadernadas, que registra un semestre del año 1909 con todas las lecciones de Soca tomadas en versión admirablemente taquigráfica. Hay

cosas notables. Todas las condiciones de Soca profesor de clínica aparecen nítidamente. Pelfort y May, que han realizado tanta obra útil y fértil, hacían, como estudiantes de la clínica, los primeros ensayos de lo que tan inteligentemente habrían de verter en amplias publicaciones. Hay en este tomo casi cuarenta lecciones con toda la variedad de las presentaciones de casos clínicos diariamente oídas. Un día May y Pelfort anotan: "No creo como Landouz, que no deben leerse los libros porque crean imágenes falsas que justificará la clínica, siendo la patología el hilo conductor a través del verdadero dédalo que ofrece la clínica, en la que cada enfermo tiene su nota propia". Otro día, Soca hace, al pasar, clara distinción entre un afásico y un disártrico y remata, con su seguridad habitual: "en esta distinción fundamental estoy con Dejerine". (Se trata de un enfermo con parálisis pseudo-bulbar). Y en otra de estas lecciones tan sabiamente vertidas, Soca dice: "estas distintas maneras de disimularse una estrechez esofágica son las que yo llamo máscara de la estrechez" y las enumera improvisadamente, citando casos de su experiencia para mostrar al estudiante, fases distintas. Esta manera de remachar la clínica con los casos vividos nos hace pensar en un gran cirujano que fue, en su especialidad, el clínico más perfecto y el más modesto maestro en esgrimir el caso personal dibujado en cuatro palabras: era Luis Mondino, al que hay que recordar, ya que él hizo, con su humildad, todo lo posible para que se le olvidara.

Las versiones de Pelfort y May tienen un valor para el que no oyó a Soca. Han pasado sobre ellos demasiadas décadas, pero la fidelidad con que están toma-

das permiten vivir la manera que Soca empleaba para grabar el tipo de los enfermos que mostraba. Soca no hace la historia clínica sistemática del caso puntualizando como un escolar lo que tiene y lo que no tiene en el examen físico. Soca va derecho al cuadro, lo acomete desde el principio, lo va desnudando en sus pormenores para escalonar sus características dominantes. No desata la enumeración de síntomas en fila para llegar al diagnóstico: plantea el diagnóstico y entonces va haciendo resaltar los síntomas que lo fundamentan. No quedan los síntomas bamboleándose en el aire. El estudiante sabe de qué se trata, el síntoma queda como esculpido. No puede aquí insistirse sobre esto, porque vamos asomándonos a un terreno médico que nos hemos vedado expresamente.

Hay que verlo al majestuoso Soca en la vida diaria de la clínica, que no está recargada de ayudantes ni de alumnos. Falta raramente; respeta su horario: llega puntualmente a las 11 y no tiene prisa en escaparse. Se entera de todo. Llega a Argerich, se informa de entradas y altas, da un vistazo a la sala, reclama las novedades de la sala San José, de mujeres, donde da clase si la oportunidad se ofrece y vuelve a Argerich, que es el centro del servicio. Le gusta la clínica improvisada, al lado del enfermo como insistía Osler y como hacía Potain. Si el caso lo permite, lo hace llevar a un pequeño salón de clase, junto a la sala, simplemente arreglado con un modesto sillón y con todas las sillas móviles que puede albergar, para darle oficio de suntuoso anfiteatro. Nunca es más seductor que cuando aborda el caso de que no tiene ni noticia: escucha la historia del alumno encargado del enfermo, ironiza bonachonamente sobre la presentación y, sin apara-

tosidad, sin exigirle al interno o al jefe de clínica, como en París, mayores precisiones, inicia su interrogatorio y su examen Es minucioso y detallista, sutil en el interrogatorio; percute en forma distinta a todo el mundo, como fiel discípulo de Potain Luego se hunde en el pobre sillón de esterilla Y sintetiza, como hemos explicado, su impresion, en trazos progresivos inolvidables, en los que hay siempre algo profundamente personal Cuando, de acuerdo con los caprichos de la entrada de enfermos escasean las novedades, suele hacer desfilar, como le gustaba a Charcot y a Pierre Marie en sus policlínicas, tipos repetidos de alguna enfermedad Gracias a eso le oimos la serie de lecciones sobre angina de pecho que quedaron impresas para no borrarse más No hay libro de aquella época ni hay libro de la nuestra que se equipare a aquel sutilisimo análisis

Jamás el valor del interrogatorio, primordial y esencial en clínica médica, llego a semejante perfección No había electrocardiografia ¿Para que? Otro curso de lecciones igualmente insuperables fue el que dedicó al asma Había publicado un par de memorias sobre el asma y la tuberculosis pocos años antes No nos recitó ningún trabajo, pero la finura con que nos mostro todas las formas de asma, cómo nos enseñó los asmas frustros y los asmas infantiles al describir los cuadros multiformes, es otro recuerdo que anula cualquier otro, por pretensiones que ofrezca Una tremenda evidencia de ello tuvimos en París Había entonces en París cuatro clínicas médicas de la Facultad, cuatro personajes al frente Chauffort en St Antoine, Achard en Beaujou Gilbert en el Hotel Dieu, el más grande, Fernand Widal en Cochin.

Un día Gilbert anunció, en sus conferencias de los sabados, cuatro lecciones magistrales sobre asma. Fuimos al Hotel Dieu por primera vez —éramos alumnos de Widal— y entramos al histórico anfiteatro del hospital que junto a Nôtre Dame habían hecho célebre entre tantos los cursos de Trousseau y de Dieulafoy. Gilbert era una eminencia. El primer sabado tuvimos una sorpresa agradable. Antes que entrara el profesor, uno de sus ayudantes escribía en un gran pizarrón los nombres propios de los autores que iba a citar el conferenciante. Buena medida si se tiene en cuenta cómo destrozan prácticamente los apellidos extranjeros los franceses. En la lista apareció el nombre de Soca. Gilbert habló con enorme solemnidad, flanqueado por todo su estado mayor, las cuatro fechas prometidas. No queremos repetir la frase desdeñosa con que resumimos nuestra opinión en carta a los amigos, pero llegamos a pensar que Gilbert debía venir a Montevideo a aprender asma con Soca. Lo lógico es pensar que hemos perdido el sentido de la contención al ostentar esta desmesura en el juicio. Pero seguimos creyendo, a lo largo de los años, que nadie nos ha invalidado la firmeza y la agudeza de los conocimientos entonces adquiridos, lo que parecera otra hiperbole. En temas de neurologia, tan propicios a la sobrecarga, la gimnasia mental de la Salpetrière se revelaba facilmente y en los casos de vias digestivas la enseñanza tenia ese carácter práctico que era la marca de fabrica. Un buen día, uno de los alumnos de la clinica se atrevió a decirle a Soca que a nadie le habiamos oído en el hospital la menor referencia a las dispepsias. "Yo puedo hablarles de dispepsia media hora o seis meses". Nos presentó el primer

caso que surgió y ha quedado en los "Anales de la Facultad de Medicina" un vestigio de aquellas lecciones de tan fácil asimilación[70] que consiente publicar "en una carrera ya larga como la mía se hallan, por poco que se mire bien, muchos hechos nuevos que pueden fácilmente ser el origen de contribuciones originales al progreso de las ciencias Solo la clínica larga y honda puede dar una patología que no sea *un romance sin carne y sin huesos*, es decir, sin realidad fuerte y palpitante Yo no voy a exponeros en esta primera lección ninguna de las cosas profundamente mías que he podido, como todo observador atento, espigar"

XXXIII

La obra científica de Soca no se ha perdido en el mar de publicaciones médicas de París En 1908 en una reunión de la Sociedad de Neurología, en una presentación de un trabajo sobre la enfermedad de Friedreich,[71] por Mr Noica hay una larga cita de la tesis de 1888, y un año después, en sesión de la misma Sociedad, a la que asiste Soca el 7 de enero de 1909, dos autores presentan una comunicación importante sobre la enfermedad de Friedreich Babinski interviene en los comentarios que siguen a la lectura y dice "Creo recordar que Mr Soca, en su tesis sobre la enfermedad de Friedreich había previsto la existencia de casos semejantes al que acaba de ser

70 Francisco Soca *Sobre los [illegible] hepáticos y sus máscaras gastricas* Leccion clínica de 1918 *Anales de la Facultad de Medicina*, pág [illegible]

71 M Noica, *Trouble de [illegible] dans la Maladie de Friedreich* Soc [illegible] Séance du 9 janvier 1908 Revue Neurologique pág 93 1908

presentado, distinguiéndose de los casos ordinarios por la exageracion de los reflejos tendinosos" Y el profesor Raymond añade "Como acaba de decirse, Mr Soca, en su trabajo bien conocido, había previsto estos tipos de transición " Soca remata, a su vez, afirmando que "efectivamente en mi trabajo sobre la enfermedad de Friedreich he dicho, colocándome en el punto de vista anatomo patológico, que habia razones para suponer que cualquier dia se observaria, en clínica, casos atipicos del mal de Friedreich con exageracion de reflejos" [72]

En el transcurso de la sesión, cuando se expone la comunicacion de Soca sobre la fiebre histérica, intervienen al final, Babinski, Raymond y Meige

En la Sociedad Médica de los Hospitales de París, en la sesión del 28 de noviembre de 1913 se presenta el informe que, encomendado a una comisión integrada por H Vaquez, J Babinski y R Bensaude, redacta este último sobre la candidatura de Soca a miembro correspondiente de la Sociedad "El doctor Soca nos envia, en apoyo de su candidatura, una nota sobre el tratamiento del vértigo de Menière por la fibrolisina o la tiosinamina de hermovez Este tratamiento ha sido empleado con buenos resultados en cuarenta enfermos Veinte de ellos han sido seguidos con regularidad El efecto histolisante de la fibrolisina en los tejidos de esclerosis no alcanza a explicar el modo de acción del medicamento, puesto que Mr Soca ha podido observar casos en los que la esclerosis

72 *Seance de la Société de Neurologie de Paris* 7 janvier 1909 M K Bauer et Gy, *Maladie de Friedreich avec lymphocitose rachidienne Heredo-ataxie cérébelleuse dans la même famille* Francisco Soca, *La fièvre hystérique* *Revue Neurologique*, págs 17 y 103 Tomo XVIII, 1909

no existía, como un caso de vértigo de Menière en una leucemica El nombre del doctor Soca nos es ya conocido por otros trabajos escritos en francés Alumno de Charcot, Mr Soca consagró su tesis inaugural (1888) al estudio de la enfermedad de Friedreich esta tesis que se ha vuelto una obra clásica, contiene gran numero de ideas personales, entre las cuales la ley de la edad, que Mr Pierre Marie ha llamado «la ley Soca»" Citemos ademas aquí Bensaude desarrolla la lista de los trabajos difundidos por las grandes revistas que hemos ido mencionando, que remata con la mención de un libro sobre la vacunación obligatoria que ha sido presentado a la Academia de Medicina por el Profesor Proust en 1893 El Profesor Proust a que se alude, es Adrien Proust, higienista insigne, padre del genial Marcel Proust "El interes de esos trabajos justifica por sí solo la admisión de Mr Soca como miembro correspondiente extranjero pero vuestro miembro informante ha podido comprobar personalmente, en el curso de un viaje reciente, que Mr Soca uno de los profesores más eminentes y de los clínicos más distinguidos de su país, es igualmente un apasionado defensor de la influencia medica francesa Nadie es, por consiguiente, mas indicado para representar en nuestra Sociedad al cuerpo médico de Montevideo, esta ciudad tan avanzada del punto de vista intelectual, que ha podido llamársela la Atenas de la América del Sur" [73]

Soca es consagrado socio correspondiente El ilustre Comby preside en ese instante la sociedad no hay entonces mas que catorce miembros extranjeros·

73 *Bulletin et Mémoires de la Société Medicale des Hôpitaux de Paris* T XXXVI, pag 720, 191_

entre ellos dos ingleses, Osler y Oliver, un norteamericano, Potter, un brasileño, Couto, y un argentino, Torres Méndez El extenso trabajo (11 paginas) de Soca sobre el vértigo de Menière, *rara avis* por su longitud en esta revista de maestros, se publica a continuación del informe de Bensaude

Soca matiza sus actividades docentes y científicas con paginas luminosas Incluimos entre ellas el informe medico-legal que publica en la "Revista de Derecho, Jurisprudencia y Administración" que se edita en Montevideo bajo la dirección de dos abogados ilustres, el Dr José Pedro Massera y el Dr Daniel García Acevedo La Advertencia de la Dirección que precede al texto del informe es, en su concisión magistral El caso clínico que ha motivado la exposición de Soca ha sido analizado en abierta controversia con una comisión que ha declarado la incapacidad de un hombre que quiere contraer matrimonio, integrada por los Dres Bernardo Etchepare, Profesor de Clinica Psiquiatrica, Alfredo Navarro, Profesor de Clínica Quirúrgica Felix Angel Olivera, Director del Hospital Psiquiátrico Vilardebó, y Abel J Zamora médico y abogado psiquiatra que ha de ser dentro de poco Profesor de Medicina Legal en la Facultad de Derecho El informe de Soca, que indigna al Dr Zamora, como lo revela una comunicación suya a la Direccion de la Revista (febrero 1916), encierra en algunas de sus páginas una lección de clínica neurológica magnifica Este alegato se publica en noviembre de 1915 Sólo los médicos pueden avaluar la discusion científica Habiamos escrito un comentario extenso Lo omitimos porque las partes dignas de admiración y las dignas de censura son de

fácil apreciación El desarrollo es sorprendente, como siempre, pero existen paginas de imperdonable descortesia, que llegan a explicar la violenta reacción del Dr Zamora cuando se atreve a decir "Le negamos rotundamente al Dr Soca autoridad para poner en duda nuestra palabra que, en este caso y para los jueces vale cinco veces mas que la suya" No hemos tenido tiempo para encontrar la sentencia judicial que siguió a estos informes antagónicos que la propia Revista de Derecho que tambien insertó el informe redactado por Etchepare, se propuso publicar al final de la causa por incapacidad, ya declarada en primera instancia

Otro trabajo de valía revela Soca en una velada en la Facultad El Dr Américo Ricaldoni otro de los grandes profesores, fue electo Decano en 1916 en reemplazo de Manuel Quintela Honró la enseñanza de la Clínica Médica en actuación simultánea a la de Soca que sólo abandono cuando en 1925 inauguró la Clínica Neurologica, hasta entonces inexistente, en cuyo magnifico desempeño lo alcanzo la muerte en 1928 Isidro Mas de Ayala, un médico de [illegible] prosapia intelectual, precozmente segado, dejó, entre su rica producción, una hermosisima silueta de Ricaldoni en la que lo muestra al lado de su descollante actividad científica lleno de ideas útiles para la modernización de la Facultad (entre las que la creación del Instituto de Neurologia ocupa sitio máximo) y de proyectos de indole cultural a los que da rapido andamiento Dispuso la decoración [illegible] del edificio central —nadie continuo su obra inconclusa— y programó las veladas científico literarias a base de actuación de médicos y de estudiantes de

medicina que descubren aptitudes musicales hasta entonces muchas veces silenciadas El centro es generalmente una conferencia a cargo de los profesores de mayor categoría El 3 de setiembre de 1916 tiene lugar la quinta velada que se desenvuelve en el salón de actos públicos de la Facultad Vale la pena conocer el programa En los números musicales el Dr Atanasio Zavala, que pertenece a los primeros egresados (1883), ejecuta al piano la Sonata Patética de Beethoven, el mismo Zavala con el Dr José A Aguerre y el profesor Angel Gaminara brindan un trío de Mozart los estudiantes Jose Rossemblatt y Benigno Varela Fuentes con el señor Mautone dos piezas d Godart para piano y dos violines, Mautone y Rossemblatt un concierto de Wienawski para piano y violín La parte literaria es igualmente rica El Profesor Héctor J Rossello dueño de una cultura profundísima ofrece un homenaje a Metchnikoff, Cyro de Azevedo notable embajador del Brasil, que es literato y un artista de categoría una conversación sobre Mozart Y en el centro de la velada, en el quinto lugar entre ocho Soca lee su conferencia sobre "El Medico" Va incluida en esta seleccion El perpetuo enamorado de su profesión se ha volcado entero en ella y le ha dado realce definitivo a la noble iniciativa de Ricaldoni

Asi se ve a Soca saltando de la complejidad de su informe medico-legal a esta conferencia sobre el papel social del medico o a un estudio sobre el tratamiento de la angina de pecho que acoge la Revista más reputada en París sobre enfermedades del corazon y de los vasos, fundada y dirigida por Henri Vaquez, discipulo predilecto de Potain, que es el car-

diálogo en auge, llegado a la cátedra de Patología Interna en marzo de 1919, que inaugura con un curso sobre su especialidad [74] Estas publicaciones significan mayor distinción porque el estado de Francia ha reducido considerablemente la actividad editorial Desde los días iniciales de agosto de 1914 ha estallado la terrible y sangrienta guerra entre Francia y Alemania que iba a durar cuatro largos años, hasta el 11 de noviembre de 1918 Todo el mundo se conmovió con ella Nuestro país no ocultó sus claras simpatías Nuestros maestros, formados muchos de ellos en París y siguiendo todas sus escuelas médicas, vibraron constantemente ante las alternativas de aquella ruda guerra de trincheras que tuvo tantos instantes de zozobra Soca salía de su hermetismo habitual y, al entrar o salir de la clínica, comentaba la campaña militar, tan llena de angustias Francia valora la adhesión de estos países jóvenes en momentos angustiosos Y en el año peor de la lucha, en 1917, resuelve hacer un homenaje a los hombres de ciencia del Uruguay, que si bien no ha podido imitar al Brasil, que se ha plegado a la causa aliada con envío de tropas al frente de guerra, se ha adherido oficialmente a una causa que, casi unánimemente abrazan todas las clases sociales Otros países sudamericanos mas fuertes no han tenido igual decisión La Academia de Medicina de París, con todo su orgulloso señorío, resuelve nombrar dos miembros asociados extranjeros, raro honor, muy distinto en categoría del de miembro correspondiente, que se otorga con algo menos de severidad Hay que comprender el valor que se da en

74 Francisco Soca, *Le traitement de l'angine de poitrine Archives des Maladies du cœur et des vaisseaux* 1915

Francia a la jerarquía de miembros de las grandes Academias. Los miembros asociados tienen los mismos privilegios que los titulares. Los reglamentos de la Medicina no admiten más que veinte miembros extranjeros en total. El honor, por consiguiente, se cotiza muy alto. A semejanza de lo que exige para la elección, la Academia modelo, que es la de Letras, limitada a los cuarenta inmortales y en la que el candidato está obligado a rendir visita a cada uno de sus futuros electores solicitándole el voto, la Academia de Medicina reclama la presentación personal con enumeración detallada de sus méritos y trabajos. Como hay dos plazas de miembros asociados extranjeros se señala al uruguayo Soca y al brasileño Miguel Couto para encabezar la lista de candidatos. En la sesión del 19 de junio de 1917, bajo la presidencia ilustre de Mr Hayem (1841-1933) "la Academia procede a las elecciones de dos asociados extranjeros de acuerdo con la siguiente lista formada por la comisión especial: en primera línea Mr Soca, de Montevideo. En segunda línea Mr Miguel Couto, de Río de Janeiro. En tercera línea por orden alfabético Mr Benoit, de Montreal, Mr Eliseo Cantón, de Buenos Aires, Mr César Roux de Lausanna, Mr Thayer, de Baltimore". En la primera elección, entre 55 votantes Soca obtiene 27 votos y en la segunda Couto alcanza 32. El Presidente Hayem da la bienvenida a Soca "a quien conozco desde hace mucho tiempo, sincero amigo de Francia", y a Couto "perteneciente a una nación que se ha aliado a nuestro país". "Al presentarles nuestros sufragios Mr Pierre Marie ha expresado sentimientos compartidos por toda la Academia". "Para que las palabras pronun-

ciadas por él en comité secreto puedan publicarse en nuestro Boletín les daré lectura" El informe de Pierre Marie (1853-1929), el insigne neurologo que ilustra, despues de Dejerine, la catedra de la Salpetrière, hace resaltar las pruebas que el Uruguay ha dado como adhesion a la causa francesa llegando hasta proclamar el 14 de julio como fiesta nacional· "debemos felicitarnos, señores, que gracias a un feliz concurso de circunstancias cuando solo teníamos en vista la finalidad de rendir homenaje a dos médicos de los más eminentes nos veamos arrastrados a testimoniar al Brasil y al Uruguay los sentimientos fraternales que desde hace tanto tiempo les profesamos"

La noticia de la designación de Soca conmovió a la Facultad Los estudiantes de medicina fueron los primeros en querer expresar su entusiasmo [75] Le rindieron homenaje ejemplar Lo esperaron en la puerta del Hospital Maciel a la hora —las 11— en que puntualmente Soca acudía a dictar su clase Lo acompañaron hasta la sala Argerich y, el orador elegido, que era Emilio Oribe, lo saludó con una alocución en la que marcó, de entrada, que los estudiantes se acercaban a el abandonando su curia "con el unánime gesto de esta adhesión sincera rebosante de entusiasmo y sencillez, trayendo la ofrenda de sus idealidades expansivas y las manos colmadas de felicitaciones Viene esta juventud, la primera entidad del país que se dirige al sabio maestro, modelador de espíritus, cuyo nombre se coloca hoy al lado de las mas grandes eminencias científicas, viene esta juventud con la honda convicción de que cumple con

75 *Anales de la Facultad de Medicina* Suplemento II, pág 99 Montevideo 1917

un altísimo deber y de que no la guían las deliberaciones extensas, ni los propósitos largamente pensados, ni la pompa del ritual clásico, sino las espontáneas y libres voluntades jóvenes, que sólo se mueven ante impulsos generosos y bellos Un admirable artista del Renacimiento que, por rara virtualidad, hermanaba en su ser los atributos más bellos y las pasiones más brutales, cinceló en bronce una figura que se levanta en una de las plazas de Florencia Benvenuto Cellini representó a Perseo, el héroe de la mitología griega, levantando bien alto con la diestra, la cabeza ensangrentada de la Medusa, deidad maligna, mientras descansaba su pie sobre el cuerpo insignificante y exánime de su víctima Alguien que no es grato a veces en America, vio en esa actitud triunfadora a la juventud idealista levantando la cabeza de la vulgaridad al juicio de los siglos Pueden encarnarse en la obra de Benvenuto todos los triunfos de lo verdadero y lo bello contra lo erróneo y lo deleznable, y sin embargo yo creo que la similitud mas exacta que puede hacerse con ella es identificarla con la obra de un gran médico de la talla del Dr Soca, cuya existencia destinada por completo a combatir el mal, lo vence al fin, levanta su testa ensangrentada hacia el sol para colocarla despues con el gesto gallardo de Perseo, como quien cumple un rito, sobre el altar más alto de la vida serena y fecunda Recibid, maestro, las felicitaciones mas efusivas de los estudiantes de medicina" Era tan noble el gesto estudiantil realizado tan sin aparato, que Soca se sintió conmovido hasta la raiz de su naturaleza que el llamó tantas veces extraña El gesto, tan rapido, era estupendo. El heraldo, sabiamente elegido, le dio el en-

canto de un saludo lírico que, a un artista como Soca, acabó por sorprenderlo y emocionarlo La pagina de Oribe era la del poeta que habia de elevar tan alto su nombre de pensador y de artífice Los que rodeabamos todos los días a Soca vimos la emoción del hombre impasible Agradeció la manifestación con voz sorda, que luego se calentó en aquella sala Argerich, que era su iglesia "En esta hora culminante de mi vida en que un inmenso honor que colma todas mis aspiraciones y rebasa todos mis sueños parece marcar el fin de mi esfuerzo doloroso y reconfortante, hora de llegada, hora melancolica en que mueren tantas cosas amadas, la sensibilidad se afina y se ahonda y si no me lo impidiera mi fiera y ruda naturaleza, diria que la emocion está siempre cerca de las lagrimas" "Creedlo, vuestra actitud me hace sentir el premio de la Academia Es que los jóvenes a quienes no ha herido la vida, sólo comprenden la lucha por los grandes ideales de verdad, de justicia, y de belleza e ignoran las miserias, los odios, las rivalidades candentes y angustiosas que son la fuerza y el tormento de los hombres maduros Ellos van, sin reservas mentales ni cóleras ocultas, sin regateos que empequeñecen, sin vacilaciones, dandose enteros y resueltos, magníficos de generosa imprudencia o audacia temeraria, a todo lo que les aparece grande, noble, fuerte y armonioso" "Vosotros, jovenes amigos, habeis puesto en este inmenso suceso de mi vida la nota de ideal y de amor, de sinceridad y de pureza, sin la cual hubiera apenas sacudido mi sarcastica apatia ¡Gracias, pues!" Se pregunta y contesta cómo ha llegado a la Academia No titubea en declarar que "mi obra escrita no es muy grande, pero

es original, toda original y muy conocida en Europa Ella parece haber bastado a aquellos sabios eminentes' 'Sin embargo, yo confieso que no he cumplido austeramente todos mis deberes de trabajador y de hombre de ciencia no he dado todo lo que podía y debía dar He dirigido mi atención a objetivos menos altos y nobles y he descuidado a menudo la siembra sagrada, que es el fin y la excusa de la vida Me confieso y me arrepiento en este momento único en que hablar debe ser para mi descubrirse. La nota humana, que no puede faltar en estos grandes acontecimientos humanos, vino en mi ayuda Tengo amigos admirables y poderosos que debo sólo a un vasto y fuerte comercio intelectual y que he ganado en noble justa de ideas no hay otra manera de ganar a los grandes hombres Marie, Hayem, Widal, Babinski son esos maestros ilustres, los que han realizado el milagro Permitidme que los salude, al pasar con la expresión de mi admiración y de mi reconocimiento" Analiza y reconoce caballerescamente cómo ha influído en su elección la conducta filial del Uruguay con la madre intelectual que es la cultura francesa pero termina su discurso, impregnado de sentimiento y de sinceridad, diciendo altaneramente "Yo estoy seguro de haber merecido el honor que se me discierne Si mi obra escrita no bastara hay otra obra que no conocen los académicos, que vosotros conoceis y que pesa en mi conciencia y que pesará en la vuestra, estoy seguro, más que todos mis merecimientos Es mi obra junto a vosotros esa obra de veinte años es la más fuerte, la más enérgica la más sincera, la más completa y la más fecunda Sin duda, ese incesante y rudo tra-

bajo ha sido la fuente de delicados placeres intelectuales y le debo los más bellos recuerdos de mi vida. De todos modos, en esta tarea no perdoné esfuerzo ninguno y no tengo nada de que acusarme ni de flojedad, ni de frialdad, ni de pereza. Hice cuanto pude llegué al límite de mis fuerzas y la juventud y mi país me deben grandes bienes. Tengo de ello la conciencia profunda y por eso lo digo con esta altiva rudeza. Formar almas, formar inteligencias y formar hombres, formar médicos, ¿hay obra más grande en los dominios del espíritu? ¿Qué es un médico? Es una conciencia pura y luminosa que guarda la vida y los bienes del hombre, es decir, todo el destino humano. ¿Hay nada superior al hombre en el mundo? Si formé médicos fuertes y honestos hice a la sociedad bienes superiores a todas las recompensas. Y que los hice no es dudoso. Ahí están muchos de ellos ya maestros y casi célebres. Cumplí, pues, deberes superiores y sagrados y los cumplí con alegría, tesón y eficacia. Y esta obra la ignoraba la Academia pero no la ignoráis vosotros y por eso vivo en este instante la hora más grande y reconfortante de mi vida. Si venís a saludarme entusiastas, ardientes, unidos, en la hora del triunfo, vosotros que no mentís, que no amáis sino las grandes cosas de la inteligencia y de la belleza, es que cumplí todo mi deber y todo mi destino, es que soy digno del insigne honor que viene a buscarme a mi oscuridad y a mi retiro. Jóvenes amigos, acepto vuestro magnífico y conmovedor veredicto, y si puede sin temeridad hacerse promesas en estas horas crepusculares, yo os digo, que en adelante, seré superior a mi mismo. La honra que me ofrecen los sabios y la vibración de vuestras almas juveniles que

buscan la mía, no marca el término de la ruda y fatigosa ascensión sino el punto de partida de una vida renovada, de nuevos y varoniles esfuerzos y nuevas etapas hacia la cumbre, más alto todavía, más alto, siempre más alto" Sólo un comentario si alguien pudo decir que formó médicos fue Soca Los que pasamos por Angerich llevamos todos, una imborrable marca de fábrica

XXXIV

Pocos días después de este hermosísimo rasgo de los estudiantes, el Consejo de la Facultad, con Ricaldoni al frente, toma, por iniciativa del Decano, la resolucion de honrar a Soca designándolo profesor honorario de la Facultad, sin perjuicio de conferirle, igualmente, la enseñanza de la Clinica Médica que ha desempeñado hasta ahora —26 de junio de 1917— como profesor titular, que se le renueva "elevándolo de rango' Suma este honor la Facultad al Dr Soca por los méritos que le han permitido tomar asiento como hombre de ciencia en la Academia de Medicina de París Y en un elogio casi hiperbólico signa el Decano, al fundar su mocion, diciendo que "despues de Visca nadie logró entre nosotros igualar su arte para el diagnóstico, nadie supo mejor que el hacer surgir de las siempre oscuras notas del dolor humano la revelación clara y exacta de su por que, de su sentido y de su remedio Sus lecciones, escuchadas con religiosa atención por sus alumnos, son construcciones armoniosas en las que, dentro de un conjunto admirable por su amplitud, el cincel trabaja de manera tan cautivante que no deja experimentar

jamás la fatiga del detalle"[76] Se le entrega el nuevo título, en sesión solemne, el 3 de julio de 1917 Asisten todas las altas autoridades Ricaldoni vuelve a hacer el elogio en un largo discurso en el que, glosando la designación de la Academia de París, entona un fogoso himno a Francia, hundida en el fragor de la guerra, inspirado en el amor exaltado de todos nuestros universitarios Es un discurso demasiado denso, en estilo opulento, en el que enaltece las dotes intelectuales y las virtudes pedagógicas de Soca con un ardor que se concentra en el cálido final, en el que proclama que no puede pensar nada mejor que señalarlo como ejemplo a la juventud, mostrandole "el ejemplo de vos mismo, dueño de vuestro destino porque vuestro querer lo quiso, dueño de la cumbre porque en vuestro pecho hubo el gigantesco impulso que vuestras alas exigían, para remontar, raudo y seguro, el atrevido vuelo" Y cuando le entrega el diploma declara que "nunca mis manos transmitieron mensaje más honroso Pero escuchadme bien si este es vuestro triunfo es también, no lo olvidéis, el triunfo de la Facultad de Medicina de Montevideo" Soca contesta, solemne y conmovido, diciendo que "este título me es particularmente grato porque corona la obra de mi vida, que si no es mi gloria, es por lo menos mi orgullo mi obra de profesor Amé la enseñanza porque amé la juventud y su valerosa esperanza, su optimismo, su impetuosidad, su audacia cándida, su generosidad sin fondo y sin límites, toda la idealidad y toda la poesía de la vida, La amé más que nada acaso porque es un libro en blanco en que pue-

76 *Anales de la Facultad de Medicina* Suplemento II pág 71 Montevideo, 1917

den escribirse cosas grandes y bellas y yo puse siempre, sobre todas las otras, las cosas de la inteligencia, y sobre todas las embriagueces y todos los encantos, la suprema embriaguez de las ideas y encanto doloroso del pensamiento Del pensamiento nace toda dicha fuerte y durable Vivir delante de la juventud las horas casi épicas de la medicina, enseñar a pensar con el batir de alas de las propias ideas, ora ordenadas armoniosas y sumisas, ora rebeldes, indisciplinadas o indomables enseñar a sentir la gravedad, la grandeza augusta del arte médico en las propias y mortales emociones, enseñar la voluntad y la resolucion por la acción decisiva y terrible que salva o que mata, que nos glorifica o nos hunde, que nos hace vivir en un minuto siglos de indecibles angustias, todo eso es una de las mas fuertes obras del hombre La juventud sigue ansiosa ese trabajo ardiente y vive las horas crueles que son el gaje de la medicina y unida al maestro, alma sobre alma cerebro sobre cerebro va con el hasta el fin, vida, muerte, derrota, victoria, siempre hacia la acción redentora, fin y triunfo de toda energia humana" "La enseñanza es algo mas que un placer ideologico o una expansion sentimental es un grave y solemne deber, y, para nosotros, el deber de formar medicos, es decir, uno de los más formidables elementos del cuerpo social especie de juez despotico y absoluto, sin control ni sanción o de sacerdote misterioso e irresistible, a cuya conciencia inviolable esta librado, como lo he dicho en otra parte, todo el destino humano" Y reiterando conceptos dichos a los estudiantes dice otra vez, orgullosamente: "Y que cumpli mi deber con entusiasmo y eficacia, lo prueba ese titulo singular que habéis que-

rido otorgarme, la más alta y hermosa distinción de que disponéis Es por eso que el título de profesor honorario me es tan grato El consagra lo mejor, lo más sano y durable de mi obra médica, aquello por lo que quisiera vivir aún mañana en la memoria de mis conciudadanos"

Agradece a Ricaldoni, le prodiga elogios que sin duda alguna el Decano merece y "en fin, creed a un hombre sincero y un poco brutal a veces de esta ceremonia en que habéis puesto todas las cualidades eminentes de vuestro espíritu, salís más grande porque habeis sido mas que justos, habéis sido benévolos y generosos" El vuelo lírico lo lleva a otro himno a Francia que es, se diría, el numen de esta ceremonia que se aparta de las habituales porque la domina un fervor que hace vibrar la totalidad del publico Hay dos razones claras nuestra instrucción secundaria y nuestra instrucción superior eran entonces francesas del principio al fin La influencia norteamericana que inspiró a Sarmiento y a Varela no existia aún en aquellos planos mas altos Otra razon emotiva Francia se está desangrando en la desmesurada lucha de la guerra del 14, tan distinta de aquella que le toco desempeñar tristemente en la segunda guerra mundial, y en ese año 17 pasaba por momentos criticos que sólo al año siguiente, volcada en su auxilio la voluntad del Presidente Wilson, podría superar La cancion de Soca a Francia es tan ardiente como la de Ricaldoni En el curso de ella estalla un ¡Viva Francia! estremecedor, y luego dicta una lección "La inmensa distinción recibida nos impone deberes graves A todos los estimulos que está creando y creará todavía el esfuerzo tan atinado del Consejo y su ilustre Decano se añadirá el estímulo de

este honor extraordinario que es casi un mandato El Uruguay esta desde ahora dentro de la ciencia universal y debe hacerse digno de esta altísima posición Trabajemos, pues, sin descanso, para elevar el nivel de nuestra cultura, todos, maestros y discípulos, unidos en el mismo propósito en la misma resolución inquebrantable No dejemos morir sin nacer a la luz universal ninguna idea fecunda Nuestro mal, el mal de España y sus hijas americanas es la pasión y la fantasía que nos dejan apenas tiempo y calma para rendir culto a las cosas graves del espíritu Combatamos sin tregua esos vicios de raza Ofrezcamos ideales fuertes y elevados a nuestra juventud, hagamosle sentir con vigor y ruda elocuencia la belleza suprema del esfuerzo creador y la superioridad de la ciencia sobre todas las cosas y sobre todas las fuerzas Los sabios mandan los emperadores obedecen Enseñémosles que es tres veces despreciable el que se muere sin haber contribuido a aumentar el capital intelectual del hombre, el bien de los otros, el que sólo ha vivido para sus apetitos y sus miserables sensaciones, mascara de dolor al fin, que son únicamente desventurados, de una desventura trágica los que, como en el Limbo del Dante ni tienen acción ni tienen pensamiento Solo son grandes los que trabajan, sufren y crean, los que viven en la fiebre y el dolor del pensamiento para robar a las ideas sus prodigiosos secretos, los que disecan el cuerpo para develar los misterios de las almas y hallar la fuente de nuestros males y toda nuestra inmensa miseria, los que interrogan las retortas incendiadas para sorprender las armonías y los conflictos y toda la vasta tragedia silenciosa de las fuerzas físicas, los que exploran todas las rutas del hombre

dejando en ellas su sangre y su espíritu para mostrar a la humanidad desorientada, perdida en el desierto infinito, sin rumbo y sin fe, su derrotero y su destino; los que al sentir un mundo agitarse en sus entrañas, libran el gran combate con la inercia humana, combate épico en que queda a veces el alma, para arrojarlo a la gran circulación de la vida y convertirlo en luz calor, fuerza, amor, dicha y esperanza, los que, en suma, van tras un ideal superior, impersonal y generoso y le dan todos los minutos de su vida y todos los fervores de su alma todo su dolor, toda su alegría, todo su esfuerzo y toda su viril energía Esos son los hombres, los otros son muñecos Trabajemos, pues Pongamos las ideas eternas por encima de nuestras fugitivas sensaciones" Esta incitación al trabajo, que ya ha hecho más de una vez, termina con una visión de la sociedad futura que la ciencia ha de transformar "la ciencia libertara al hombre, viejo Prometeo a quien enseñará que sus cadenas son de arcilla La ciencia es el nuevo Mesias que llega"

Son los mismos temas el agradecimiento la exaltación del futuro de la juventud, el amor a Francia que se derraman con sinceridad indudable Porque Soca, como todos, sufrió la guerra como un francés Le pasa lo mismo a Ricaldoni y a Navarro, el gran profesor de Clínica Quirúrgica, que llega todos los días al hospital munido de tremendos mapas, en los que el trazado de las trincheras que devoraron tantas vidas en aquellos años impresionantes es marcado con banderitas con los colores de los antagonistas, que se pinchaban al azar de los avances o retrocesos de aquella ondulante línea de combate. Soca, más olímpico, comentaba todos los días las grandes o las

insignificantes novedades del frente de guerra Un día, el niño grande que lleva aprisionado y que raramente deja adivinar, le dicta una frase que revela la tierna inquietud con que estudia la lucha interminable Entra en la Sala Argerich Lo rodeamos con aquel respeto que nadie nos había enseñado pero que, desde Dighiero abajo, era nuestro rito Ciño su túnica avanzo en la sala, apoyó los brazos atrás en los pies de una cama y dijo, como un augur satisfecho "Yo estoy convencido que hubiera sido un gran general" Todos nos miramos "Porque esta ofensiva que acaba de hacer triunfalmente el general Brusiloff en el frente oriental de Austria Hungría, yo la tenía prevista hace mas de seis meses" Ese interés de todo el país por Francia había de estallar el 11 de noviembre de 1918, día del inolvidable armisticio que puso prácticamente fin a la terrible lucha comenzada en 1914 entonces, en la locura con que Montevideo festejó el inmenso suceso puede el lector explicarse el por qué de los homenajes a Francia, que se suceden tras la designación de Soca para la Academia El país comprende que hay en ella un gran homenaje al Uruguay, y quien lo proclama en alta voz es el propio Soca quien dice, en el largo discurso que acabamos de extractar "Sería tan inmodesto como impertinente creer que soy yo quien ha forzado las puertas de la Academia Es mi país, es su largo y noble esfuerzo, es su Facultad, son sus hombres, es la gran obra uruguaya por la ciencia y la verdad es su devoción por la Francia, es su devoción por las ideas de que esta tierra generosa ha llenado el mundo y que son la fuerza, y el alimento intelectual de la América Latina, es un conjunto

de fuerzas y de hechos formidables en que mi personalidad y mi obra desaparecen o se esfuman, lo que ha operado el milagro" Y, emocionado, en el vértigo de su pasión por aquel país predilecto, vuelve a hablar del "valeroso amor (del Uruguay) por la Francia inmortal de la gran Revolución, de los grandes principios de fraternidad y de justicia, de la ciencia, de la gracia y del arte, y quiero decirlo aparte, por que tiene un largo aparte, un lugar inmenso en el corazón de los hombres, de la Francia heroica, de la Francia que ha opuesto los pechos de sus nobles hijos como un dique a la ola de barbarie que subía a esclavizar el mundo"

XXXV

Ha tenido tan amplia resonancia el honor dispensado a Soca, que cumple en estos días apenas sesenta y un años, que los médicos sin distinción de generaciones, le ofrecen otra gran demostracion el 28 de julio de 1917 Es un banquete en el Parque Hotel, a cuyo termino, después de los discursos de ritual, Soca vuelve a hablar, agradecidísimo por las tres fiestas sucesivas con que se ha celebrado su exaltación a la altas jerarquías científicas Señala las demostraciones diciendo "La primera en la acción, como siempre que se trata de honrar los grandes ideales, fue la juventud Manifestación gestada en un minuto, realizada en una hora, una real y verdadera explosión, magnífica de generosidad, de ardor, de entusiasmo, de fraternidad vibrante, de admiracion confiada y sin reservas. Llegué a creer, ganado por los arrebatos juveniles, que había hecho obra definitiva en el mundo, ideal supremo de todo trabajador

fuerte y sincero No era así, sin duda, pero de aquella hora inolvidable salí dispuesto a nuevos combates por las ideas y por la ciencia La segunda, más íntima y mas serena, pero no menos conmovedora, fue también una fiesta de jóvenes pero graves y ya heridos en su ensueño, discípulos de azar lanzados a la lucha, que encarnaban el largo esfuerzo de que estas honras singulares han nacido y la fidelidad superior al tiempo de las grandes vinculaciones de la inteligencia Sentí reverdecer ese día los años mas hermosos de la vida, los años de la esperanza La tercera fiesta fue el más grande homenaje a que puede aspirar un medico, el homenaje de la Facultad, es decir simboliza o resume la ciencia uruguava Fue una fiesta grandiosa en su simplicidad magnífica fiesta griega en la que sólo hablaron las más nobles pasiones del hombre En fin, los médicos han querido a su vez celebrar el gran suceso Esta fiesta corona y justifica las otras tan grande como ellas acaso más conmovedora, de una justificación mas honda y más humana ¿Quiénes sois vosotros? Sois la realidad, sois el fin, sois el fondo doloroso de la medicina ¿Adonde vamos todos al través de nuestros entusiasmos juveniles, de nuestros largos trabajos de maestros, de nuestras ambiciones, de nuestros triunfos resonantes y nuestras silenciosas derrotas? A perdernos entre vosotros, a librar, a librar junto a vosotros, luchas brutales y decisivas, al gran combate de la vida y del bien del hombre con el dolor con la muerte, con el misterio inquietante preñado de amenazas y traiciones, con todas las fuerzas oscuras de la naturaleza, con la miseria humana, inmensa de perversidad o desventura, con la ingratitud, con la necedad más

fuerte que la infamia, con la befa, con el insulto con todos los males y todas las bajezas, a vencerlos, a domarlos, a aniquilarlos o a caer vencidos, destrozados en medio de la jornada, siempre juntos, siempre unidos, el alma sobre el alma, vibrantes de entusiasmo y de esperanza o muertos de dolor y desesperación, siempre en la fiebre, siempre en la tensión insufrible, siempre en la angustia sin termino que es la práctica del arte grandioso a que nos consagramos" Su elocuencia se derrama en la exaltación de la carrera médica y de la fraternidad de los médicos que le han traído, con su homenaje unánime, la expresión de su solidaridad y de su comprensión Y se lanza otra vez con conceptos nuevos al elogio del Uruguay y de Francia· "El Uruguay fue siempre una tierra francesa por el pensamiento, por el arte y por la simpatía' "Nuestros publicistas han sido siempre publicistas franceses ¿qué son, para no citar mas que los dos más gallardos, Juan Carlos Gómez y Carlos María Ramírez, qué son sino dos brillantes girondinos, según la frase del doctor Costa?" Desarrolla las razones que han llevado a nuestro país a agruparse al lado de Francia y en una transición de su vuelo oratorio afirma que "hay en el Norte un pueblo de hombres fuertes, mandados por un noble filósofo Su pueblo es el mas grande de la tierra y ha vencido a la historia Un día vio en peligro la libertad del mundo, la justicia, la democracia y todos los grandes ideales humanos. ¿Qué hizo? ¿Quedó en la inacción, en el quietismo voluptuoso, gozando en paz de sus riquezas fabulosas? ¡No! Se lanzó a la espantosa batalla y entregó a la hecatombe y al estrago, sus hijos y sus rique-

zas ¿Y por qué? ¿Por miserables ambiciones, nuevas tierras nuevos tesoros? ¡No! No pide nada, no quiere nada, no acepta nada Quiere dar la vida por el ideal, por la libertad, por la justicia por la democracia ¿Hay un gesto igual en todos los siglos? ¿Relata la miserable historia un evento de esta estupenda grandeza? Yo me inclino anonadado, asombrado y reconocido ante la tierra de Washington, de Lincoln, de Jefferson y Wilson" Y tras esta justísima evocacion de los Estados Unidos, llevados, por Woodrow Wilson a prestar su prodigioso auxilio a los aliados y a resolver, con él, la suerte de la guerra, vuelve a Francia encuentra estrofas nuevas para su himno, alude "al cariz vertiginoso que la guerra ha tomado para ella, después de tres años de lucha sin cuartel" y exclama "Sufre, muestra su alarma, pero no se abandona al pesimismo" Espera la reaccion y grita "¡Salve, Francia inmortal!"

En este discurso lleno de conceptos que tiene que repetir, y lo hace con elegancia se nota la reaparición, al dirigirse inicialmente a los medicos que lo escuchan, del viejo fondo amargo sombrio, rudamente escéptico que fue el tema obligado de la mocedad y no lo abandonó en los años de formación medica En los años triunfales de su carrera y de su docencia no lo ha asaltado como ahora en plena apoteosis, el contacto exclusivo con los colegas ha encendido los recuerdos de la amargura de las luchas que ensombrecen, a ratos, la profesión

Al mencionar los tres homenajes que se han sucedido en los dias anteriores, habla de uno, el segundo, de que no se ha hecho aqui mención Sólo al releer este último discurso hemos reparado en la

pequeña omisión Pero él ha querido citarlo en esta serie de sacudimientos emotivos fue una comida absolutamente íntima, estrictamente reservada, que le dio el personal activo de su clínica Eramos catorce o quince, con los profesores agregados, los jefes de clínica, de laboratorios, de radiología, los internos que en ese momento integrabamos el núcleo que lo secundaba en su tarea docente de todos los días Fue una rapida iniciativa de Juan Carlos Dighiero y se redujo a una comida en un refugio retirado, propicio a la estricta intimidad, que administraba en Melilla, Madame Etchart, insuperable en comidas campestres de alta calidad, no apropiadas para dispépticos Nunca vimos a Soca mas alegre La calaverada lo había acercado al grupo devoto Fue, durante las horas del almuerzo, un muchacho Mucho más que nadie pensó en decir una frase de ofrecimiento

Vive en la exaltación de su amor al gran país venerado El menor pretexto le sirve para dar salida a su auténtico fervor Julio Raúl Mendilaharsu, espíritu refinado, poetico, de gran cultura, es el esposo de una hermana de la señora de Soca Muy querido por todos los que lo trataron alguna vez, recibe a fines de 1917, una carta del maestro con otro himno a Francia "Estimado amigo Ruegole que me excuse con la comisión de que forma parte por mi inasistencia al banquete de la noche Solo deberes muy sagrados pueden impedirme que me asocie personalmente al grande y noble homenaje que congrega en estos momentos a los amigos de la Francia La batalla de Verdun no podía perderse Estos titanes no serán nunca vencidos Y si cayeron un instante se levantaran de nuevo, formidables, magnificos, arrojarán de

su patria a los últimos bárbaros vencidos En todo eso, cualquiera sea el secreto de mañana hay algo que no perecerá nunca en la memoria de los hombres, es esa hazaña estupenda que da el vértigo de los abismos desde lejos, es un poema de bronce, eterno como el mundo que escriben en este instante en las colinas de Verdun los hijos de la gran República, la Francia que es la primera en la ciencia, la primera en el arte, la primera en la gracia, es desde ahora la primera en la acción del hombre Gloria igual no ha habido jamas ¿La habrá algún dia? Francia ha vencido"

En la sesion extraordinaria celebrada por la Cámara de Senadores el 12 de noviembre de 1918, con motivo de la estipulación del armisticio en la guerra europea que consagró el triunfo de los aliados, Soca pronunció el más enfervorizado de sus discursos, para exaltar la gloria de Francia, de sus valores humanos, de su acervo espiritual y cultural que en tal alto grado habian contribuido a modelar su personalidad científica y la fineza de su inteligencia

XXXVI

Soca ocupó por vez primera, ya lo señalamos una banca en la Cámara de Representantes el 7 de febrero de 1891 y la desempeño durante los tres años de la legislatura que correspondió al período presidencial del Dr Julio Herrera y Obes La "influencia directriz" que lo llevo al Parlamento en las elecciones de 1890 no le reeligió para la nueva legislatura Se apartó de la actividad politica durante el gobierno de Idiarte Borda, cuyo espiritu de círculo provoco la revolucion

del Partido Nacional acaudillada por Aparicio Saravia y Diego Lamas Su desenlace fue la paz de setiembre de 1897, estipulada despues de la tragica muerte de Idiarte Borda, en cuyas bases se establecieron principios que hacían posible la convivencia de los partidos politicos y la reforma del sistema electoral Soca acompañó la tendencia pacifista que, en agosto de 1897, encarnó en el seno del Partido Colorado Francisco Bauza El 11 de febrero de 1898 el Presidente del Senado, en ejercicio del Poder Ejecutivo, Juan Lindolfo Cuestas que habia restablecido la paz, después de disolver la legislatura que había compartido la politica de Idiarte Borda, constituvó un Consejo de Estado integrado por las personalidades más relevantes de los partidos tradicionales y del Partido Constitucional Soca fue designado para integrarlo en representación del Partido Colorado

En este período su participación en la política activa fue muy intensa En noviembre de 1898 tendrían lugar las elecciones de Senadores y Representantes, a las que los partidos tradicionales decidieron comparecer despues de celebrar un acuerdo que aplazaba la lucha entre los nucleos politicos que habian adherido a la disolución de la Asamblea Legislativa realizada por Cuestas el 10 de febrero de 1898 e integrado el Consejo de Estado Soca habló en un banquete celebrado por la Convención Colorada el 13 de octubre de 1898 Sus palabras constituyen una ratificacion de su fe partidista, pero las distingue de los discursos comunes de este genero que dan un caracter particular a nuestra vida politica, un sello de superioridad en el pensamiento y en la forma Exalta las glorias de su partido con la sensibilidad de un poeta. Justifica así su derecho a levantar su copa en el banquete cívico al

que asistía "¿Qué tiene de común la ciencia helada, paciente y metódica con los entusiasmos, los arrebatos y las nobles embriagueces de gloria que son la fuerza y el nervio de nuestro partido? Nada tal vez, pero es el hecho me encuentro colorado en el alma y en las fuentes mismas de mi vida siento repercutir en todo mi ser con un eco armonioso y simpatico todos vuestros anhelos y todas vuestras esperanzas, vuestros dolores y vuestras viriles indignaciones, siento que me envanece la gloria de vuestros triunfos y me humilla y me anonada el recuerdo de vuestros dias aciagos y el espectaculo de vuestros pasajeros derrumbes Amo a vuestros heroes y les consagro un culto ferviente y altivo, Rivera y Flores son tambien los seres luminosos y magníficos de mi leyenda A pesar, pues, de la ciencia — a pesar de este largo culto de las cosas impersonales, soy uno de los vuestros y vivo intensamente vuestra vida ardiente y joven, y comparto vuestro personalismo tenaz y generoso, — ese personalismo que es una abnegacion y el mas fuerte y fecundo de los altruísmos, así como la base granitica de todas las ideas de libertad que forman el capital intelectual del partido de la Defensa"

"Parecerá singular que un sentimiento que remonta a la infancia haya sobrevivido a la renovacion del hombre, a ese trabajo subterraneo de las ideas que hace desmoronar el pasado con sus sueños alados y sus ternuras infantiles, para que surja el luchador armado de hierro y bronce, presto a todas las batallas de la vida Yo lo comprendo sin esfuerzo Es que el sentimiento politico, en los tiempos rudos en que se desenvolvían mis primeros años, se formaba alrededor de la cuna, de todos los amores y todos los dolores, de todas las dichas, todas las lágrimas, de todos los dra-

mas y todas las tragedias que palpitaban en aquella atmósfera incendiada Nuestros padres tenían el amor hondo, generoso y fiel, y el odio vibrante y casi salvaje Las mujeres lloraban a sus héroes y los hombres exhalaban su dolor en rugido de león herido — a la plegaria seguía la imprecación o el apostrofe y a menudo visiones de sangre dejaban en nuestras tiernas almas algo como un deslumbramiento siniestro y fantastico o la angustia de un terror supremo — que no bastaran a borrar cien años de una vida tormentosa Y esos dolores, esas indignaciones bravías han crecido con nosotros, se han hecho carne de nuestra carne, sangre de nuestra sangre — se funden en el recuerdo con los más dulces afectos del alma — son la síntesis del niño y como la materia que han de modelar la ciencia y la vida Ya puede, pues, desafiar los años y los sucesos"

Se refirio luego a los sucesos políticos más recientes "Y bien, señores, — expresó — esta hermosa fiesta de la confraternidad colorada, corona la Revolución de febrero y es el nuncio de los nuevos dias gloriosos que van a comenzar para la República y para el partido que ha realizado tan magna empresa De aqui señores, partirá la vida institucional, la vida civilizada y poderosa de esta tierra uruguaya, tan hondamente trabajada por los errores o las faltas de sus hijos" "Esta fiesta — agregó en otro pasaje — tiene todavía otra significación consagra de una manera definitiva e irrevocable el pacto de los partidos, feliz corolario del pacto de la Paz que este pueblo sin alma, según la expresión terrible que ha estigmatizado sus largas inercias, pero dotado en realidad de un maravilloso instinto político — acaso como todos los pueblos — celebró con transportes de inesperado entusiasmo. Es que

esa paz de setiembre era el abrazo de los partidos [illegible] resumen la historia y todas las fuerzas viv[illegible] nación uruguaya De la colaboración armoniosa de estas dos grandes fuerzas nacionales, de esos dos personalismos irreductibles pero unidos en la común aspiración del bien público sólo puede resultar el gobierno impersonal de las instituciones, fuera del cual no hay para los pueblos sino derrumbes, ruinas y desventuras El primer acto de esta colaboración feliz es la revolución de febrero, a la cual todos los partidos han llevado un indiscutible concurso moral"

'La civilización ha roto las viejas asperezas Los partidos tradicionales guardan sus cultos inviolados y muestran o soportan su historia con altiva fiereza, acaso porque comprenden que ese es su lazo de unión interna y su incontrastable fuerza, pero los odios han muerto Los sentimientos guardan su justo nivel, y nadie traiciona sus viejos afectos, pero las ideas dominan, los cerebros mandan La ciencia despótica y terriblemente justa, absorbe la vida moderna y se impone y seguirá imponiendose con un absoluto e indiscutido imperio No volvera, pues a dirimirse en las cuchillas el eterno pleito de los partidos tradicionales Si hay lucha será la lucha de ideas, lucha de cerebros, lucha de ciencia"

En noviembre de 1898 fue electo nuevamente Representante nacional al reanudarse en el país la vigencia del régimen institucional En ese carácter se incorporó a la Camara de Diputados el 8 de febrero de 1899, en la que actuó durante toda la legislatura hasta el 10 de febrero de 1902 En esta fecha se incorporó a la Cámara de Senadores, electo por el Departamento de Canelones Presidió el Senado durante el año 1906 En 1907 renunció su investidura de Senador

al ser electo Rector de la Universidad, que desempeñó durante un breve período, puesto que en febrero de 1908 reintegrose esta vez a la Cámara de Representantes para impulsar la reforma de la ley orgánica de la Universidad Ocupó la banca durante los tres años que establecía la disposición constitucional Una vez más le fueron ratificados sus poderes por sus electores; fue ungido Representante Nacional para el nuevo período legislativo inaugurado en febrero de 1911. No desempeñó la banca hasta el final del mandato Un año antes, el Colegio Elector de Senador del departamento de Rivera lo eligió Senador, cargo que ocupó desde el 1º de febrero de 1913 hasta el 13 de febrero de 1919. El Profesor, el Maestro consagrado a sus discípulos y a su Clínica, al ejercicio de la profesión de manera intensa, sin rehusar jamás su asistencia cuando le era requerida, absorbido por el estudio, por la lectura de las publicaciones científicas, no se apartó de la realidad nacional, reflejada en la vida política, en el funcionamiento de sus instituciones, en la contienda de los partidos, en la que ejercio siempre una acción moderadora Fue militante político y actuó veinte años en el parlamento ¿Cuál fue su estilo en el plano de la acción cívica, en épocas en que ésta se desarrollaba bajo el signo de la pasión y de la intransigencia? Soca aparece siempre como una encarnación de la tolerancia, opuesto a todo sectarismo cerril Cuando se dirige a sus electores les habla siempre como un civilizador A sus correligionarios de Rivera, departamento en el que era poseedor de considerable extensión de tierras, al aceptar la proclamación de su candidatura al cargo de Senador, les expuso sus ideas en términos que revelan la amplitud, el alcance de sus miras, su visión del país En documento dirigido al

Presidente de la Comisión Departamental Colorada D Jerónimo de Mello, expresó en sus pasajes sustanciales

"Señor He recibido la nota de usted confirmando su anterior telegrama, por la cual se me comunica mi proclamacion de candidato a Senador en las próximas elecciones Reitero los términos de mi anterior contestación aceptando y agradeciendo el alto honor de que se me hace objeto Ademas creo necesario ampliar ligeramente algunas de las ideas esbozadas en mi telegrama Nada necesito decir de mis vistas politicas ya que en numerosos documentos, algunos recientes, otros de data lejana, he expuesto mis opiniones sobre los grandes partidos, aún sobre los deberes especiales que este momento historico impone a todos los colorados Yo sólo puedo añadir que no cabe en la hora presente otra conducta que seguir el vasto movimiento de ideas en que esta actualmente empeñado nuestro partido, movimiento grandioso en sí mismo y en sus proyecciones de presente y de futuro Este flujo y reflujo de ideas, este surgir y resurgir de altisimos problemas que tocan el destino mismo de la Republica, y alrededor de los cuales el pensamiento y la palabra libran nobles combates, da a la politica general de nuestro partido un sello de imparcialidad superior que no ha tenido en hora alguna de nuestra historia El partido colorado da la impresion a todo el que sabe mirar y sentir los fenómenos sociológicos, de que marcha sereno, sin ninguna de sus viejas y angustiosas preocupaciones, seguro de sí mismo y de su poder, lleno de fe en la razón publica y en las fuerzas incontrastables de la legalidad, con la vista fija en el porvenir y en las grandes soluciones de la democracia"

"Y por lo que especialmente toca a la política de Rivera, yo sólo debo añadir que me siento irrevoca-

blemente ligado a mis nobilísimos correligionarios desde que han proclamado y casi aclamado mi nombre con una unanimidad que es el más alto timbre de honor que pueda caber a un ciudadano y a un colorado, de todo lo cual he recibido las muestras mas inequívocas, más espontaneas y más sinceras Pero mi reconocimiento por Rivera, si llego a representarlo en la alta Cámara, irá más allá del partido y de la política ya que haré de sus intereses materiales y morales una de las más profundas y constantes preocupaciones de mi mandato Rivera, contra la opinión que hasta ahora ha predominado pero que empieza a desvanecerse, es uno de los departamentos más fértiles y mas generosamente dotados de toda la Republica Hay acaso en nuestro país tierras que se parezcan a las de Rivera, no hay que las superen y no hay tal vez que los igualen trabajadas por la mano del hombre mostrarán una potencia ilimitada y darán los más variados, los más exquisitos los más útiles y abundosos frutos Llegará un día, en que acaso será la region mas próspera del país entero Es que lo tiene todo para ello, el suelo fecundo, lujuriante, y el subsuelo rebosante de metales útiles o preciosos El día que esté poblada, el dia en que sea intensa, científica y sabiamente explotada, el dia que esté en plena producción el dia que sea un gran centro agricola como es ya y será cada vez mas un gran centro ganadero, Rivera será un verdadero emporio de bienestar y de riquezas. Es que Rivera tiene al lado el más vasto mercado de América, mercado que absorberá ávidamente todos sus productos y los mas raros como los más comunes, las cosechas pobres y escasas como las excesivas o extraordinarias, dándole, dándole en cambio las propias y oro a torrentes En este sentido Rivera puede descontar para el

futuro y no como un vano sueño sino como una realidad inconmovible, los más altos destinos ¿No tenemos ya el ejemplo y la prueba en la ciudad de Rivera, nacida apenas ayer, surgida como por conjuro en frente a la vieja ciudad brasileña, casi dentro de ella y sin río por medio, y ya una de las prósperas de la República? Y este prodigio, este nacer milagroso de una ciudad potente en tiempo tan breve, ¿se debe a otra cosa que la vecindad feliz de la desbordante y vastísima república del Norte, al amplio intercambio de productos que ni siquiera son los propios? Lo mismo sucederá en el departamento cuando éste tenga una producción apropiada y rica, aparte de la ganadera, que enviar al inagotable y generoso mercado brasileño"

En el Parlamento rehuyó siempre participar en los debates políticos hacia los que derivaba con frecuencia la consideración de los asuntos legislativos, no terció en las controversias de tono menor, a las que asistió con la actitud de un filosofo silencioso y ensimismado, durante largos períodos parece estar ajeno a lo que pasa a su alrededor no porque fuera un indiferente su sola presencia, la autoridad de su palabra fue un agente moderador Hizo oír su voz en el estudio y consideración de los grandes temas, ya se relacionaran con los problemas de la salud, con la organizacion de la enseñanza y de la investigación, con el desarrollo del progreso material o con los ideales de la libertad y de la civilización Diríase que su actuación legislativa fue una prolongación de la obra realizada en la cátedra

XXXVII

El lento e intrincado proceso de la reforma constitucional desarrollado durante el siglo XIX, reanudose después de la guerra civil de 1904, sujeto a las complejas alternativas de la política y del interés de los partidos Se orientó hacia soluciones concretas por efecto de la ley de 28 de agosto de 1912, de la que resultó la convocatoria a elecciones para la formacion de una Convención Nacional Constituyente, electa el 30 de julio de 1916 La Constitución que surgio de sus deliberaciones y del pacto estipulado por los partidos tradicionales el 6 de junio de 1917, significó un paso muy avanzado en la historia de nuestra evolución institucional, al incorporar a la Constitución de 1918 principios esenciales que consagraban la libertad política, la convivencia de los partidos, mediante disposiciones que hacian posible el contralor o la fiscalización de los actos del Poder Ejecutivo, el abatimiento de las inmensas potestades de éste y la supremacía del Parlamento Soca, que por elevado espíritu, madurez de criterio y serenidad de juicio, habia sido siempre un político conciliador, con firmes convicciones partidarias pero desprovisto de la menor dosis de pasion o de intolerancia que oscurecian la inteligencia de nuestros hombres públicos más destacados, acompañó decididamente el proceso reformista y adhirió con jubilo a la solución institucional mediante la cual el Consejo Nacional de Administración, la rama colegiada del Poder Ejecutivo, debía ser integrada por representantes de los dos partidos tradicionales Al descender de la Presidencia de la República el Dr Feliciano Viera, que pasaría a integrar el referido Consejo y a presidirlo durante el primer bienio, fue objeto de un gran

homenaje que le tributaron sus correligionarios y amigos Soca no se había hallado entre los colaboradores inmediatos del Dr Viera Fue designado para ofrecerle el homenaje En el discurso pronunciado en la ocasión, el 29 de marzo de 1919, emitió conceptos muy profundos por su alcance político y sociológico, al referirse a la obra del gobernante y al proceso de carácter político-institucional producido durante el período presidencial 1915-1919 El colegialismo propuesto como sistema de gobierno para la organización del Poder Ejecutivo había concentrado la atención de los partidos y de las fuerzas vivas de la opinión desde 1913 en que la idea fue anunciada por Batlle y Ordoñez en sus "Apuntes" Con fidelidad Soca recoge en su discurso la vibración y la emoción que suscito en el momento el choque de las ideas

"Hay algo desde luego que nadie podrá negar — expresa — porque es la luz que deslumbra y la evidencia que fuerza las convicciones, que vuestra presidencia es una de las más trascendentales y de las mas ricas en acontecimientos decisivos para nuestra vida interior y para nuestras relaciones con la América y el mundo Jamás sucesos más graves pusieron a prueba la sagacidad de nuestros gobernantes, habituados a los modestos problemas de la vida nacional"

"Y en esta vorágine de sucesos que se atropellan sin cesar y cabalgan los unos sobre los otros habéis sabido guardar una serenidad y una firmeza de apostura que os hace el más grande honor y reconocerán hasta vuestros enemigos Comentemos algunos de estos sucesos"

"Desde luego el colegiado, la más vasta crisis ideológica de nuestra historia El colegiado sera un error, será una verdad luminosa, será lo que se quiera, pero

es sin duda una cosa grande y bella, porque ha removido la conciencia nacional hasta sus últimas profundidades y ha suscitado polémicas sin ejemplo en nuestro medio".

"¡Qué fuerza en el ataque del adversario! ¡Qué constancia indomable! ¡Qué resistencia férrea, qué riqueza de recursos, qué violencia en la palabra, qué brutalidad en el ultraje!"

"Y no eran solamente frases, vanos espasmos de espíritus en epilepsia. Los hombres se ponían en frente del colegiado con todos sus bienes, con todas sus esperanzas, con todo su poder, con toda su vida. ¡Arrojaban todo, como en una hoguera, en la gran batalla por las ideas!"

"¡Y en la defensa! ¡Con qué bravura se oponían al torrente, con qué valentía de expresión, con qué recursos dialécticos, con qué resolución y con qué arte terrible se rechazaban todas las acusaciones, todos los prejuicios, todos los avances del adversario, ebrio de ira, en las intimidades de la conciencia, con qué arrogancia valerosa se vestían como de una insignia de las invectivas que un adversario eficaz lanzaba sobre los colegialistas, los que al fin y al cabo no eran más que pensadores generosos, prisioneros de una idea, pero que marchaban al porvenir con la obsesión de la patria en los ojos y en los labios!"

"¡Qué magnífica lucha del pensamiento!"

"¿Hay otra igual en toda nuestra historia, más alta y más honrosa para esta raza que parecía sólo capaz de hazañas legendarias?"

"¿Qué gobierno presidió jamás una lucha en que hubieran llegado tan alto la inteligencia y la conciencia humanas?"

'Toda el alma uruguaya en su infinita complejidad, se revela en esta crisis inmensa que tuvo su solucion decisiva en la jornada epica del 30 de julio.'

"Yo no sé lo que pensarán los otros sobre esta lucha y este día. Yo de mi sé decir que no cambiaria por nada esta batalla aun con la derrota, porque es la culminacion y el triunfo del civismo uruguayo, grande e igualmente honroso para los dos partidos. Nuestra historia esta llena de luchas violentas y de hombres que usurpan el sitio de las ideas, pero esta huérfana de estas lides del pensamiento en que, como dirían los romanos, no hay espadas, ni lanzas, ni escudos y en que solo las togas y las plumas tienen la palabra"

"¿Qué hicistéis vos entonces, vos que estábais al lado de los grandes iniciadores y habiais venido al gobierno para defender la gran causa que era ya la de vuestro partido?"

"Hicisteis algo que es el más grande de los títulos para un gobierno democrático, porque es el respeto de las leyes y la sumisión a la voluntad del pueblo: perdisteis la elección"

Aludió luego a la crisis producida en el seno del Partido Colorado después de los comicios del 30 de julio de 1916, en los que fue vencida la tendencia colegialista mediante la voluntad popular expresada por voto secreto, al choque entre la Convención Constituyente, ya en funciones y orientada en el sentido de darle al pais una constitución presidencialista y la legislatura ordinaria, de tendencia colegialista, que coexistia en sus funciones con la Convención, a la posibilidad de un enfrentamiento que condujera a la guerra civil.

"¿Podíamos — dijo — dejarnos arrastrar a tan odiosas extremidades? ¡No! De aquellos inmensos

males debía salir el bien, de aquellos conflictos al parecer insolubles, debía salir la gran solución, la que asegura a nuestra Patria una vida estable y firme, la que asegura a nuestros partidos — por la Constitución misma — las posiciones a que tienen legítimo derecho Esta solución era de nuevo como será eternamente, la única, la inevitable solución de nuestros antagonismos casi seculares la armonía la conciliación el sacrificio de todos en la Patria, la coparticipación legal, fuera de la cual no hay sino desastres"

Evoca entonces la actitud asumida por el Presidente Viera "Llamasteis al adversario que os oyó porque sin duda hablasteis con franqueza la lengua de la verdad y de los grandes intereses nacionales Y el adversario, levantando también muy alto su punto de mira, supo comprenderos"

"De aquellas negociaciones históricas nació la nueva Constitución, código de libertad y de armonía que tendrá la más feliz influencia sobre el porvenir de nuestra patria, sobre todo, después que el tiempo la haya depurado de sus inevitables defectos y cuando los partidos humanizados, hayan comprendido en el alma, sin hostilidades oscuras y propósitos secretos que no hay para esta tierra, ni dicha, ni vida, ni esperanza fuera de la coparticipación legal en la inmensa obra de construcción en que estamos empeñados" Su vocación conciliadora, su parecer favorable a la coexistencia legal de los partidos tradicionales en el seno del Poder Ejecutivo, fueron ratificados por Soca, con estas palabras de su medular discurso "En esta obra nacional más que partidaria tan grande que es tal vez el principio de nuestra historia, en la creación de este libro primordial que es el código de la coparticipación, deben ser citados los adversarios, cuyo robusto buen sen-

tido y clarividencia patriótica contribuyeron a salvar la terrible situación, el doctor Martínez, el doctor Aguirre, el doctor Gallinal, el doctor Berro"

El 1º de marzo de 1919 se había iniciado el nuevo régimen constitucional El Dr Baltasar Brum asumió la Presidencia de la República, en la misma fecha se instaló el Consejo Nacional de Administración, integrado por las figuras más representativas de los partidos tradicionales Dr. Feliciano Viera, Dr Ricardo J Areco, Dr Francisco Soca, Dr Domingo Arena D Pedro Cosio, e Ingeniero Santiago Rivas, militantes en el Partido Colorado, los Dres Alfredo Vásquez Acevedo, Martín C Martínez y Carlos Berro formaban la minoría electa en representación del Partido Nacional El Consejo se instaló en el edificio del antiguo Cabildo Con su gestion se inició una era de convivencia pacífica y de serena aproximacion de las fuerzas políticas tradicionales, cuyos metodos de lucha en el período embrionario de nuestra formacion política habían tenido por desenlace frecuente la guerra civil Al Dr Francisco Soca le correspondió integrar el Consejo Nacional de Administracion durante el primer bienio 1919 1921

En el Consejo Nacional Soca se reencontró, una vez más integrando un cuerpo de gobierno con el Dr Alfredo Vasquez Acevedo, el máximo Rector que haya tenido nuestra Universidad, con quien Soca no siempre estuvo en buenos términos Ya hemos recordado el respeto que le inspiraba y cómo supo hacer justicia a su personalidad prócer y a la trascendencia de su labor civilizadora El carácter colegiado del Consejo impide percibir a través de las actas que no son versiones taquigráficas, la gestión individual de sus integrantes, reflejan una labor de conjunto, excepto en los

casos de debates motivados por discrepancias sobre cuestiones fundamentales de criterio en materia de gobierno o administración. Soca concurrió con asiduidad a las sesiones del Ejecutivo Colegiado, se interesó, en particular, por los problemas relacionados con la salud pública (era el único médico que integraba el Consejo), mostróse siempre riguroso cuando se trataba de autorizar gastos públicos, así como en el otorgamiento de excepciones El Dr. Alejandro Gallinal, en el ejercicio del cargo de Consejero por licencia acordada el Dr Vasquez Acevedo, propuso, en 1920, que fueran programados con anticipación los actos conmemorativos del primer centenario de la Independencia Nacional que se cumpliría en 1925 Los consejeros Soca, Martínez y Arena coincidieron en que los gastos que irrogaran la totalidad de los actos a realizarse no podían exceder de un millón de pesos

El 11 de enero se consideró la solicitud de prorroga del Ingeniero Bautista Laigoisty para perfeccionar sus estudios de electrotécnica en Londres Soca votó para que le fuera otorgada sin goce de sueldo, "por considerar que dadas las circunstancias del interesado no le es necesario el estímulo del sueldo para sus estudios" La parsimonia y prudencia en materia de gastos caracterizó la gestión inicial del Consejo El 26 de febrero de 1921 Soca asistió a la última sesión correspondiente a su mandato El 2 de marzo tomaron posesión de sus cargos, al hacerse efectiva la primera renovación de un tercio de los componentes del Consejo, José Batlle y Ordóñez, quien lo presidiría, el Dr Juan Campistegui y el Dr Alfonso Lamas, éste último en representación del Partido Nacional

El gobernante que nunca se había apartado de las obligaciones y del diálogo con sus discípulos de la

Sala Argerich, al cesar en el ejercicio de las funciones publicas, continuo consagrado de lleno, fiel a la vocacion docente Tenia entonces sesenta y cuatro años Más que ellos habían contribuido a envejecerlo, el desgaste de una vida consumida sin tregua en el trabajo y en el estudio

XXXVIII

El dia que lei una carta de Paul Claudel, el altisimo poeta, a Mallarme, el altísimo maestro, en la que afirma que, desde que recibió, como un rayo, la impresión de la lectura de las Iluminaciones de Rimbaud, "puedo decir, escribe, que debo a Rimbaud todo lo que soy intelectual y moralmente hay, creo, pocos ejemplos de tan intimo connubio de dos espiritus", el dia que leia esa confesión pensé que, en mi pobreza y en mi oscuridad Soca me habia sellado igualmente en forma radical y definitiva

Tuve plena conciencia de esto una noche tremenda en que hice revisión angustiada de todo lo que le debía Fue la noche del 28 de marzo de 1922 El 27, lunes, Soca dio una clase brillante en el pequeño rincón de la Sala San José Lo notabamos los que viviamos pendientes del patrón, muy cansado, desmejorado, desde hacia tiempo Le costaba hacer aquellas clases deslumbrantes a que nos tenia acostumbrados Ese dia 27 estuvo animado, sagaz, elocuente Al retirarse, me recomendó que no dejara de enviarle un enfermo de la Sala Argerich que le interesaba y que — prueba de su invariado amor por la clinica, — deseaba estudiar radioscopicamente, de tarde, en su casa El 28, al entrar a la Sala Argerich, de mañana temprano, se me informó que el enfermo habia ido a casa del doctor

Soca, pero que no había podido ser visto porque el doctor estaba indispuesto No nos extrañó su ausencia esa mañana Cuando llegué a mi casa, Dighiero, — el hombre que más lo amó y más lo respetó en la gruesa falange de alumnos, — me telefoneó emocionadísimo el patron habia sufrido una crisis' cerebral la noche última Dighiero me pidió que fuera, — orden sagrada, — esa noche dispuesto a velarlo Fui y pasé la noche integra al lado del maestro En su grande y austera habitación, en una mesa al lado del lecho en que yacía sin conocimiento, con el terrible estertor traqueal que él vio venir inequívocamente, habia tres o cuatro libros y revistas que había utilizado para su postrera lección las últimas armas de aquel guerrero indomable En esas largas horas de inútil e impotente vela, mientras lo contemplabamos desesperados, desfilaron por mi imaginacion todos los recuerdos de diez años de mi vida de estudiante, los grandes, los imborrables, los incomparables años de mi aprendizaje Un alto espiritu, aristocratico, lirico, cultisimo me ayudó a evocarlo en esa noche interminable, era Julio Raul Mendilaharsu que tambien quiso quedarse a velar las últimas horas de un hombre que él, tan inteligente y generoso habia aprendido a admirar Al dia siguiente, el entierro con un torneo oratorio donde alternaron en justa de elocuencia Juan Antonio Buero y Rodolfo Mezzera y Emilio Barbaroux y Jose Espalter y Dighiero y Martirene y Escudei Nuñez, y en el que se agotaron los tonos del elogio y todos los matices de la admiración

Dighiero, que había de sucederle, con tan grandes títulos, nos dijo dias después, al salir del hospital, sencillo y modesto y leal como siempre, una frase que tampoco se nos ha borrado "ustedes, que recién em-

piezan y que irán conociendo las dificultades de la clientela, verán entonces que grande era nuestro gran patrón En las consultas cuando se enfrenten con los otros colegas, verán qué superioridad de criterio de medida, de enfoque les ha comunicado este hombre que nadie reemplazara" Permitaseme que tenga la vanidad de decir que eso fue y es verdad

Escribo estas paginas a casi medio siglo de la muerte de Soca Puedo apreciar la figura del Maestro con la perspectiva del tiempo y la experiencia de la vida Reitero en esta ocasion lo expresado al rendirle homenaje en 1934 que se conserva intacto en mi el orgullo de haber sido discípulo de Soca

Héctor H. Muños

Montevideo
Julio de 1971

FRANCISCO SOCA

Francisco Soca nació el 24 de julio de 1853 en el caserío ubicado en el Departamento de Canelones, surgido a la orilla izquierda del arroyo Mosquitos, erigido en pueblo en 1874 merced a los esfuerzos del vecino Zenon Burgueno, quien dio al pueblo el nombre de Santo Tomas de Aquino, en homenaje a su padre, Tomas Burgueño, guerrero de la independencia Sus padres fueron Victor Soca y Maria Barbara B[illegible], oriundos de las islas Canarias La localidad en que nació hoy lleva su nombre pueblo Soca Quedo huerfano siendo niño La proteccion que le dispenso el comerciante e industrial español Ambrosio Gomez, amigo de su padre, influyo en su destino Dotado de condiciones excepcionales, despues de realizar los estudios primarios y secundarios, curso primer año de Medicina en Barcelona, que revalido en la Facultad de Medicina de Montevideo, en la que se gradua con el titulo de Medico en abril de 1883 Su tesis verso sobre un caso de ataxia locomotriz Entre 1879 y 1881 participo en los trabajos y reuniones de la Seccion de Filosofia del Ateneo del Uruguay y entre 1878 y 1879, integro el nucleo de colaboradores de *El Espiritu Nuevo* Se traslado en 1884 a ejercer la profesion en Tacuarembo En 1885 el gobierno de Santos le otorgo una beca para ampliar sus estudios en Europa En Paris rehizo integramente la carrera, rindiendo todos los examenes con altas calificaciones Estudio en las clinicas a cargo de Simon, Dieulafoy, Fournier Jaccoud, Potain y Charcot

Obtuvo el titulo de Medico de la Facultad de Medicina de Paris con la presentacion de la tesis sobre la enfermedad de Friedreich en 1889, año en que regreso a Montevideo Su aspiracion era ser profesor de la Facultad de Medicina En 1889 fue designado Catedratico de Patologia Interna y en 189[illegible] de la Clinica de Niños, cuya fundacion promovio La desempeño hasta 1899 Tres años antes, en 1896, habia sido designado Catedratico de Clinica Medica, cargo en el que ejercio su alto magisterio hasta la vispera de su muerte Al mismo tiempo que se entrego con pasion a la docencia y al intenso ejercicio de la profesion, ocupo cargos de caracter politico En 1891 fue electo representante nacional, en 1898 integro el Consejo de Estado, ocupo un escaño en la Camara de Representantes en el periodo 1899 1902, a cuyo termino fue electo para ocupar una banca en la Camara de Senadores, de la que fue Presidente en 1906 Designado en 1907 Rector de la Universidad d renuncio para desempeñar nuevamente las funciones de Representante nacional en el periodo 1908 1911, siendo reelecto

para el siguiente Fue designado Senador para el periodo 1913 1919 El 1º de marzo de este año paso a desempeñar el cargo de Consejero Nacional en el Consejo Nacional de Administracion que ejercio durante un bienio Su actuación en las ramas del Poder Legislativo se distingue por la elocuente participacion que le cupo al discutirse temas trascendentales Fue Miembro de Numero de la "Societe Medicale des Hôpitaux" de Paris y de la "Societe Neurologique" En 1917 fue elegido Miembro de la Academia de Medicina de Paris En ese año la Facultad de Medicina de Montevideo lo nombro Profesor honorario, sin perjuicio de proseguir en el desempeño de la catedra de Clinica Medica Su bibliografia principal la forman *Historia de un caso de ataxia locomotriz sifilitica*, 1883, *Estudios Medicos*, 1888, *Etude clinique sur la maladie de Friedreich*, 1889 *El Medico*, 1916 y numerosos estudios sobre diversos temas de medicina publicados en revistas europeas Murio en Montevideo el 29 de marzo de 1922 El gobierno le decreto grandes honores, fue sepultado en el Panteon Nacional

CRITERIO DE LA EDICION

En el presente volumen se reproducen los textos publicados en las fuentes que se citan Fueron salvadas algunas erratas y modernizada la ortografia



SELECCION
DE DISCURSOS



SOBRE LA SUPRESION DEL EXAMEN GENERAL Y DE LA TESIS *

Yo voy a votar en favor de los estudiantes, porque creo dos cosas conjuntamente primero que es absolutamente inutil el examen general y segundo, que la tesis es imposible Voy a permitirme entrar en ciertas consideraciones para demostrarlo

Yo no se cómo se hace un ingeniero ni un abogado, pero sé cómo se hace un médico La instrucción de un medico, de un verdadero médico es la resultante compleja de todas las enseñanzas que ha recibido, de todos los hechos que han pasado delante de sus ojos en los largos años que ha concurrido a los Hospitales o a la escuela En realidad, no aprendemos nada en los libros, nada en los hechos, nada debemos tampoco a la palabra de los maestros, pero todo, todo, a esas tres fuentes del saber, reunidas, iluminándose recíprocamente ¡Ay de los que solo se atienen a los hechos! ¡Ay de los que sólo escuchan la palabra de los maestros! ¡Ay de los que se entregan sin medida a la ciencia fácil de los libros! El primero sería un rutinario tan peligroso como inútil, es lo que llama el vulgo un practico, con un énfasis intolerable, ¡como si la ciencia no fuera el alma misma de la practica! Los otros serían visionarios convencidos mil veces más peligrosos todavía.

---

* "Diario de Sesiones de la H Cámara de Representantes" Sesión del 21 de marzo de 1891 Tomo CXII, págs 263-267 Montevideo, 1893

Hay más La medicina es un arte prodigiosamente complejo, prodigiosamente oscuro, de una extensión inmensa, nadie, ni aun con las más raras dotes personales, nadie puede llegar a ser verdadero medico, sino en largos años de incesante estudio y de incesantes esfuerzos Para ser medico hay que educar sentidos vírgenes, hay que aprender a mirar, a ver con una precisión impecable, a ver el fenómeno oscuro, indeciso en medio de fenómenos múltiples, luminosos, engañadores

Para ser médico, decía, es preciso aprender a leer, a ver, a mirar hechos, a menudo indecisos, entre objetos luminosos y que tienen que engañar la vista del observador En ese arte extraño, decia en que todo convida al error y los errores matan, es preciso ver muchas cosas, muchas veces, un gran número de veces, para que el fenómeno deje en el cerebro una imagen potente y que pueda surgir a la menor provocacion de la realidad aun en los momentos de vértigo porque atravesamos, a menudo en la practica de nuestro arte, hecho de sorpresas

De un lado pues son indispensables ciertas fuentes de instrucción el libro, el maestro, el enfermo De otro lado, largo tiempo, largos esfuerzos método riguroso El médico no se improvisa se crea en el choque diario prolongado interminable del maestro, del enfermo y del libro Las ideas médicas para ser fecundas, deben entrar una a una dia a dia repetirse, repetirse siempre, aquí el ejemplo, allí el precepto, hasta que formen para nosotros como una segunda naturaleza, es una especie de amasamiento extraño del cerebro, un trabajo de hormiga, por decirlo así, un trabajo de transformación de las ideas en actos reflejos, en movimientos orgánicos súbitos y casi involuntarios

La creación de un médico, pues, es una obra lenta y se realiza necesariamente por etapas sucesivas y prolongadas, en las cuales, las diferentes fuentes de instrucción, combinándose en una sabia armonía, han producido en el cerebro modificaciones profundas y le han dejado ideas claras y precisas, inmediatamente utilizables.

Supongamos un joven llegado al fin de su carrera. Abandona el Hospital, da el adiós a sus maestros, no le queda más que los humildes libros de su biblioteca, es entonces que viene el examen general. Y ahora yo pregunto: nuestro joven, en ese instante preciso en que abandona las aulas, ¿es o no un médico, es decir, un práctico consciente e ilustrado? Si es médico, ¿qué viene a hacer vuestro examen general? Es una especie de fiesta inútil y fastuosa que puede imponerse a los ricos, pero no a los pobres jóvenes que tienen prisa por medir sus armas en la lucha por la vida. Si no es médico, ¿qué añadirán a su dolosa ignorancia, unos cuantos libros, unos cuantos jeroglíficos para los que no tienen en la mente o delante de sus ojos la imagen viviente que temple los excesos o supla la insuficiencia de nuestro lenguaje?

Supongo que no habrá aquí quien piense que pueda crearse un práctico, tratándose de una ciencia tan vasta, tan oscura, en unas cuantas semanas, en unos cuantos meses de lecturas vertiginosas, precipitadas, seguramente infecundas. ¿No acabo de establecer que la medicina es la resultante final del largo tiempo, del largo trabajo, de la larga experiencia? Y sobre todo, ¿no he establecido que no se aprende en los libros?

Así, pues, señor Presidente, el que no sea médico al terminar su carrera, el que no sea médico con las pruebas porque ha pasado, con los trabajos que ha

abordado, ese podrá ser médico algún día pero ciertamente, no son las fatigantes e irrisorias lecturas que se le imponen, no es el examen general, pretexto casi amable para poner la firma a un título científico, no son las vanas fórmulas académicas tan estériles como crueles, las que darán al joven médico la seguridad de percepción, el aplomo, la decisión, la ciencia práctica, en una palabra, que no es nunca sino el resultado de una larga y paciente iniciación en el arte severo que está destinado a ejercer

Pero se me dirá el examen reconocerá a los suyos, el que no sea médico, no pasará ¡*Risum teneatis*! ¿Quién podrá hacer una objeción tan candorosa, quién que haya prestado examen, quién que haya conservado la memoria de las angustias que pasa un profesor al lanzar la excomunión mayor de una reprobación a uno de sus discípulos? En todas partes (y tendría pruebas a montones), la prueba del examen es de las más precarias, y todo título científico que se funda en esas frágiles bases es mirado por los maestros de la ciencia con no disimulado desdén

Entre nosotros, las cosas son aún más graves el profesor está demasiado cerca del alumno, es casi siempre su amigo, y la sinceridad y la severidad en el examen es una cosa rara, y sólo accesible a ciertos caracteres para quienes el respeto humano no es más que una palabra

Esta es la positiva realidad, aunque ruda y tal vez demasiado franca Pero sobre todo, y supuesta la mayor severidad en el examen, ese alumno que ha podido engañaros durante largos años en los exámenes parciales, necesariamente más severos que el examen general, ¿carecerá de sus recursos habituales en la re-

vista anodina y al vuelo, que es vuestro examen general?

Pero si el examen tiene para vosotros un valor que no tiene para nadie, un valor matematico, ¿por qué insistir? ¿No habra probádo ampliamente su suficiencia en los largos años que ha estado bajo vuestra ferula?

O el examen prueba algo, o no prueba nada, si prueba algo, ¿para qué repetirse?

¿Qué vais a comprobar que no sepais?

Si el examen no prueba nada, ¿para que exigir al pobre alumno, quebrado por la odiosa por la embrutecedora tarea, porque esa es la palabra, *embrutecedora*, de preparar exámenes, un examen mas todavia, una nueva angustia, una nueva e inutil tortura? Y yo estoy seguro que si la mayor parte de los miembros de esta Camara hubiesen pasado en su vida tantos examenes como yo, no faltaría un solo voto a nuestros estudiantes

Y estos principios hallan facil apoyo en los hechos pero no puedo abandonarme a un estudio de esta naturaleza, ni tengo en mi poder los datos suficientes Puedo, sin embargo, decir, que las Naciones mas adelantadas en materia de instrucción médica, abandonan resueltamente el examen general Puedo citar la Francia, en la cual esta prueba ha desaparecido desde hace largos años Sin embargo, la Francia da al mundo los mejores practicos que se conocen Es que en Francia, como en todas partes, se han convencido de que el examen no prueba en general nada, lo que prueba es la escolaridad la concurrencia de los estudiantes a las escuelas practicas, lo que ellos llaman *escolarité*

Pero quiero acordaros que el examen general sea útil, que pruebe la suficiencia real del alumno ¿Qué

representan entonces vuestros títulos académicos? Supongo que las Facultades no aspiran a formar sabios, aspiran simplemente a formar prácticos. Exigid, pues, a vuestro alumno un simple examen práctico. Nada medirá mejor sus esfuerzos. Lo he dicho antes: la ciencia es el arte de la verdadera práctica. ¿Qué vienen a hacer vuestras inútiles bibliografías? El médico está todo entero en el práctico. Evitad, pues, a vuestros alumnos estériles lecturas con las cuales perderán solo un tiempo precioso.

Yo quiero acordar por un instante que el examen general sea útil, factible. Hay una cosa que no puede conservarse bajo ningún pretexto: es la tesis, señores; en Montevideo, señores, no es posible hacer una tesis seria, original, útil y honrosa para el alumno, honrosa para la Facultad. En efecto, no hay tesis segura, consciente, sin una amplia bibliografía, sin una bibliografía universal. Bien, y ¿por qué? Por una razón muy sencilla.

Tenemos un hecho en la mano. Lo primero que debemos preguntar no es, si tenemos conciencia, seriedad, altura científica; es si hay otros análogos anteriores que lo expliquen, lo agranden, lo iluminen y sobre todo, cosa elemental, es preciso saber si el hecho es conocido. Y ¿cómo saberlo si no tenemos a nuestro alcance y en nuestra mano todas las fuentes de información, es decir, una biblioteca especial, amplia, universal? Y es sabido que esas bibliotecas no existen en Montevideo. No me habléis, por Dios, de la Biblioteca Nacional, que podrá tener todas las virtudes que queráis, pero que es prodigiosamente inútil para los médicos. Dentro de algunos años, esa biblioteca existirá tal vez en nuestra Facultad, gracias a los esfuerzos inteligentes de su actual Decano, quien ha tomado

abono en casi todos los periódicos científicos que se publican en el mundo Pero, aparte de que esa biblioteca será siempre muy defectuosa, no es por el momento mas que una esperanza

Así, pues, llego a esta conclusion sin bibliografía amplia, enorme no hay trabajo serio y seguro no hay tesis posible En Montevideo, los medios de información faltan casi por completo

No es, pues posible, hacer en el medio en que vivimos, un trabajo con cien'e, profundo, útil, que se cuente por algo en el mundo científico.

Por otro lado, los hechos de observación, que son la base fundamental de todo trabajo científico, son, entre nosotros, sumamente precarios, gracias a la mala organización que tiene nuestra asistencia pública, y que hace imposible utilizar los materiales que posee nuestro Hospital, materiales que en otras condiciones serían preciosos Así, pues, no tenemos laboratorios, no tenemos Hospitales bien organizados, no tenemos biblioteca, no tenemos nada ¿Cómo, pues pretender que se hagan tesis serias? ¿Saben mis honorables colegas lo que se va a obtener con esa insistencia injusta en exigir de nuestros alumnos una tesis imposible? Y bien es muy simple obligarlos a reimprimir por cuenta propia los libros viejos que andan en todas las manos Jaccoud, Kuze, y aun hasta los volúmenes apolillados de Bouillaud

Y esto, además de ser inútil, es cruel Las tesis de Montevideo tendran difícilmente algún valor intrínseco, pero costarán dinero, sacrificios, y los estudiantes, los que aprenden, los que aspiran a levantarse por la virtud del trabajo esos vienen de las filas del pueblo, del pueblo más modesto, y cada paso que dan en la ciencia, cuesta a menudo a sus humildes padres

crueles gotas de sudor ¿Cómo pues queréis pedirles en nombre de una fórmula irrisoria, la reimpresión de los libros que estan en todas las manos? Es, pues, indudable que no debe exigirse tesis a los alumnos de Montevideo esa tesis es imposible o inútil

Pero ¿a que viene esa larga demostración?, diran, sin duda, algunos de mis honorables colegas Tenéis razon acaso, pero la ley resuelve lo contrario Yo respondo sin embarcarme a fondo en una discusion para la que no me creo competente lo que vamos a hacer, lo que se nos pide, es una Ley, y por ese hecho, las que estén en oposicion con ella, estaran derogadas, si no de una manera absoluta, para el caso particular de los estudiantes que se han presentado Y después si la Ley que vamos a dictar deroga la anterior de una manera demasiado absoluta, ¿qué importa? La verdad saldra siempre gananciosa Lo que solo debia aprovechar a unos pocos, aprovechara a todos, nada mas El criterio, pues, para el caso presente, me parece ser éste la justicia de una petición de los alumnos Si la petición es justa, ¿que puede importar a los espiritus libres de esta Camara, que la resolucion que ella acoge derogue la Ley injusta?

INFORME SOBRE VACUNACION OBLIGATORIA *

I

I — Las pruebas rigurosas de la eficacia preservativa de la vacunacion respecto a la viruela, son tan antiguas como el mismo descubrimiento de Jenner

Una primera prueba era ya la inmunidad de que parecían gozar todas las personas ocupadas en la ex-

---

* El proyecto sobre vacunacion y revacunación obligatoria en todo el territorio de la Republica del Dr Abel J Perez, Representante por el departamento de Montevideo, fue presentado a la Cámara que integraba el 25 de abril de 1891 La Comision de Legislacion integrada se pronunció mediante el informe redactado por el Dr Francisco Soca el 21 de abril de 1892 Su consideracion fue incluida en el orden del día de la Cámara de Representantes citada para el 9 de julio de 1892 En la sesión de esa fecha el autor del proyecto Dr Pérez solicitó su aplazamiento El Dr Soca designado miembro informante apoyó esta mocion por las razones que expuso en los siguientes terminos Ayer al leer la citación de la Cámara me ha sorprendido tambien ver puesto este asunto entre los que ya deberían considerarse enseguida Habíamos convenido en efecto con el señor Perez, que para que la Cámara pudiera estudiar tratándose de una cuestion nueva completamente ajena a las cuestiones ordinarias y por consiguiente más difícil de estudiar, era conveniente, y sobre todo estaba en la sinceridad de propositos que a todos nos animaba, que debía estudiarse todo lo ampliamente que se pudiera Por eso habíamos convenido con el señor Perez, que este asunto se dejara para el próximo periodo de la presente Legislatura

Yo por mi parte como miembro informante de la Comisión no tengo ningun inconveniente en apoyar la indicación del señor Pérez, no tengo inconveniente en que esta cuestión se estudie, cuanto más se estudie mejor verán más claramente los que tengan cierta resistencia cierta repugnancia *(no se le oye)* esos tal vez se reducirán a las ideas que sostiene la Comisión, con el estudio largo, prolongado, que de ella

tracción de la leche de las vacas y quienes, además, habían tenido cowpox o algo parecido en las manos, no alcanzando la inmunidad sino a estas personas precisamente y no a todas aquellas que, aun cuando ocupadas en la misma tarea no habían tenido la fortuna de inocularse el virus de las pústulas vacunas

Pero la prueba científica absoluta ha sido dada por las inoculaciones experimentales innumerables que se hicieron en tiempo de Jenner por Jenner mismo, por sus discípulos y amigos, por otros muchos médicos así de Inglaterra como del continente

Jenner tomaba cincuenta personas vacunadas y les inoculaba a todas la viruela a ninguna le prendía

Tomaba en seguida cincuenta personas no vacunadas, les inoculaba igualmente la viruela a todas les prendía sin excepción alguna

Es que el hombre tiene una receptividad extraordinaria para la viruela, y sobre todo, casi universal

De cada cien personas no hay más de dos o tres incapaces de recibir la viruela por inoculación sobre todo

Si, pues las cincuenta personas vacunadas no tenían la viruela después de la inoculación, es que alguna causa profunda debía ejercer su acción en tal circunstancia, y esta causa no podía ser otra que la vacuna

---

hagan Por consiguiente la cuestión no puede perder, sino ganar con ser estudiada, metodizada todo lo ampliamente que se quiera

Por mi parte como miembro informante no tengo inconveniente en apoyar la moción del Diputado señor Perez No sé si los demas señores miembros de la Comisión de Legislación estarán en ese caso pero como quiera que sea, creía deber hacer esta declaración sinceramente Yo deseo que se haga luz en esta cuestión

El proyecto no fue considerado durante los períodos restantes de la XVII Legislatura

Por consiguiente, la conclusion es matematica, inevitable la vacuna preserva de la viruela

Y la experiencia no quedó aislada ni con mucho Jenner inoculó gran número de las personas que vacunaba; nunca apareció la viruela en estas condiciones Y además de Jenner, otros muchos médicos repitieron la operación, ya por cuenta propia, ya por Comisión de Corporaciones científicas de suerte que, hacia 1800, se contaban ya muchos miles de personas vacunadas en quienes la inoculacion de la viruela quedó estéril.

Marshall escribía a Jenner "ya he vacunado cuatrocientas veintitrés personas, de éstas he inoculado la viruela a veinticuatro con resultado negativo"

Wolwille había hecho más de mil inoculaciones variolosas en los vacunados con resultado constantemente negativo

Someris, Leher, De Terro y Frank, inocularon con viruela un gran número de vacunados, resultado siempre negativo

En 1801 se inocularon con viruela por una Comisión del Comité Central de Higiene de París, 102 niños previamente vacunados ninguno tuvo la viruela

Se ve, pues, que la experiencia de Jenner, que tiene una fuerza demostrativa absoluta, se ha repetido un número suficiente de veces para que la intervención del puro azar pueda ponerse de lado con una completa tranquilidad de espíritu Así, pues, si los vacunados y *sólo los vacunados* resisten a la inoculación de la viruela, resisten de una manera constante e invariable, la vacuna preserva sin duda alguna de la viruela, y el problema de la eficacia de la vacunación está así resuelto de una manera inconmovi-

ble desde la aurora misma del descubrimiento de Jenner

Es evidente que quedaban aún muchos puntos oscuros o dudosos que sólo el tiempo podía aclarar, pero la prueba científica irrefragable estaba dada, y todo el violento esfuerzo de los antivacunistas no ha podido conmover una sola de las experiencias fundamentales de Jenner

Es racional suponer, que si la vacuna preserva de la viruela inoculada, debe preservar tambien del contagio de esa enfermedad, ejerciéndose por otro cualquiera de sus medios ordinarios La forma, en efecto, más eficaz de dar la viruela entre todas las conocidas, es la inoculacion Sin embargo, si estas verdades se pusieran en duda, pueden aducirse en favor de la esterilidad de los vacunados respecto de variolosos, experiencias y hechos no menos precisos, no menos demostrativos Jenner y todos los observadores de su época se servían para provocar la viruela en sus vacunados, ade mas de la inoculación, de la exposición al contagio por todos los medios más eficaces que podía escogitar la imaginación y enseñar la experiencia Así se hacía vivir los niños vacunados en las habitaciones de los variolosos, comer con ellos, dormir en sus camas, se hacía amamantar por las madres variolosas a los niños vacunados y estas experiencias se repetían en todas las fases de la enfermedad, por largo tiempo, en diversas ocasiones, y siempre, invariablemente, los niños recién vacunados escapaban de la viruela

Ahora bien, tratandose de una enfermedad, para la que el hombre y sobre todo el niño tienen una receptividad tan universal, estas experiencias no sólo

confirman las anteriores sino que establecen claramente que la vacuna preserva de la viruela, sea cualquiera la forma de contagio a que nos expongamos, que la esterilización del organismo por la vacuna no se refiere sólo a la inoculación variolosa

II — Estos hechos experimentales reciben una confirmación completa de la observacion de todos los días

La viruela es tan frecuente, la vacunación tan común, que todo el mundo está en aptitud de apreciar exactamente los beneficios de la última, todo el mundo ha visto pasar delante de sus ojos, hechos que confirman las conclusiones de los higienistas

Es desde luego un hecho general, que todas las personas vacunadas *recientemente* escapan casi sin excepción a la viruela, que todos los que están vacunados desde mucho tiempo pueden tener esta enfermedad, pero en sus formas benignas en la inmensa mayoria de los casos, que al contrario, las personas no vacunadas reciben la viruela con una facilidad, con una intensidad a menudo extraordinarias, y que es sobre todo entre ellas que la terrible infección reparte sus golpes más rudos

Todos hemos presenciado este hecho notable al lado y en medio de diez variolosos, hay una persona, dos o más vacunadas y es ésa o ésas precisamente las que escapan a la viruela, en toda una familia, que puede ser muy numerosa, hay una persona no vacunada, una sola entre diez o doce, y es ella precisamente la única que toma la viruela, y en todo caso, la única que muere, o pasa por una enfermedad grave, si es que alguno de los otros ha caído enfermo gracias a la antigüedad de su vacunación ¿A qué

puede, pues, deberse esta inmunidad de los vacunados respecto de una enfermedad para la cual el hombre tiene una vulnerabilidad tan enorme?, ¿a qué puede, pues, ser debida sino a la vacuna?

III — Una de las cosas que llaman la atención desde luego en los pueblos mal vacunados, es la frecuencia, la abundancia de las personas que llevan en el rostro las huellas de una viruela más o menos antigua Esta frecuencia era grande en nuestro país hasta 12 o 15 años atrás En el día, al contrario, desde que la vacuna ha empezado a propagarse entre nosotros con tenacidad, con energía, el numero de los marcados por la viruela ha disminuido enormemente, y el aspecto de nuestro pueblo no es a este respecto muy distinto del de los diferentes países de Europa, bien vacunados Por el contrario, hasta hace una quincena de años el contraste entre nuestro país y los europeos era muy notable, y llamaba la atención del viajero al primer golpe de vista

IV — En las naciones europeas en donde las aldeas estan muy aproximadas las unas de las otras y son bastante pequeñas para que las condiciones higiénicas afecten uniformemente a todos los habitantes, se ha podido observar con mucha precisión los efectos de la vacunacion sobre la marcha y la mortalidad de la viruela Así, si se recorren los informes anuales de la Academia de Medicina de Paris al Ministerio del Interior sobre las vacunaciones y revacunaciones, se encuentran a cada instante pueblecillos que escapan por completo a la viruela, aunque estén rodeados de otras aldeas en las que esta enfermedad ha hecho a veces horribles estragos Y estos pueblecillos

que escapan así a la viruela, son precisamente aquéllos en que se practican con rigor y tenacidad la vacunación y revacunación.

Al contrario, es muy frecuente hallar un gran número de aldeas que escapan de la viruela, gracias a la practica de la vacunación, circundando uno o más pueblecitos que pagan su culpable negligencia con la vida de muchos de sus hijos

Uno de los ejemplos mas precisos que podemos citar entre los de la primera especie, es el de la Comuna de Ersa, en la Isla de Corcega Dice el Informe de la Academia de Medicina de Paris "Recorriendo las
" diversas comunas de mi circunscripción, me he con-
" movido a menudo de ver tantas personas jóvenes,
" hombres y mujeres, marcados por la viruela Esta
" enfermedad epidémica hace aquí los mayores es-
" tragos

"Y bien acabo de visitar por segunda vez la Co-
" muna de Ersa y me he admirado de no hallar en
" ella a nadie que esté marcado de la viruela

"He pedido la explicación al doctor Franceschi,
" que se halla establecido en una Comuna limitrofe,
" y me ha dicho que eso era debido a la iniciativa
" del institutor En efecto, el señor Poggia, movido por
" un sentimiento de humanidad ha vacunado desde
" 1858, todos los niños de ambos sexos de la Comuna
" de Ersa. Gracias a el, la viruela no ha visitado
" nunca esta Comuna en los 23 años que él lleva
" de ejercicio de sus funciones de institutor, *mientras*
" *que ha arrasado las Comunas vecinas*"

Los ejemplos de la segunda especie, es decir de los pueblos que han pagado su descuido de la vacunación con terribles mortandades de viruela, son innumerables Citaremos Montreal, Douarnener. etc

V — Por otro lado, se han visto las epidemias de la viruela detenidas bruscamente en su marcha por sus vacunaciones y revacunaciones en masa, aplicadas enérgicamente y sin consideraciones de ninguna especie

Esto se ha visto por todas partes, pero es sobre todo notable en los cuarteles y ejércitos

No hay médico de batallón entre nosotros que no haya detenido netamente la marcha de una epidemia de viruela que amenazaba ser intensa, con las vacunaciones y revacunaciones en masa Cito entre otros a mi colega el doctor Honore

Lo que se ha observado en los cuarteles se ha observado en los pueblos un gran número de veces, y bastaría recorrer los Informes de la Academia de Medicina para hallar innumerables ejemplos de estos hechos

"La práctica saludable de la revacunación, ha po-
" dido muchas veces detener la marcha de las otras",
dice Mr Bloc director del servicio de vacunas en la Academia de Medicina

"No hay año, dice Colin, profesor en el Val de
" Grace, en que las relaciones de los medicos de los
" departamentos no demuestren la detencion inmedia-
" ta de las epidemias de viruela por la vacunación
" en masa de los grupos amenazados"

Por lo demás, he aquí dos hechos concretos y muy precisos En Venecia, durante el sitio de 1848-49, la viruela diezmaba la guarnición compuesta de veinte mil hombres, el doctor Miniche hizo practicar en todo el ejercito una revacunación general y la epidemia cesó

En 1861, una gran parte de la población de Chicago, se vio obligada a alojarse en vastas tolderías a

causa de un incendio Desde 1861 hasta fines de 1873, hubo cinco mil cuatrocientos cuarenta casos de viruela

En este momento, dice el doctor Etehrige, y mientras la epidemia alcanzaba su pleno desenvolvimiento, se hizo una revacunación general, en 1874 no hubo más de trescientos trece casos con muy raras defunciones (Pelbers)

VI — Los hechos y las experiencias que acabamos de citar, dejan bien establecido que la vacunación por el coupox hace al organismo humano estéril para el cultivo de los gérmenes variolosos; que, en otros términos, la vacuna preserva ciertamente de la viruela Es un hecho científico, fuera de toda duda, fuera de toda discusión

Pero estas experiencias, estas pruebas por fuertes que sean, no son suficientemente prolongadas las unas, ni suficientemente precisas las otras para darnos la medida de la solidez y la duración de la inmunidad conferida por la vacuna, ni, por otra parte, podrían desvanecerse todas las prevenciones, todos los prejuicios casi religiosos que ha creado y desenvuelto la invectiva de los antivacunistas, sin presentar una masa tal de pruebas, tan límpidas, tan numerosas, tan decisivas que impongan la convicción a los espíritus más prevenidos o más recalcitrantes

Además, cuando se trata de imponer una práctica que no todos aceptan, es necesario que las razones que la apoyen, sean tales que se tenga casi el derecho de llamar por lo menos obcecado al que se ha osado a ponerse enfrente de un hecho que se impone con la fuerza de la más incontrastable evidencia

Y si Vuestra Comisión entra en estas consideraciones, es para justificar los desarrollos y la acumulación de cifras de los capítulos siguientes

II

I — El hecho más visible y por decirlo así más grosero, mas brutal, que llama la atención cuando se estudian las cuestiones referentes a la vacuna, es la fisonomía tan distinta que la viruela presenta antes y después de Jenner Antes de Jenner la viruela era ciertamente la enfermedad mas mortífera que se conocia y aun comparada con enfermedades que, como la peste, han hecho los más espantosos estragos en los pasados siglos, le corresponde ampliamente el primer puesto

La viruela, antes del descubrimiento de la vacuna, no era simplemente una enfermedad reinante más o menos grave, como puede ser hoy el sarampión o la escarlatina los estragos que sembraba por todas partes, le daban las proporciones de una verdadera calamidad publica La viruela entraba en el siglo XVIII por la duodecima parte de la mortalidad general, y para que se vea netamente toda la importancia de esta cifra haremos notar que si todavía guardara semejantes proporciones, sucumbirían en nuestro país de esta enfermedad, solamente un año con otro, unas mil personas

Esto tomando los grandes resultados durante un gran numero de años, y hasta un siglo entero. Si sólo se tiene en cuenta las epidemias, las cifras son entonces sorprendentes En una epidemia de viruela que reino en Paris en 1713, veinte mil individuos murie-

ron en el espacio de pocos meses En 1768 murieron en Nápoles diez y seis mil personas en pocas semanas

Segun los historiadores de la época, la viruela estallo en el Perú, poco después de la invasion de los españoles, e hizo allí los mas terribles estragos En la sola provincia de Quito, perecieron cien mil indios en un año

En Méjico, murieron tres millones y medio de naturales en poco tiempo, etc

Ademas, la enfermedad era mucho más grave y repugnante, y aun en los casos en que no quitaba la vida, las miserias y los dolores no acababan siempre con la enfermedad Las enfermedades de los ojos y aun las cegueras eran cosas muy frecuentes antes de Jenner El libro azul de Inglaterra indica que las dos terceras partes de los que pedían asilo en el Hospital de los ciegos pobres, habian perdido la vista por efecto de la viruela Hoy estos tristes espectáculos son extremadamente raros

Un hecho considerable, y que podría establecerse fácilmente es éste que casi la totalidad de los habitantes de los diversos paises pasaban por la viruela, en el dia sucede lo contrario las personas que han tenido la viruela son la excepcion extraordinaria Pero no son estas consideraciones demasiado generales, ni las cifras de una autoridad un poco discutible, que se acaban de citar, las solas pruebas de que dispone Vuestra Comisión para apoyar la tesis que sostiene en este momento, a saber que la mortalidad por viruela ha disminuido considerablemente después de Jenner Vuestra Comision puede citar números mucho mas seguros

El documento mejor, más preciso que existe sobre este punto especial, es del libro azul inglés Helo aquí

Períodos antes y después de la introducción de la vacuna a los cuales se refieren los datos sobre la mortalidad por la viruela	NOMBRE DE LOS PAISES	Mortalidad anual media sobre un millon de habitantes	
		Antes de la introducción de la vacuna	Despues de la introducción de la vacuna
1877 1806 y 1807 a 1850	Austria inferior	2484	210
» » » »	Austria Superior y Salzbourg	1421	701
» » » »	Styrie	1052	416
» » » »	Illirie	518	244
1777 1806 y 1808 a 1820	Trieste	14046	182
1777 1803 y 1807 a 1850	Tirol y Vorarlberg	911	170
1777 1806 y 1807 a 1850	Bohemia	2174	215
» » » »	Moravia	5432	255
» » » »	Silesia Austriaca	5812	193
» » » »	Galitzia	1194	676
» » » »	Bucow	3527	576
1781 1805 y 1810 a 1850	Berlin	3422	176
1774 - 1801 y 1810 a 1850	Suecia	2050	58
1751 1800 y 1801 a 1850	Copenhague	3128	295
1776 1780 y 1816 a 1850	Westphalia	2618	174
De 1797 a 1810, antes de la vacuna De 1811 a 1871, despues de la vacuna	Strasbourg, documento de Goldschmidt, Rev Medecine, 10 abril 1899	2340	214 = 22

La Comisión del Parlamento Inglés que elaboró este cuadro (en parte), no tuvo en cuenta sino los países en que los registros mortuorios se llevaban con bastante rigor, para que semejantes cálculos autorizaran conclusiones científicas seguras Merecen, pues, sobre todo las cifras de algunos países, una confianza completa

Por lo que toca al documento de Goldschmidt, Vuestra Comision lo cree de una precisión absoluta

Esto sentado, pocos comentarios bastaran para poner de relieve las diferencias enormes de la mortalidad por viruela, antes y después del descubrimiento de Jenner

Si tomamos sobre todo las grandes agrupaciones de hombres, para las cuales las conclusiones son más rigurosas, las cifras son verdaderamente sorprendentes La mortalidad es a menudo diez veces menor después de la vacuna, a veces veinte, a veces cien veces menor

Así, si tomamos como ejemplo a Berlín, vemos que la mortalidad de 3 422 antes de Jenner, cae después de la vacuna a 176

En Copenhague de 3 128 baja a 286, en Trieste de 14 000 cae a 1 821, etc

Las diferencias son de tal manera notables, que los más recalcitrantes entre los antivacunistas no pueden menos que acordarles un gran valor, y en realidad, cuando quieren desvirtuar la fuerza demostrativa de esos documentos, recurren a sofismas de estadísticas casi infantiles Además, los períodos a los cuales se refieren las cifras del cuadro, son muy largos, de suerte que no puede siquiera culparse al azar de diferencias, que son por otro lado demasiado uni-

formes, demasiado generales para que sólo obedecieran al capricho de las naturales oscilaciones de las epidemias

II — A las cifras anteriores pueden añadirse otras referentes a los mismos países y correspondiendo a una época más reciente, así como a países que no figuran en el cuadro y que no son menos elocuentes La vacunación y revacunación no han hecho sino progresar desde el principio del siglo, de suerte que cuanto mas modernas son las cifras, son mas demostrativas

Para Strasburgo se puede ver que en el cuadro la cifra verdaderamente infima por la que se expresa la mortalidad en los diez años más recientes a que se refiere la estadística de Goldschmidt Se ve que de 2 540 que era antes de Jenner ha caido a 22, y seguramente esa cifra es en el día demasiado elevada

Para Berlin, si tomamos los ultimos quince años, aquellos en que la vacunación se ha practicado con gran rigor y en grande escala, la mortalidad se hace tan pequeña, que casi puede considerarse la viruela como extinguida o a punto de extinguirse en esta ciudad

De 1875 a 1885, Berlin ha dado una mortalidad media de 16-87 por año y millón de habitantes, y en los años 1886 y 87, sólo ha muerto una persona por viruela en Berlin, lo que da una proporción de 0 7 por millón de habitantes De 3 500 a 0 7, es decir, una mortalidad de 5 o 6 mil veces menor que antes de Jenner

Si se tiene sólo en cuenta el período de 1850 a 1874, las cifras que expresan la mortalidad por viruela, son casi las mismas que las indicadas en el

cuadro para la época posterior a Jenner, mas fuerte acaso a causa de las epidemias de 1871 72, pero de todos modos las cifras se mantienen en su conjunto extraordinariamente inferiores a las de los veinte años que han precedido al descubrimiento de la vacuna Como quiera que sea, hay una interesante observación de Guasttadt, que encuentra aquí su sitio apropiado Hasta 1850 y mismo hasta 1860 se vacunó con bastante generalidad en Alemania, pero a partir de 1860 se vacuna menos, mucho menos, y el minimum de las vacunaciones corresponde al año 1870, precisamente el año anterior al que la viruela hizo los mayores estragos

En 1871, se vacuna enérgicamente y la mortalidad baja en 1872

La estadística de la Suecia se presta a comentarios muy interesantes

La vacuna fue introducida de una manera facultativa en 1801.

En los nueve años siguientes no parece haberse vacunado con mucha actividad Sin embargo, la mortalidad media cae ya durante esos diez años a 900 por millon y por año

Entonces (1810) aparece una circular del *Collegum Medecum*, recomendando enérgicamente la vacunación Se vacuna, pues, más, y la mortalidad desciende en los cinco años siguientes a 210

En 1810 la vacuna es declarada obligatoria, y desde esta época hasta 1883, la media anual es de 130 por millón de habitantes, cifra muy inferior a la de los tiempos que han precedido a Jenner. Además, en los últimos años y aun en muchos de los comprendidos en la estadística anterior, la mortalidad no pasó de

30 y hasta de 10 por millón y año Así, pues, en Suecia, se ve mas claramente que en ninguna otra parte, la influencia de las medidas encaminadas a propagar la practica de la vacunacion

o * o

La Inglaterra era uno de los paises más castigados por la viruela antes de la vacuna Perdía, según parece, entre 3 y 5 000 personas por año y por millón de habitantes Despues del descubrimiento de Jenner, jamás la mortalidad ha alcanzado semejante cifra, ni siquiera se ha acercado a ella, aun durante las mas terribles epidemias De 1847 a 1854, la mortalidad ha sido 305 por año y millón de habitantes, de 1854 a 1871, de 223, de 1872 a 1880, de 156

La epidemia de 1871-72, la más intensa del siglo, ha dado una mortalidad de 1824 en 1871 y de 833 en 1872

Si se excluyen las grandes recrudescencias, epidemias de 1871 72 se encuentran largos períodos en que la mortalidad es muy poco considerable De 1860 a 69, la mortalidad ha sido de 168, de 1875 a 1884, la mortalidad ha sido sólo de 76, en 1885, de 103, en 1886, de 10, en 1887, de 18 en 1888 de 36, en 1889 de 1 ¡De 5 000 a 1!

Londres, antes de Jenner, pagaba a la viruela un tributo de 5 000 vidas por año y millon de habitantes

Y bien en 1871, en el furor de la epidemia, la mortalidad no ha pasado de 2 430, y en 1872, de 540

En las épocas normales las cifras son incomparablemente inferiores Así de 1875 a 1881, la cifra ha sido de 255, y de 1884 a 1889, la mortalidad ha disminuido aun en proporciones extraordinarias En

1885, ha sido sólo de 103, en 1886, de 1, en 1887, de 2, en 1888, de 1, y en 1889, de 0

La Inglaterra, pues, como los demás países de Europa que se han estudiado a este respecto depone en favor de la opinión que Vuestra Comisión viene sosteniendo, a saber que la mortalidad por viruela ha disminuido enormemente después del descubrimiento de la vacuna

III Se han hecho a las cifras anteriores, objeciones de diversos órdenes, que debemos refutar antes de pasar adelante No cree Vuestra Comisión que pueda contestarse la exactitud de esos números ni su autenticidad, pues han sido hallados por hombres de una incontestable competencia y de una sinceridad a cubierto de toda sospecha

Además, se ha tratado siempre de calcular en vista de datos precisos y seguros, y sólo utilizando los registros mortuorios llevados con rigor desde el siglo pasado

Por otro lado, los registros mortuorios no serían mucho mas perfectos en las tres o cuatro decadas que han seguido a la vacuna que en las dos o tres que la han precedido, y si las cifras tuvieran algunos vicios ocultos, esos serian los mismos para las cifras de mortalidad, anteriores o posteriores al descubrimiento de Jenner

Ademas, el hecho de que las cifras de todos los paises esten de acuerdo en cuanto a las conclusiones que de ellos pueden deducirse, es un argumento que parece decisivo en contra de toda acusación de inexactitud o insuficiencia

Por lo demás, todas las autoridades que han escrito sobre esta materia, reproducen el cuadro del Parla-

mento Inglés y le acuerdan una autoridad indisputable

Las demás objeciones merecen un examen más detenido

La mortalidad por viruela en el presente siglo, ha disminuído con relación al pasado. está bien, dicen los adversarios de la vacunación ¿Pero con qué derecho vais a concluir de ese hecho positivo a la eficacia de la vacunación como preservativo de la viruela? ¿No veis que vuestras cifras brutas no valen nada, sino a condición de ser rigurosamente analizadas?

¿Quien os dice que sea la vacunación la causa real de ese mejoramiento de la salud pública en nuestro siglo? Hay, desde luego, tres hechos importantes que desconoceis, y que podrian tal vez explicar la atenuación de la viruela en nuestro tiempo 1º La atenuacion natural de las enfermedades infecciosas después de las grandes recrudescencias epidemicas 2º La desaparición de la inoculación preventiva de la viruela, causa permanente y poderosa de propagacion y de muerte en el siglo pasado 3º El mejoramiento enorme de las condiciones y el medio de la vida en esta epoca de vastos y profundos estudios de higiene

Vuestra Comisión va a estudiar por su orden cada una de estas objeciones, más especiosas que solidas

Es cierto que parece ser una ley de las epidemias de viruela que después de una época en que han reinado, se atenúan se esconden, desaparecen, de una manera tanto más absoluta, cuanto mayores han sido los estragos que han causado Pero esta ley de las epidemias, no puede, en manera alguna, invocarse cuando se comparan espacios de tiempo tan grandes

como dos siglos Las atenuaciones no duran nunca tanto tiempo, y las recrudescencias en la viruela principalmente no se dejan esperar jamás mucho más de diez años Puede decirse que es casi una ley de la viruela, de la viruela endémica, que las explosiones epidémicas se presentan cada diez años Pero se olvida la viruela no ha desaparecido, y ni siquiera se ha atenuado de una manera uniforme, y todo el siglo XIX está atravesado por epidemias de viruela con sus periodos intercalares de atenuación o desaparicion completa La atenuación en la epoca que siguió a Jenner, es bien una calma relativa de las que sobrevienen tras las grandes epidemias

Admitamos por un instante la exactitud de esa afirmación, que es falsa Queda todavía por explicar la atenuación real de la viruela, tanto en las épocas de epidemia, como en las épocas de calma, *durante todo este siglo*

Porque es evidente que si sólo se hubiera tratado de uno de esos descensos de la viruela que siguen a las grandes explosiones epidemicas la enfermedad hubiera vuelto a aparecer más tarde con su intensidad bien conocida

Si, pues, la viruela no ha vuelto a mostrar su antigua violencia, que tantas víctimas ha hecho en el siglo pasado, es que ha sobrevenido un hecho nuevo e independiente de las naturales atenuaciones de las epidemias

Pero podriamos demostrar con cifras que la transición entre la epoca anterior y la posterior a Jenner, es de tal manera brusca y sigue tan inmediatamente a la vacuna, que no es posible, sin tener el espiritu prevenido y dominado por toda clase de prejuicios,

dejar de ver una relación de causa a efecto entre dos hechos y en todo caso no será jamas permitido pensar que se trata de un descenso natural de las epidemias de viruela, pero no insistiremos sobre un punto que nos parece secundario

Volvemos a repetir, el hecho capital, decisivo, es éste la atenuación real y enorme de la viruela en este siglo, atenuación que tiene punto de partida a raiz del descubrimiento de la vacuna

Vamos ahora al segundo punto

La inoculacion preventiva de la viruela, era el único medio de que disponia el siglo pasado para atenuar los efectos de esta horrible enfermedad Se inoculaba una viruela benigna y se tenian así fundadas esperanzas de producir una viruela también benigna y adquirir por este hecho una inmunidad preciosa contra una infección de mayor gravedad Así es que la inoculacion se había generalizado de una manera extraordinaria, y se comprende, sin grandes esfuerzos de razonamiento, hasta que punto la difusión de una enfermedad tan contagiosa como la viruela, estaria favorecida por una practica que creaba innumerables focos de infeccion Esta objeción tiene sin duda mayor fuerza que la anterior, pero ocurre desde luego que por el hecho solo de hacer inútil la inoculación de la viruela por el hecho solo de hacer posible la desaparición de esta practica desastrosa, la vacuna ha rendido y rinde a la humanidad los mayores servicios, y en todo caso es muy positivo que la vacunacion es un procedimiento superior a la inoculación variólica, puesto que desde que la primera practica se ha sustituido a la segunda, la viruela ha perdido su gravedad y su difusibilidad casi legendaria

Pero podría acaso decirse, ¿no será mejor renunciar a las dos? Es lo que está en cuestión, y tratemos ahora de responder a la objecion formulada más arriba, a saber, que la atenuación de los estragos de la viruela en este siglo, puede bien ser debida a la supresión de la práctica de las inoculaciones preventivas, tan en moda en el siglo pasado

Es de advertir, que semejante objeción no podría aplicarse sino a Inglaterra, ya que en el continente europeo la variolización estaba poco extendida Pero la objeción no es justa ni aún para Inglaterra Parece probado que en Londres la mortalidad por viruela en los primeros treinta años del siglo XVIII (época en que no se inoculaba), ascendía a 74 por mil de la mortalidad general

Y bien: hacia el fin del siglo, la cifra de defunciones por viruela, comparada con la cifra de defunciones por otras causas, era de 95 por mil, si se admite que esto es una prueba del incremento de la mortalidad por causa de la variolizacion (inoculación preventiva de la viruela), ese incremento se expresaría por la proporción de 6 a 8 Si, pues, la disminucion de la mortalidad por viruela en este siglo fuera debida a la supresion de la variolizacion la mortalidad hubiera simplemente vuelto a ser lo que era antes, es decir, que hubiera disminuido en la proporción de 8 a 6 Pero la mortalidad ha caído realmente en este siglo, a un octavo de lo que era en el pasado, y aún a una cifra muy inferior (Lotz)

Es, pues, indudable, que la supresión de la variolización no es la causa única de la atenuación enorme de la viruela en el siglo XIX

El mejoramiento de las condiciones higiénicas en que el hombre vive, y que ha aumentado positivamente

la edad promedio de la vida, ¿sería la verdadera causa de la disminución tan considerable de la viruela en nuestro siglo?

Es bien poco probable a primera vista

La viruela no elige sus víctimas en los desheredados de la fortuna y de la higiene y lo mismo reina en los palacios que en las bohardillas La historia está llena de reyes y príncipes fallecidos de viruela Esta enfermedad tiene una potencia de difusión y penetración ilimitada y la casi totalidad de los hombres, sean cuales fueren sus condiciones físicas y su manera de vivir, es perfectamente apta para recibirla y cultivarla con una intensidad que tampoco depende sólo de sus circunstancias individuales Si los ricos de nuestros días son con menos frecuencia víctimas de la viruela que los pobres, es porque, mas ilustrados, se vacunan más a menudo

Ademas, la historia de la fiebre tifoidea y de la difteria prueba que no basta el progreso de la higiene general, para que una enfermedad infecciosa disminuya o desaparezca que son necesarios estudios especiales tendientes a descubrir el agente patógeno y determinar su manera de vivir y propagarse

Es solo así que puede ahogársele, por decirlo así, en su cuna Así, solo desde que se conoce a fondo la influencia todopoderosa de las aguas infectadas en la producción de la fiebre tifoidea, es que se han podido limitar sus estragos, y aun hacerla desaparecer por completo en algunas ciudades Por otro lado, a pesar de la higiene, a pesar del conocimiento que se tiene del agente patógeno de la difteria, basta que se ignore su manera de vivir y sus focos fuera del hombre, para que esta enfermedad haga impunemente

víctimas numerosas aun en París que sin embargo, tiene en su seno, al creador de la microbiología moderna

Y con la viruela sucede exactamente lo que sucede con la difteria se sabe acaso donde esta su foco (el hombre), de donde viene la infección (contagio) pero hasta hace muy poco tiempo no se han puesto en practica medidas tendientes a detenerle el paso (aislamiento, etc)

Pero el argumento decisivo es este antes de los profundos estudios de higiene que caracterizan a nuestros tiempos, mucho antes ya se había acentuado de una manera enérgica el descenso de la viruela La viruela ha empezado a decrecer brusca, violentamente desde los primeros años del siglo XIX, época que ciertamente no es muy distinta bajo el punto de vista de la higiene, de la que precedio al descubrimiento de la vacuna

Además son los países en los que la vacunación ha encontrado mejor acogida y se ha propagado con mayor tenacidad, con mano más generosa, con leyes más severas son esos países los que han sacado el beneficio maximo del descubrimiento de Jenner Citemos la Alemania, la Baviera, la Suecia y la Inglaterra

III

1 — Vamos ahora a insistir sobre un hecho, que es, a nuestro juicio, una de las mayores pruebas de la eficacia de la vacunación Este hecho es el siguiente desde la aparición de la vacuna la mortalidad por viruela ha abandonado las edades inferiores de la vida para castigar las edades medias y las avan-

zadas Hablamos, bien entendido, de los pueblos bien vacunados

Las cifras mas considerables que poseemos sobre la mortalidad por viruela en las diferentes edades son las que sirven de base a la estadistica mortuoria de Ginebra girando sobre un período de cerca de doscientos años antes de Jenner (1580 a 1760).

Helas aquí

Sobre mil muertos de viruela	
De 0 a 5 años	805
" 5 " 10 "	155 75
" 10 " 15 "	18 5
" 15 " 20 "	8
" 20 " 25 "	5 75
" 25 " 30 "	4 5
para arriba de 30 "	2 5

Como se ve, la mortalidad por viruela es sobre todo considerable en los primeros cinco años, es bastante fuerte de cinco a diez años y después no cesa de disminuir para ser solamente de 2 5 en las personas que han pasado los 30 años La importancia de este cuadro esta en este hecho que aqui se ve con una claridad perfecta, la influencia directa, todopoderosa e incontestable de la viruela, sin la menor intervención de la vacuna

Veamos ahora otras cifras pertenecientes a una época reciente y a un país en que la vacunación se aplica con gran rigor, la Baviera

La Baviera posee la vacuna obligatoria desde 1807 Todos los niños nacidos en el año deben ser vacunados antes del mes de abril del año siguiente, bajo penas severas Para dar una idea de la manera como

está vacunada la niñez en Baviera, consignaremos este dato de 1867 a 1870 no había sino un 0 7 por ciento de la totalidad de los niños obligados a vacunarse, que desobedecieran a la ley He aquí ahora las cifras de la mortalidad por edades, comprendiendo un período de dieciocho años, que va de 1857 a 1875

Sobre mil muertos de viruela

De 0 a 1 años	22 7
" 1 " 5 "	36
" 5 " 10 "	10
" 10 " 20 "	23
" 20 " 30 "	91
para arriba de 30 "	613

Este cuadro de Baviera y el anterior de Ginebra, puesto uno en frente del otro son de una incomparable elocuencia Allí, ausencia absoluta de vacunados, la viruela se encarniza sobre todo en los niños Aquí, vacunación universal de los niños la viruela se ceba sobre todo en los adultos y casi abandona las primeras edades de la vida

Allí, el máximum de la mortalidad está entre 1 y 10 años, aquí, está el mínimum o al menos una de las cifras mas bajas, el contraste no puede ser mas visible ¿Cómo, pues negar que la vacuna preserva a los niños de la viruela al menos hasta los ocho o diez años?

II — Tenemos algunas otras cifras muy rigurosas y exactamente en las mismas condiciones que las anteriores. Tal es la estadística de la mortalidad por viruela para el año 1796, que nos ofrece Lotz (página 68), estadística que se refiere a tres ciudades

prusianas muy bien estudiadas en el siglo pasado, esas cifras comparadas con las de la baja Franconia, conducen exactamente a las mismas conclusiones que las anteriores Creemos inútil reproducirlas

III — La Inglaterra ofrece ejemplos preciosos para apoyar la tesis que Vuestra Comisión viene sosteniendo

Según Buchanan (informe del local Gouvernement Board), a principios del siglo, la proporción de los niños sobre mil muertos de viruela, era de ochocientos, pero a medida que la vacuna se ha ido generalizando, esta enorme proporcion ha disminuido mucho En 1857 era todavía de setecientos, pero ya de 1866 a 70 era de 540, de 1870 a 74 de 320, 1875 a 1879 de 280 y de 240 en 1881 La mortalidad de los adultos y los niños de más de diez años ha debido necesariamente ser inversa y aumentar relativamente a la de los niños pequeños a medida que la vacunación (que en Inglaterra como en todas partes recae en la primera infancia) se propaga

*
* *

Kumer de Zurich, trabajando sobre documentos ingleses ha formado dos cuadros que demuestran claramente el descenso de la mortalidad de la infancia, a medida que la vacunacion se extiende, pero aqui interviene un hecho nuevo la vacuna obligatoria Los cuadros muestran la mortalidad en las diferentes edades, antes y después de las leyes sobre la vacuna obligatoria, leyes que, es de suponer, han debido aumentar el número de las vacunaciones. Sin embargo, como

este último punto es controvertible, como lo veremos mas adelante, esos cuadros no tomarian todo el valor que tienen realmente sino de un analisis al cual no podemos abandonarnos por ahora

Sobre un millar de vivos de cada edad, cuantos muertos anuales por viruela en Inglaterra con la vacunación facultativa y con la vacunacion obligatoria

Período de Observación	Por edad	0 a 5	5 a 10	10 a 15	15 a 25	25 a 45	45
1847 53 vacuna facultativa	305	1 617	337	94	109	66	20
1847 71 vacuna obligatoria in suficiente	223	817	243	88	131	131	52
1872 89 vacuna obligatoria se vera	15	323	186		171	141	58

Reduciendo a 1 000 la mortalidad de cada edad de 1847 a 1853, se ve mucho mas claramente lo que hemos de demostrar

Período de Observacion	Toda edad	0 a 5	5 a 10	10 a 15	15 a 25	25 a 45	45
1847 - 53	1 000	1 000	1 000	1 000	1 000	1 000	1 000
1854 - 70	731	595	721	936	1 490	1 985	2 364
1871 - 80	511	200	552	1 000	1 530	2 100	2 636

Se ve en estos cuadros sobre todo en el segundo, como a medida que la vacunación se extiende, a medida que las leyes que la propagan se hacen más severas, y el control más riguroso, la mortalidad desciende gradualmente en las mismas y llega a ser en 1880 la quinta parte de lo que era en 1847-53. Al

contrario, la mortalidad relativa de los adultos y los niños de mas de diez años aumenta y llega a ser el doble y el triple en 1880, y decrece en 1847

Pero sea el que fuere el valor de estas cifras, es, sobre todo la epidemia de Sheffield en 1887 la que ha dado la prueba directa e indiscutible de la verdad que venimos sosteniendo

Esta estadística de Sheffield es muy particular tiene el mismo rigor, con la diferencia de que es mucho más vasta que las experiencias de Jenner, cuando después de inocular la viruela exponía al vacunado a todas las formas imaginables del contagio sin obtenerlo

Los autores del informe sobre la epidemia de Sheffield, en el censo gigantesco que levantaron de toda la población de esta ciudad, bajo el punto de vista de la vacuna, tuvieron ocasion de visitar 59 889 casas de las cuales 3 318 invadidas por la viruela, comprendían una poblacion de 18 756 personas Sobre este número hubo 4 151 variolosos entre los vacunados (18 020) y 552 entre los no vacunados (736)

Sobre el número total de los no vacunados había 4 483 niños de menos de 10 años De este número tuvieron la viruela 358, el mayor numero de 5 a 10 años, es decir, 5 a 6 por ciento hasta 5 años y 9 por ciento de 5 a 10 años

Había trece mil y fraccion de personas teniendo más de diez años, de las cuales 3 760 tuvieron la viruela, lo que da 33 por ciento de 10 a 20 años, 38 por ciento de 20 a 30, etc , según se ve en el cuadro siguiente Es decir que la morbosidad es notablemente inferior para los niños que para los adultos Y si alguien dudara de que esa morbosidad menor fuera debida a la vacuna, podra convencerse de su error examinando la 2ª parte del cuadro (no vacunados)

En efecto, en el mismo medio higienico exactamente vemos que los niños no vacunados caen en numero tal, que casi la totalidad de los que existian toman la viruela (128 sobre 154), mientras que los vacunados escapan en su casi totalidad La demostracion es, pues, matematica He aqui ahora el cuadro del doctor Du Bary

VACUNADOS	MORBOSIDAD VARIOLICA			NO VACUNADOS		
Edad	Número	Variolicos	Por ciento	Numero	Variólicos	Por ciento
0 a 5 años	2 154	121	6 6	154	128	98
5 » 10 »	3 329	232	9 9	109	100	91 8
10 » 20 »	4 866	1 608	33 0	191	175	91 6
20 » 30 »	3 277	1 627	38 7	124	98	79 1
30 » 40 »	2 021	559	27 2	64	31	48 4
40 » 50 »	1 906	239	12 5	43	14	32 5
50 » 60 »	920	81	8 8	25	2	8
Mas de 60 »	443	29	6 5	22	2	9

Si consideramos las cifras de la mortalidad en vez de considerar las cifras de la morbosidad simplemente, como acabamos de hacerlo, los datos no son menos elocuentes En los niños de menos de 5 años vacunados, la mortalidad es insignificante y no alcanza a 1 por ciento (0 8) En los niños de 5 a 10 años la cifra es más elevada, pero todavía muy baja 2,2 por ciento En los adultos, sobre todo en los verdaderos adultos, es decir, los que se aproximan a los 20 años o los que los pasan, la mortalidad es de 5, 9, 8 y 18 Si las cifras no son mas notables, esto se debe sin duda al pequeño número de niños vario-

losos de menos de 10 años En todo caso son suficientemente demostrativas para los años que están próximos al momento de la vacunación (en Inglaterra, como se sabe, se vacuna antes de tres meses)

En este caso como para el de la morbosidad, podría objetarse que esta diferencia de mortalidad entre los niños de primera edad y los adultos, no es debida a la vacuna sino a peculiaridades del medio higiénico y aun del mismo niño, pero la prueba matemática de que es realmente la vacuna la causa de la mortalidad menor en el niño, esta dada por la segunda parte del cuadro que va en seguida

Se ve por el que los niños no vacunados son tan aptos a contraer la viruela como en los mejores tiempos de la terrible infeccion En efecto, los niños de menos de 5 años, precisamente los que respeta la muerte en los vacunados, mueren en numero de 51 por ciento No creo que haya en la ciencia una prueba más brutal de la eficacia de la vacunación, al menos como medio preservativo temporario de la viruela Véase ahora el cuadro

MORTALIDAD POR VIRUELA — EPIDEMIA DE SHEFFIELD 1887

	VACUNADOS			NO VACUNADOS		
Edad	Numero	Muertos	%	Numero	Muertos	%
0 a 5 años	121	1	0 8	128	66	51 1
5 » 10 »	232	5	2 2	100	34	3 4
10 » 20 »	1 608	30	0 6	175	85	48 5
20 » 30 »	1 267	69	5 4	98	61	62 2
30 » 40 »	550	54	9 8	33	21	63 3
40 » 50 »	239	21	8 7	14	6	42 8
50 para arriba	110	20	18 1	4	1	2 5

Cosa curiosa, si se estudia el cuadro anterior, se notara al instante la mortalidad escasa de las personas comprendidas entre los períodos de 10 a 20 años, mortalidad menor que la de los niños de 5 a 10 años Esto parece a primera vista, en oposicion con la idea que venimos sosteniendo

Pero prescindiendo de este hecho capital, que el número de niños *variolosos* de menos de 10 años es muy escaso, y muy grande, al contrario, el de los *variolosos* de mas de 10 años (353 y 1 608 respectivamente), lo que quita a la comparación de los resultados una parte de su rigor, prescindiendo de esto, deciamos, todo lo que puede deducirse de ese hecho, es que no debe confundirse la *morbosidad* con la *mortalidad* La vacuna protege mucho mas tiempo contra la muerte que contra la enfermedad, y todas las personas vacunadas en los primeros meses de la vida que se separan poco de los 10 años, estan preservadas en ese sentido De suerte que esta aparente anomalía es una prueba mas de la eficacia de la vacunacion Pero la razón capital del hecho de que venimos ocupandonos, es ésta como lo veremos después hay en Sheffield muchos revacunados y la revacunacion pone al adulto en las mismas condiciones que al niño más o menos recientemente vacunado Ahora bien, la revacunación se efectúa casi siempre entre 10 y 20 años

III — Podriamos citar muchas cifras de un gran valor, tendientes a demostrar que en efecto, la morbosidad y mortalidad por viruela, parecen gracias a la vacuna, haber abandonado las edades inferiores de la vida, para castigar sobre todo al adulto, Vamos a citar sola y muy someramente la importantísima es

tadística de la Escocia, la mortalidad de los niños por viruela, ha descendido considerablemente desde que la vacuna se ha generalizado de una manera notable Así de 1856 a 1865 antes del voto de la vacuna obligatoria, la mortalidad de niños era de 310 para los niños de 0 a 6 meses, y de 341 para los de 6 meses a 1 año De 1865 a 1872, gracias a la vacuna obligatoria, la mortalidad ha descendido a 174 para los de 0 a 6 meses y a 49 para los de 6 meses a 1 año Nótese que mientras bajo la influencia de una vacunacion más amplia y rigurosa, la mortalidad ha descendido a un poco más de la mitad, para los niños de 0 a 6 meses, para los niños de 6 a 12 meses la mortalidad ha bajado a la séptima parte Y bien, la ley de vacunacion obligatoria de Escocia exige que la vacunación se practique de 0 a 6 meses, es decir, que la disminucion maxima de la mortalidad sobreviene precisamente en el período en que la totalidad de los niños están vacunados, y por consiguiente preservados Esta prueba vale bien la que acaba de suministrarnos la epidemia de Sheffield

Además, la mortalidad de los adultos se ha abultado en Escocia, en proporciones bastante notables después del voto de la vacuna obligatoria

IV — Respecto a la Francia he ahí lo que dice Constantino Paul citado por Paul Ber "En Paris, de 1842 a 1851, se han hallado por 1 000 muertos "de viruela, 338 recién nacidos, 59 niños de 0 a 1 "año, 260 de 1 a 5 años, 112 de 5 a 15, 926 "individuos de 15 a 35 años Hay, pues, una recru- "descencia de mortalidad, que se hace sentir desde "la edad de 10 años".

Esta estadística parecería ser desfavorable hasta cierto punto a la tesis que sostenemos, a saber que bajo la influencia de la vacuna, la mortalidad por viruela abandona los primeros años de la vida, para acentuarse sobre todo en los adultos, pero no es así En efecto, según una referencia de Mr Blot, Director del Servicio de Vacuna de la Academia de Medicina de Paris, una cuarta parte de los niños vacunados en la Academia, tenían de 6 meses a un año, un quinto, de 1 a 2 años, 383 de mas de 2 años y 91 de más 5 años Esto quiere decir que en París, los recién nacidos no estan vacunados en general Es por eso que la mortalidad de éstos se expresa por una cifra tan elevada En realidad esta circunstancia es una nueva y preciosa demostración de los beneficios de la vacuna, y una prueba mas de que la atenuación de la mortalidad infantil por viruela, es debida a la práctica de la vacunación En efecto, los recién nacidos que no están vacunados, mueren en gran número, los otros, que lo estan en su mayoría, dan una cifra mucho menor

V. — El hecho pues, de que en los países bien vacunados, la mortalidad de los niños por viruela ha disminuido enormemente, al mismo tiempo que ha aumentado la mortalidad *relativa* de los adultos, está bien establecido Ahora bien, ¿en qué época se vacuna en todos los paises bien organizados? Es bien sabido que es sobre todo en la infancia, y en todo caso, si se vacuna mas tarde algunas veces, se vacuna siempre en los primeros años de la vida Resulta, pues, que la enfermedad y la muerte parecen disminuir en las edades vecinas del momento en que se practica la vacunación, para refugiarse en las edades que ya

se alejan mucho de ella Todo pasa, pues como si la inoculacion del virus vacuno diera al organismo una resistencia especial contra la viruela, resistencia que se iria agotando con los años En efecto, se trata de un mismo individuo viviendo en el mismo medio higiénico con las mismas peculiaridades de receptividad

Y bien este individuo que escapa a la viruela mientras su vacuna no cuenta mas que algunos años, cae mas tarde, y aun puede morir de la terrible fiebre eruptiva Es el mismo individuo bajo todos los aspectos, no hay más que una diferencia el individuo niño tiene una vacuna reciente, y el individuo adulto tiene una vacuna ya antigua ¿Dónde, pues, puede estar la causa de esta resistencia mayor de la infancia, sino en la vacunacion? ¿No tiene este razonamiento toda la fuerza de una demostración matematica? ¿Pueden presentarse hechos más precisos, más limpidos, mas irresistibles, en favor de una verdad científica?

Es por eso que hemos insistido tanto sobre este punto es por eso sobre todo, que hemos presentado estadisticas tan considerables, tan numerosas y de tan diversos origenes Porque en realidad, la conclusión tan decisiva a que llegamos, no tendria un gran valor si hechos innumerables no vinieran de todas partes, de todas las naciones y de todos los sabios a confirmarla, como siempre por lo demas que se trata de elevar un hecho particular al rango de una generalizacion verdaderamente cientifica

Lo que da a la demostración anterior una fuerza incontrastable, es que el niño que resiste ahora después que se vacuna, ha sido siempre la parte más

vulnerable de la humanidad, la parte que ha ofrecido un blanco más fácil y una resistencia menor a la viruela, la parte, para usar el lenguaje técnico, que se ha hecho notar siempre por una extraordinaria receptividad para la viruela Esta mayor receptividad de la infancia, no es, sin duda, más que eventual, la viruela tiene con el organismo humano, afinidades profundas, y en realidad, casi no hay hombre que no sea apto para recibirla, sea cualquiera su edad y el medio higiénico en que viva Pero la viruela es un enemigo cruel, vigilante y voraz· espía al hombre que nace a la vida, y lo ataca, por decirlo así, desde que deja oír el primer vagido Así pues, el niño que no está preservado por la vacuna, no tiene una receptividad mayor que el adulto para la viruela, pero le es muy difícil traspasar los primeros años de la vida sin encontrarse frente a frente con el implacable enemigo, es por eso, sobre todo, que la viruela ataca con preferencia a los niños

VI — Una sola objeción puede oponerse a la demostración que acabamos de hacer la viruela, en el transcurso del siglo, ha cambiado de naturaleza, la receptividad de los niños se ha hecho menor

Esta objeción va contra todas las leyes de la patología y de la fisiología Ni la índole de las enfermedades, ni las resistencias humanas varían, como lo suponen los enemigos de la vacuna, de una ciencia a menudo tan fácil Sin embargo, vamos a tratar de establecer con hechos, que la viruela no ha cambiado de naturaleza, que es siempre la misma, y que la resistencia mayor que los niños presentan a esta enfermedad en los pueblos bien vacunados, es debida positivamente a la vacuna. Desde luego, para

Sheffield y París, la prueba está hecha en las cifras que he citado más arriba En Sheffield, y como lo hemos ya hecho notar de paso, vemos que los niños no vacunados tienen una receptividad tal, que caen casi la totalidad de los que se han expuesto al contagio, y mueren en numero de 51 por ciento, mientras que los vacunados caen en cantidad mínima y apenas si mueren 1 ó 2 por ciento Y sin embargo, todos son niños y todos viven en el mismo medio higienico La receptividad de los niños, al menos de los niños de Sheffield, no parece, pues, ser menor en nuestro siglo que en el pasado

En cuanto a París, vemos que los recién nacidos, no vacunados la mayor parte, caen en número tal, que figuran 338 entre mil muertos Parece, pues, que aqui tampoco la receptividad de los niños ha cambiado nada

Veamos otras cifras

En 1885 Viena fue teatro de una grave epidemia de viruela Sobre el número total de variolosos (7 415) había 63 por ciento de no vacunados. Entre los no vacunados, 58 por ciento tenían menos de 5 años, 19 por ciento de 5 a 10 años, 13 por ciento, de 10 a 15 años, y el resto, una edad mayor que esta última

Entre los muertos no vacunados hubo un 86 por ciento de menos de 5 años, y 11 por ciento de 10 a 13 años (datos de Layet) Como se ve, la infancia no ha dejado de ser tampoco en Viena la parte mas vulnerable de la humanidad para la viruela, y cuando esta enfermedad no se halla esterilizada por la vacuna, la ataca como en los tiempos en que era el azote de la humanidad, y hacía desaparecer el dé-

cimo de nuestra especie desde la cuna Si, pues, la viruela respeta al niño, en nuestros tiempos, eso se debe exclusivamente a la vacuna

Tenemos en la ciencia varios ejemplos análogos al de Viena En 1886 y 87 el doctor Serafino, Director del hospicio de higiene en Napoles, ha hallado sobre 462 muertos por viruela 25 30 por ciento de vacunados y 74 70 de no vacunados pero la mortalidad en los vacunados se acusa sobre todo, a partir de la segunda infancia Por debajo de 5 años el número de los fallecimientos por viruela, es relativamente considerable, puesto que sobre 462 defunciones, se cuentan 306 dentro de esta categoría de edad, 66 por ciento Pero en compensación, esta mortalidad es debida casi exclusivamente a los no vacunados en la proporción de 97 por ciento Este hecho demuestra a la vez que los niños de nuestros tiempos son muy accesibles a la viruela, y que cuando resisten a esta enfermedad es porque están esterilizados por la vacuna He aquí dos cuadritos de Layet, muy instructivos Se refieren a los periodos epidémicos de 1876 - 79 y 1880 - 81, y a la ciudad de Bordeaux

Sobre 100 defunciones por viruela

De 1 a 5 años	35 defunciones
» 5 » 10 »	12 »
» 10 » 20 »	7 »
» 20 » 40 »	27 »
» 40 » 50 »	9 »
para arriba de 50 »	12 »
	100

Por otra parte se halla sobre 100 defunciones por viruela

	No vacunados	Vacunados
De 1 a 5 años	61	6
» 5 » 10 »	17	1
» 10 » 20 »	6	5
» 20 » 40 »	10	55
» 40 » 50 »	4	20
para arriba de 50 »	2	19
	100	100

Por esos cuadros se ve que el número de muertos de 1 a 10 años es de 47 por ciento, sobre la totalidad de las defunciones Todas las demas edades comprenden 53 por ciento La infancia, pues, está aquí relativamente favorecida, pero muy poco, y esta cifra podría ser opuesta a la idea que Vuestra Comisión viene sosteniendo sin el segundo cuadro Este prueba que los niños que han caido son los *no vacunados* Así de 5 a 10 años hay 77 por ciento de las 4/5 partes de los muertos no vacunados nueva prueba de que los niños son todavía perfectamente accesibles a la viruela, y que los que escapan de ella deben semejante beneficio a la vacuna

Y lo que ha pasado después en Bordeaux, prueba bien que es la falta de vacuna, lo que hace tomar a los niños la viruela. "Después de la creación del servi-"cio municipal de vacuna —dice Layet— la mortali-"dad por viruela ha descendido rapidamente en los "niños, y tiende a hacerse nula, porque cada año los "¾ de la población infantil, son sometidos a la prác-"tica de la vacunación y revacunacion"

Resulta, pues, que ni en el siglo que ha pasado sobre la humanidad desde Jenner, ni la edad, ni las

condiciones de la higiene moderna, ni nada ha podido modificar la receptividad del niño para la viruela; que esta receptividad se conserva intacta, y que por consiguiente, si en los países bien vacunados, la viruela huye del niño, la razón de ese hecho extraordinario está exclusiva, matemáticamente en la práctica de la vacunación

La vacuna, pues, preserva de la viruela al menos temporariamente

VII — Algunos escritores distinguidos, entre ellos el ilustrado doctor Pena, han querido sacar de las cifras contenidas en los párrafos anteriores una conclusión tan inexacta como inesperada, y será conveniente refutarla antes de pasar adelante

"Admitido, dice el doctor Pena, que la mortalidad "haya disminuido realmente en los primeros años pe "ro en compensación castiga atrozmente las edades "más elevadas

"¿Qué vale, pues, un preservativo, que al fin y al "cabo no hace mas que cambiar la edad a que sobre- "viene la muerte?"

La cuestión es mucho más compleja de lo que cree el doctor Pena Vuestra Comisión se limitará por el momento a afirmar dos cosas

1º Si los adultos no morían de viruela antes de Jenner, es porque habían escapado a la muerte por esta enfermedad siendo niños, y quedaron desde entonces preservados, si mueren a veces en nuestros días, es porque la vacuna les ha evitado la viruela en la infancia y esta enfermedad puede atacarlos con cierta intensidad ¿Esto quiere decir que la vacuna no sea eficaz? No sin duda alguna, quiere decir simplemente, que la inmunidad que confiere es temporal, y que

es preciso vacunarse a su debido tiempo, si se quiere obtener una protección casi absoluta

2º Que los números contenidos en los cuadros anteriores no son absolutos sino relativos y es verdaderamente sorprendente que a una inteligencia tan clara como la del doctor Pena se le haya ocultado una observación tan sencilla

En los cuadros anteriores, se dice cuántos entre mil muertos hay de cada edad, pero no se dice que haya un numero mayor o menor de miles Supongamos, por ejemplo que sobre 1 000 muertos, hubiera en el siglo pasado 800 niños y 200 adultos, supongamos por el contrario que sobre los mismos 1 000 muertos, haya en este siglo 800 adultos y 200 niños Habría, como se ve, una diferencia enorme en la cifra relativa de los niños y adultos para los dos siglos Pero para completar la hipotesis, supongamos que haya habido en el siglo pasado 1 000 muertos por año y en el presente 100 muertos solamente, para tal nacion, que diera las cifras relativas que acabamos de indicar ¿qué resultaría de eso, pues? Que sobre los 1 000 muertos del siglo pasado habría 200 adultos, y sobre los 100 muertos del siglo presente, habria solo 80 Como se ve la cifra absoluta del siglo presente es menor (80) que la del siglo pasado (200), y sin embargo, la cifra relativa 800 por 1 000 es 4 veces mayor

Sea, pues, la que se quiera la cifra relativa, el número absoluto de los muertos en nuestro siglo, comprendiendo niños y adultos, puede ser menor que en el siglo pasado, y lo es realmente como resulta de todo el capitulo anterior (II)

(Continua en el Tomo II)

